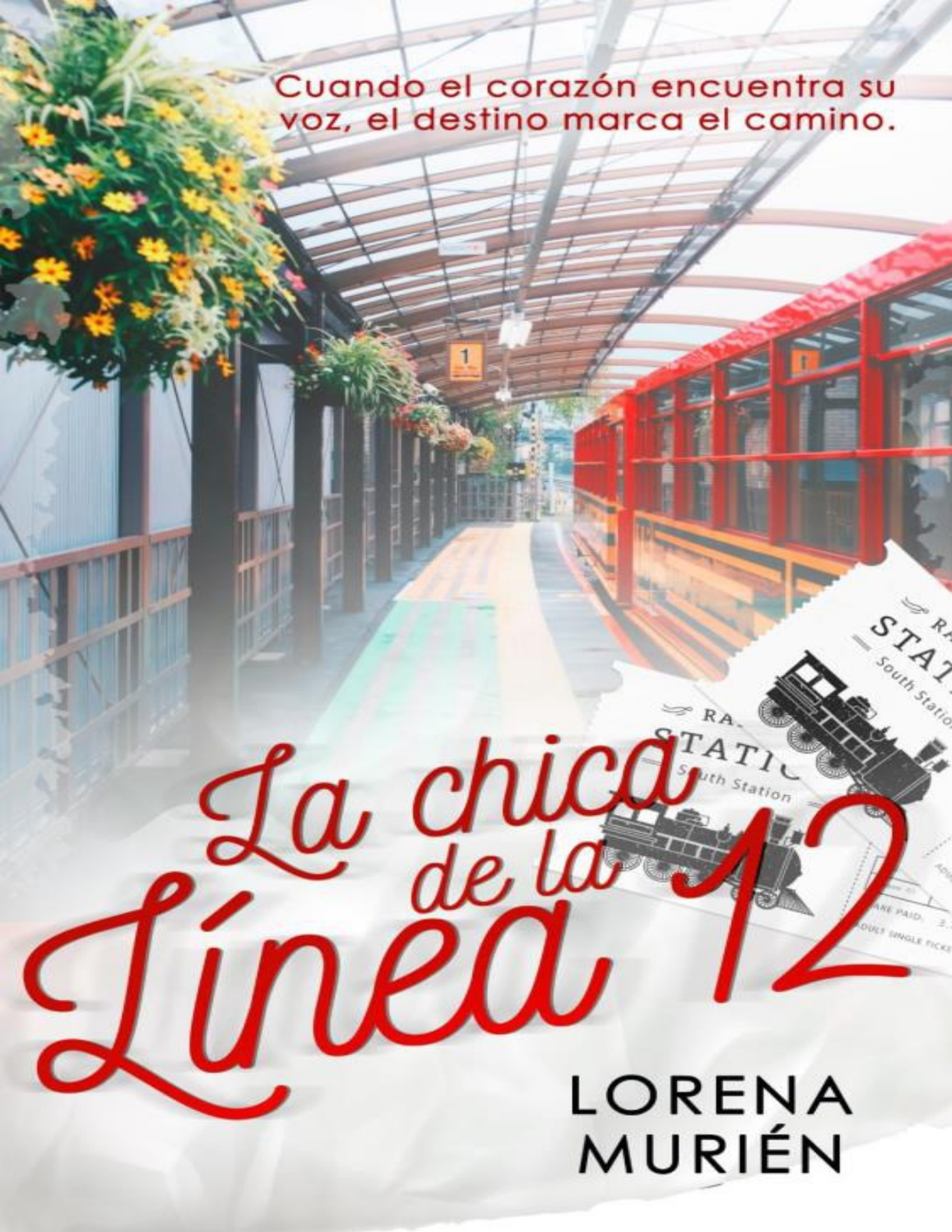
Cuando el corazón encuentra su voz, el destino marca el camino.



La chica de la Línea 12

LORENA MURIÉN

© 2025 Lorena Murién
SafeCreative © 2502080824494
instagram.com/lorenamurien_
twitter.com/lorenamurien_
Diseño de cubierta y maquetación:
Verónica Espinosa
Fotografía: notethanum / unsplash.com

Quedan prohibidos (sin la autorización por escrito de los titulares del copyright) bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, reproducción y tratamiento informático, junto a la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, inspiracionales, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33

34

35

36

37

38

AGRADECIMIENTOS

SOBRE LA AUTORA

Quiero agradecer a Verónica Espinosa León
por su aportación en la revisión de esta novela,
sin su ayuda y consejos el resultado no
habría sido el mismo.

"*No hay necesidad de apresurarse.*
No hay necesidad de brillar.
No es necesario ser nadie más que uno mismo."

—Virginia Woolf

1

CANDELA

Leganés. Mediados de Enero.

El letrero de «En directo» se enciende y mi piel se eriza con ese cosquilleo de adrenalina que nunca desaparece. A mi lado, la hoja con los temas del día parece más una guía que un dictado rígido a seguir, porque lo cierto es que en este programa siempre terminamos improvisando. Y esa es la esencia que ha logrado captar a miles de oyentes para nuestra emisora. Me acerco al micrófono, cierro los ojos por un instante, me ajusto los auriculares y asiento, lista para comenzar.

—¡Muy buenos días, oyentes de *Voces Urbanas*! —comienzo, y mi voz ya transmite esa pasión que traigo cada día al estudio—. ¿Qué tal empieza este lunes? ¿Con resaca después del fin de semana o motivados y listos para comeros el mundo? Ya sabéis, aquí no juzgamos… a menos que desayunéis la pizza fría, porque eso sí que es un delito —añado con un tono más bromista—. Lo siento, no me vais a hacer cambiar de opinión.

La línea telefónica ya está activa y, como siempre, los mensajes en nuestras redes sociales no tardan en llegar. La pantalla también se llena de comentarios rápidos gracias a mi productora, Olga, organizada como un ninja invisible al otro lado del cristal.

—Parece que hoy arrancamos con fuerza. ¿Qué me podéis contar sobre la nueva medida para reducir el tráfico en el centro? Dicen que la idea es que haya más espacio para los ciclistas, pero lo que no explican es cómo sobrevivirá el pobre oficinista con traje pedaleando bajo cuarenta grados en pleno verano. Atención, ciclistas: recordad abotonaros las mangas antes de saludar, porque las primeras impresiones cuentan. —Los chicos se ríen, y la música de fondo añade más vida al programa—. Vamos con la primera llamada. Buenos días, estás en *Voces Urbanas*. ¿Con quién hablo?

—¡Hola, Candela! Soy Luisa, desde Los Santos.

—Luisa, querida, tú siempre madrugas más que el gallo del vecino. ¿Qué nos quieres contar hoy?

—Pues sobre el tema del tráfico… Entendemos que es estupendo para los que van en bici o para quienes quieren dar un paseo tranquilamente, incluso para el turismo…, pero ¿qué hacemos los que tenemos que llevar a los niños al colegio si no ofrecen alternativas? ¿Qué hago, los ato al manillar de mi bicicleta y me doy al cambio?

Suelto una carcajada que resuena en mis auriculares.

—Ya te imagino, pedaleando con dos mochilas a la espalda y los niños colgados de tu cintura como un par de monos pequeños —argumento con gracia—. Desde luego, te harías viral en cuestión segundos. Aunque, pensándolo bien, mejor no digo nada, que luego la multa nos la mandan a nosotros.

—¡Y tú te llevarías la culpa por darme la idea! —responde, también entre risas—. Pero,

en serio, parece que solo piensan en unos pocos, y los demás… ¡que nos las arreglemos como podamos!

—Pues mira, Luisa, aquí tienes tu altavoz. Que sepan que necesitamos un plan para todos los que circulamos por las calles de Leganés, sin olvidar el tema de cómo reducir la contaminación. Para que conste, aquí apoyamos más zonas verdes.

—Muchas gracias, Candela. Un saludo a todos, ¡lo hacéis genial! —se despide nuestra oyente.

Tras colgar la llamada, Olga me señala un mensaje destacado en la pantalla.

—Atención, esto es oro puro. Una peatona sugiere sombrillas para bicicletas, como las de los carritos de bebé, para evitar quemarnos en verano o mojarnos con la lluvia. Ya lo veo venir: negocio nuevo, alquiler de sombrillas para ciclistas. Llévate dos y te regalamos un timbre, porque… tampoco queremos accidentes.

Las risas llenan el estudio, y los mensajes siguen llegando. Durante la siguiente hora y media comparto varios de ellos con los oyentes y respondo un par de llamadas más. Luego hacemos nuestra foto diaria para las redes sociales, cierro mi cuaderno de notas, recojo los papeles y, tras quitarme los auriculares, me dejo caer un momento en la silla antes de ceder el estudio al equipo de media mañana.

Apenas tengo un segundo de descanso cuando una voz enérgica interrumpe mi tranquilidad.

—¿Tienes un radar especial para encontrar a los oyentes que están más locos o es un talento innato? Porque no te imaginas la cantidad de mensajes, y con qué tono llegan… —Jaime, mi compañero más joven y encargado de las redes sociales, parece alucinado.

Se nota que todavía no lleva mucho tiempo aquí.

—¿Qué puedo decir? Nos entendemos bien —respondo con falsa modestia—. Tampoco es que tú te quedes atrás.

—¿Yo? ¡Pero qué dices! Si soy un santo.

—Seguro, maestro de los memes. ¿Qué idea se te ha ocurrido ahora?

Su sonrisa se amplía mientras busca su teléfono para mostrarme un mensaje publicado en nuestras redes: «Nuestra jefa propone ventiladores personalizados para ciclistas. ¿Buena idea o nuestra próxima moda absurda? ¡Ya podéis votar!».

—Un día de estos nos van a cerrar el chiringuito. —Niego con la cabeza, entre divertida y algo cansada.

Últimamente, no soy capaz de salir de la emisora sin sentir el peso del mundo sobre mí.

—Ese día, te prometo compartir mi sueldo contigo.

—Tu sueldo no me da ni para un café.

—Hablando de café, ¿te vienes a tomar uno? —nos interrumpe Olga, apareciendo de repente.

Los tres nos miramos en silencio, hasta que Jaime finalmente abre la boca como si supiera que sobra entre las dos:

—Yo vuelvo al trabajo. Aún me queda mucho por hacer.

Se despide con un abrazo, y después suelto el aire lentamente, vaciando por completo mis pulmones.

—Estos jóvenes nos van a drenar la poca energía que nos queda un día de estos —bromea mi productora, haciéndome arquear una ceja.

—Que tampoco tenemos ochenta años, mujer… —protesto.

—No, pero tu cara me dice que estás agotada. ¿Tengo razón o no? —Levanto las manos en señal de rendición, y ella parece más satisfecha por haber acertado que por la cantidad de oyentes que hemos tenido durante el programa—. Eso lo arreglamos ahora mismo. Además, así me cuentas cómo van los preparativos.

—Uf, ni me lo menciones.

Estoy a punto de soltar una retahíla que libere toda la presión que llevo acumulada en el pecho desde hace semanas, pero decido guardármelo. No quiero enfrentarme a las miradas curiosas de los compañeros, que siempre están pendientes de cada pequeño detalle del que sacar su jugo. No es la primera vez que un tema personal se convierte en la comidilla de los pasillos, y ya tengo suficiente encima como para sumar más tensión. Eso lo reservo para las dos horas en línea y las pocas ocasiones en las que interactúo directamente en nuestras redes sociales.

Cuando apago el micrófono, dejo de ser la locutora apasionada y me convierto en una mujer normal que disfruta de las pequeñas cosas: una buena taza de café, organizar listas de reproducción en *Spotify* para cada momento del día. Ahora mismo, me encantaría encerrarme en mi despacho para preparar el próximo programa mientras escucho mi favorita. Pero llevarle la contraria a Olga suele salir caro: su curiosidad puede convertirse en un interrogatorio intenso, y por ahora, es mejor saldar esa deuda cuanto antes.

Las calles se mantienen a un ritmo frenético, pero logramos encontrar una mesa libre en el café frente a las oficinas, donde el dueño nos recibe con su habitual sonrisa.

—¿Lo de siempre? —pregunta en cuanto nos ve.

—Pero doble, por favor. Necesito recargar pilas.

—La organización de la boda la tiene agotada —añade Olga con descaro. Le doy un codazo e intento callarla, aunque parece casi imposible. Su expresión de «¿y ahora qué?» me hace fulminarla con la mirada. La agarro del brazo y la arrastro hacia el fondo del local, donde me quito el abrigo y me dejo caer en la silla con evidente cansancio.

—¿Por qué te enfadas tanto? Tampoco he dicho nada que no sea verdad.

—Porque así no me ayudas. Sabes que estoy hasta el cuello de trabajo, y encima me atosigas con el tema de la boda.

—Ni que no quisieras casarte —replica sin pensar.

Mi silencio la sorprende. Tira su abrigo encima del mío, se sienta frente a mí y enseguida busca mis manos.

—Cande… ¿eso es lo que te pasa? —pregunta, está claro que lo suyo es el drama.

—No digas tonterías. Por supuesto que no. —Aparto sus manos con suavidad—. Pero ya sabes cómo es Mónica, lo quiere todo perfectamente controlado. Al final, va a volverme loca. La verdad… —suspiro—, esto no es solo una lista en la que tachar cosas.

—En realidad… sí que lo es —dice con una sonrisa burlona y yo pongo los ojos en blanco—. A ver, ¿qué pasa ahora?

—Lo de siempre. Me pide mi opinión, pero luego elige lo que considera más elegante o lo que mejor combina con los colores de las mesas, del jardín del lugar… Creo que deberíamos dejar más espacio a la improvisación, no sé, ser más espontáneas.

—Pero… sabes con quién te vas a casar, ¿verdad? —Se inclina hacia mí y me toca la frente, como si hubiera perdido la razón—. Mira, sé que no la conozco tanto como tú y que no se puede decir que lo vaya a hacer, pero me han bastado unas pocas salidas en estos años para darme cuenta de qué pie cojea.

—No seas tonta, claro que sé con quién voy a casarme. —Aparto su mano justo cuando llega Manolo con los cafés. Sentir la calidez de la taza en las manos me calma al instante—. Pero está el tema de los invitados: que si la lista, que si las mesas, que si a quién sentamos junto a mi tía porque no soporta a nadie… —Bufo y doy un sorbo largo al café—. ¿Sabes qué? Yo haría una ruleta. Que la giren y se sienten donde les toque, y punto.

Olga arquea una ceja.

—Pues no me parece mala idea.

—Sería una puta locura.

—Exacto, pero también divertido. Aunque claro, a Mónica le daría un infarto si lo sugieres —aclara con una media sonrisa—. Sinceramente, es tan distinta a ti que…

—¿Que… qué? —la interrumpo, fijando mi mirada en ella.

Deja la taza en el platillo y comienza a gesticular, tratando de esquivar el tema, pero no se lo permito y carraspeo para dejar claro que debe continuar.

—Ay, Cande… no sé. Me sorprende que después de ocho años te vayas a casar con ella. Ya sabes lo que pienso, que no encaja contigo. A veces parece… —titubea—. ¿De verdad estás segura de que quieres casarte con ella?

Me quedo mirándola con incredulidad.

—¿Ahora me vienes con esas? No me digas que tú nunca has escuchado eso de que los polos opuestos se atraen.

—Una cosa es que se atraigan y otra es que hayas cambiado por completo. Parece que tu vida es justo lo que has dicho antes: una lista interminable para tachar cosas. —En cuanto lo dice, aprieta la boca y baja la mirada hacia su café, dejando claro que hubiera preferido guardarse lo que piensa.

—Menos mal que querías ayudarme a quitarme un poco de estrés —ironizo. Niego con la cabeza, suspiro y no le doy oportunidad de continuar. Lo último que quiero es que ella termine siendo víctima de mi mal humor—. ¿Sabes algo del podcast?

—Todavía no, pero seguro que pronto nos dicen algo.

El ambiente se vuelve tenso, y apenas intercambiamos palabras durante los diez minutos que tardamos en terminar el café y volver a las oficinas. El bullicio en la emisora y los murmullos que se filtran a través de las puertas de los estudios cambian por completo mi estado, y el malestar empieza a disiparse poco a poco. Entro en mi despacho, cuelgo el abrigo, me siento y pongo los auriculares. Abro el ordenador, y reproduzco una de mis listas favoritas con David

Kushner como protagonista y, por unas horas, logro olvidarme de los dolores de cabeza, la boda y esa conversación que todavía resuena dentro de mí.

2

CANDELA

Los dientes me castañean y corro escaleras arriba en un intento rápido de entrar en calor. El espejo del recibidor me devuelve el reflejo de unas mejillas rojas por el frío, y antes de quitarme los guantes, me froto las manos con fuerza. Me deshago de la bufanda y del abrigo mientras noto la luz tenue que se filtra desde el salón. «Todavía está trabajando», pienso. Avanzo por el pasillo y, efectivamente, encuentro a Mónica con la atención puesta en el ordenador, rodeada de documentos esparcidos por toda la mesa. Ni siquiera se da cuenta de que he llegado hasta que estoy a su lado y le dejo un beso en la mejilla.

—¿Mucho trabajo? —pregunto, pero no aparta los ojos de la pantalla.

—Estoy a punto de cerrar uno de los contratos más importantes de la empresa. Solo me queda redactar un par de puntos clave.

Me siento en la mesa, echo un vistazo rápido a los papeles y estiro el cuello para mirar hacia la cocina, que permanece vacía.

—Y no has parado un segundo, ni para pensar en lo que quieres de cenar…

—No tengo mucha hambre. Además, ya he terminado la distribución. —Mi silencio hace que, por fin, se gire hacia mí y me preste algo de atención—. La de los invitados. ¿No te acuerdas de que te lo comenté esta mañana antes de salir?

—Pensaba que lo íbamos a hacer juntas. Habíamos quedado en eso.

—Sí, pero he pensado que así adelantaríamos trabajo y ya tenemos una cosa menos por hacer. Ahora solo falta que la empresa de decoración confirme que enviará todo lo que pedimos.

—Ya…

La misma sensación que tuve esta mañana al hablar con Olga regresa a mí con una fuerza capaz de oprimirme el pecho. Estoy a punto de decir lo que pienso, pero sé que no servirá de nada. En lugar de eso, estiro el brazo y miro el papel que Mónica ha preparado, con tanta precisión que parece imposible encontrar un error.

—¿Te parece bien así?

Su pregunta me desconcierta, tanto que no sé qué responder. Se queda mirándome con esa expresión seria y penetrante, la misma que usa cuando no quiere discutir.

—Claro, sin problema —miento. Dejo el papel donde estaba y le doy un beso en los labios—. ¿Quieres que prepare algo de cena?

—Mejor pide algo. Seguro que tú también has tenido un día agotador, ¿no?

Su gesto cambia y me sonríe, como lo hizo la primera vez que nos conocimos. Es esa sonrisa cálida, como un rayo de luz que se cuela por una rendija y te invita a explorar un mundo lleno de posibilidades. Así solía ser lo nuestro: un descubrimiento constante que se transformó, con el tiempo, en comodidad. Una rutina que, me doy cuenta, no rompemos ni siquiera en

momentos como este.

Asiento en silencio. Ella sujeta mi mano, la acaricia un instante y luego vuelve a concentrarse en la pantalla. No compartimos ni una palabra más, solo esta conversación automática que hemos repetido cientos de veces. Después le sigue una pesada calma que no me atrevo a interrumpir, por miedo a molestarla o distraerla de lo que hace.

Camino a la cocina, me sirvo un vaso de agua y aprovecho para llamar a nuestro restaurante turco favorito. Hago el pedido de siempre y, acto seguido, voy al dormitorio para cambiarme de ropa.

La tranquilidad que debería sentir al estar aquí no aparece por ninguna parte. En lugar de eso, me invade el cansancio acumulado de todo el día en la emisora, y me doy cuenta de que esto era algo que Mónica debería haber hecho, hacer que me sienta más tranquila y no como un mueble más en esta casa.

«Es que me sorprende que llevéis ocho años y te vayas a casar con ella. Ya sabes que no pega nada contigo…».

La voz de Olga resuena en mi cabeza como una advertencia que no he sido capaz de ignorar, por más que he intentado enterrarla. Me quito las botas de un puntapié y dejo la ropa hecha un ovillo en el suelo. En otro momento, habría ido directamente a la ducha, pero el gesto de Mónica aparece en mi mente, así que la recojo y coloco en su sitio antes de encerrarme en el baño con un cúmulo de sensaciones horribles que revolotean en mi estómago.

No va a venir a preguntarme nada. Probablemente ya suponga que he pedido la cena al mismo restaurante de siempre. Estoy tentada a cancelar el pedido, pero dejo el móvil sobre el lavabo y abro el grifo de la ducha.

El vaho sube rápido, empañando el espejo. Al menos así no tengo que ver el reflejo del gesto vacío que arrastro conmigo a todas partes. Un vacío que suelo disimular con sonrisas para aparentar que todo está bien.

—Esto es un desastre… —susurro en voz alta.

Decírmelo no sirve de nada, y menos si no soy capaz de hablarlo con quien debería ser la persona que mejor me entiende. Ella tendría que saber cómo me siento sin que necesite explicárselo. Pero no es así, y no puedo evitar sentir que es culpa mía. No debería haberle dicho que me parece bien que organizara las mesas de la boda, ni los colores, las flores o la sesión de fotos. Le prometí a mi hermano que él sería quien las haría, pero Mónica insistió en lo contrario.

«¿De verdad quieres que tu hermano se pase todo el día de tu boda sin sentarse un segundo?».

Su excusa vuelve a mi mente mientras el agua caliente recorre mi cuerpo, llevándose la rabia y el malestar, aunque no logra disipar la tristeza y el vacío que permanecen dentro de mi pecho.

Salgo de la ducha y envuelvo mi cuerpo en una toalla. Hago lo mismo con el pelo y miro la hora en la pantalla del teléfono. Al menos tengo unos diez minutos para estar tranquila antes de que llegue la cena. Sé que necesito dar un paso adelante y decirle a Mónica las cosas que no me parecen bien. Por mucho que la ame y admire su faceta organizada, esto es cosa de dos, y quiero involucrarme más en lo que debería ser el día más importante de nuestras vidas.

Mi reflejo en el espejo, a través del vaho, se ve borroso, pero lo suficiente para notar

que no soy la misma Candela que comenzó esta relación hace ocho años.

—Son solo los nervios de la boda, seguro —me digo en un murmullo. Mi voz se corta al escuchar el sonido de una llamada y al ver que es Raúl, mis ojos se iluminan—. ¿Ya has vuelto de Berlín, hermanito?

—*Hallo*, señorita… bueno, casi señora —bromea, y ese pequeño comentario consigue sacarme la primera sonrisa de la noche—. Llegué hace media hora. Estoy reventado, pero no podía irme a casa sin saber cómo estás. ¿Qué tal ha ido todo estos días? Apenas he podido escuchar el programa un par de veces.

—No te preocupes, sigues siendo mi fan número uno —respondo mientras pongo el altavoz y me quito la toalla para secarme un poco el pelo—. La verdad es que bien, aunque estoy agotada. Ser original hoy en día cuesta mucho.

—A ti te sobra la originalidad y también las ideas. Por algo vas a ser productora algún día. ¿Y los preparativos? ¿Mónica sigue queriendo controlarlo todo?

—Shhh, estás en altavoz. Habla más bajo —le ordeno mientras abro la puerta del baño para asegurarme de que no nos escucha. La habitación está vacía, por suerte.

—Entonces eso es un sí —concluye él—. ¿Cuándo piensas hablar con ella? ¿Cuando firméis los papeles y pases un día de mierda porque no contó contigo para nada?

—Estás de mal humor, ¿eh? —intento restarle importancia, pero sé que tiene razón. Raúl siempre ha sido directo, y aunque a veces hable de forma brusca, lo hace porque me quiere. Sus palabras, aunque duras, suelen ser las que necesito escuchar.

—Voy a hablar con ella más tarde —admito mientras seco mi pelo con algo de prisa—. Ya ha hecho la lista de invitados y organizó la distribución de las mesas sin contar conmigo. No me parece justo.

—Nada de lo que hace lo es —responde sin rodeos—. Mira, no soy quién para decirte qué o no hacer…

—Pues parece que eso es exactamente lo que estás haciendo —le interrumpo, intentando mantener la calma.

—¿Tú qué harías en mi lugar? El amor no es lo único que vale en una relación. Te lo digo yo, que…

—Sí, ya sé. Rompiste con tu novia de toda la vida porque hacíais lo mismo todos los domingos. Lo sé, Raúl, lo sé.

—Oye, que si soy una molestia, cuelgo.

—No me molestas, tonto —le respondo, como si pudiera verme negar con la cabeza. Mientras hablo, sonrío y enredo un mechón húmedo de mi cabello antes de soltar un bufido—. Es solo que no quiero discutir con ella. Pero no te preocupes, ya te he dicho que voy a hablarlo esta noche. Ahora tengo que salir, o seguro que se enfada porque llega la cena y yo estoy aquí encerrada.

—Pues sí que estamos bien —protesta. Puedo notar que quiere decirme algo más, pero se detiene—. En fin, ¿te apetece que salgamos a comer este fin de semana?

—Claro, ya te digo cuando. Te quiero.

—Te quiero.

Cuelgo el teléfono, me seco el cuerpo con rapidez y me desenredo el pelo antes de recogerlo en un moño improvisado. El frío se me pega tanto a la piel que necesito cinco minutos para entrar en calor, incluso con mi pijama gordo de felpa, los calcetines altos y mi batamanta favorita.

Cuando regreso al salón, veo que Mónica ya ha recogido su ordenador y el aroma de la comida llega hasta mí de inmediato.

—¿Por qué eres tan terca y no ponemos la calefacción? Para eso está. —Es lo primero que me dice al verme, con las mangas tapándome las manos.

—Porque me gusta este estilo «hogareño», eso de ir abrigada cuando toca. Sé que a ti también, aunque quieras sonar práctica.

—Soy práctica —protesta desde la cocina.

Voy con ella, le doy un beso en la mejilla y la ayudo a servir los platos. Parece molesta, o eso es lo que creo. Podría confirmarlo si no fuera porque la conozco, y sé que este ha sido su humor habitual desde hace meses. La conversación con Raúl vuelve a mi mente, y tengo que morderme la lengua para no soltarlo todo de repente.

Mónica tararea su canción favorita mientras lleva los platos al salón y yo la sigo con las bebidas. La manera en que cuida los detalles, cómo deja la comida servida y arrastra mi silla para que me siente, hace que mi corazón dé un vuelco. Pero no puedo ignorar lo que siento, por mucho que tenga gestos tan tiernos conmigo.

Nos tomamos unos minutos en silencio antes de limpiarme los labios con la servilleta, beber un poco de agua y reunir el valor suficiente para decir:

—Necesito hablar contigo de algo, y no quiero que te enfades.

3

CANDELA

Me despierto con un dolor de cabeza horrible, y no es para menos después de pasar la noche dando vueltas y teniendo pesadillas absurdas. En una de ellas corría sin parar por todo Leganés solo para acabar atrapada en el mismo punto, una y otra vez. Está claro que no manejé bien la conversación con Mónica anoche, pero la forma en que se puso a la defensiva y terminó atacándome con que estoy más pendiente de mi trabajo que de nuestra relación, fue difícil de digerir. Más que nada porque no tiene razón. Desde que nos comprometimos, decidí organizar la boda juntas, pero parece que ella siempre encuentra la manera de hacer las cosas a su manera, sin importar si estoy o no presente.

Me llevo las manos a la cabeza y aprieto las sienes durante unos segundos. Respiro hondo, abro los ojos y noto que el lado izquierdo de la cama está vacío. «Genial, seguro que ha madrugado más de lo normal para evitar cruzarse conmigo». Sin embargo, cuando apoyo los brazos en el colchón para incorporarme, veo una nota sobre su almohada. Frunzo el ceño mientras la leo.

> *«Te he preparado el desayuno. Siento lo de anoche. He dejado el listado en la mesa para que lo revises y me digas qué quieres cambiar. Te quiero».*

Abro la boca, incrédula. No sé qué me sorprende más: si lo del desayuno, que me haya dejado la lista o que se haya disculpado. Con lo orgullosa que es, pedir perdón no suele estar entre sus opciones. Sacudo la cabeza, aparto el pelo de mi cara y vuelvo a tumbarme tapándome con la manta. Preferiría quedarme aquí todo el día, pero le prometí a Nerea, mi mejor amiga, que saldríamos a tomar algo aprovechando que hoy no tengo que ir a la emisora.

Me pongo unos vaqueros negros, un jersey abrigado y me dejo el pelo suelto. Las ondas caen sobre mis hombros, combinando con los tonos marrones del maquillaje que uso para ocultar las ojeras que seguramente son visibles desde kilómetros de distancia.

Cuando salgo del dormitorio, el aroma del café me recibe, aunque ya no esté recién hecho. En la encimera de la cocina encuentro un vaso de zumo y varias tostadas. Puede que sea algo sencillo, pero no puedo evitar sonreír al verlas. Le doy un mordisco a una que está untada con una generosa capa de crema de avellanas y chocolate. Este detalle me recuerda por qué Mónica y yo estamos juntas; nos conocemos tan bien que, aunque este sea un pequeño, me demuestra que seguimos conectadas.

Disfruto del desayuno en silencio, apoyada en la encimera, hasta que el teléfono vibra con un mensaje de mi mejor amiga:

> **Nerea**: Estoy en la puerta. ¿Sales?

Me apresuro a beberme el café, agarro el abrigo y el bolso, y me enrollo la bufanda antes de salir. Me reviso el pelo por última vez y bajo las escaleras del portal corriendo para no darle oportunidad al frío de colarse en mis huesos.

—Buenos días, doña ocupada —me saluda casi emocionada mientras subo al coche.

—Habló la que no ha tenido ni un día libre en dos meses —le respondo, y nos reímos.

—¿Dónde vamos?

—¿Qué te parece si empezamos el año con un chocolate con churros? Porque supongo que no has desayunado.

—¿Importa? —bromeo mientras me pongo el cinturón—. Desayunada o no, nunca diría que no a un chocolate con churros.

—No tienes remedio… —dice, negando con la cabeza. Arranca el coche, y después de concentrarse en el tráfico por unos segundos, me mira de reojo—. Pero, ¿para qué has comido si sabías que ibas a venir conmigo?

—No podía dejar el desayuno sin tocar —confieso, y su expresión me obliga a continuar—. Anoche discutí con Mónica. Esta mañana se fue temprano, pero me dejó una nota disculpándose y hasta me preparó el desayuno.

—¿Mónica pidiéndote perdón? —dice, claramente sorprendida—. Eso sí que no me lo esperaba.

Aprovecha el semáforo en rojo para mirarme, buscando una respuesta que no sea solo palabras.

—Te lo digo en serio. Yo tampoco lo esperaba, pero a lo mejor debería de dejar de sorprenderme tanto.

—O quizá sea su forma de tenerte contenta.

—Nerea…

—¿Qué? Sabes que tengo razón. Niégamelo ahora mismo.

El semáforo cambia a verde, y yo miro por la ventana. Su expresión de «¿Lo ves?» me irrita, porque sé que, por muy poco que sea, también tiene razón. Sin embargo, quiero creer que, por una vez, Mónica siente lo que hizo y no está tratando de contentarme para evitarse futuros conflictos.

—Prefiero no pensar en eso. Ya tuve suficiente anoche, cuando trató de justificar por qué organizó las mesas de los invitados sin contar conmigo.

Nerea frena de golpe, y mis manos van instintivamente al salpicadero, un poco más y me muero del susto.

—¿Qué ha hecho *qué*?

—La última vez que me subo a un coche contigo —le abronco exasperada. El corazón me da un vuelco y noto cómo las pulsaciones me golpean en las sienes—. ¿Se puede saber por qué te pones así?

—¿Porque eso es la gota que ha colmado el vaso? —responde, con los ojos fijos en la carretera. Su tono me deja claro que no está bromeando, y ya me arrepiento de habérselo dicho —. Sinceramente, creo que deberías dejarle las cosas claras de una vez —añade, sin miramientos.

—Y vosotros deberíais dejar de decirme lo que tengo que hacer. Mis padres, mi hermano, Olga… y ahora tú. Estoy cansada de que todos critiquéis a Mónica. Tiene su manera de ser y también la quiero por eso —zanjo casi fuera de control. El calor me sube hasta las mejillas.

Cuando creo que va a decir algo más, Nerea aprieta el volante y arranca sin decir una palabra—. Joder, perdona. No quería sonar como una imbécil —digo, sintiéndome culpable por mi reacción.

—Entiendo que estés de los nervios con todo lo de la boda, pero es que… no parece que seas tú quien se va a casar, Cande. Si te lo decimos es por algo. Sé que estás enamorada de Mónica, que es tu media naranja y que a estas alturas no vas a cambiar su forma de ser. Pero eso no significa que tengas que dejarle hacer lo que quiera cuando, en teoría, esto es cosa de dos.

Nerea habla sin pausa, como si llevara tiempo acumulando estas palabras. Su tono directo y sincero me golpea con fuerza justo donde más duele. Mientras la escucho, siento cómo una maraña de emociones empieza a crecer dentro de mí, apretándose como un ovillo que no deja de hacerse más grande con cada día que pasa. El dolor de cabeza que me ha acompañado desde esta mañana empeora, como si un tambor resonara con cada uno de sus comentarios. Solo quiero zanjar este tema de una vez.

—¿Qué te parece si vamos a donde Joaquín, pedimos esos churros con chocolate y dejamos la boda fuera de la conversación por un rato? Además, tengo algo más importante que contarte.

. . .

Las oficinas donde se encuentra la dirección de la empresa familiar de los Figueroa están en pleno centro. Aunque hace un frío que pela, decido ir andando hasta allí. Necesito este momento para mí antes de darle una sorpresa a Mónica. Cuando llego al edificio de ladrillos oscuros —de quince plantas—, me detengo frente al cristal de la puerta principal. El reflejo muestra lo que el viento ha hecho con mi pelo y me obligo a arreglarme algunos mechones ondulados que han terminado desordenados durante el trayecto.

Tras conseguir cambiar de conversación con Nerea y disfrutar deun buen plato de churros con chocolate, nos pusimos al día sobre nuestros trabajos y el último ligue que la está rondando últimamente. Sin embargo, el punto álgido de nuestra cita llegó cuando recibí un correo electrónico confirmando la entrevista en el podcast *Entre Líneas*, que se grabará pasado mañana.

Los nervios no me han abandonado desde entonces. Lo primero que pensé fue en llamar a Mónica para contárselo, pero decidí esperar. Quiero ver su reacción en persona, compartir este momento cara a cara.

El edificio —como siempre— me recibe con la sobriedad típica de los lugares dedicados al trabajo de oficina: paredes pulcras, gente seria, y apenas un par de sonrisas que se intercambian con prisa. Siento un escalofrío en la espalda mientras mis botas resuenan en el suelo brillante. De hecho, estoy a punto de dar un paso atrás, de girarme y evitar interrumpir a mi prometida, pero algo dentro de mí me impulsa a seguir.

Subo al ascensor y, sin pensarlo dos veces, presiono el botón del octavo piso. Me apoyo contra la pared metálica y dejo que el movimiento del ascensor me lleve hacia donde ella está.

En cuanto salgo, me recibe Paula, su secretaria, quien asiente con una sonrisa y me deja

pasar sin anunciarme. Aun así, me tomo el tiempo de dar un par de toques con los nudillos en la puerta antes de entrar.

—¿Qué pasa? —pregunta Mónica desde el interior.

«Joder… tiene que estar de mal humor», pienso, aunque tampoco sería una novedad.

—He pensado que te vendría bien la visita de alguien que te quiere mucho —respondo mientras abro la puerta. Su expresión cambia de inmediato; las arrugas en su frente desaparecen y su gesto se suaviza, mostrando una sonrisa que podría jurar es totalmente sincera—. ¿Estás muy ocupada?

—Con nada que sea más importante que tú —aclara, y no sé por qué me sorprende el comentario.

—¿Has venido andando? Tienes las mejillas rojísimas.

—Sí, pensé en tener una cita con el frío de Leganés. —La broma le arranca otra sonrisa que guardo para mí, como un pequeño tesoro. Me quito la bufanda, el abrigo y el bolso, y los dejo sobre la mesa de reuniones que hay a mi derecha—. Pero ya estoy entrando en calor con lo guapa que estás.

Me acerco a su silla, inclino y la rodeo con los brazos, dejando un beso en su cuello. El aroma a jazmín de su perfume me lleva de vuelta a la primera vez que estuvo tan cerca de mí. Hay cosas que no han cambiado en ella, y que no cambiaría por nada.

—Al final no voy a poder seguir trabajando por tu culpa —protesta mientras se gira un poco hacia mí y aparta un mechón de mi cara. Me siento a un lado de su escritorio, y su mirada se fija en mí con detenimiento—. ¿Seguro que estás bien?

—Claro que sí, ¿por qué no iba a estarlo? —pregunto, aunque sé perfectamente a qué se refiere. Sus cejas se levantan, y entiendo que habla de lo que ocurrió anoche. Niego con la cabeza, restándole importancia—. Está olvidado. No debí ponerme así. Tú...

—Me equivoqué al pensar que podía hacerlo sola y según mi criterio.

Ella busca mis manos, y en su mirada veo un arrepentimiento sincero. Sé cuánto le cuesta admitir que está equivocada, y aunque otros no lo entiendan o no lo crean, yo lo valoro mucho.

—No pasa nada. Esta noche, cuando lleguemos a casa, nos ponemos a ello. Quiero que lo hagamos juntas, antes de que me ocupe en… otra cosa.

—¿Con qué?

Su curiosidad la lleva a quitarse de la cara un mechón que se ha salido de su impecable recogido, y después, me observa con detenimiento.

—¿Te acuerdas del podcast del que te hablé? —Asiente con la cabeza—. Pues hace un rato me han confirmado el sí a la entrevista. ¡¿No te parece maravilloso?!

—Vaya… no esperaba que lo gestionaran tan rápido —comenta, y su tono me descoloca. Desde luego, no es la respuesta que esperaba—. Supongo que tendremos que ajustar un poco más nuestros horarios. ¿Cuántos días tendrás que estar viajando a Madrid?

—Entre la grabación y la postproducción, creo que serán varios días de idas y venidas. Pero tranquila, no llegaré tarde y podremos seguir con los preparativos.

—Si no, le pediré ayuda a mis padres.

—No, por favor. Quiero que lo hagamos juntas, de verdad. No quiero que parezca que no me importa la boda.

Me doy cuenta de que, de algún modo, he terminado sintiéndome culpable, como si yo fuera la que no está lo suficientemente implicada. Pero sé que no es cierto. Ha sido Mónica quien ha preferido encargarse de cada pequeño detalle por su cuenta, sin más. Aun así, verla tan seria y poco emocionada con lo del podcast me pesa, tanto que decido no contarle nada más.

Puedo imaginar lo que está pensando: «¿Por qué arriesgarte con un proyecto nuevo cuando en la emisora lo tienes todo asegurado?». Esa frase, que me dijo cuando mencioné la oferta de la productora por primera vez, resuena en mi mente como un recordatorio doloroso de que, para ella, nada parece suficiente si esto se sale de su control.

—Está bien. Supongo que tendremos que hacer un esfuerzo y quedarnos más tiempo despiertas por las noches —dice al final. Toma mi mano y la besa con delicadeza. Después recoge unos documentos de su escritorio y añade—: ¿Vas para casa? En diez minutos tengo una reunión con el equipo de exportación.

—Claro… —Me quedo mirándola, algo incómoda, y después añado—: Perdona por venir sin avisar.

—No seas tonta. Sabes que me encantan tus visitas inesperadas. —Me guiña un ojo, pero en su expresión percibo algo distinto, como si lo del podcast hubiera creado un muro invisible entre las dos—. No prepares la cena, ¿vale? Llevaré algo a casa. Así repasas la lista de invitados y me comentas tus ideas cuando llegue.

—Me parece una idea maravillosa —afirmo mientras me pongo el abrigo y me ajusto la bufanda. Tomo el bolso y le doy un beso rápido en los labios—. Nos vemos más tarde.

Mónica asiente, pero no dice nada más. Salgo de su despacho y siento cómo el nudo en mi pecho se hace un poco más grande.

4

SONIA

Madrid. Dos días después.

—La iluminación está perfecta, que los focos no alteren el escenario; quiero que se vea lo más natural posible, acorde a nuestra invitada. —Mi equipo toma las últimas anotaciones mientras yo me coloco detrás de la cámara para comprobar cómo se verá todo.

Aún faltan un par de horas para que comience la grabación, pero llevo en el estudio desde primera hora de la mañana. Necesito asegurarme de que no haya ningún detalle que se quede sin supervisión. Combinar este trabajo con otras producciones de televisión sigue pareciéndome un reto enorme, y aunque muchas personas de mi entorno no lo entienden, estar en este podcast no es solo ponerme a grabar entrevistas sin más. Para mí, tienen la capacidad de conectar con la gente, de darles algo con lo que puedan identificarse.

Enfoco la cámara una vez más, y tras revisar tres veces que todo está bien, guardo el bolígrafo en uno de los bolsillos de mi chaleco.

—Candela ya ha confirmado que está de camino. ¿Has investigado un poco sobre ella? —La productora, Mercedes, se pone a mi lado y observa el escenario como si fuera la primera vez que lo ve.

—¿Para qué me lo preguntas si ya sabes la respuesta? —comento, y ella sonríe como siempre—. Ya sabes que me gusta conocer a la gente cuando se sientan en esa silla y tienen el micrófono delante. Aunque no te lo voy a negar… —Levanto las manos—. Últimamente también me he convertido en una oyente de su programa, esa mujer tiene… algo especial.

—¿Algo especial? —repite burlona, con una ceja levantada.

—Chispa —aclaro.

Me guardo las manos en los bolsillos de los chinos oscuros que he elegido para hoy y echo otro vistazo al escenario. Aunque el espacio no cambia, siento que cada nueva persona que lo pisa transforma los elementos con su personalidad. Por eso, me aseguro de que cada detalle esté cuidado al máximo.

—Voy a tomarme un café. Quiero estar al cien por ciento cuando llegue.

—Lo que deberías hacer es ir a tomar algo. No has comido nada desde que llegaste. Candela va a pasar primero por maquillaje, tienes tiempo de sobra. —Abro la boca para protestar, pero Mercedes me interrumpe poniendo un dedo delante de mis labios—. Ni se te ocurra llevarme la contraria.

—Vale, vale… pero no más de cuarenta minutos. Ni uno más, ni uno menos.

Ella pone los ojos en blanco mientras doy media vuelta para salir. Levanto una mano y me despido, dispuesta a ignorar cualquier réplica que pueda lanzarme.

La cafetería del estudio está abarrotada. El bullicio de este lugar siempre me pone de los nervios, especialmente en hora punta. Pido un cruasán vegetal y un refresco. Tan pronto me lo sirven, busco una mesa apartada donde pueda concentrarme.

Una vez sentada, comienzo con mi pequeño ritual. Saco mi cuaderno, un bolígrafo, y antes de dar el primer bocado, observo a la gente que me rodea. Desde muy pequeña, me empezó a fascinar cómo las personas se mueven: los gestos de sus manos, la manera en la que cruzan las piernas, el leve arqueo de sus cejas cuando algo las sorprende, o el ritmo con el que sonríen mientras conversan con sus más allegados. Esos detalles siempre me inspiran, y pronto empiezo a llenar una hoja limpia con ideas que poco a poco se entrelazan en algo más grande.

Pienso en informarme un poco más sobre Candela, pero sigo debatiéndome entre ser completamente profesional o dejar que mi primer encuentro con ella se convierta en algo espontáneo. Al final, caigo en la tentación. Mientras mastico mi cruasán, busco el Instagram de *Voces Urbanas*. En algunas fotos de sus grabaciones, su sonrisa parece hablar por sí sola. Es evidente que ama lo que hace, que siente pasión por estar frente a un micrófono.

Bloqueo la pantalla y suspiro, tratando de dejar de lado las expectativas. Mercedes me aseguró que es una profesional con todas las letras, una persona sencilla y también peculiar, que va a aportar frescura y dinamismo a la entrevista, y por mi parte, estoy deseando comprobarlo.

Me termino el cruasán y anoto algunas ideas más en el cuaderno. Estoy tan absorta en mi mundo que no me doy cuenta de que el tiempo ha pasado volando. Cuando miro el reloj, me apresuro a recoger la mesa y regreso al estudio. El movimiento en los camerinos es evidente. Al cruzar el pasillo, veo la puerta de la sala de maquillaje entreabierta. Desde dentro salen las risas que flotan en el aire como una melodía atrayente que hace que me quede quieta unos segundos, atrapada por el sonido. Cuando estoy a punto de asomarme para ver quién está dentro, mi teléfono vibra.

—Dime, Mercedes. ¿Qué pasa?

—Sé que te pedí que te tomaras un descanso, pero necesitamos que vuelvas cuanto antes. Tenemos un problema de última hora.

—Voy ahora mismo. —Echo la cabeza hacia atrás con frustración y me guardo el móvil en el bolsillo trasero del pantalón—. Sabía que no tendría que haber bajado a comer…

Cuando entro al estudio, encuentro a todos moviéndose como pollos sin cabeza. Parecen hormigas desorientadas, que no tienen idea de qué hacer. Me quedo parada un momento, imaginando lo peor, hasta que Mercedes me ve y su expresión cambia al instante.

—¡Menos mal que ya estás aquí! Uno de los becarios ha tropezado y ha tirado abajo parte de la decoración. —Se aparta para mostrarme el desastre, y abro la boca, incrédula—. Necesito algo rápido. No quiero que la invitada piense que somos poco profesionales.

En el suelo, varios trozos de cerámica están esparcidos junto con un montón de tierra. También han caído al suelo las dos siluetas de los edificios, que estaban colgadas en las paredes como elementos tridimensionales, dando un toque sofisticado al espacio. Suspiro profundamente, pongo las manos en mi cintura y me esfuerzo por pensar en algo rápido. Enseguida recuerdo los cuadros distribuidos por los pasillos del estudio de grabación, especialmente uno en la recepción: una vista aérea de Madrid que tomé hace un par de años.

Esbozo una sonrisa y busco con la mirada al becario que ha provocado este caos. Su

rostro refleja cuánto le afecta la situación. Me acerco, pongo una mano en su hombro e intento calmarlo. Todos hemos tenido principios difíciles en el mundo laboral, y sé que lo mejor que podemos hacer en estas circunstancias es apoyar, brindar confianza y recordar que los errores también forman parte del aprendizaje profesional.

—Está bien, escucha. Trae un marco grande que está en recepción, el de la foto en blanco y negro de Madrid. ¿Sabes cuál es? —Él asiente con rapidez—. Vamos a darle un toque diferente al estudio.

—Lo siento mucho, de verdad. No quería... Tropecé con los cables y, para evitar que las cámaras...

—Tranquilo. Son cosas que pasan. Ahora ve a por esa fotografía.

El becario se marcha corriendo, y yo observo cada pequeño detalle que nos rodea. Mientras el equipo recoge la tierra del suelo, voy hasta la entrada, tomo una de las plantas que están allí y la coloco en el lugar de la maceta rota. Es un cambio sencillo, pero elegante, que armoniza perfectamente con el escenario. Miro el reloj: todavía tengo casi media hora antes de que empecemos a grabar el programa y antes de eso voy a tener que ajustar otra vez la iluminación para que no haya ningún tipo de reflejo indeseado sobre el cristal de la fotografía.

Mercedes da algunas instrucciones al equipo, y yo me acerco a una cámara para comprobar el enfoque mientras espero que todo quede listo.

—¡Candela! ¡Qué alegría verte! —Escucho de repente.

Me giro y veo a nuestra invitada entrar en la sala. Su pelo ondulado cae con gracia sobre sus hombros, y luce la misma sonrisa encantadora que vi en las fotos hace un rato. Tras saludar a la productora con dos besos, esta se sobresalta al descubrir una marca de carmín en su mejilla derecha. Candela niega con suavidad y, con un par de toques delicados, limpia la mancha. Observo la escena, incapaz de apartar la mirada. Hay algo en ella que me resulta extrañamente familiar. No sé si es su porte, su forma de caminar o esos ojos cálidos y marrones que me miran justo antes de recorrer con la vista el conjunto de cámaras, cables y el decorado que hay frente a ella.

—Y esta es Sonia, la maestra de ceremonias. Sin ella, no habría podcast —anuncia Mercedes con entusiasmo.

—No exageres, que eso no es verdad —protesto, sintiendo un nudo en la garganta. Los nervios me invaden mientras me pierdo nuevamente en la mirada de Candela—. Encantada de conocerte —añado, extendiendo la mano.

—El placer es mío. Me encanta tu trabajo. Cuando Mercedes me dijo que eras la directora de fotografía, ¡me puse hasta nerviosa!

—¿Por qué? Si no muerdo... —comento, como una tonta. Candela alza una ceja y, de repente, suelta una carcajada.

—A mí también me dijo que aquí me sentiría como en casa, y acabo de comprobarlo. Supongo que ya te lo habrán dicho, pero... Candela Núñez, encantada.

Al estrechar su mano, un escalofrío recorre mi brazo. Cuando sonríe, las pequeñas arrugas en sus comisuras me evocan una sensación inquietante, como si esta escena ya hubiera ocurrido antes.

—¿Nos hemos visto en alguna grabación? ¿Quizá en algún evento?

—No lo creo. Es mi primera vez aquí... aunque espero que no sea la última —aclara mientras retira su mano con naturalidad.

En ese momento, el becario regresa con la fotografía, y carraspeo para romper la tensión.

—Bueno... ya casi estamos listos. Solo necesito hacer unos ajustes de última hora. Será rápido.

—Es que hemos tenido un pequeño contratiempo —explica Mercedes.

—Gajes del oficio, ¿verdad? —comenta Candela como si supiera bien a qué se refiere.

Me quedaría hablando con ella todo el tiempo del mundo, intentando descifrar por qué su voz me resulta tan familiar. Quizá solo sean tonterías mías, fruto de los nervios por los imprevistos, pero al final, ignoro ese pensamiento y me dispongo a colocar la cámara, asegurándome de que todo esté perfecto para Candela.

Mientras la coloco y la enfoco bien, ajusto los últimos detalles sin dejar de pensar en ella. Hay algo en su forma de sonreír que me resulta familiar, como una sensación de *déjà vu* y me pregunto, si de verdad hemos coincidido antes o si es mi mente jugándome una mala pasada. Es extraño, pero el sonido de su voz ha evocado sensaciones que permanecían dormidas dentro de mí, provocando una reacción en cadena frente a la que soy incapaz de mantener la calma a pesar de estar concentrada en encontrar soluciones para arreglar el decorado. Y aunque todavía tengo ese nudo en el estómago, aprendo a improvisar, y a no perder la compostura antes de empezar a grabar.

5

CANDELA

Me acaricio las manos un par de veces, las apoyo sobre los muslos y vuelvo a repetir el gesto. Los nervios todavía están conmigo, y el leve zumbido del equipo que me rodea me recuerda exactamente dónde estoy. Aunque lo que voy a hacer hoy tiene similitudes con un programa de radio, siento que estoy en un mundo totalmente nuevo, algo que me saca por completo de mi zona de confort.

A mi derecha, Mercedes nos observa en silencio, y detrás de una cámara, Sonia da las instrucciones necesarias para empezar a grabar en cuestión de unos segundos.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno…», cuento para mí misma. La luz de grabación se enciende, y empezamos.

—Bienvenidos a *Entre Líneas*, el espacio donde analizamos la actualidad desde un ángulo fresco, dinámico y, sobre todo, sin filtros. Hoy nos acompaña una invitada muy especial: Candela Núñez, presentadora del exitoso programa de radio *Voces Urbanas*, un fenómeno que ha marcado tendencia en los últimos años. Candela, ¿cuál crees que es la clave de tu éxito?

Estrella, la presentadora, me da la bienvenida con una pregunta sencilla. Sus palabras calman mis nervios iniciales, y de repente, me siento como en casa, en mi elemento, en un lugar que respira de mi esencia por todas partes. Sonrío con naturalidad, como si estuviera en mi propio estudio.

—Creo que lo más importante es la conexión que tenemos con la gente —respondo—. Hablamos de lo que ocurre aquí y ahora, pero siempre desde un enfoque humano y cercano. Me gusta que los oyentes sientan que tienen un lugar donde sus ideas importan, incluso si parecen un poco descabelladas.

Mientras hablo, vienen a mi mente los momentos más memorables del programa, esos en los que las ideas más disparatadas terminan por conectar con cada persona que nos escucha, incluso con las personas que hacemos el programa.

—Locas o no, esas ideas parecen acercarnos más a una sociedad que vive con prisa, sin tiempo para reflexionar sobre muchas cosas —añade ella—. Según hemos investigado, gran parte de tu éxito se basa en dar voz a quienes no suelen ser escuchados.

—Exactamente. Esas sugerencias curiosas o poco convencionales son las que dan vida al programa. Personalmente, me encanta cuando alguien llama con una idea que parece absurda, y de repente se convierte en el tema del día porque todos tienen algo que aportar. Al final, esas «locuras» son reflejo de nuestra creatividad como sociedad, y muchas veces llegan hasta quienes tienen el poder de hacer cambios.

—¿Y nunca sientes que hay demasiadas voces? Es decir, ¿no te resulta abrumador gestionar un espacio donde no siempre hay consenso o donde hay tantas opiniones?

—Sí, claro que sí. A veces, el estudio parece un ring de boxeo. No sabes si estás

moderando o esquivando golpes. Pero creo que ahí está la magia —bromeo, enfatizando lo que digo con las manos—. Necesitamos ese ruido, porque dentro del caos suelen surgir ideas brillantes. Si el mundo está lleno de voces, ¿qué sentido tendría silenciar algunas, incluso cuando no estamos de acuerdo?

Las sonrisas se reflejan en los rostros de los técnicos y del equipo. El micrófono frente a mí se siente como una extensión natural de mi propio yo, y en este momento creo que podría quedarme aquí todo el día.

—Eso es justo lo que queremos en *Entre Líneas*: diversidad de opiniones y personas que aporten su granito de arena —afirma Estrella, dándome la razón—. Cambiando un poco de tema, tú trabajas en temas de actualidad, pero, ¿cuáles te afectan personalmente? ¿Qué es lo que más te mueve a ayudar a los demás?

—Ufff, buena pregunta… —respondo mientras me guardo un mechón tras mi oreja y cruzo las piernas. Mi mano descansa en el muslo, acariciando la tela del pantalón en un gesto casi automático—. Creo que me impactan especialmente los temas relacionados con la igualdad y el acceso a oportunidades. La idea de que alguien no pueda cumplir un sueño por falta de recursos o apoyo de los que tienen que dárselo me revuelve el estómago. Por eso, intento dar espacio en el programa a personas que no tienen otra plataforma para ser escuchadas.

—Eso es admirable, y creo que por eso *Voces Urbanas* ha generado tanto impacto. Pero, ¿hay algo de lo que no hablas en tu programa y que te gustaría tratar aquí?

El micrófono frente a mí parece una lupa gigante que examina cada palabra que quiero decir. Al girar la cabeza, me encuentro con la mirada de Sonia, que observa tras su cámara como si quisiera captar algo más que mis palabras.

—Quizá… —empiezo, y me detengo un segundo—. Quizá hablaría más sobre los miedos. Muchas veces tenemos miedo de expresar lo que realmente pensamos o queremos porque no encaja con lo que otros esperan de nosotros. Es algo que también me ocurre a mí. —Bajo la mirada un instante y sonrío, al instante me doy cuenta de que lo que ha pasado estas últimas semanas, reluce a mi alrededor, como si aquí pudiera desahogarme —. Creo que todos, en algún momento, hemos preferido callar por miedo a herir a alguien o romper algo valioso. Pero esos miedos son lo que nos hace humanos, ¿no?

El equipo me observa con atención, como si entendieran perfectamente el peso personal de mis palabras.

—Candela Núñez, presentadora de *Voces Urbanas* y agitadora de conciencias —dice Estrella, logrando que vuelva a sonreír—. Creo que vamos a tener que invitarte más a menudo.

De repente, el estudio se vuelve más pequeño para mí. El aire creativo y funcional comienza a transformarse en algo sofocante. Mis ojos intentan encontrar refugio en la decoración de las paredes o en los micrófonos que capturan cada detalle. Pero haber abierto esa puerta dentro de mí hace que mi corazón lata desbocado, a toda prisa. Ni siquiera sé si la entrevista continúa, hasta que un ruido me devuelve a la realidad, y después, el movimiento a mi alrededor se hace más notorio.

—Tenemos un problema con la cámara principal —anuncia Sonia, y paran la grabación.

—Dios mío, ¿qué más puede pasar hoy?

Escucho a Mercedes hablar mientras alguien le pasa una botella de agua. Al echar un

vistazo a mi alrededor, me doy cuenta de que la decoración no es exactamente como la que he visto en sus videos de Instagram. Sin embargo, me quedo en mi lugar, tratando de no intervenir. Al fin y al cabo, estoy aquí como entrevistada, nada más. Echo un vistazo a mi alrededor y mis ojos se detienen en Sonia, quien se inclina sobre la cámara, saca algo de uno de los bolsillos de su chaleco y aparta de su rostro un mechón de cabello rubio oscuro. Sus ojos verdes, intensos y atentos, recorren el lugar con rapidez.

—¿Va todo bien? —pregunto, incapaz de quedarme callada.

—Parece que el estabilizador está fallando —me comunica, su voz se nota frustrada, aunque hay algo más que no soy capaz de detectar.

Se agacha frente a la cámara con una facilidad que solo alguien experimentado podría tener. Sus manos se mueven con precisión mientras ajusta algunos engranajes, como si estuviera afinando un instrumento delicado, en un espacio íntimo que solo es de ella. Cuando termina, prueba el enfoque nuevamente.

—Qué complicado… —murmuro, intentando descifrar lo que hay delante de mí.

—No tanto. A veces el calibrado se desajusta durante el transporte o cuando vamos más deprisa de lo normal. ¿Alguien me pasa el monitor portátil? —pide, y un chico lo trae de inmediato. Sonia conecta los cables y continúa explicándome el proceso—. Cuando usamos cámaras como esta en un espacio reducido, la profundidad de campo puede jugar en nuestra contra. Lo ajustamos, hacemos un par de pruebas y todo vuelve a la normalidad.

Hay algo hipnótico en la manera en que se mueve, en cómo combina confianza y serenidad, pasión y profesionalismo. En cuestión de unos segundos, las pantallas muestran un encuadre perfecto de los sillones y la pared, como si nada hubiera salido realmente mal.

—Ahí lo tienes —comento sin pensar.

Sonia se asoma desde detrás de la cámara, observa el monitor y luego dirige su mirada al fondo de la sala.

—Que alguien mueva esa planta un poco a la derecha. Necesitamos más equilibrio en la composición.

El cosquilleo en mis manos se intensifica. Me encanta la gente que presta atención a los detalles, que disfruta lo que hace con pasión y entrega, con tantas ganas que eso se nota en el aire.

—Siempre salvándonos el día —dice Mercedes, visiblemente aliviada.

—Es mi trabajo —responde Sonia con una sonrisa apenas perceptible. Se acerca a mí y ajusta el cuello de mi *blazer* con delicadeza—. ¿Preparada para convertirte en la estrella del podcast?

—Claro… —titubeo, sin poder igualar su confianza.

Vuelvo a sentarme frente al micrófono, pero la seguridad que transmite Sonia me deja algo descolocada. Desde su lugar tras la cámara, no dejo de notar cómo se mueve con esa misma naturalidad que parece impregnarlo todo.

El nudo que sentía en la garganta desaparece poco a poco. Hay algo en su actitud que me calma, como si me estuviera diciendo, sin palabras, que todo está bajo control. Mientras intento concentrarme, tengo la sensación de que su esfuerzo por ajustar los detalles ha sido

también una manera sutil de darme un respiro.

Desde mi asiento, apenas puedo apartar la vista de ella. No es solo lo que hace, sino cómo lo hace. Para muchos, podría parecer un trabajo más, pero para Sonia se nota que significa algo de verdad. Su energía se percibe y viaja por la sala, llenándola de un sentir que es contagioso.

La veo asentir hacia Estrella, luego morderse el labio inferior mientras ladea ligeramente la cabeza. Guarda las manos en los bolsillos de su chaleco y me lanza una mirada fugaz. Carraspeo y trato de centrarme de nuevo en la entrevista, aunque no puedo evitar darme cuenta de que su atención sigue fija en mí, lista para intervenir si algo sale mal.

6

SONIA

Casi tres horas después, la grabación del capítulo termina con apretones de manos y abrazos entre todo el equipo. Las risas han estado presentes durante buena parte del tiempo, y Candela no ha vuelto a mostrar ni un ápice del nerviosismo que la atacó en los primeros minutos. De hecho, creo que podría quedarse aquí y seguir grabando hasta agotarse. Es evidente que disfruta estar frente a un micrófono, aunque las cámaras no sean del todo su ambiente.

Nuestra productora se despide de ella, y yo la observo desde mi posición. Candela se despereza levantando los brazos y busca algo en el bolsillo de su *blazer*. Luego se recoge el pelo en un moño informal, dejando caer algunos mechones sobre su rostro. Aunque se le nota el cansancio, no pierde la sonrisa. Desde lejos, veo cómo revisa su teléfono, y por su expresión diría que no le gusta lo que lee en la pantalla.

Camina hasta la mesa al fondo del estudio, abre una botella de agua y le da un trago largo antes de secarse los labios con el dorso de la mano.

Debería estar ayudando a recoger el equipo. Nunca dejo que nadie toque las cámaras sin supervisarlas, pero por alguna razón me quedo quieta, observándola. Decido pedir a mis asistentes que se encarguen de todo, dejándoles claro que tengan cuidado, y una vez hecho esto, tomo otra botella de agua y me acerco a ella.

—Al final te has sentido como en casa —apunto, antes de aprovechar para beber.

Candela me mira y arquea una ceja.

—Así que… eso de antes ha sido por mí, ¿no? Porque me notaste incómoda.

Me encojo de hombros y dejo escapar una leve risa.

—Aunque tengas experiencia con los micrófonos, este no es tu entorno habitual. A veces cuesta adaptarse. A mí también me pasa cada vez que empiezo un proyecto nuevo.

—Pues la verdad, parece que te mueves como pez en el agua. Nadie de tu equipo ha notado nada extraño.

—Es que se me da bastante bien disimular —bromeo, llevándome la botella a los labios.

El silencio nos envuelve por un momento. Desde el fondo se escuchan murmullos y el sonido de los maletines y cajas donde guardan el equipo. Me esfuerzo por ignorar los pensamientos que siempre me invaden cuando dejo las cámaras en manos de otros, porque por una vez, quiero estar centrada en algo que no sea el trabajo.

—¿Va todo bien? —pregunta Candela, sacándome de mi ensimismamiento.

—Sí, sí. Solo pensaba en el equipo. Mercedes siempre me regaña porque debería delegar más. Estoy intentando ponerlo en práctica. —Hago una pausa y añado—: ¿Tienes que volver a Leganés ya?

No sé por qué lo pregunto, pero supongo que es porque hace un rato parecía algo

afectada, intranquila, como si necesitara darse un respiro.

—Tenía algo importante que hacer, pero al parecer me han cambiado los planes.

—Entonces… ¿tomamos algo juntas? Así intercambiamos algunas ideas sobre el montaje del programa. Prometo que no te robaré mucho tiempo.

—No te preocupes. Además, me muero de hambre. No creo que pudiera subirme al coche sin comer algo. Los nervios me han traicionado. —Candela se ríe, y el sonido se impregna en mi memoria con delicadeza.

—Pues vamos —respondo sin pensarlo demasiado.

Acabamos en una cafetería cercana que sirve unos bocadillos que quitan el hipo. Candela se zambulle en el local, abrazándose a sí misma como si quisiera protegerse del frío. Mientras busca con la mirada un lugar donde sentarnos, no deja de frotarse las manos, y cuando ve una mesa libre, asiente hacia el camarero tras la barra y deja su bolso sobre una de las sillas.

Se quita el abrigo y la bufanda enrollada al cuello, y repite el gesto de calentar sus manos un par de veces, incluso acercándolas a la boca para calentárselas con el vaho.

—Adoro el invierno, pero estas temperaturas me están matando. Sabía que tenía que haberme traído las zapatillas —protesta, y sus palabras me hacen mirar automáticamente hacia sus pies.

—¿Odias tus botines? —pregunto con gesto divertido.

—Sí, sobre todo cuando me dan frio.

—No entiendo cómo la gente puede ir en falda y tacones con este clima. Yo creo que me congelaría, prefiero las botas calentitas o en su caso, unas buenas zapatillas.

—Eres de las mías, entonces —dice, acomodándose un mechón suelto detrás de la oreja.

Lleva puesto un jersey *oversize* que cubre más allá de sus muñecas y cae hasta la mitad de sus muslos. Es de un verde intenso que resalta sus ojos y combina perfectamente con los vaqueros ajustados que lleva. Y la verdad, no puedo evitar fijarme en lo bien que le queda.

El camarero llega y empieza a teclear en su teléfono.

—¿Qué van a tomar? —pregunta sin reconocerme, a pesar de que he venido aquí varias veces.

Candela y yo cruzamos una mirada, y luego sonríe ampliamente.

—¿Sería muy típico pedir un bocadillo de calamares?

—Me has leído la mente —respondo, apretando los labios al imaginarlo. Antes de darle un bocado ya lo saboreo, y mi estómago se contrae de hambre como respuesta—. Y que sea con dos jarras de cerveza. Tenemos que celebrar que el programa ha ido de maravilla.

—Enseguida lo traigo —responde el camarero antes de marcharse, dejándonos solas.

Candela lo sigue con la mirada por un momento y luego niega con la cabeza mientras esboza una sonrisa ladina.

—No esperaba terminar así el día, pero debo admitir que es un buen cierre.

—Y aún no hemos probado los bocadillos. Vas a querer repetir, ya lo verás.

Candela ríe de nuevo, y el ambiente se llena de una calidez que contrasta con el frío que hemos traído de fuera. Después se queda mirando el ceño fruncido del camarero y deja ir un suspiro.

—Parece que no está teniendo un buen día.

—Mi hermana trabajó en hostelería durante varios años, y había días en los que parecía otra persona. Es impresionante el esfuerzo que hacen, y no siempre se lo sabemos reconocer.

—Ojalá todos fueran conscientes —comenta con un tono de preocupación en la voz. Sin embargo, al mirarme, cambia su expresión, apoya un codo en la mesa con naturalidad y descansa la barbilla en su mano—. ¿Y cómo es que decidiste trabajar en *Entre Líneas*? Porque ese lado artístico que tienes destaca mucho más en otro tipo de producciones.

—¿Has estado investigándome? —bromeo con picardía. Agacho la mirada y niego para mí antes de continuar—. Necesitaba un cambio, darme un respiro y rescatar un poco de inspiración. La verdad es que me vino muy bien cambiar de aires. Aunque sea un podcast con un escenario fijo, donde solo cambian los invitados, siempre aprendo algo nuevo. No solo grabo entrevistas; me gusta observar lo que hay más allá de las palabras, de un gesto, de una mirada… —Mi mente se transporta a unas horas atrás, cuando Candela habló de los miedos, y enseguida puedo rememorar cada detalle—. Las personas suelen contar más con un leve movimiento de labios que con lo que dicen, y eso sigue siendo una fuente inagotable de inspiración para mí.

—Se nota que te encanta lo que haces, que pones dedicación y pasión en ello. Es algo que pocas veces he visto en los últimos años. La monotonía me ha cegado un poco, la verdad.

Frunzo el ceño y, como le he dicho antes, leo más en su expresión que en sus palabras.

—Y quieres cambiarlo, ¿verdad? ¿Por eso aceptaste hacer esta entrevista? Mercedes me comentó que siempre has rechazado hacer algo fuera de la emisora, que esta era una oportunidad única para ti. —Exagero un poco, buscando justo lo que quiero: verla sonreír.

Candela baja la vista hacia la mesa, como si buscara las palabras adecuadas. Su lenguaje corporal la delata; se acaricia las manos, las esconde bajo la mesa y evita mirarme directamente.

—Ahora tengo un papel más importante en *Voces Urbanas*. Estoy empezando como productora, pero sí, es cierto… me gustaría dar un paso más allá. Nunca he sido de quedarme estancada, pero llevo unos años que…

El camarero se acerca otra vez con los bocadillos y las jarras de cerveza, interrumpiéndola. Noto cómo cierra la boca de golpe, quizá porque estaba siendo más sincera de lo que quería. Se encoge de hombros y sonríe para restarle importancia.

—Supongo que te acostumbras a las cosas seguras cuando todo va bien —termina.

—Puede ser —admito, dándole un sorbo a mi cerveza—. A veces nos conformamos con lo que creemos que necesitamos, en lugar de perseguir lo que realmente queremos. Pero el primer paso es reconocerlo, y tú ya lo has hecho.

—Ni siquiera sabía que necesitaba decirlo en voz alta. Eres muy intuitiva.

—Leo bastante bien a las personas. Y contigo… no sé, quizá esté loca, pero tengo la sensación de que esta conversación ya la hemos tenido antes, o que nos hemos cruzado en algún momento.

Le quito el papel a mi bocadillo y le doy un bocado. Su sabor es tan delicioso que cierro

los ojos para disfrutarlo. Cuando vuelvo a mirar a Candela, noto que se ha quedado paralizada por lo último que he dicho. Mis ojos expresan un «¿Qué pasa?» que le hacen sonreír.

—A lo mejor nos conocimos en otra vida, y entonces también me animaste a dar el siguiente paso.

Se recoge otro mechón detrás de la oreja y se encoge de hombros antes de morder su bocadillo, tomándose unos segundos para disfrutar del sabor.

—En cualquier caso —añade, cubriéndose la boca con una mano—, si nos volvemos a ver, te traeré algunas ideas que tengo en mente. Creo que la sociedad está en un momento perfecto para abrirse a cosas nuevas e inspiradoras.

—No podría estar más de acuerdo.

Levanto mi jarra de cerveza para brindar con ella. Su rostro se ilumina, y cualquier preocupación que pudiera haber estado rondándole durante las últimas horas desaparece por completo.

Pasamos así cerca de una hora juntas, hablando de los inicios en nuestros respectivos trabajos, de los momentos en los que sentimos que todo estaba perdido, y de la pasión que ambas ponemos en lo que hacemos. Cada uno de sus gestos se graba en mi memoria, y no puedo evitar lamentar no tener mi cámara conmigo para capturar ese instante en varias fotografías, como si quisiera llevarme de vuelta a casa las sensaciones que recorren mi cuerpo cada vez que pronuncia una palabra, o esboza una sonrisa.

7

CANDELA

Leganés. Al día siguiente.

Mónica guarda un silencio tan profundo que puedo escuchar el murmullo del viento entre las copas de los árboles fuera de casa. Anoche volvió tarde después de una reunión importante y, sin cruzar palabra, ni saber cómo nos había ido el día, nos fuimos a la cama. La verdad es que no logré dormir bien. A eso de las cuatro de la madrugada, me levanté, me envolví en una manta en el salón y anoté algunas ideas en el cuaderno donde guardo mis sueños por cumplir. Todavía no he reunido el valor para compartirlo con alguien cercano: ni mi familia, ni mis amigos, ni compañeros de trabajo, y mucho menos con ella. La única persona con la que me he atrevido a hablar del tema es con Sonia, y la charla que tuvimos ayer se repite una y otra vez en mi cabeza.

El aroma del café recién hecho se mezcla con el de la mantequilla sobre las tostadas. Desde mi lugar, observo a Mónica de espaldas. Este es uno de esos pocos momentos en los que la veo tranquila, sin la sombra de preocupaciones marcándole el ceño, con el cuerpo relajado, como si por fin las tensiones quedaran fuera de estas cuatro paredes.

Cuando sale de la cocina con una taza en una mano y dos platos en la otra, se percata de mi mirada fija y se detiene en mitad del salón. Su boca dibuja una sonrisa radiante y perfecta, esa misma que sacudió todos mis cimientos la primera vez que nos vimos.

—¿Te pasa algo? —pregunta, y yo niego con la cabeza.

—Nada, nada...

Deja el café y los platos sobre la mesa de centro, frente al sofá, y regresa a la cocina para traer mi taza. Se la agradezco con un beso en los labios y después al sostengo entre las manos, dejando que su calor recorra mi cuerpo. Este es nuestro primer sábado libre en meses y, quizás, el momento perfecto para hablar de lo que llevo planeando en secreto.

—Antes de ir a comer con mis padres, podríamos avanzar con la boda. Así terminamos de organizar la distribución de las mesas y empezamos con el menú. Nunca pensé que fuera a ser tan complicado.

—Es importante tener en cuenta que no todos pueden comer lo mismo. No queremos accidentes en plena celebración —bromeo mientras sorbo mi café.

—Mira, si a alguien le pasa algo, hasta lo agradecería —responde con una ironía que me hace atragantarme.

El líquido se me va para el otro lado y empiezo a toser, hasta poniéndome roja. La miro, totalmente incrédula, intentando descifrar si habla en serio. Y nada más verme, estalla en carcajadas.

—No me puedo creer que hayas dicho eso —murmuro, limpiándome los labios.

—¿De verdad piensas que me llevo bien con todos los miembros de nuestras familias?

—replica, rodando los ojos. Toma una de sus tostadas y le da un mordisco antes de añadir—: A veces pienso que tenías razón cuando sugeriste algo más privado.

No sé qué mosca le ha picado, pero delante de mí siento que tengo a una persona totalmente distinta. «Quizá la pelea del otro día ha hecho que se lo replantee», pienso.

—Bueno, ya no podemos cambiar de opinión. Así que debemos ponernos al día con los pendientes, pero antes... quería hablar contigo de algo.

Mis manos se sienten torpes y sudorosas mientras las acaricio en un gesto nervioso. Mónica fija en mí su mirada penetrante y noto cómo su ceño vuelve a fruncirse ligeramente, ese gesto que parece preguntarlo todo sin pronunciar una sola palabra, ella es de esas personas que tienen la capacidad de saber qué es lo que te pasa sin mucho esfuerzo. Deja la tostada en el plato y me doy cuenta de que es ahora o nunca.

—Quiero hacer algo más que presentar *Voces Urbanas* —empiezo, y noto cómo la garganta se me seca—. Me gustaría producir mi propio programa.

Su expresión cambia por completo y se queda boquiabierta. Durante unos segundos, parece estar frente a una desconocida. Busco sus manos y las aprieto con fuerza.

—Llevo años trabajando en la radio, y me encanta lo que hago, pero siento que necesito avanzar, dar un paso más en mi carrera.

—¿Y piensas dejar la emisión? Porque, si es así, no creo que sea buena idea. Has trabajado mucho para llegar a donde estás.

—Es verdad, pero tengo la sensación de que ya no es suficiente —titubeo. Decir esto me está costando un esfuerzo increíble—. ¿Recuerdas cuando nos conocimos? Por aquel entonces, apenas soñaba con presentar un programa, pero siempre tuve muchas ideas. Creo que ha llegado el momento de desarrollarlas.

Mónica suspira profundamente.

—No lo sé, cariño... Pensé que ya tenías suficiente con esa entrevista. Y la verdad, no sé si es buena idea que te distraigas con proyectos secundarios ahora que tenemos tanto que hacer con la boda.

La decepción y el desánimo se arremolinan en mi interior. Su falta de entusiasmo me duele más de lo que esperaba. Siempre la he apoyado en sus decisiones, incluso en aquellas que me parecían cuestionables, por más que siempre haya pensado que seguir el legado familiar no era para ella. Y, sin embargo, aquí estamos: en esta desigualdad que me obliga a soltar sus manos y tener que fingir que no me importa, que esto me duele.

—Tranquila, que eso no va a pasar —aclaro, centrando mi atención en el desayuno.

El silencio que sigue es tan intenso que cada crujido de su tostada parece hacer eco por todo el salón. Incluso la escucho tirar el aire lentamente antes de preguntar:

—¿Qué pasa?

—¿De verdad tengo que decírtelo? —respondo, intentando no perder la calma. Estoy a punto de llorar por la frustración. Dejo la tostada a un lado y tomo aire—. Por una vez pensé que te alegrarías por mí, que entenderías que a veces necesito salir de la rutina de la emisora, que a veces me ahoga y que deseo buscar algo más. No tiene nada de malo querer sentirme realizada.

—Perdona por pensar que ya te sentías así después de tantos años en el programa —

espeta, se levanta del sofá y se lleva el desayuno a la cocina.

—¿Y eres tú la que se ofende? Esto es increíble —respondo, alzando la voz.

—¿Increíble? Ahora resulta que no puedo ni darte mi opinión —replica con indignación, cruzándose de brazos—. La otra noche te enfadaste porque, según tú, quiero organizarlo todo sola, y ahora parece que quieres darte más trabajo para no tener tiempo de ocuparte de los preparativos. De verdad, ya no sé cómo entenderte.

Abro la boca para contestar, pero solo logro sentir una mezcla de frustración, enfado y agotamiento. No es la primera vez que Mónica logra darle la vuelta a la situación, llevándola a su terreno. Respiro profundamente en un intento por tranquilizarme. Me levanto dejando el desayuno sobre la mesa de centro, y camino hacia el dormitorio. Sin pensarlo demasiado, abro el armario y agarro lo primero que encuentro, sin preocuparme cómo pueda quedarme. Me pongo unas zapatillas y, decidida, bajo las escaleras hacia la puerta de casa. Sin embargo, Mónica se interpone en mi camino, bloqueando la salida.

—Déjame salir, necesito un poco de aire.

—No —gruñe y abre los brazos, apoyando las manos en el marco de la puerta.

La escena me desespera. Esto parece una discusión de adolescentes, y estoy al borde de perder la paciencia. Echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y busco una chispa de calma en medio del caos. Cuando estoy a punto de apartarla, ella se adelanta. Sus manos vuelan hacia mi cuello, y el contacto me detiene en seco. Su calidez me desarma, y sus ojos, aunque fríos al principio, recuperan esa mirada que siempre ha tenido el poder de calmarme, esa que guarda todo el amor que nos ha unido durante estos ocho años. Una relación que ha sido como una montaña rusa de emociones, capaz de sacudirme hasta los cimientos, pero también de sostenerme en mis peores momentos.

«No entiendo por qué sigues con ella, cuando son tantas cosas las que os separan», me dijo mi hermano una vez.

Y tal vez tenga razón, pero también hay muchísimas cosas que nos unen. Después de tanto tiempo juntas, no es algo que pueda romperse a la primera dificultad, mucho menos cuando sus ojos encuentran los míos y veo claramente lo que siente, aunque no lo diga.

—Perdona —susurra Mónica, poniéndole voz a lo que ya intuyo—. No es que no esté contenta por ti, es solo que... me da miedo que no encuentres lo que buscas o que termines decepcionada. En la emisora eres feliz. Cada semana superas la audiencia, tienes oyentes y seguidores que te adoran. Es un logro que no muchos consiguen —añade, y sé que su preocupación es sincera.

—Lo sé, pero a veces siento que necesito salir de esa burbuja. Tengo tantas ideas que no puedo desarrollar en *Voces Urbanas*, y al menos… quiero intentarlo.

—Si eso es lo que te hace feliz, entonces hazlo. Tienes todo mi apoyo. —Aunque sus palabras suenan sinceras, son sus caricias las que me confirman que lo dice de corazón.

Nos quedamos en silencio y afirmo antes de abrazarla y hundir mi cara en su cuello. Las manos de Mónica suben por mi espalda y roza mi nuca, poniéndome los pelos de punta.

—Gracias... —acierto a murmurar.

Ella niega con una sonrisa delicada, mientras su mirada se vuelve más cálida. Entonces,

busca mis labios en un beso que me sacude por dentro. Una descarga de emociones recorre cada centímetro de mi cuerpo. Sus dedos, cálidos y firmes, se mueven con rapidez, creando un contraste con el frío que todavía siento en la piel. La ropa desaparece entre caricias, y, sin darnos cuenta, nos dejamos caer en la cama. Lo que comenzó como un grito de desesperación por ser comprendida, se transforma en una batalla de besos y susurros, de caricias y de amor. Y en este instante, vuelvo a sentir que estoy conectada con su corazón, más fuerte que nunca.

8

CANDELA

Pocas veces renuncio a las tardes de domingo con mis padres y Raúl, disfrutando de un buen café, algún dulce casero y juegos de mesa que siempre despiertan nuestra rivalidad. Aunque las discusiones con Mónica se han vuelto habituales en los últimos meses, debo admitir que disfruto enormemente nuestras reconciliaciones y la paz que encuentro a su lado cuando está de buen humor. Llevamos más de una hora de paseo por la ciudad, y estar pegada a ella ha evitado que me congele de frío. Sin embargo, lo que más me gusta es la forma en que entrelaza sus dedos con los míos, con tanta fuerza que escapar sería imposible incluso si lo deseara.

Sus ojos azules se mueven inquietos, explorando nuestro alrededor en busca de un sitio tranquilo para sentarnos. Su hermana llamó hace un rato para avisar que se reunirá con nosotras más tarde, y aunque no me entusiasma la idea de que cuestione los detalles de la boda, tengo que admitir que he echado de menos a mi cuñada.

Las terrazas de la Plaza Mayor están abarrotadas a pesar del frío, y empiezo a pensar que vamos a pasar la tarde dando vueltas sin encontrar un sitio donde sentarnos. De pronto, Mónica tira de mi mano y me guía hacia una mesa libre en uno de nuestros bares favoritos, donde el aroma de las tapas se percibe incluso desde la calle.

—Por más años que pasen, todavía no entiendo cómo puedes comer aquí fuera con el frío que hace —le digo con los dientes casi castañeando.

—Pero si hay calefacción, anda, ponte más cerca —responde con tono burlón—. ¿Y tú quieres que nuestra luna de miel sea en el norte de Europa? No creo que pueda traerte de vuelta viva.

—Ja, ja. Da gracias a que te quiero tanto, porque si no me daba media vuelta y me iba a casa.

—Y yo iría a buscarte y te quitaría el frío de golpe —aclara con una seguridad aplastante.

Una vez más, logra dejarme sin palabras y con ese cosquilleo que últimamente aparece cada vez que se toma estas libertades. No sé si será por el tema de la boda, pero estos días parece moverse entre extremos que me desarman, tanto para bien como para mal.

Abro los ojos escandalizada al verla quitarse la bufanda. Mónica niega con la cabeza y después se sienta, no sin dedicarme un guiño que me provoca una sonrisa al instante.

—Cuando mi tía se entere de que la hemos puesto con tus primos, creo que le va a dar algo.

—Es posible. —Se encoge de hombros—. Pero como voy a estar pendiente de nosotras, no me va a importar mucho. Además, cuantos más «buitres» juntemos en un mismo lugar, mejor. Así se entretienen entre ellos.

La naturalidad con la que lo dice me hace estallar en carcajadas, hasta el punto de que se me llenan los ojos de lágrimas. La gente puede pensar lo que quiera, pero ese desparpajo con el que suelta las cosas es una de las razones por las que me enamoré de ella desde el principio.

Durante un buen rato, nos dedicamos a bromear sobre algunos de los invitados y a recordar anécdotas familiares que queremos evitar el día de la boda. Por suerte, para eso contamos con un «batallón de emergencia»: nuestros hermanos. A pesar de las dudas y los dolores de cabeza que trae la organización, me reconforta hablar de todo esto con ella. Saber que estamos a punto de cumplir con algo que llevamos tanto tiempo planeando me llena de satisfacción y empieza a aliviar un peso que llevaba cargando desde hace semanas. Aunque esto no sea exactamente lo que siempre soñamos, sí es un paso importante en nuestra relación.

«A veces nos conformamos con lo que creemos necesitar, en lugar de hacer lo que realmente queremos». Las palabras de Sonia se aparecen de repente en mi cabeza justo cuando siento el teléfono vibrar en mi bolsillo.

Mientras Mónica llama la atención del camarero, saco el móvil y veo el mensaje entre las notificaciones.

> **Sonia**: ¿Podrías venir a Madrid? Necesito tu ayuda con algo de la entrevista. ¿Cuándo te vendría bien?

No esperaba que me contactara tan pronto después de la grabación. Mi mente comienza a buscar posibles soluciones, justo cuando la voz de Mónica me devuelve a la realidad.

—Cariño, ¿estás aquí? —pregunta, mirándome fijamente.

—Sí, sí, perdona, me he distraído un momento —respondo con una sonrisa. Luego, carraspeo y pongo la atención en el camarero—. Lo mismo que ella, por favor.

Estoy segura de que ha pedido un pincho de tortilla y una jarra de cerveza, algo más que perfecto para la media tarde.

—Carmen dice que está a veinte minutos. No para de quejarse del tráfico. ¿Sabes algo más del tema del centro? —pregunta Mónica mientras revisa su teléfono.

—¿Del centro? —repito, desconcertada.

—¿Estás segura de que estás aquí? ¿Pasa algo? —insiste. Niego rápidamente, tratando de disimular mi desconcierto—. Hablo del tema de los ciclistas.

—Ah, claro. Olga no me ha mandado novedades, pero sé que llegó una petición al ayuntamiento. La gente no lo va a poner fácil —comento, encogiéndome de hombros—. Seguro tendrán que buscarse más alternativas para que todos estén conformes.

—El gran dilema de la humanidad —bromea—. Si todo fuera tan sencillo...

—Pues sí. Pero bueno… ahora mismo no quiero hablar de eso. Prometimos nada de trabajo este fin de semana, ¿recuerdas?

—Vale, vale. Esta vez asumo la culpa. —Levanta las manos en señal de rendición. Después echa un vistazo a su alrededor, con semblante tranquilo, más de lo que he visto en los últimos días—. La verdad, ya ni recuerdo cuándo fue la última vez que vinimos aquí juntas. Parece que haya pasado una eternidad.

—Eso no, pero sí un par de meses, diría que hasta tres —respondo, intentando aliviar la tensión en su mirada. Sujeto su mano y la acaricio suavemente—. Sé que las dos hemos estado

ocupadas, y reconozco que yo tampoco he puesto mucho de mi parte. Pero vamos a organizar la boda de nuestros sueños, no lo dudes.

—Yo, con tener un día tranquilo y firmar los papeles, tengo suficiente —comenta con aparente despreocupación mientras agradece al camarero por la rapidez con las cervezas.

Frunzo el ceño e intento no dar importancia a su comentario. Levantamos nuestras jarras al mismo tiempo y bebemos. Mientras trago, mi mente vuelve al mensaje de Sonia. Empiezo a calcular cuándo podría escaparme una tarde a Madrid sin tener que volverme loca. Los miércoles suelen darme algo de libertad, así que aprovecho que Mónica también está mirando su móvil para enviar una respuesta.

Candela: ¿Qué te parece si nos vemos el miércoles a eso de las 4?

La respuesta no tarda en llegar, parece como si Sonia hubiera tenido el teléfono en las manos a la espera de que le conteste.

Sonia: Me parece perfecto. Nos vemos entonces.

—Vaya, vaya. Si ya parecéis adolescentes con los móviles pegados todo el día, sin una pizca de conversación —dice una voz familiar.

Alzamos la vista y vemos a Carmen, que sonríe divertida mientras se acerca.

—Solo era algo de… —intento explicar.

—Que es broma. —Carmen se echa a reír mientras se sienta en una de las sillas libres —. Hace siglos que no te veo, Cande. ¿Cómo va todo en la emisora? Aunque, bueno, ya sabes que soy una de tus oyentes más fieles, así que me imagino que de maravilla.

—Tú misma lo has dicho. La verdad, nunca pensé que las cosas fueran a ir tan bien.

—Y, sin embargo, ahora quiere tomarse un respiro para producir su propio programa — interviene Mónica de repente, con un tono que me resulta más frío de lo que esperaba—. ¿Te lo puedes creer?

—¿En serio? —La sorpresa de su hermana es evidente, aunque su reacción es muy distinta a la de ella. Lo veo incluso antes de que lo diga—. Pues a mí me parece una gran idea. Tienes talento, siempre te lo he dicho.

Mónica frunce el ceño y desvía la mirada, claramente molesta. Pide otra cerveza al camarero mientras yo observo su gesto de disgusto. Está claro que no le ha hecho gracia que Carmen se ponga de mi lado, y sospecho que su comentario anterior era un intento de encontrar apoyo en ella. Y esto me duele más de lo que ahora puedo admitir. No sé qué me jode más: si que mi prometida no me respalde como esperaba o que se incomode porque su hermana muestre más entusiasmo que ella.

—Sí, bueno... No es algo que vaya a hacer ahora mismo. Tengo muchas ideas que quiero desarrollar poco a poco —añado, intentando calmar los ánimos—. ¿Y tú qué tal? ¿Cómo has estado?

—Ya sabes lo exigente que es tu futura esposa… —comenta con alegría mientras da un leve codazo a Mónica—. Pero no me quejo. Me gusta estar en contacto con la gente, supervisar los proyectos y ver cómo evolucionan. La vida de despacho no es lo mío.

—Sí, no vaya a ser que te explote la cabeza si te toca compartir oficina conmigo más de treinta minutos —replica esta con una sonrisa sarcástica.

Carmen y yo intercambiamos una mirada, y le pido con un gesto que no siga por ese camino. Por suerte, el camarero regresa con la cerveza, dándome unos segundos para pensar en algo que desvíe la conversación. Es evidente que Mónica no está cómoda y que su buen humor se ha evaporado al recibir una opinión contraria a la suya.

—Carmen, vas a tener que echarnos una mano —pido, en un intento por cambiar el ambiente y aunque mi prometida suspira y esconde los labios tras la jarra de cerveza, ya sé que hacer para que su humor mejore —. Estamos en un dilema monumental con el menú de la boda. ¿Carne o pescado?

—¿Todavía estáis con eso? —pregunta Carmen, y se lleva las manos a la boca.

—¿Crees que es fácil pensar en lo que todos van a querer comer? —responde Mónica mientras deja su jarra sobre la mesa y se aclara la garganta. Enseguida, su semblante cambia por completo—. ¿Es que no has comido nunca con sus primos o con nuestra tía?

—Los seres más especiales de la tierra... —le contesta, rodando los ojos.

—Tanto como para querer encerrarlos a todos en una habitación y dejar que se peleen entre ellos —añado, provocando una carcajada general. Por primera vez en varios minutos, siento que la tensión empieza a desaparecer.

—No, por favor, cariño, no sigas. Seguro que lo gafas y pasa algo —interviene Mónica, ahora más bromista. Saber que se ha relajado me alivia enormemente—. No quiero ni imaginarme lo que podría pasar.

—¿Y por qué no optáis por un menú más abierto? —sugiere Carmen—. Algo que incluya las dos opciones y un par de alternativas por si alguien no quiere ninguno de los dos platos principales. Tengo una amiga que hizo justamente eso, y todos los invitados quedaron encantados. Fue un poco más caro, pero mereció la pena.

—Ya sabes que el dinero no es problema —aclara mi prometida sin dudar.

—Pues hacedlo así. Informáis del menú con antelación, pedís que cada invitado elija lo que prefiera, y listo Calisto. Todo estará más claro en la cocina y vosotras os quitaréis un montón de estrés.

—Nos acabas de dar la solución más sencilla del mundo, y tu hermana y yo a punto de arrancarnos los pelos por no saber qué hacer —añado, aliviada.

—A veces necesitamos una perspectiva externa para aclarar nuestras ideas y decidir lo que realmente necesitamos —comenta Carmen mientras alza su jarra de cerveza. Luego nos mira, primero a Mónica y después a mí—. Por mis dos chicas favoritas. Vais a tener una boda maravillosa, ya lo veréis.

Levanto mi cerveza y doy un largo sorbo. «Yo, con tener un día tranquilo y firmar los papeles, tengo suficiente». Las palabras de Mónica vuelven a mi mente. Aunque intento no darles demasiada importancia, no puedo evitar sentir que, para ella, esto no es más que otro trámite, un objetivo más en una lista que poder tachar, y no algo que realmente le emocione.

9

SONIA

Madrid. Miércoles, última semana de Enero.

He estado hasta el cuello de trabajo, pero no siento el cansancio ni en las pestañas ni en cada músculo del cuerpo. Las grabaciones del podcast y mi participación en la nueva serie que voy a empezar en unas semanas hacen que mi energía no decaiga. La adrenalina recorre mis venas como un torrente imparable. Estoy frente a la pantalla, viendo una y otra vez la entrevista con Candela. Aunque ya he revisado cada segundo, siento que nunca es suficiente. Siempre encuentro algo que mejorar: un tono que ajustar, una luz que podría ser más cálida o un encuadre que podría ser más centrado, efectivo. Quiero que la entrevista quede perfecta, y el tiempo apremia, porque apenas me queda una semana para conseguir que la gente disfrute de ella tanto como yo.

Por más que intento recordarlo, aún no logro ubicar en mi memoria el instante exacto en que nos vimos por primera vez —ya sé, parece que tenga una obsesión, cuando a lo mejor ni ha pasado—, pero no lo puedo evitar. Porque estoy segura de que existió, pero las imágenes se me escapan en la memoria. Quizás sea una impresión creada por su magnetismo, esa atracción inmediata que sentí en cuanto cruzó la puerta del estudio. Sin embargo, hay algo en ella que me resulta familiar, hasta el punto de consumirme el deseo por averiguarlo.

Pauso el video y descanso mis manos detrás de la nuca. Entrelazo los dedos, abro los brazos y me echo hacia atrás, buscando un instante de calma. La imagen en la pantalla se detiene en su sonrisa, en sus ojos color caramelo oscuro, vivaces y llenos de entusiasmo. Su mirada refleja la misma pasión que su voz cuando habla de algo que le importa, aunque luego no sea consciente de ello. Me asusta pensar que los cortes y ajustes del episodio no logren transmitir ni una fracción de lo que yo veo en ella. Por eso decidí enviarle ese mensaje, para pedirle que nos viéramos y poder hacerlo juntas.

—Sonia, Candela ya está aquí. ¿Le digo que pase? —pregunta Mercedes, apoyada en la puerta.

El sobresalto me obliga a cerrar el video de inmediato y ya siento el calor subiendo a mis mejillas al darme cuenta de que podría haberme visto embobada. Me giro rápidamente y la veo de brazos cruzados, con una ceja levantada.

Carraspeo para disimular y me levanto de la silla, con algo de torpeza.

—Sí, dile que venga aquí. Voy a preparar un café mientras tanto.

—Vale… —responde, pero antes de irse, vuelve sobre sus pasos—. Por cierto, acaban de confirmarme que tenemos carta blanca para grabar los especiales en el teatro. Espero que te apuntes.

—¡¿Qué?! ¿De verdad? —exclamo y levanto los brazos como gesto de celebración—. ¡Va a estar de puta madre! Te prometo que será una experiencia de grabación inolvidable.

—Eso ya lo sé. Cuando aceptaste unirte al podcast, nos alegramos como si fuéramos a ganar un premio nacional.

—Qué exagerada eres. Ni que yo tuviera tanto talento.

—Quizás aún no lo veas, pero algún día serás una grande, Sonia Herrero —afirma con total seguridad. Sus palabras provocan que mis mejillas se enciendan de nuevo y un escalofrío recorra mi piel.

—Voy por Candela —añade, antes de desaparecer por el pasillo.

Cuando me quedo sola, me dejo caer en la silla intentando calmar la mezcla de emociones que siento en el pecho. Nunca imaginé que llegaría a cumplir el sueño de estar detrás de una cámara, creando historias que entretengan y, al mismo tiempo, permitan a la gente escapar un poco de la locura de este mundo en el que vivimos. Historias con protagonistas reales que conectan con nuestros corazones de maneras indescriptibles.

Desde que tengo memoria, me recuerdo grabando o fotografiando cualquier cosa que captara mi atención. Ahora sé que no podría vivir ni un solo día sin hacerlo, por más ocupada que esté. Los murmullos en el pasillo interrumpen mis pensamientos. Vuelvo a beber un poco de agua y dejo la botella sobre la mesa justo cuando Candela aparece por la puerta.

Sus mejillas están enrojecidas por el frío, y se frota las manos antes de quitarse los guantes y guardarlos en los bolsillos de su abrigo. Debajo lleva un jersey amplio de color miel, que combina con unos chinos y unas zapatillas blancas impecables.

—Dime que no estabas hasta arriba de trabajo y que no voy a convertirme en un problema —comento al notar las sombras bajo sus ojos.

—Para nada. Es solo que no he dormido bien últimamente —responde, colgando el abrigo en sus brazos.

Se acerca y nos damos un par de besos en las mejillas. El aroma frutal de su perfume me envuelve, suave y persistente. Hago un esfuerzo consciente por desviar la atención y la invito a sentarse.

La sala está llena de monitores, cámaras y mi portátil, que todavía muestra su imagen. Candela lo nota al instante y maldigo para mis adentros, preparando ya una excusa en mi cabeza.

—¿Quieres café? Iba a prepararlo ahora mismo —propongo con rapidez.

—Claro, me vendrá de maravilla —responde con una sonrisa ladina, que de repente, me desarma.

Me doy la vuelta para preparar dos cafés cargados en la máquina. Mientras espero, observo cómo se pierde en sus pensamientos. Juega distraídamente con un mechón de su pelo, enrollándolo entre los dedos, y después aparta algunos de su rostro con calma. Cuando el aroma del café llena la sala, cierra los ojos, como si pudiera saborearlo antes de probarlo. Es tan expresiva que siento una necesidad casi visceral de capturarla con mi cámara, una y otra vez.

Recuerdo que en el bar tomó su café con dos sobres de azúcar, así que cojo varios y regreso a la mesa. Me siento a su lado, y las dos comenzamos a remover nuestras tazas con las cucharillas desechables.

—Ahora que lo pienso, creo que soné un poco desesperada en mi mensaje —admito, tratando de parecer tranquila, aunque la verdad es que siento esta cita de trabajo como si fuera

una excusa para verla.

Mi corazón responde latiendo con fuerza, delatándome, aunque prefiero ignorarlo y hacer como si nada.

—Un poco, pero creo que eres tan perfeccionista como yo, y no rechazaría ayudarte con la entrevista si hay algo que necesitamos repetir —me responde, ahora más tranquila.

Parece como si el café hubiera curado todas sus heridas.

—En realidad, no es por eso. Lo que he revisado está perfecto —aclaro, llevándome el vaso a los labios. Sus ojos muestran sorpresa, y me intriga que parezca tan impresionada. Debería saber que su trabajo siempre marca la diferencia y no permanecer en esa burbuja de inseguridad que parece llevar consigo a todas partes—. Incluso hay material de sobra para ofrecer en exclusiva en nuestras redes sociales o a los suscriptores más fieles —añado con entusiasmo—. Lo que pensaba es hacer algo especial, un previo que capte la atención del público.

—¿Algo como una introducción? —pregunta con curiosidad.

—Exacto. Tengo una idea en mente que ya había comentado con Mercedes, pero tú acabas de darme otra que podría quedar aún mejor. ¿Qué te parece si grabamos una mini promo contigo en Madrid? Algo que hable de ti y de tu trabajo en *Voces Urbanas*.

Candela detiene el vaso a unos centímetros de su boca. Sus ojos se abren como platos, y por un instante creo que la he dejado completamente paralizada. Muevo una mano frente a su cara para cerciorarme, y no puedo evitar romper a reír cuando, con una lentitud digna de una película de ciencia ficción—, deja el café sobre la mesa y apoya las manos en sus muslos.

—Creo que… eso no se me va a dar nada bien —balbucea.

—¿Cómo que no? Eres extrovertida, sabes contar historias y tienes miles de oyentes enganchados a tus palabras.

—Sí, pero eso es tras un micrófono, no frente a una cámara. Además, de extrovertida nada. Una cosa es una entrevista, y otra intentar parecer una actriz. Solo voy a hacer el ridículo y arruinar el programa —argumenta, agitando las manos como si tratara de alejar la idea.

Me sorprende verla así de insegura. Su actitud no encaja con la primera impresión que me llevé de ella, de una mujer segura y carismática. Claro, estaba un poco nerviosa en su entrevista, pero jamás habría imaginado que llegara a este nivel de autocrítica.

—Eso ni de broma —le contradigo, dejando mi café en la mesa. Tomo una de sus manos entre las mías y la miro directamente a los ojos—. Sé reconocer el talento cuando lo veo, y créeme, tienes de sobra. Eres magnética, Candela. Atraes a la cámara de la misma forma que lo haces con tus oyentes. Y no te lo digo por halagar sin más, vivo de esto.

—No sé yo… ¿Estás segura de que Mercedes estará de acuerdo? Dijiste que ya tenías otra idea en mente.

—Por supuesto que estará de acuerdo. A ella le encantan las cosas que se salen de lo habitual, y sabes que te admira. No va a poner pegas. Lo único es que tendrás que hacer es reservarme otro día para grabar, porque el programa sale el domingo de la semana que viene.

—¿Tan pronto? —pregunta, desconcertada.

—¿No lo sabías? —digo, hasta extrañada.

Se queda en silencio por unos segundos mientras juega nerviosa con sus manos. Después echa un vistazo al teléfono sobre la mesa y se guarda un mechón castaño tras la oreja.

—Sí, sí… Seguro que lo tengo en la agenda y se me ha olvidado mirarlo. Es que estos días tengo demasiadas cosas encima. Entre la emisora, este proyecto y los preparativos de mi boda, estoy a tope.

—¿Te casas? —pregunto, incapaz de disimular mi sorpresa.

—En marzo. No te imaginas lo complicado que es intentar que todo el mundo quede conforme con la celebración.

—Vaya… enhorabuena —digo, no sé por qué el corazón me da un vuelco, pero hasta lo siento como si fuera a detenerse de un momento a otro. Sin embargo, me obligo a mantener la compostura—. ¿Y quién es la afortunada?

—Mónica Figueroa, de la empresa de exportación. Seguro que su apellido te suena —aclara, y asiento mientras lo busco en mi memoria—. Llevamos ocho años juntas. Ya era hora de dar el paso.

Recordaba haber visto publicaciones de su activismo en redes sociales, algo más personal fuera de *Voces Urbanas*, pero jamás imaginé que estuviera comprometida, como si siempre se hubiera negado a mostrar ese lado. Intento que la sorpresa no se refleje en mi expresión, y lo único que se me ocurre es dar otro sorbo a mi café, esforzándome por sonreír como si nada.

—Pues enhorabuena. Ocho años son muchos. Seguro que estáis emocionadas.

—Sí —responde, aunque su tono no lo respalda del todo—. Supongo que es lo que se hace cuando llevas tanto tiempo con alguien, ¿no?

«Qué poco entusiasmo», pienso.

—Tal vez. Yo no he llegado tan lejos con nadie, para ser sincera. —Bebo un poco más y aprieto los labios antes de continuar—. Mi última relación fue un desastre. Terminó mal por muchas razones. Además, siempre he creído que solo hay una persona destinada para cada corazón, y está claro que yo no la he encontrado.

—Así que crees en eso de las almas gemelas —se interesa, inclinándose hacia mí.

—¿Tú no?

—Creo que es relativo. Me gusta pensar que cada amor es único, y que todas las personas con las que estamos dejan una huella importante en nosotras.

—Y, sin embargo, estás a punto de casarte con alguien que lleva casi toda la vida contigo —observo con una sonrisa.

—Me has pillado. Quizás eso era lo que estaba destinado para mí, ¿no?

—Supongo que sí. ¿Quién soy yo para contradecirte? —Me encojo de hombros, aunque intento sonreír—. Entonces, ¿qué me dices, lo hacemos o no?

Candela se queda pensativa unos segundos. Su expresión muestra indecisión, pero finalmente deja el vaso sobre la mesa y me extiende la mano, hasta estrecharla con la mía encantada con la idea.

—Que conste… Acepto solo porque tú me lo pides —afirma, con una sonrisa que me

provoca un escalofrío mientras se la estrecho para cerrar el trato.

—Nos vamos a divertir muchísimo, ya lo verás —aseguro, y mi mente ya empieza a trabajar en cómo convertir esta grabación en algo inolvidable.

10

MÓNICA

—No, lo que quiero es que llames a Cristóbal y le dejes claro que no pienso tolerar ni un retraso más. ¿Está claro? Tenemos horarios que cumplir, y no voy a dejar colgados a nuestros clientes por su maldita incompetencia. Adiós. —Cuelgo el teléfono con un golpe seco sobre el escritorio, y Carmen levanta la vista de los documentos que está revisando.

—Sabes que poniéndote así no vas a conseguir nada, ¿verdad? —dice, mirándome con las cejas ligeramente arqueadas.

—Entonces dime cómo debo actuar cuando estamos rodeadas de ineptos que no saben hacer su trabajo. ¿Quieres ocuparte tú de esto? —respondo, frustrada.

—Conmigo no te cabrees. Ya tengo bastante con el lío que llevo entre manos. Papá ya nos advirtió que no debíamos contratar a los Fernández, y tenía razón. No son de fiar. Me han cambiado dos entregas, y si los productos no llegan a tiempo, tendré que retrasar un montón de visitas agendadas.

—Papá ya no está en la empresa, así que… —Me llevo las manos a la cara, cerrando los ojos. Estoy a punto de gritar, pero en lugar de eso respiro hondo varias veces. No me gusta admitir mis derrotas, pero esta vez debo aceptar que tanto Carmen como nuestro padre tenían razón—. Después hablamos con él, a ver si nos puede orientar.

—¿Quién eres tú y dónde está mi hermana? —bromea ella con una sonrisa burlona.

—No te pases, que no me ocurre nada. Ya hasta te pareces a Candela —murmuro, chasqueando la lengua.

—¿Y ahora qué culpa tiene mi cuñada?

Me encojo de hombros, queriendo esquivar la conversación. Estas últimas semanas no he conseguido relajarme ni un segundo por más que lo intente, y hasta mi prometida ha empezado a notar algo extraño, cosas que preferiría guardar solo para mí.

—Hemos discutido varias veces por la boda. Cuando fui a pedirle perdón, se sorprendió. Hasta le pareció raro que admitiera querer dejar fuera a ciertos invitados —aclaro mientras me quito las gafas y froto el puente de mi nariz antes de limpiarlas por enésima vez en el día—. No sé, creo que lo de producir un nuevo programa la tiene demasiado distraída.

—Es normal cuando algo te hace ilusión. Y, para que lo sepas, yo también lo habría encontrado raro. No eres de las que pide perdón, nunca lo has hecho—responde con tono jocoso.

—Solo quiero que todo salga bien, ni más ni menos —aclaro, acomodando un par de libretas desordenadas sobre el escritorio—. No quiero que la boda se convierta en un mal recuerdo.

—Lo será si no delegas y dejas que te ayudemos. —Carmen se levanta y se sienta en el borde de mi escritorio, moviendo mis cosas, a pesar de que la odio cuando hace eso—. Escucha, deberías tomarte las cosas con más calma. Si algo sale mal, estaremos ahí para solucionarlo. Te

casas con la mujer de tu vida. Solo piensa en disfrutar ese día y en dar el «sí, quiero». Nada más.

—Qué fácil lo ves tú, como no tienes que pasar la vergüenza de que algo salga mal… —respondo, pero me detengo al ver su ceño fruncido—. ¿Qué?

—¿Por qué te preocupan estas cosas? Entiendo que te guste tener todo bajo control, pero este nivel… —Mi hermana me mira fijamente y luego se inclina sobre el escritorio—. A ti te pasa algo.

—¿Qué se supone que me debería de pasar? Solo quiero que todo salga perfecto.

—Por cómo hablas, parece que estás tachando puntos de una lista, como si fuera un trámite más. —Su sinceridad me golpea con fuerza, y noto cómo sus palabras se estrujan en mi interior—. Desde que decidiste casarte, no has hablado ni una vez de lo que sueñas para ese día.

—Eso no es cierto. Lo he dejado claro muchas veces —protesto.

—No, Mónica. Una cosa es que quieras que los preparativos sean impecables, y otra muy distinta es que hables de lo que realmente esperas, de lo que sueñas para ese momento o para los días que vendrán después.

—Carmen, por favor, que ya no tenemos quince años. No hagas de esto la noche de graduación. —Me levanto, camino hacia la mesa donde están las bebidas y me sirvo un vaso de agua—. Además, ¿no te has dado cuenta de que Candela tiene la mente en otra parte? Primero se queja de que lo quiero organizar todo, y ahora está con esa historia del podcast y vete tú a saber cuántas ideas más. A veces no sé qué pensar.

—¿Y qué tiene de malo que quiera avanzar profesionalmente? —pregunta, con una firmeza que de verdad no entiendo—. Tú misma estabas entusiasmada cuando papá te propuso dirigir la empresa.

—Porque era algo hecho para mí, igual que *Voces Urbanas* lo es para Candela. Pero arriesgar su carrera por un capricho de última hora… No sé, ya hablaré con ella para que entre en razón. —Carmen intenta replicar, pero no le doy lugar—. Sinceramente, lo tiene todo: su trabajo, su casa, a mí. ¿Qué más necesita?

—Quizás un cambio de aires —responde, tajante—. ¿Ya se te ha olvidado cómo era ella antes? Siempre tenía mil ideas en la cabeza, era extrovertida, tenía ganas de comerse el mundo. La verdad, me sorprende que no haya dado este paso antes. Que a ti te guste la estabilidad no significa que todos tengan que ser como tú. Me vas a perdonar, pero hay cosas que…

Vuelve a su silla, mientras yo me quedo callada, pensando en lo que acaba de decir. Puede que tenga razón, pero mi opinión tampoco tiene nada de malo. La veo negar con la cabeza y levanta las manos en señal de rendición, antes de volver a concentrarse en los documentos que tiene sobre la mesa.

—Dilo, ¿hay cosas que qué? —pregunto, incapaz de contener la tensión en mi voz.

—Creo que tienes miedo de admitir que lo vuestro no va bien. Por mucho que mamá y papá estén de acuerdo contigo y con esta boda, estoy convencida de que ni siquiera te hace ilusión. Pero es lo que tienes que hacer, ¿verdad? Mónica Figueroa nunca se saldría de sus planes.

Sus palabras me dejan sin aliento. Abro la boca, incrédula, intentando procesar lo que acaba de decir. El impulso de echarla del despacho se presenta ante mí; quisiera gritarle que me

deje en paz, pero mi mente se llena de pensamientos contradictorios. La presión del trabajo, el cansancio y el deseo de evitar otro dolor de cabeza terminan ganando, así que, me dejo caer en la butaca, agotada, y suspiro sin mirarla.

—No sabes lo que dices. No tienes ni idea —respondo, con un tono cortante que no logro suavizar—. Yo la quiero, y que esté de acuerdo o no con el camino que quiera recorrer no significa que deje de quererla.

—Pues ahí está el problema, Mónica. Porque cuando estás enamorada de alguien, aunque no entiendas del todo lo que hace, la apoyas. Aunque se equivoque. Aunque no lo veas claro —sentencia, con una firmeza que me desarma.

—Será mejor que nos concentremos en el trabajo —replico, zanjando el tema de una vez.

Me pongo y ajusto las gafas, tratando de ocultar mi frustración, y dirijo la atención a los papeles que tengo delante de mí. Sin embargo, la conversación sigue latiendo en mi mente, dándome martillazos. Mi corazón bombea con fuerza, y siento la presión del dolor de cabeza intensificándose en las sienes. Intento leer un párrafo, pero ya he perdido toda la concentración. Mi hermana tiene el don de sacarme de quicio.

La miro de reojo inmersa en sus propios asuntos, como si nada hubiera pasado. Niego con la cabeza. No puedo creer que haya insinuado que no quiero casarme con Candela por amor, o que la boda no me hace ilusión. ¿Qué sabrá ella de estar con alguien durante tanto tiempo? No voy a permitir que me diga cómo llevar mi vida.

Busco mi teléfono en el escritorio con la intención de desviar mi mente. Escribo un mensaje, pero lo borro varias veces antes de encontrar las palabras adecuadas.

> **Mónica:** ¿Qué te parece si nos tomamos un fin de semana fuera de Leganés? Así podríamos dedicarnos a la boda sin que nadie nos moleste.

Miro la pantalla, esperando su respuesta. Veo los tres puntos que muestra que Candela está escribiendo, pero su respuesta tarda en llegar.

> **Candela:** ¿Lo hablamos en casa? Tengo algo que contarte.

Sus palabras me dejan helada. No es la respuesta que esperaba. Imaginaba un simple «sí», sobre todo después de lo ocupadas que hemos estado estas semanas.

El nudo en mi pecho se aprieta un poco más. A pesar de todo, decido no añadir leña al fuego ni dejar que las insinuaciones de Carmen afecten lo que siento. En unas horas iremos a comer con nuestros padres para hablar sobre la boda y el trabajo, y lo último que necesito es que mi hermana meta sus malditas ideas en mi cabeza, por más ciertas que puedan parecer.

Esto es lo que siempre he querido. Lo que debo hacer. Y nada, ni nadie, va a hacerme cambiar de opinión.

11

CANDELA

Sonia y yo hemos planeado reunirnos este fin de semana en Madrid para grabar la promo que se publicará en las redes sociales de *Entre Líneas*. El objetivo es generar expectativa y presentar la entrevista que grabamos como sorpresa para nuestras oyentes y suscriptores. He revisado sus publicaciones estas semanas y, hasta ahora, no han revelado que soy la próxima invitada, como una estrategia diseñada para impactar al público, tanto o más de lo que me sorprende a mí.

La idea de grabar fuera del estudio todavía no me convence del todo, pero Sonia ha sido muy persuasiva y ha logrado contagiarme esas ganas que siempre tiene de hacerlo todo. Antes de dejar el estudio, revisamos algunos de los recortes ya editados para el programa completo, y tengo que admitir que el equipo hizo un trabajo excepcional. Sin embargo, lo que más me sorprendió fue verme desenvolviéndome con una naturalidad que desconocía de mí misma.

«¿Lo ves? Este trabajo está hecho para ti. No hay nada de malo en querer empezar de nuevo, en hacer cosas que nunca creímos posibles pero que, en realidad, están destinadas para nosotras», me dijo, sin dejar de sonreír.

—Ojalá todo el mundo pensara como tú —murmuro en voz baja mientras apago el motor del coche.

Permanezco unos segundos sentada, observando cómo las ventanas se empañan debido al contraste entre el frío exterior y el calor de la calefacción. Estiro el cuello y, al alzar la vista hacia la ventana del salón, noto la luz encendida mientras ese mensaje sigue dentro de mi cabeza.

No sé cómo decirle a Mónica que este fin de semana tengo que regresar a Madrid para grabar con Sonia. Me inquieta su reacción; temo decepcionarla y no quiero volver a verlo en su mirada. Mucho menos deseo que haga comentarios delante de su hermana. Carmen se pone a menudo de mi lado y eso crea rencillas entre las dos que tampoco me hacen ningún bien. Aunque ambas admiramos mucho a Mónica, más de una vez hemos coincidido en que ha sacrificado su talento para los negocios por mantener el legado familiar, dejando de lado sus propios sueños. En su afán por complacer a los demás y evitar críticas, se ha encerrado en una burbuja de costumbres que me aterra romper.

—Díselo sin rodeos. Seguro que no se enfada tanto —me digo para animarme antes de salir del coche.

Cuando al fin me decido a ir a casa, intento caminar con la misma seguridad que me he prometido tener. Al abrir la puerta, una cálida sensación me envuelve junto con un aroma a especias que me sorprende. No recuerdo la última vez que escuché actividad en la cocina al llegar, y mucho menos haber visto a Mónica tarareando mientras cocina.

Dejo el bolso y el abrigo con cuidado, tratando de no hacer ruido, y me acerco en silencio. Desde la puerta, la observo unos instantes. Su expresión refleja calma, y parece disfrutar de lo que hace a pesar del pequeño caos que ha organizado en la cocina —porque, claro, no todo puede ser perfecto—. Después de unos segundos, me acerco para abrazarla por la espalda y

apoyo la barbilla en su hombro. Su sonrisa se ensancha, y, por cómo se queda quieta, sé que ya sabía que estaba ahí.

«Seguro que ha oído las llaves», pienso mientras recuerdo una carta que me escribió por mi cumpleaños hace años, cuando todavía teníamos esa costumbre. En ella, mencionaba lo feliz que se sentía cada vez que me oía entrar en casa. Por muy ocupada que haya estado con la empresa familiar, casi siempre soy yo quien llega más tarde debido a mi trabajo en la emisora, que a veces demanda más tiempo del habitual. Y aunque también me gusta lo que hago, debo admitir que más de una vez lo he usado como excusa para evitar discusiones.

«Qué absurda soy», me reprocho internamente, mientras siento un nudo en el estómago. Si hace unos minutos estaba decidida a contarle lo de Madrid, ahora prefiero disfrutar de este momento, verla terminar de cocinar y compartir una cena tranquila con ella.

—¿Qué cocinas? —pregunto, sin soltarme aún.

—Pollo al curry, tampoco había mucho de lo que tirar, si abres la nevera te crees que ha entrado un ratón en casa.

Escucharla reír es una delicia.

—Mañana deberíamos aprovechar para ir a hacer la compra. En vez de venir a casa, nos encontramos allí directamente —propongo, dándole un beso en la mejilla.

—Pues sí, porque no quiero bajar a desayunar y tener que mendigarle comida a Sole, que luego se apalanca en casa y no hay quien en la eche. —Por la cara que pone, parece que hasta lo haya imaginado.

—Tampoco podríamos reprochárselo. Lleva más de un mes invitándonos a cenar y la hemos ignorado por completo —respondo, mientras busco algo con lo que ayudarla—. Déjame echarte una mano, estoy muerta de hambre y no tengo ganas ni de cambiarme.

—¿Qué tal ha ido hoy en la emisora? ¿Mucho trabajo?

—Un poco. Hemos tenido una reunión para organizar los próximos programas. Cada vez resulta más complicado innovar, pero seguro que pronto se nos ocurren ideas que llamen la atención de los oyentes —respondo mientras me remango el jersey y busco una olla pequeña para cocer arroz—. ¿Y tú? ¿Conseguiste resolver lo del transportista?

—Sí, por fin han entendido que, o hacen bien las cosas, o rompemos el contrato —contesta con seriedad. No imaginé que fuera tan grave, y ahora me siento mal por no haberle prestado más atención. Sin embargo, Mónica sonríe mientras prueba un poco del curry—. Carmen y yo comimos con nuestros padres y nos orientaron un poco sobre qué hacer. Me he dado cuenta de que no puedo dejar que mi testarudez lleve la delantera; eso solo pondrá en peligro la empresa.

—Ojalá pudiera ayudarte con eso —comento, concentrándome en el agua que he puesto a hervir.

—Ya lo haces, cada vez que vienes a casa y consigues que desconecte del trabajo. Y, teniendo en cuenta que eso casi siempre ha sido misión imposible, ya lo considero todo un logro —bromea—. Últimamente no me reconozco —añade con una sonrisa cansada.

Frunzo el ceño y, cuando el agua comienza a hervir, vierto el arroz y lo remuevo con cuidado.

—Tal vez solo estás cansada. Has asumido sola la dirección de la empresa y, aunque Carmen te apoya, sabemos que te cuesta delegar. Eso termina por desgastar a cualquiera.

—Sí, puede que tengas razón —responde mientras me ofrece probar la salsa que ha preparado. Gimo de placer al saborearla—. Lo reconozco, me ha salido buenísima. Esto nos va a curar todos los males —dice convencida—. Eso, y que nos tomemos este fin de semana libre.

—Sobre eso... —dudo, las palabras se me traban en la garganta y justo entonces suena su teléfono.

Salvada por la campana.

—A ver quién es ahora... —masculla con fastidio antes de marcharse a contestar, dejándome sola en la cocina.

No alcanzo a escuchar con quién habla, pues me concentro en la olla y en cómo voy a explicarle que no podremos pasar el fin de semana juntas. Cuando el arroz está casi listo, Mónica regresa con el rostro tenso y la vena del cuello hinchada, una señal inequívoca de que algo ha salido mal en la empresa.

—¿Quién ha sido esta vez? —pregunto, aunque ya imagino la respuesta.

—Roberto. Se confundió con el cuadrante de envíos, y hemos mandado a la mierda uno muy importante. No me lo puedo creer, ¡me acaban de joder todos los planes!

Mi corazón da un vuelco. Mientras intento calmarla sujetando sus manos, no puedo evitar sentir cierto alivio. Al mismo tiempo, un odio profundo hacia mí misma surge por pensar que esto, de algún modo, me beneficia.

—No te preocupes. Lo hacemos la próxima semana, como celebración por la entrevista —comento y acaricio sus labios con los míos—. Prometo que haré lo posible porque en la emisora no me molesten y así nos escapamos a donde quieras.

—Pero es que… con los preparativos y… —intenta protestar, pero la interrumpo con un beso.

Mis manos buscan su cuello y enredo los dedos en su nuca. Mónica exhala un suspiro profundo cuando me aparto para que pueda respirar. La miro, deslizo el índice por su nariz, un gesto que compartimos desde siempre y que logra cambiar su expresión. El agua sigue burbujeando mientras sonríe, y yo le dedico un guiño. Algo tan sencillo la relaja, y entonces hace algo inesperado: me abraza con fuerza, como si hubiera necesitado de este gesto desde hace mucho.

El dolor de cabeza regresa, acompañado de un horrible malestar al sentirme aliviada porque la necesiten en su trabajo.

—Verás cómo lo solucionas antes de lo que imaginas —murmuro cerca de su oído.

—Eso espero, no tengo ganas de que me den más dolores de cabeza con todas las cosas que tenemos que hacer.

—Shhhh. Ahora vamos a olvidarnos de todo, a cenar y disfrutar de la noche juntas —le propongo.

Y eso hacemos.

Cuando Mónica regresa después de enjuagar los platos y poner el lavavajillas,

prácticamente se deja caer en el sofá, y se hace un hueco bajo la manta polar que me cubre. He puesto una película en Netflix, pero apenas le presto atención. Mi mente está en otro lugar, y el dolor se ha intensificado durante la noche. Aún no le he dicho nada sobre mi vuelta a Madrid este fin de semana, y como parece que también lo ha olvidado, prefiero dejarlo pasar y permitir que mis actos hablen por mí.

Nunca, en toda nuestra relación, había actuado de esta manera, y siento que solo complico las cosas con mi actitud.

—¿En qué piensas? —me pregunta al notar mi distracción.

—En nada. ¿Quieres que vayamos a la cama a leer un rato?

Ella niega con la cabeza.

—Lo que quiero es quedarme aquí, muy cerca de ti —responde mientras se acomoda sobre mi cuerpo, colocándose entre mis piernas—. De verdad, qué cabezota que eres. No entiendo por qué no quieres encender la calefacción.

—¿Y perderme la oportunidad de tenerte así de cerca? No, gracias.

La incomodidad desaparece cuando sus dedos se deslizan bajo mi ropa, acariciando mi costado. Una sensación de cosquilleo recorre mi cuerpo, y sonrío, olvidando todo lo que ocurre más allá de este momento.

—Estoy deseando que tengamos más tiempo para nosotras —susurra contra mis labios. Después, me da un suave mordisco y me mira con intensidad, sin dejar de acariciarme. Noto cómo mi cuerpo responde ante el calor de sus manos—. Creo que deberíamos esforzarnos más por estar juntas. ¿Qué opinas?

Suspiro. Me cuesta pensar con claridad. Y al segundo, cedo ante Mónica y el deseo que despierta en mí conforme empieza a repartir besos por mi cuello. Su mano se cuela por mi pantalón y después entre mi ropa interior. Asiento sin más, convencida de que eso es lo que quiero, porque es justo lo que ahora anhelo, que siga tocándome, besándome, que se pierda en mí como si fuera nuestra primera vez. Aunque, a veces, parezca que nuestros corazones están más lejos que nunca.

12

CANDELA

Madrid. Ese mismo sábado.

La ciudad me recibe con unos tímidos rayos de sol que se filtran entre las nubes. Hace un rato, Sonia me envió un mensaje con la ubicación exacta donde grabaremos. En teoría, no nos llevará más de un par de horas, y luego ella misma se encargará de la edición para que mañana por la noche los seguidores puedan descubrir de qué trata el nuevo capítulo del podcast.

Froto mis manos antes de salir del coche, tras haber pasado varios minutos buscando dónde aparcar, y ahí está, apoyada en la fachada de un local que me provoca ganas de entrar, refugiarme del frío y disfrutar de una taza de chocolate caliente.

—Parece que el día nos va a acompañar —dice sin moverse de su sitio—. He temido toda la semana que las predicciones fueran acertadas.

—Ya sabemos cómo es esto. A veces llueve cuando no lo anuncian y otras nos sorprenden con una mañana así, aunque el frío sea insoportable.

—No te preocupes, tardaremos poco en grabar. Luego, si te apetece, podemos ir a comer algo. A menos que tengas que regresar pronto a Leganés.

—Para nada. Mónica estará todo el día en la empresa; le surgió un problema de última hora —respondo mientras froto otra vez mis manos para calentarlas.

—Perfecto —comenta con una sonrisa.

Sonia se separa de la pared y se acerca a mí. Me da dos besos en las mejillas y, al hacerlo, percibo el aroma a cítricos de su perfume. Es una fragancia que, al mezclarse con la mía, me envuelve por un instante, dejándome parada unos segundos antes de reaccionar, aunque enseguida carraspeo mientras desvío la mirada a nuestro alrededor.

Por mucho que conozca bien esta ciudad, siempre tengo la sensación de que algo cambia cada vez que la visito. Ya sea un local nuevo o un pequeño detalle en alguna esquina, Madrid parece reinventarse constantemente, y eso me fascina, como si cada rincón fuera añadiendo su estilo propio y personal.

De repente, Sonia hace algo que no espero: se abre el abrigo, saca una pequeña cámara de fotos y me toma un par de fotografías.

—¡Madre mía!, seguro que salgo con la cara roja por el frío.

—Yo creo que estás perfecta —responde con naturalidad, dejándome clavada en el sitio.

Su confesión me toma por sorpresa, pero ella continúa como si nada.

—Recuerda que buscamos algo espontáneo. Si no, habría traído todo el equipo de maquillaje e iluminación, además de una cámara profesional. Pero aquí solo quiero que te

muestres tal cual eres. Déjate llevar.

—Lo intentaré, pero la idea de tener una cámara delante siempre me pone nerviosa.

—¿En serio? Porque en la entrevista no lo pareció. Bueno, salvo ese pequeño momento en que parecía que estabas frente a un espejo, viendo a tu yo más personal.

—Sí... digamos que esa pregunta me tomó desprevenida —respondo intentando desviar la atención mientras nos adentramos en una plaza.

La conversación regresa a mi mente, y no puedo evitar relacionarla con las veces que he evitado hacer o decir lo que realmente quiero, por temor a decepcionar a quienes me rodean. Aunque, en el fondo, solo hay una persona cuya opinión realmente me importa. Mónica no se mostró nada entusiasmada con la idea de que ocupara el fin de semana en Madrid. Volvió a insistir en que no debería invertir tanto tiempo en algo que, según ella, «no es un proyecto a largo plazo», así que no le comenté ni un solo detalle más.

Sus palabras me dolieron, como si lo que me ilusiona no tuviera ningún valor.

—¿Estás bien? Pareces preocupada —dice Sonia, sacándome de mis pensamientos. Quiero desahogarme y decirle lo que siento, pero no encuentro la fuerza para hacerlo.

—Sí, sí, tranquila. Solo pensaba en que quiero que todo salga bien. Tengo muchas expectativas con el programa y creo que me ayudará a confirmar si estoy en el camino correcto.

—¿Crees que no es así? —pregunta mientras enfoca con su cámara y captura algunas imágenes del lugar.

—No lo sé. Antes no solía pensar demasiado en los pros y los contras, pero ahora... hay una vocecita en mi cabeza que no para de advertirme sobre todo lo que podría salir mal. Es agotador.

—El fracaso es algo natural, especialmente en lo que tú y yo hacemos. Yo he fallado en muchos proyectos, y sé que seguiré fallando en el futuro. Lo importante es atreverse —responde con serenidad. Su actitud tranquila y firme logra contagiarme un poco de la calma que tanto necesito—. No podemos dejarnos llevar por las expectativas, los obstáculos o incluso por las personas que no están de acuerdo con lo que hacemos.

Me echa una mirada directa, que me resulta imposible de sostener, así que la esquivo para que no lea lo que intento ocultar. Es increíble cómo parece acertar en todo sin que yo le cuente nada. No suelo abrirme con facilidad, pero Sonia tiene un talento especial para darse cuenta de cómo soy, de las cosas que intento negar. Siempre logra que me sienta cómoda, incluso cuando por dentro siento una tormenta que amenaza hacerse con el control.

—El éxito está en el riesgo, ¿no? —comento con una sonrisa tenue, esperando que el tema quede zanjado por el resto del día. Desabrocho uno de los botones de mi abrigo largo y caliento mis manos con el vaho que exhalo, mientras echo un vistazo a nuestro alrededor—. ¿Qué tengo que hacer exactamente?

—Ser tú misma —responde sin más.

Alzo una ceja y la miro con incredulidad, provocando que Sonia estalle en una risa que rápidamente intenta contener negando con la cabeza.

No me doy cuenta de dónde estamos hasta que ella señala hacia delante. Siguiendo el gesto, mi mirada se detiene en un mural del artista británico D*Face, una obra que muestra a dos

personas intentando escapar de su propia existencia. Algo en mi pecho se contrae al instante, y me quedo inmóvil, contemplando la imagen durante unos segundos sin pronunciar palabra. No sé si esto es una casualidad o si sabía exactamente lo que hacía al traerme aquí. De repente, siento que esa obra me representa: la necesidad de huir de las cosas que no están bien en mi vida.

La calle Embajadores es, en sí misma, una galería de arte al aire libre. Cada rincón exuda creatividad, pasión, sueños... Los colores que se entrelazan en las paredes traen a mi memoria la emoción que sentí la primera vez que hablé frente a un micrófono, y no puedo evitar que una sonrisa se dibuje en mi rostro al recordar esa sensación tan única, y que ahora me cuesta capturar.

—El mundo está lleno de segundas oportunidades, pero pocas veces se expresan con tanta claridad como aquí, en estas calles. O como lo hacen quienes se atreven a gritar con su arte —digo, hasta entusiasmada, sintiendo una energía que me recorre todo el cuerpo mientras vuelvo a caminar—. Cada esquina tiene una historia, cada calle un color, y cada paso nos recuerda lo que significa vivir en una ciudad que nunca descansa. ¿Descubrirías conmigo los espacios urbanos que nos conectan y desafían al cambio?

Sonia sigue mis pasos en silencio, grabando desde diferentes ángulos con su teléfono. A veces se posiciona detrás de mí y otras, se mueve hacia los lados para captar mejor el ambiente. La brisa comienza a levantarse, y el frío se cuela entre mi ropa, obligándome a cerrarme el abrigo con ambas manos antes de guardarlas en los bolsillos.

Mientras avanzamos, me hace repetir las palabras que he improvisado, grabando varias tomas como si no quisiera perderse ni un detalle. Sin darme cuenta, llegamos frente a otro mural. En él leo:

«Socialmente iguales, libres totalmente y humanamente diferentes», un mensaje poderoso que exalta la convivencia, la diversidad y la igualdad que nos rodea.

Pasear por Lavapiés me recuerda por qué comencé en esto. Cada fachada, rincón, puerta y local refleja la riqueza de las distintas culturas, religiones y nacionalidades que se entrelazan aquí. Es un símbolo vivo de respeto e inclusión, una comunidad vibrante y diversa que late con fuerza. Percibo que cada pequeño detalle me habla, como si este lugar quisiera transmitirme un mensaje: que siga adelante, sin importar el miedo, las decepciones o las críticas de quienes, en teoría, deberían apoyarme pase lo que pase.

Estos minutos me llenan tanto que, por un momento, olvido la presencia de Sonia y parece que estoy sola. Sin embargo, ella vuelve a colocarse frente a mí, apuntándome con la cámara de su móvil. Luego, sube por unas escaleras y graba las copas de los árboles, los adoquines del suelo y los murales que nos rodean.

El tiempo parece detenerse, aunque, de algún modo, también pasa volando. Apenas soy consciente de a dónde vamos o de cuánto llevamos grabando. Solo noto un cosquilleo que recorre mi cuerpo y me eriza la piel, haciendo que regresen esas viejas sensaciones en las que yo fui una soñadora, alguien pasional, enérgica, dispuesta a todo.

Veo en sus ojos el anhelo de lo que quiero ser otra vez; esbozar la misma sonrisa tonta que se le pone en la cara cada vez que enfoca y captura algo que para ella debe ser un tesoro. La observo en silencio, cómo ladea la cabeza y se muerde el labio inferior mientras pone interés en la pantalla, en las sombras que acarician paredes y suelos, las mismas que se unen a nosotras y crean una imagen nueva, algo que nunca he visto. Las sensaciones están teñidas de pasión, de

una simbiosis perfecta entre lo que somos y el entorno que nos rodea, como si las dos nos hubiéramos metido en una burbuja, dentro de nuestro elemento, siendo la pareja perfecta.

Y ese último pensamiento, hace que el corazón me lata rápido.

—Sabía que no estaba equivocada contigo —comenta Sonia de repente. Mira su móvil por un segundo y lo guarda en la bolsa que lleva colgada del hombro.

—¿A qué te refieres? —pregunto, intentando caminar con normalidad.

—A que tienes un talento natural para esto, Candela. La forma en que transmites lo que sientes, lo que te apasiona... Cuando te escuché en *Voces Urbanas*, lo intuí. Lo confirmé al grabar la entrevista, pero ahora mismo lo sé con certeza. De verdad amas esto. Quieres ir más allá, contar historias desde el corazón.

—Bueno, mi verdad no sería la verdad absoluta —respondo con una sonrisa tímida.

—Tal vez no, pero seguramente se acerque mucho a lo que otros sienten o buscan cuando escuchan un programa como el tuyo. —Vuelve a sacar su cámara y toma algunas fotos más de los murales cercanos—. No todo el mundo tiene la capacidad de comunicar de esa manera, créeme. He trabajado con personas a las que se les nota la superficialidad, que solo quieren ponerse frente a un micrófono o una cámara, y ya. Pero tú... tú puedes hacer algo verdaderamente especial, si te lo propones.

Sus palabras me llenan de orgullo, pero también despiertan otras sensaciones a las que les tengo mucho respeto. El miedo que me atrapa y no me deja escapar.

—Eso es lo que quiero, pero... —Me detengo, jugueteando con un mechón de pelo mientras desvío la mirada hacia el final de la calle.

—¿Pero qué? —insiste, mirándome con atención—. ¿Otra vez el miedo?

—No exactamente... —contesto, incómoda. No porque ella me haga sentir mal, sino porque me avergüenza lo pequeña que me siento en este momento—. Es complicado.

—Nada en la vida lo es. Somos nosotros los que nos ponemos barreras.

—¿Y si no soy yo quien las pone delante de mí, sino otra persona?

Las palabras salen de mi boca con facilidad, impulsadas por una mezcla de tristeza y frustración. Es lo que llevo escondiendo desde hace tiempo, guardándolo en lo más profundo de mi corazón cada vez que atravieso la puerta de casa. Sonia sonríe con ternura y, sin decir nada, alza una mano hasta mi cuello para dejar una caricia que logra que cierre los ojos por un instante, envuelta en una calma que no sabía que necesitaba

—Entonces tendrás que demostrarle que se equivoca —responde en un tono sereno pero firme—. Tienes que elegir tu propio camino, el que te haga feliz de verdad.

13

SONIA

Candela parece distraída, casi ausente, como si dentro de sí estuviera librando una batalla imposible de ignorar. La conversación entre nosotras se detuvo abruptamente cuando su prometida la llamó para preguntarle cómo había ido la grabación y si pasaría a recogerla antes de regresar a casa. Fue curioso observar cómo sus gestos fluctuaban entre una sonrisa amable y una melancolía que, a estas alturas, ya he aprendido a identificar. Ahora, su mirada permanece fija en el vacío, sin dirigirse a ningún punto en particular, mientras el restaurante comienza a llenarse de comensales. Tal vez esté buscando respuestas en un horizonte invisible, o simplemente intente hallar una forma de anclarse al presente mientras deja atrás lo que sea que le preocupe.

—¿Qué te apetece tomar? —pregunto con suavidad, en un intento por romper la atmósfera pesada que se ha instalado entre nosotras.

Candela parpadea y, por un instante, sus ojos se iluminan al regresar al aquí y al ahora. Su sonrisa tranquila se dibuja con lentitud mientras apoya los codos en la mesa y descansa la barbilla sobre las manos. Se toma un momento para recorrer con la mirada cada detalle del restaurante *La Nobia*. Sus ojos se detienen en el mural que da nombre al lugar, y parece que guarda la imagen en su memoria antes de mirarme y relajarse en la silla.

—¿No ibas a ser mi guía en todo momento? —bromea y su rostro se ilumina de esa forma tan suya que continúa conquistándome—. En el pasado he pasado muy buenos momentos en Madrid, pero es la primera vez que vengo a este restaurante.

—Entonces pediré el tataki de ternera con ensalada de arroz wakame y los bocados de bacalao envueltos en láminas de calabacín. Te encantarán, te lo aseguro —respondo con entusiasmo, recordando lo deliciosos que son estos platos—. Claro, a menos que haya algo que no te guste.

—Lo único que odio más que la canela son las legumbres. Así que, para la próxima vez, ya lo sabes.

Que dé por hecho que habrá una próxima vez me hace bajar la mirada y sonreír de manera casi imperceptible mientras ella vuelve a perderse en los detalles del interior del local. Su atención se fija en las mesas de madera y los ladrillos que decoran las paredes. Con un gesto natural, su mano se acerca a un mechón de su pelo, que vuelve a enredar entre los dedos. Es un movimiento que ya he capturado con mi cámara en un par de ocasiones, mientras paseábamos por Lavapiés, y por qué no admitirlo, también en mi cabeza.

—Lo tendré presente —respondo, notando una calidez que se instala cómodamente en mi pecho.

Ella asiente y su mirada se pierde otra vez. Parece una soñadora nata, alguien que se detiene a observar los detalles que otros pasarían por alto, rescatando momentos cotidianos para transformarlos en recuerdos únicos. Me intriga saber qué pasa por su mente, pero me conformo con admirar la tranquilidad que se dibuja en su expresión cuando los aromas empiezan a llenar el

ambiente del restaurante. Ella cierra los ojos durante un instante, y luego vuelve a la realidad. No entiendo cómo todavía no se ha dado cuenta de lo increíble que es.

—Me encantan los restaurantes en los que los aromas atraviesan las puertas de la cocina sin convertirse en algo cargante. ¿Notas el olor a albahaca y romero?

Niego con la cabeza.

—La verdad es que no —admito, sin ningún tipo de vergüenza.

—Cierra los ojos unos segundos y despeja tu mente. Seguro que acabas por notarlo.

Le hago caso, pero en lugar de concentrarme en los olores, mi mente viaja a los recuerdos de las veces que nos hemos visto, de las sonrisas genuinas que logra esbozar cuando la tristeza se disipa. Es un contraste que me desconcierta y me atrae a partes iguales. Detesto esa sombra de incertidumbre que parece envolverla a menudo y desearía poder borrarla de un plumazo, aunque ahora mismo no se me ocurra la forma de hacerlo.

Abro los ojos sin haber logrado distinguir ningún aroma especial y me encojo de hombros, echándome hacia atrás.

—Creo que es un don exclusivo tuyo, porque yo solo percibo olores típicos de cocina.

Candela suelta una risa y niega con la cabeza. Agradece al camarero que nos trae la botella de agua y se sirve un poco antes de pasármela, mientras aprovecho para pedirle los platos que había pensado.

—Un día te llevaré a uno de mis lugares favoritos en Leganés —dice e interrumpe mis pensamientos.

—¿A cuál?

—Tendrás que descubrirlo cuando vayas. —Hay un brillo pícaro en su mirada que me hace dudar si esta petición es real o solo fruto de mi imaginación—. También podrías pasarte por la emisora. Mejor aún, podrías ser mi invitada de honor. Quiero que la gente conozca lo que haces más allá de las pantallas.

—¿Y qué podría transmitir yo a través de un micrófono?

Formulo la pregunta sin pensar demasiado, sabiendo que no tiene mucho sentido. He visto cómo alguien puede transmitir infinidad de cosas solo con su voz cuando está en su elemento, y sé que Candela es la prueba viviente de ello.

—¿Sabes? Al principio, yo pensaba igual. Pero la voz tiene más poder del que muchos imaginan. —Sus ojos brillan con la pasión que siempre la acompaña cuando habla de lo que ama. Se inclina un poco hacia adelante, como si fuera a confiarme un secreto—. ¿Nunca has sentido que puedes saber cómo está alguien solo con escuchar su «hola»? La voz no solo comunica palabras. Habla de emociones, pasiones, miedos… Incluso de lo que intentamos ocultar. Un micrófono puede amplificar todo eso. Tiene el poder de mover montañas. Es algo único, casi mágico y difícil de describir.

—Pues creo que acabas de explicarlo de maravilla —admito mirándola con atención, como si intentara descifrar los secretos que esconde su sonrisa, esa que logra mover cada uno de mis cimientos cada vez que aparece.

—Y tú también podrías hacerlo. —Candela bebe un sorbo de agua y se aparta unos mechones del rostro, llevándolos detrás de las orejas—. Quién sabe, hasta podrías inspirar a

alguien que está escuchándote para que persiga sus sueños como tú lo has hecho. Si hablas con el corazón sobre lo que significa tu trabajo, la gente lo sentirá. Tu entusiasmo, tu calma, tu forma de ver el mundo… Esas cosas se reflejan en la voz.

—¿Y si no soy capaz de conectar con la gente y el programa no funciona? No quiero ponerte en una situación incómoda —digo, dejando que una pizca de miedo inusual se cuele entre mis palabras.

—Tampoco sería la primera vez que pasa algo así —admite despreocupada—. Y, en realidad, eso es lo mejor de la radio: no necesitas gustarle a todo el mundo. Solo tienes que conectar con quienes estén preparados para escucharte. Hablar frente a un micrófono no es como exponerte ante una cámara. Es compartir, mostrarte tal cual eres. Nadie espera que seas perfecta, solo que seas auténtica. —Se encoge de hombros antes de añadir—: Además, a Olga le harías muy feliz.

—Me encanta lo fácil que parece cuando tú lo dices —respondo con una sonrisa que intenta camuflar mi inseguridad.

Siempre he pensado que lo mío es estar detrás de una cámara.

—Porque llevo años haciéndolo, igual que tú como directora de fotografía. Pero créeme, a mí también me daba miedo exponerme de esa manera. Hubo un tiempo en que pensaba que necesitaba tener una voz perfecta, decir las palabras exactas, para que nadie me cuestionara más allá de las noticias que compartía en el programa —cuenta, con un tono que tiene esa mezcla tan suya de nostalgia y orgullo—. Hasta que un día un oyente llamó al programa y me dijo que le gustaba escucharme porque sentía que estaba conversando con una amiga. Ese momento cambió por completo mi forma de verlo. —Hace un gesto amplio con las manos, como si quisiera traer ese recuerdo al presente.

—¿Y eso es lo que esperas que yo transmita? —pregunto, aunque en el fondo ya conozco la respuesta.

Pero Candela niega con suavidad.

—No. Solo quiero que la gente escuche a Sonia. No a la directora de fotografía, sino a la persona que tiene una forma única de ver el mundo, capaz de transformar emociones en imágenes.

El cosquilleo vuelve y recorre mi cuerpo con una facilidad que me sorprende y me hace tomar una bocanada de aire, solo para comprobar que estoy aquí de verdad. Me quedo en silencio un momento, meditando en la idea, cuando en realidad no tengo nada que pensar.

—De acuerdo. Pero si meto la pata, serás tú quien dé la cara por mí —bromeo para aliviar la tensión.

—Será un honor. Aunque hazme caso, vas a conquistar a los oyentes.

Levanta su vaso de agua y las dos brindamos, como si en lugar de agua tuviéramos una copa de vino entre manos, celebrando este instante y la pasión que compartimos por lo que hacemos.

—Nunca pierdas ese entusiasmo —le digo, observando cómo sus cejas se levantan ligeramente ante mi comentario—. Haz lo que siempre has soñado, ya sea frente a un micrófono, delante de una cámara o creando historias de otra manera. El mundo perdería una gran voz si decides ignorar tus propios sueños.

—También suena sencillo cuando tú lo dices —responde, pero su expresión pierde algo de brillo, como si una sombra se interpusiera entre sus pensamientos y su decisión.

— Da miedo enfrentarte a las personas, sobre todo si ese alguien es quien más debería apoyarte. Y sé que me estoy metiendo donde no me llaman, pero creo que no deberías renunciar a lo que quieres solo porque ella no esté de acuerdo o no se sienta cómoda.

Candela abre la boca, sorprendida. Por un momento creo que se va a levantar y dejarme sola. Sin embargo, la llegada de los platos interrumpe este silencio tenso. Aprovecha el momento para enredarse un mechón entre los dedos y morderse el labio inferior. Se ha puesto incómoda, y es por culpa mía. No es la primera vez que me pasa, pero por alguna razón, temo que me reproche haber pasado alguna línea invisible para mí.

Echa el aire con fuerza, aspirando después los aromas de la comida, como si eso pudiera calmarla y entonces, habla.

—Mónica es demasiado… precavida. Le gusta la estabilidad, sentir que tiene el control de lo que ocurre a su alrededor. Cree que no debería arriesgarme a fracasar profesionalmente cuando ya lo tengo todo —confiesa mientras aprieta los labios y sacude la cabeza, como si quisiera convencerse de sus propias palabras—. Y tengo que darle algo de razón, porque es un riesgo que a lo mejor me lleva a perder lo que ya tengo atado.

—¿Y si *Voces Urbanas* no dura para siempre? ¿Y si, en algún momento, la emisora o tu productora deciden tomar otro rumbo? Ahí sí perderías lo que ahora tienes. Estos trabajos son así: un día estás en la cima, y al siguiente… —Hago un gesto con la mano, dejando que complete la idea por sí misma.

—Por eso, en su momento, tampoco le pareció bien que me dedicara a esto —añade con una tristeza que me duele ver—. Conseguí convencerla de que era un trabajo serio, pero ahora que vamos a casarnos y que han pasado los años, piensa que no deberíamos lanzarnos a una piscina vacía, que es un riesgo demasiado grande.

—¿Aunque eso signifique encerrarte en una jaula? —replico sin pensar, dejando que mis palabras suenen más duras de lo que pretendía.

Su rostro se endurece, y frunce el ceño con una mezcla de sorpresa y enfado, lo noto. Se aprieta el puente de la nariz antes de buscar la servilleta y colocarla con cuidado sobre sus piernas.

—No es tan sencillo, y tampoco creo que esa sea su intención —me aclara en voz baja, defendiéndola—. Solo quiere protegerme.

—A veces pensamos que es protección, pero en realidad es otra cosa, Candela. Tienes que aprender a diferenciarlo. No creo que debas dejar de perseguir tus sueños solo porque tu prometida necesita esa estabilidad de la que tanto hablas.

—Sonia… —murmura y no tarda en pedirme con la mirada que lo deje estar—. Mejor vamos a comer, no quiero llegar tarde a Leganés.

—Pensaba que podríamos tomar un chocolate caliente mientras te enseño cómo voy a montar la promo.

—Seguro que no necesitas mi ayuda para eso —responde con una sonrisa que, aunque intenta ser amable, carece de la calidez que tenía antes—. Puedes contarme por WhatsApp los avances.

«Eres una bocazas», me digo mientras bajo la mirada hacia el plato. Al final, asiento y me concentro en la comida, consciente de que, quizás, acabo de abrir una puerta que no sabré cómo cerrar.

14

SONIA

Al día siguiente. Centro de Madrid.

La tarde no terminó bien, ni mucho menos como había imaginado. Es evidente que me excedí al intentar dar mi opinión sobre algo que Candela teme enfrentar, y presionarla para pisar ese terreno no fue una buena idea. No tengo derecho a entrometerme en cómo lleva su relación con su prometida, y ni siquiera debería pensar en ello. Sin embargo, aquí estoy, frente a la pantalla de mi portátil en mi apartamento, editando el video que hicimos para que esté listo a la noche, mientras escucho una y otra vez su voz. Le pedí que grabara lo que había dicho en Lavapiés para poder incluirlo entre en las imágenes, y ahora no soy capaz de olvidar ni un detalle de lo que dijo.

Mientras caminábamos por Lavapiés vi a una mujer abierta, soñadora, dispuesta a dirigir sus propios pasos. Pero esa impresión cambió por completo cuando intenté averiguar más sobre sus motivos para no lanzarse a por ellos. Al final de la tarde, cuando se subió al coche con el rostro serio, me despidió con un simple gesto y se marchó sin más. Hace rato le envié un mensaje para decirle que el video estará listo en breve, pero no he recibido respuesta, y me inquieta la idea de haber arruinado lo poco que tenemos.

—Lo que tenemos… —repito en voz baja, como si la frase tuviera algún sentido.

No sé qué creo que hay entre nosotras, ni cómo me atrevo a llamarlo de alguna manera. Es una relación estrictamente laboral, nada más. «Al menos por su parte», pienso. Sacudo la cabeza y me obligo a concentrarme en el video, que necesito terminar para que *Entre Líneas* lo publique en sus redes sociales. La imagen de Candela, con esa sonrisa que resulta imposible ignorar, llena toda la pantalla. Más de una vez me detengo, mirándola en silencio, haciéndome preguntas que no tienen respuesta.

El brillo de su mirada reaparece en mi mente, y el corazón me late con fuerza, como si esos recuerdos vagos, escondidos en algún rincón de mí, quisieran salir a la superficie.

Su voz tiene algo que continúa resultándome familiar, como si hubiera escuchado su risa más allá de la emisora. Un sonido que tiene un efecto atrapante, como si pudiera disolver cualquier tipo de problema con una simple carcajada.

He intentado buscar en mi memoria, incluso he pasado noches en vela pensando en ella, en un intento por conectar esos recuerdos. Pero, por más que lo intento, sigue siendo un rompecabezas que está incompleto, imágenes difusas de años atrás que no puedo encajar en ningún lugar. Tal vez sea solo mi imaginación alimentada por la conexión que siento hacia Candela, una conexión que no debería ni existir. Es evidente que no tiene sentido querer pasar tiempo con alguien que está a punto de casarse.

Por mucho que mi corazón insista en lo contrario.

Recuerdo las palabras que me dijo el día que nos conocimos, en el estudio del podcast:

«Hoy día es muy difícil conectar con las personas, tocar esa fibra que enciende algo en tu interior. Y yo no quiero dejar de hacerlo». Esa frase vuelve a mí, unida a la tristeza de pensar que quizá deje de lado sus sueños para complacer a la persona que tiene a su lado.

Avanzo con el montaje añadiendo imágenes hasta lograr que el video tenga la duración perfecta para enganchar a los seguidores del canal. Lo adjunto en un correo y se lo envío con un par de frases que disfrazan una disculpa que no me atrevo a expresar directamente. No sé qué ocurrirá después de esto, pero tampoco quiero pensar en ello.

Sinceramente, ni siquiera esperaba terminar el video tan rápido, ni hacerlo sola, sin una conversación que aliviara la presión del trabajo.

—Pero así son las cosas —me digo en voz baja.

Como aún es temprano, busco mi teléfono y escribo un mensaje:

> **Sonia**: ¿Tienes planes para esta noche? Necesito comer algo fuera de lo habitual y una charla de esas que salvan la vida.

Lo envío a Ángel, mi mejor amigo, sin demasiada esperanza de que me responda o esté disponible. Sé que está ocupado con su última película y no quiero incomodarlo, sobre todo ahora, que también está en mitad de la pelea de su divorcio.

El teléfono vibra sobre el escritorio, sorprendiéndome con una respuesta rápida.

> **Ángel**: Te espero donde siempre, en dos horas.

—Tan directo como siempre —murmuro, sonriendo mientras le respondo con un simple «Ok».

Reviso la bandeja de entrada por última vez, y al no ver ningún mensaje de Candela, cierro el portátil y decido dejar el trabajo para otro día. Necesito despejarme y dejar de obsesionarme con cosas que no puedo controlar. Me pongo el abrigo, una bufanda gruesa y mis botas, y dejo que la fría tarde madrileña me reciba con ese abrazo helado que tanto me gusta.

Cumplo con mi habitual rutina de subir al metro cuando tengo ganas de pasear, y me pierdo entre las calles de mis barrios favoritos, no sin dejar de tomar alguna que otra fotografía.

A la hora acordada llego a un restaurante cerca del Parque del Retiro. Es un lugar tranquilo y acogedor, cuyo ambiente me calma de inmediato. Este sitio se ha convertido en un refugio para Ángel y para mí desde que celebramos aquí mi primer contrato en una serie de televisión. Y cada vez que volvemos, siento que regresamos a ese momento especial.

Mi mejor amigo se levanta al verme entrar, con los brazos abiertos y una sonrisa que me contagia al instante. Su abrazo dura unos segundos, y de inmediato me siento como en casa, segura, como si el tiempo o la distancia que se ha interpuesto entre los dos no fuera nada. Nos damos dos besos en las mejillas, y él me ayuda con el abrigo antes de sentarme.

Los aromas que escapan de la cocina invaden el ambiente, y, sin querer, pienso en Candela. La recuerdo en el restaurante, cerrando los ojos para disfrutar del placer que le provocaban los olores. Es una imagen tan vívida que me hace sonreír.

—¿Cómo estás? —pregunta él, inclinándose ligeramente hacia mí, más atento de lo normal.

—Sobreviviendo —respondo, aunque sonrío para evitar que se preocupe.

El camarero se acerca para tomar nota, y mientras Ángel hace su pedido, yo intento

despejar mi mente, al menos por un rato, y disfrutar de este reencuentro que siempre logra hacerme sentir que las cosas irán bien.

Desde luego, no esperaba que el día terminara conmigo sentada aquí, junto a un compañero de lujo. Aunque, muy en el fondo, sepa que esta no es la compañía que realmente quería tener.

—¿Y tú? No me has contado nada en toda la semana.

—La preproducción me tiene al límite, y Esteban no hace más que complicarlo todo con el tema de los niños… Jamás imaginé que podría llegar a verlo en una faceta como esta.

—Quizá solo esté asustado, como me dijiste.

—Pero nunca le he dicho que no volverá a verlos, simplemente sugerí que sería más fácil si se instalaran en Madrid definitivamente —se lleva las manos a su pelo perfectamente peinado y después niega—. Sabe que aquí tienen todo lo que conocen. No sé por qué acepté mudarme con él a Lyon. Está claro que fue una cagada monumental.

—Solo intentabas salvar tu matrimonio, y déjame decirte que te admiro por eso —le aclaro, extendiendo la mano sobre la mesa para sujetar la suya con cariño.

Le cuesta sonreír e intenta desviar la atención que hay sobre él levantando la mano para llamar al camarero. Desde que lo conozco, nunca le ha gustado hablar de sí mismo ni mostrarse vulnerable, pero la verdad es que no necesita decirme nada; sus ojeras marcadas y la barba descuidada revelan lo mucho que le está costando superar este momento.

«Y yo preocupándome por problemas insignificantes», me reprocho en silencio.

—En fin, no quiero hablar más de este tema —añade, cambiando el tono de voz para quitarle peso al tema—. He venido a despejarme y a saber cómo está la próxima gran estrella de los Iris.

Su comentario me deja sin palabras.

—¿Cómo dices?

—Ha llegado a mis oídos que *El último refugio* va a ser un exitazo y que conseguirás tu primera nominación.

—¡Venga ya! —respondo, incrédula—. Queda mucho para eso. Estamos empezando el año, y habrá muchísimas producciones más.

—Siempre tan humilde. —Niega con la cabeza—. Pero créeme, estarás en boca de todos.

—Tu fe en mí es inquebrantable.

—Es que sé reconocer el talento cuando lo veo, y contigo no me equivoqué —afirma, y ahora sujeta una de mis manos—. Estoy muy orgulloso de todo lo que has logrado y de lo mucho que has crecido. De verdad, te lo mereces.

—Vas a ponerme nerviosa antes de tiempo —confieso e intento restarle importancia con una sonrisa—. Llámame precavida, pero prefiero no lanzar campanas al vuelo y luego llevarme una decepción.

—Pues ve haciéndote a la idea, porque yo nunca me equivoco en estas cosas.

—Está bien, estaré atenta —digo, levantando las manos en señal de rendición.

Él me dedica un guiño, y justo en ese momento llega el camarero. Mi amigo pide sin dudarlo la especialidad de la casa para los dos, acompañada de una botella de vino, como si ya tuviéramos algo que celebrar.

Aunque sigo siendo algo escéptica con estas cosas, no le niego ese brindis. Tampoco dejo de pensar en esa posible nominación, en la idea de seguir sorprendiendo al público con mi trabajo, en llegar a los espectadores de una forma única, diferente, y con ello, tocar corazones de una manera con la que sean capaces de identificar lo que hago.

Con la cantidad de tecnología y producciones que aparecen cada año, destacar de una manera tan brillante resulta complicadísimo, y solo pensar en hacerlo, ya me crea una revolución interna para la que no estoy preparada

—Bueno, ¿y a ti cómo te va, además de sobreviviendo? —incide, ahora con gesto pícaro—. ¿Has conocido a alguien nuevo o sigues viéndote de vez en cuando con esa mujer para luego odiarla otra vez?

—No empieces —advierto con fastidio—. Ese tema ya está más que olvidado. ¡Te lo prometo! Desde la última vez hace unos meses, no he vuelto a contactar con Lucía. Y tampoco tengo la menor intención. Estamos mucho mejor así, sin vernos ni saber nada de la otra.

—Al menos lo has entendido a tiempo y no te ha pasado como a mí. Todavía no sé cómo se me pudo pasar por la cabeza…

—Porque estabas enamorado de Esteban, hasta las trancas —le recuerdo, bromista, aunque hay tono de comprensión en mi voz—. Y contra eso no se puede luchar, por mucho que lo intentemos.

No digo nada en concreto, pero este hombre me conoce demasiado bien y sabe leer entre líneas lo que no he pronunciado. Me doy cuenta cuando deja la copa suspendida en el aire y frunce el ceño, manteniéndome la mirada antes de dar un trago de vino, sin apartar los ojos de mí.

«Mierda».

—¿Qué está pasando? —pregunta.

Intento carraspear, pero lo único que consigo es que parezca que estoy a punto de atragantarme. Joder, mi reacción solo me delata más.

—No es nada —miento, aunque el temblor en mi voz me deja en evidencia.

—Ya… que a mí no me engañas —responde, dejando la copa con cuidado sobre la mesa. Se inclina hacia delante y apoya las manos en la mesa—. Ahora mismo me lo vas a contar.

Respiro hondo y escondo las mías bajo la mesa para acariciarme los dedos. Su mirada se vuelve insistente y, sin poder evitarlo, acabo confesándolo todo. Le cuento desde el primer encuentro con Candela, pasando por cómo no puedo sacarme su sonrisa de la cabeza, hasta la extraña sensación de familiaridad que tengo con ella. También le hablo de su talento, de cómo ha luchado por hacerse un lugar en el mundo de la radio y de sus sueños por cumplir. Finalmente, le confieso lo que más me preocupa: la manera en que parece estar dispuesta a renunciar a su vida y éxitos, solo para complacer a la mujer con la que, supuestamente, quiere pasar el resto de su vida.

—Y ahí está mi dilema —concluyo con un suspiro y echándome hacia atrás—. No nos

conocemos lo suficiente como para que me ponga a darle consejos, pero tampoco creo que sea justo que permita que otra persona decida por ella.

Ángel se queda en silencio un momento, pero finalmente sacude la cabeza.

—Ni tú deberías meterte en medio, por mucho que te guste —responde con un tono que me irrita un poco—. Créeme, las relaciones a dos bandas nunca terminan bien.

—¿A dos bandas? ¿Pero quién ha hablado de eso? No pienso meterme en medio de una pareja. Además, se van a casar. Dudo mucho que Candela se haya fijado en mí. Está enamoradísima de su prometida.

—Yo solo digo que tengas cuidado, te conozco y cuando alguien se te mete en la cabeza, no piensas con claridad.

—Por favor, no vuelvas con el tema de Lucía —le pido, agotada por el rumbo que está tomando la conversación.

—Sonia, te lo digo con todo el cariño del mundo. —Deja el tenedor y el cuchillo clavados en su plato y me mira directamente a los ojos—. Se nota que te gusta. No quiero que te hagas daño imaginando algo con una mujer que, por lo que me cuentas, es inalcanzable.

—Que no es eso, joder… —contesto con frustración—. Solo me preocupa que esté dejando pasar una oportunidad que podría cambiar su vida, y que le haría muy feliz.

Asiente, aunque no parece convencido del todo. Es evidente que cree que mi preocupación por Candela va más allá de lo que estoy dispuesta a admitir. Pero se equivoca. Lo único que quiero es que no renuncie a sus sueños, que no permita que el miedo o el deseo de esa estabilidad imaginativa la hagan dejar de lado cada logro que podría conseguir.

Y estoy convencida de que, cuando se vea en pantalla, cambiará de opinión.

15

CANDELA

Leganés. Primer viernes de Febrero.

La presentación del programa ha sido un éxito desde que el video se publicó en redes sociales el pasado domingo. No he parado de recibir mensajes y llamadas en la emisora de personas que dicen estar deseando verlo y que, además, me consideran una fuente de inspiración. A pesar de todo el tiempo que llevo a cargo de *Voces Urbanas*, todavía me cuesta verme como esa figura en la que otros confían para hablar, expresar lo que sienten y dar el primer paso hacia sueños que antes no se atrevieron a perseguir.

Sin embargo, lo que más me inquieta es darme cuenta de que soy yo misma quien se pone barreras. Barreras que no consigo saltar o superar.

Sonia me ha pedido disculpas varias veces por nuestra conversación, y al final le respondí que no había problema, que todo estaba bien. Y es cierto, porque con ella todo va de maravilla. Pero lo que no le dije es cómo me siento después de haber reflexionado sobre sus palabras y darme cuenta de que tenía razón.

No he sido capaz de afrontar algo que llevo guardado en lo más profundo de mi corazón. Tampoco me he atrevido a aceptar que he permitido que Mónica, de forma inconsciente, tambalee cada uno de mis sueños, poniendo en riesgo aquello que más he deseado hacer. Si miro a mi alrededor, puedo ver que tengo lo que siempre quise: una estabilidad que muchos anhelarían y defenderían con uñas y dientes. Pero la realidad es, que esa no soy yo.

Yo quiero volar. Necesito extender las alas hacia nuevos horizontes, incluso si tengo que cargar con el miedo a caer y fracasar estrepitosamente.

—Cande, ¿tienes un minuto?

La voz de Olga me saca de mis pensamientos. Está de pie en la puerta de mi despacho —mi «espacio personal», como suelo llamarlo—, y le hago un gesto para que entre mientras dibujo una sonrisa. Cierro el bolígrafo, ordeno los papeles sobre el escritorio y le doy un sorbo de agua a mi botella, que siempre me acompaña.

—¿Ha pasado algo? —pregunto, al notar la preocupación en su expresión.

Por un momento temo lo peor, pero enseguida su rostro cambia.

—Mercedes, la productora de *Entre Líneas*, se ha puesto en contacto conmigo. Quiere organizar una cena para celebrar la colaboración entre nuestros programas, algo especial que destaque el éxito de las mujeres en este ámbito. —Por fin esboza una sonrisa radiante y el ovillo que se me había anudado en el pecho desaparece de golpe—. Desde que me sugeriste invitar a Sonia, hemos intercambiado ideas y parece que la cosa ha tomado forma.

—¡Genial! —respondo, echándome hacia atrás en la silla mientras le pego otro sorbo a la botella—. Cuando lo propuse tenía un poco de miedo de que fuera precipitado, pero estoy

convencida de que esta colaboración puede abrir muchas puertas.

—Y por eso tienes que lanzarte de una vez y producir tu propio programa —dice de repente.

El corazón me da un vuelco. Por un segundo, mi mente me traiciona y pienso que va a reprocharme algo, como si las ideas que he lanzado al aire —en ocasiones puntuales— pudieran interpretarse como una amenaza para la emisora. Pero sus palabras no tienen ni un solo reproche; me dedica un guiño y apoya la barbilla en sus dedos entrelazados.

—Por ahora solo son ideas sueltas —comento, recordándome que no he hablado con nadie seriamente de esto, salvo con Sonia.

—Pues más te vale no dejarlas escapar. Estoy segura de que cualquier director estaría encantado de tener a alguien como tú en su equipo.

—¿No te preocupa que *Voces Urbanas* pueda verse afectado? —pregunto incapaz de ocultar mi preocupación—. No quiero que pienses que pretendo dejar el programa, porque eso no está en mis planes. Además, tengo varias ideas que podrían encajar perfectamente con lo que hacemos aquí. No te quise decir nada antes porque…

—No ha hecho falta —me interrumpe—. Sin querer has dejado ver mucho más de lo que has pretendido. Y eso me gusta. Eres quien lleva la voz cantante, y algo me dice que tendrás el control de todo esto en el futuro.

Frunzo el ceño, confusa.

—¿A qué te refieres?

—A que todos cumplimos un ciclo en este trabajo, y el mío en la emisora está llegando a su fin —responde con serenidad, dejándome completamente sorprendida—. He recibido una oferta muy interesante en Barcelona, y creo que es el momento de pensarme el explorar nuevos horizontes. Llevo muchos años aquí, y hace tiempo que siento la necesidad de un cambio.

Sus palabras me dejan sin aliento. Trago saliva, tratando de digerir lo que acaba de decir. Una sensación amarga se instala en mi estómago, aunque no sé exactamente qué es lo que me afecta más. Sin embargo, la forma en que sus ojos brillan me hace entender que soy la primera persona con la que comparte esta noticia.

—Por eso quiero que des rienda suelta a esas ideas —añade con una sonrisa cálida—. *Voces Urbanas* durará lo que tú decidas. Cuando sientas que necesitas emprender nuevos proyectos o que ya no puedes compaginar este trabajo con tus sueños, cerrarás tu propio ciclo. Los caminos que se abren ante nosotras son infinitos, y tú eres una de las personas más brillantes que he conocido en este ámbito. Estoy convencida de que llegarás muy lejos.

—No llevo tanto tiempo. Apenas tengo experiencia en esto de la producción, es más, todavía considero que estoy aprendiendo.

—Pero, como otras muchas cosas más, fuiste tú quien tuvo la iniciativa de invitar a Sonia Herrero, una directora de fotografía que, según dicen, está a punto de ser nominada a los premios Iris. —Me guiña un ojo—. Eso no lo hace cualquiera.

—¿Hablas en serio?

—En marzo se va a estrenar *El último refugio* en una de las cadenas privadas, y ya he oído que será un éxito rotundo. De hecho, un par de amigos en común me han confirmado que no

va a dejar indiferente a nadie, y que su trabajo ha sido excelente, incomparable.

—Se nota que tiene mucho talento —comento en voz baja, tanto que parece más un pensamiento que algo dicho en voz alta—. Si con un teléfono es capaz de hacer una promoción como la de *Entre Líneas*, no quiero imaginar de lo que será capaz detrás de una cámara.

—Busca *Atardecer*, cuando la veas, vas a sentir que tu vida cambia por completo.

—Tendré que hacerlo. Ya has despertado mi curiosidad. —Busco la agenda que está a mi derecha en el escritorio, apunto el nombre y lo rodeo con un círculo para que no se me olvide —. ¿Y para cuándo es esa cena de la que hablabas?

—En un par de semanas. Mercedes y yo vamos a terminar de organizar las ideas y luego contactaremos con la gente del equipo. Sé que estás con los preparativos de la boda y que el momento no es el mejor, pero espero que puedas venir.

—Claro que sí —respondo sin pensarlo dos veces—. Además, podría traer a Mónica para que conozca un poco más este mundo. Tal vez hasta logre que después de tantos años le guste y pierda esa inseguridad que siente hacia lo relacionado con este ámbito.

—A ver si es verdad. Siempre vas sola a las fiestas, y ya va siendo hora de que tu prometida se deje ver un poco, y no solo en salidas esporádicas. Cualquiera diría que lleváis tanto tiempo juntas y que te apoya en todo.

—Ya... —murmuro, aunque sin demasiada convicción.

—En fin, te dejo. Tengo una reunión importante con dirección en un rato. Espero esas ideas, no creas que se me ha olvidado.

Niego con la cabeza y me levanto para darle un abrazo. En cuanto sale por la puerta, me dejo caer de nuevo en la butaca y me llevo las manos a la cara, tratando de asimilar lo que acaba de suceder. Voy a heredar el programa en algún momento, y los nervios se me enredan en el estómago con tal intensidad que siento que me voy a marear.

Busco el teléfono en la mesa y abro WhatsApp con la intención de escribirle a Mónica, pero mis dedos se quedan suspendidos sobre la pantalla. La inseguridad me invade de inmediato, y acabo cerrando el chat. Respiro hondo, niego para mí misma, y después abro la conversación que tengo con Sonia.

Leo sus últimos mensajes, repasando en mi mente cada palabra, como si estuviera diciéndolos a viva voz.

—«Sé que tienes miedo, pero el premio merecerá la pena» —recuerdo, y me siento tan ridícula que dejo escapar un suspiro frustrado—. Joder, he sido tan tonta con ella.

Escribo un mensaje rápido, intentando mantener el control de mis pensamientos:

> **Candela**: Siento mucho cómo me fui el otro día del restaurante. Aunque no lo parezca, nuestra conversación me hizo reflexionar mucho. Olga me acaba de hablar sobre la cena y me ha dicho que tenemos que celebrar tu próxima producción. Estoy deseando verla y saber más sobre ella.

Escribo casi sin detenerme y, antes de arrepentirme, envío el mensaje. Una pequeña sonrisa se dibuja en mi rostro mientras busco en el cajón el mando para poner un poco de música que ambiente las ideas que siguen desordenadas en mi cuaderno.

Llevar la entera producción de *Voces Urbanas* siempre ha sido un privilegio que nunca pensé alcanzar. Ahora, al considerar la posibilidad de compaginar este trabajo con mis propios

proyectos, no puedo evitar imaginar lo que podría aprender en el proceso. Y parte de esto se lo debo a Sonia, a su manera directa de hacerme ver que merezco dar el salto, aunque todavía me cueste aceptarlo.

El teléfono vibra con una respuesta.

> **Sonia**: No tienes nada que agradecerme. Soy yo quien se metió donde no debía. Espero que nos veamos pronto para celebrar el éxito de tu entrevista y lo que vendrá después.

—Eso espero —murmuro para mí misma, dejando que las palabras se instalen en mi interior.

Me gustaría seguir con la conversación, pero decido centrarme en el trabajo, que quiero terminar cuanto antes. Esta tarde, Mónica y yo iremos a tomar unas cervezas con nuestros amigos y a pedirles ayuda con el tema de los regalos de boda. Necesito despejarme y no puedo permitirme divagar.

—Ni pensar en tonterías —me digo con firmeza, aunque sé que no estoy convencida.

El motivo de mi enfado con Sonia no está lejos de la verdad que ella me puso delante. Una verdad que me duele tanto como la sensación de estar al lado de una mujer que parece no querer que vuele, que no desea que cumpla mis sueños, que no contempla un futuro en el que yo pueda ser absolutamente feliz con el riesgo de lo que hago, aunque ese futuro sea incierto.

Quizá sea eso lo que más me hiere: saber que este problema no es algo nuevo, no es solo cosa del presente. Es algo que lleva pesando en mí desde el inicio de nuestra relación.

16

CANDELA

Plaza Nueva está abarrotado de gente por culpa de las rebajas, y los murmullos de las conversaciones viajan con nosotras mientras avanzamos por el pasillo principal del centro comercial. Llegamos quince minutos tarde por culpa de una llamada de última hora que Mónica tuvo que atender en la oficina, y aunque ya ha logrado solucionar el problema con los transportistas, ha sido una semana agotadora. Sin embargo, parece que por fin podremos tomarnos ese descanso que tanto necesitamos.

Mañana temprano salimos hacia la Sierra de Guadarrama, donde hemos reservado una pequeña casa rural. Será el refugio perfecto para desconectar del estrés de la boda y el trabajo. Necesitamos este tiempo a solas, reconectar como pareja y respirar aire puro, la tranquilidad que puede aportar la naturaleza.

Aunque he estado ocupada con la emisora y el lanzamiento de la entrevista del podcast, Mónica no ha parecido disgustada. Al contrario, ha dado a entender que por fin empieza a comprender que su apoyo es más valioso que la negatividad que a veces surge cuando las cosas no salen según lo planeado.

Sus párpados están cansados y se le nota en la cara que necesita dormir más de ocho horas, aunque la sonrisa que esboza mientras echa un vistazo de reojo a las tiendas, no tiene precio. Nuestros dedos se entrelazan con fuerza y me inclino un poco para darle un beso en la mejilla.

—Me encanta verte tan relajada. Ya empezaba a cogerle manía a esa arruga que te sale en la frente —comento con cariño.

—¿No decías que era una de las cosas que más te gustaban de mí? —me responde con una sonrisa traviesa. Levanta una ceja y luego suelta una carcajada—. Cuando las cosas van bien en el trabajo, lo demás fluye con naturalidad. Solo espero que este fin de semana no se les ocurra arruinarlo.

—Calla, no gafes el viaje, que tengo muchas ganas de ir a esa casita.

—¿Aunque tengas que enfrentarte a los peligros de la naturaleza? —se burla.

Antes de que pueda responder, escucho un silbido que reconozco al instante. Es Estela, quien no tarda en correr hacia nosotras. Me abraza con tanta fuerza que casi me deja sin pulmones, como si hubiera pasado una eternidad desde la última vez que nos vimos.

Mi hermano Raúl se acerca también, seguido de Nerea, Isabel y Juancar.

—Pensaba que no íbamos a reunirnos hasta la boda —protesta el último con una sonrisa.

—Como si tú no hubieras estado hasta arriba de trabajo —respondo, dándole un suave empujón en el hombro—. En enero todos estamos al límite.

—Y ahora que eres famosa, seguro que estás aún más ocupada —añade Estela,

moviendo las cejas con picardía—. ¿Cómo ha sido trabajar con Sonia? Dicen que es un genio en lo suyo.

Todos me miran de repente, y me siento tan expuesta que el aire parece comprimirse. Las imágenes de ella improvisando para que no me sintiera nerviosa durante la grabación del podcast invaden mi mente, y el calor me sube a las mejillas. Me encojo de hombros y sonrío tímidamente, intentando desviar la atención.

—La verdad es que fue una buena experiencia. Además, el podcast no se parece en nada a lo que hace para televisión.

—¿Quién es esa? —pregunta Mónica, con curiosidad.

Y ahí caigo en la cuenta de que por culpa de su reticencia no le he hablado de ella directamente.

—Sonia Herrero —interviene Juancar antes de que pueda responder—. La directora de fotografía de *Atardecer*. Si no la habéis visto, deberíais. Es pura magia. Me resulta extraño que, con su éxito, se haya involucrado en algo tan sencillo.

—Le gustan los retos —respondo con rapidez—. Es su forma de desconectar e inspirarse para sus otros proyectos. —Mónica frunce ligeramente el ceño, y siento cómo mi garganta se seca. Carraspeo, tratando de calmarme, y añado con un tono algo forzado—. ¿Andamos o qué? No me gusta estar aquí parada con tanta gente.

—Vamos a por esas cañas —sugiere Nerea, notando mi incomodidad.

—Sí, que estoy muerta de sed —añado con una risa nerviosa.

Raúl me lanza una mirada interrogante, pero niego con la cabeza para dejarle claro que no pasa nada. Nerea se aferra a mi brazo, permitiendo que Mónica camine unos pasos delante de nosotras, charlando animadamente con Juancar y Raúl.

El corazón me late con fuerza, aunque no sé por qué. Mi mente se empeña en analizar por qué he hablado de forma tan atropellada, como si me estuvieran sometiendo a un interrogatorio, cuando en realidad no había razón para ello. Observo a Mónica durante un momento, viendo cómo se ríe con nuestros amigos. Siempre me ha parecido increíble la buena relación que tenemos entre todos. Es una de esas cosas que pocas veces se dan en la vida.

—¿Qué ha sido eso? —me pregunta Nerea, rompiendo el hilo de mis pensamientos.

—¿El qué? —respondo, algo desconcertada.

—Esa forma de esquivar el tema, como si no quisieras que Mónica supiera nada de Sonia. Por cierto, ya podrías haberme dicho que trabajaba contigo en el podcast. Podría haberme firmado un autógrafo.

—¿Por qué parece que todo el mundo ya la conocía menos yo? —replico, intentando desviar la conversación.

—Porque siempre estás en tu burbuja —responde mi mejor amiga con franqueza, y no puedo evitar reconocer que tiene razón—. Últimamente solo te enfocas en el trabajo y la boda. ¿No te acuerdas que todos apostamos a que al final no hacías esa entrevista cuando lo comentaste en el chat?

Lo recuerdo perfectamente. Me sentía tan avergonzada que pasé un par de días sin hablar con ellos para evitar sus burlas. No creían que yo fuera capaz de dar ese paso, con lo poco

que me gusta estar frente a las cámaras.

—Pues ya ves, las cosas cambian. Sonia es una profesional increíble. Nunca me había sentido tan cómoda fuera de la emisora. De hecho, en unos días estará en *Voces Urbanas*. —Antes de que Nerea pueda gritar y llamar la atención de todos, pongo un dedo sobre sus labios para hacerla callar—. Esto no lo sabe nadie, así que no te vayas de la lengua. Te lo he dicho en confianza.

—¿Mónica tampoco lo sabe?

La pregunta me sorprende y, sinceramente, no sé muy bien a qué viene.

—No estamos todo el día diciéndonos con quién vamos a reunirnos o no. Además, pocas veces se interesa por los invitados que traemos a la radio.

—Ya, pero…

—¿Pero qué? —pregunto con los ojos entrecerrados, cortándola antes de que diga algo fuera de lugar—. Sonia es una directora de fotografía excepcional. Y sí, también es una persona genial. Solo pensé que podría encajar como invitada del programa, por eso decidimos colaborar con *Entre Líneas*, para atraer más oyentes y suscriptores.

—Cómo te pones, si yo no he dicho nada.

—Pues ya lo sabes —sentencio.

La arrastro con el resto del grupo y terminamos en nuestro bar de siempre, en la zona de restauración. Entre billares y máquinas recreativas, hemos pasado incontables tardes cuando las responsabilidades no nos asfixiaban.

El ambiente se relaja entre cervezas y las bromas de Juancar e Isabel, quienes sugieren evitar el marisco en el banquete. Todavía recordamos aquel incidente en su boda, en el que un niño terminó en el hospital tras tocar algo sin darse cuenta.

Mónica anota algunas sugerencias en su teléfono mientras repasamos las opciones del restaurante donde celebraremos la boda.

—Mi hermana ya nos dijo que deberíamos optar por las dos opciones, para que no haya ningún problema.

—Y que se incluya el menú vegano —nos recuerda Raúl.

—Yo no pondría demasiados platos —opina Estela—. Entre brindis, fotos y todo el ajetreo, la mitad de la comida acaba quedándose en los platos.

—Eso es lo que pensábamos —le dice Mónica a Estela—. Lo que pasa es que hay algunos que también se van a quejar si ven el plato muy vacío, creo que vamos a incluir un par de aperitivos, los dos platos con las opciones a elegir para que no haya problema, además del postre.

—Que no sea la tarta de boda, por favor —advierte Juancar—. Siempre trae más de un desastre. Podéis hacer una versión pequeña para los invitados y otra solo para vosotras. Así evitaréis que alguien la arruine antes de tiempo. —Parece que habla desde la experiencia y añade —: Ah, y mejor no la dejéis expuesta. Es un imán para los niños.

—Madre mía, esto parece más una estrategia naval que una boda —suspira Mónica. Le aprieto la mano para tranquilizarla, y cuando me mira, le dedico un guiño junto a un beso en la

mejilla—. Si enumeramos todas las cosas que podrían salir mal…

—No nos casaríamos —completo la frase, haciendo reír a los demás—. Por eso hay que pensar que irá de maravilla.

—Y nosotros os cubriremos las espaldas —añade mi hermano—. Vosotras solo tenéis que encargaros de los preparativos. De lo demás nos ocupamos nosotros.

—Intentaré meterme eso en la cabeza —dice Mónica, aunque su tono delata que lo ve complicado. Luego suelta mi mano y busca algo en su bolso—. Ahora vamos a lo más importante: los regalos. Porque si son una porquería…

—Vaya, vaya, que esto se pone serio —interrumpe Isabel, haciendo que todos riamos al ver la expresión de mi prometida.

—No queremos nada típico de «para hombre y mujer» —les explica mientras muestra dos opciones. Saca una de posavasos personalizados y un imán con ilustraciones que es precioso.

Todos parecen encantados con las ideas, incluso Raúl, que ya nos había acompañado a elegirlos.

—No pensé que fueran a quedar tan bonitos —admite, sosteniendo uno de los posavasos—. Si tuviera que elegir, me quedaría con esto. Es algo útil, algo que realmente se usa en las casas. No me gustan los regalos que acaban en el olvido.

—Pues no te quejaste de nuestros abrebotellas —protesta Isabel, cruzándose de brazos con fingida ofensa.

—Porque yo lo uso, ¿o es que no lo has visto? —Raúl le lanza un beso al aire con una sonrisa burlona.

—Qué tonto eres —le recrimino en broma y lo empujo con suavidad—. ¿Entonces? ¿Los posavasos?

Mónica busca mi mano bajo la mesa y entrelaza sus dedos con los míos. Por un momento, el tiempo parece detenerse. Me pierdo en su mirada, en la forma en que sus ojos brillan, libres de estrés y cansancio. Este instante lo guardo en mi memoria, sabiendo que, conforme se acerque el gran día, tendremos los nervios estarán a flor de piel.

—Los posavasos —responden todos al unísono.

—Justo los que yo quería —aclara Mónica y parece tanto o más contenta que un niño al que le acaban de regalar su dulce favorito.

Hacemos un brindis con las cervezas y celebramos. Parece que fue hace un siglo que estuvimos todos juntos, disfrutando del momento sin más, lejos de las preocupaciones, y me doy cuenta que, a pesar de las tormentas que hemos atravesado estos días, adoro estar con Mónica. Porque verla así de relajada es un regalo que espero conservar por mucho tiempo.

17

MÓNICA

Al día siguiente. Sierra de Guadarrama.

Apenas han pasado cinco minutos desde nuestra llegada a la casa rural y ya noto cómo el aire entra en mis pulmones de una manera distinta. Estar rodeada de los colores de la naturaleza me proporciona una paz que ya pedía a gritos, y me descubro disfrutando incluso de las fotografías que le hago al rocío que cubre la hierba y las plantas. Mientras tanto, Candela ha encendido la calefacción dentro de la casa y se frota las manos, con las mejillas completamente rojas por el frío. A veces me pregunto si sería más feliz viviendo en un lugar con playa, pero desde que nos conocemos, siempre ha dejado claro cuánto le encanta el invierno, aunque termine casi congelada. «Palabras textuales», pienso con una sonrisa.

—¿Te apetece dar un paseo por los alrededores? Ahora que el cielo está despejado —propone con entusiasmo.

—Si lo dices así, terminarás gafándolo —le respondo mientras me acerco, la sujeto del abrigo y la atraigo hacia mis labios—. Ni se te ocurra decir que va a llover en todo el fin de semana.

—Pero si lo acabas de decir tú —bromea con picardía.

Frunzo el ceño y le cierro la boca con un beso que me eriza la piel y que deja a mi prometida entre suspiros.

—Todavía no me has respondido —insiste con una mirada traviesa.

—¿Tú qué crees que quiero hacer? —contesto insinuando rápido mis intenciones. Porque primero, diría que necesitas entrar en calor.

No le doy tiempo a responder. Las maletas están a medio abrir sobre la cama, pero lo primero que hago es deshacerme de la bufanda que lleva enroscada al cuello. Le quito el abrigo con cuidado y lo lanzo hacia una de las butacas. Mis manos, cálidas, se cuelan bajo su ropa, y un gemido escapa de sus labios.

Le sonrío, guiándola hacia el baño contiguo al dormitorio. Enseguida abro el agua de la ducha y comienzo a trazar un camino de besos desde su barbilla hasta su cuello mientras le quito la ropa. Sus manos buscan las mías con nerviosismo, temblando ligeramente por el frío, algo que consigue arrancarme una sonrisa que se viste de malicia. Nos besamos, y nuestras lenguas se enredan una y otra vez antes de que acabemos bajo el agua. El contraste de temperaturas provoca en Candela nuevos gemidos de placer que a mí me ponen los pelos de punta.

Me fascina observar cómo su piel se eriza bajo mis caricias. Me coloco detrás de ella, recorriendo su espalda con lentitud, como si quisiera grabar cada trazo en mi memoria. El pelo se le pega a la cara, y lo aparto con cuidado. No quiero perderme ni un solo detalle de su expresión ni de cómo su cuerpo responde a mi tacto en un baile que poco a poco se transforma en fuegos

artificiales.

El agua es testigo de cómo nuestros sentimientos se transforman. Nos comunicamos con besos, caricias y el calor que sube por nuestra piel, un elemento más en este juego que culmina con gemidos y una sonrisa en sus labios cuando la llevo a la absoluta locura. Esta vez, sus mejillas se tiñen de rojo, y no por el frío, sino por el placer que aún late en su pecho mientras recupera la respiración. Candela me abraza con fuerza, aferrándose a mi nuca durante unos segundos. Luego me besa, regresando poco a poco a la cordura que ha perdido hace un momento. No sé por qué siento que hemos liberado una tensión que no debería de pertenecernos con la boda tan cerca, un síntoma de que nuestro amor ha crecido. «Porque es justo por eso», pienso, acariciando suavemente su mejilla.

—¿Todavía tienes ganas de dar ese paseo? —me pregunta pegada a mis labios.

—Claro que sí. Estoy segura de que nos ayudará a despejar la mente —afirmo, aunque eso es exactamente lo que acabamos de conseguir.

—Me parece una gran idea —susurra con dulzura.

Candela me lava el pelo y recorre mi cuerpo con el jabón, despertando cada uno de mis sentidos y acelerando el latido de un corazón que a veces he sentido dormido. No deja de sonreír, y al salir de la ducha se queda unos segundos así, dándome la espalda. Luego se gira un poco, me guiña un ojo y se asegura de que observe cada una de sus curvas antes de cubrirlas con una toalla cálida que le eriza la piel. Sonrío y no tardo en seguirla.

Nos vestimos; mientras yo me hago un moño desenfadado, ella opta por un recogido sencillo que permita que su pelo se seque al aire.

—Deberías tomarte un rato para secarlo con el secador. No quiero que te resfríes.

—¿Y perder más tiempo? No hace falta.

—Hazme caso, anda. Yo te espero aquí. Hoy no tengo ninguna prisa —le aclaro, mirándonos en el espejo del tocador.

Ella se muerde el labio inferior, dudando, pero finalmente asiente. Se acerca y me da un beso.

—Vale, solo porque no quiero resfriarme con todo lo que tenemos pendiente.

—Anda, ve. —Le doy una palmada en el culo, y ella se contonea camino al baño.

Cuando escucho el sonido del secador, aprovecho para deshacer las maletas y organizar todo en los armarios. Entre las cosas de Candela, encuentro el último cuaderno que le regalé, ese que siempre lleva consigo a la emisora. Acaricio la tapa de cuero y muerdo mi labio inferior. Niego con la cabeza. «Aquí no vas a encontrar nada interesante», me digo.

Llevo una mano a la nuca y me quedo quieta por un momento. Quiero dejarlo estar, pero no puedo evitar abrir el cuaderno y pasar las páginas con rapidez, como si no estuviera buscando nada en particular, hasta que encuentro sus últimas anotaciones. Ahí veo un esquema con las ideas que parece haber estado recopilando para el programa que quiere producir. Al leer cada línea, comprendo que esto no es un simple capricho para ella; parece realmente decidida a cambiar su futuro profesional, a pesar de los riesgos que eso implica.

Estoy a punto de cerrarlo cuando veo el nombre de Sonia escrito en la página siguiente, y mi corazón se paraliza por un instante. Frunzo el ceño y retrocedo unas páginas, donde

encuentro una frase rodeada con un círculo.

—«A veces nos conformamos con lo que creemos necesitar, en lugar de hacer lo que realmente queremos» —leo en voz baja. Apenas termino, escucho cómo apaga el secador, y cierro el cuaderno de inmediato.

Voy a buscar mi abrigo y el suyo. Cuando ella sale del baño, se lo entrego sin decir una palabra. He vuelto a guardar el cuaderno en la maleta, entre algunas de sus cosas, y gracias a eso no nota que lo he leído.

Candela es la primera en salir al encuentro de la naturaleza, y yo echo un último vistazo al cuarto antes de seguirla. Al alcanzarla, la veo sacar su teléfono para hacer algunas fotografías que revisa después con una sonrisa enorme en los labios. Su expresión está tan relajada que me da miedo arruinar su paz, pero no puedo evitar querer saber más del tema y mi boca toma la iniciativa antes de pensarlo demasiado.

—Por cierto, al final no me dijiste nada en concreto sobre esa mujer con la que has trabajado. ¿Cómo se llama?

—Sonia Herrero —responde, sin rastro de incomodidad—. Es muy reconocida en lo suyo, aunque yo no tuviera idea de ella. Como dice Nerea, a veces vivo en una burbuja.

—Bueno, eso es porque te concentras mucho en tu trabajo, y es lo más importante —le digo mientras me engancho a su brazo. Ella asiente, aunque percibo cierta duda en su gesto.

—Hemos acordado una fecha para que venga como invitada a *Voces Urbanas*. Tanto Olga como Mercedes, la productora de *Entre Líneas*, quieren una colaboración estrecha para destacar el trabajo de las mujeres en los medios de comunicación —me explica con entusiasmo —. También habrá una cena, un evento que se celebrará en un par de semanas.

—No tenía idea de esto —comento, procurando que no suene a reproche—. ¿Por qué no me lo contaste antes?

—Has estado con muchos dolores de cabeza en la empresa y no quería agobiarte con mis cosas —me aclara, como si hubiera adivinado mis pensamientos—. Además, que Sonia venga al programa no va a cambiar nuestros planes. Estoy totalmente centrada en la organización de la boda y, de hecho, me gustaría que quedáramos con nuestros padres para cenar. Seguro que están desesperados porque no les hemos dicho mucho sobre cómo va todo.

—En realidad, he estado hablando bastante con mi madre. Le dije que quería que nos dejara organizarlo a nosotras y decidió respetarlo, aunque estoy segura de que ha intentado sonsacarle algo a la tuya —bromeo, buscando aliviar un poco la tensión de la conversación—. Una cena nos vendrá bien para ponernos al día y evitar futuros sustos.

—Ya lo veo venir; el drama cuando se enteren de los regalos que hemos planeado para la boda, en vez de lo que ellos querían —comenta entre risas.

—Bueno, son más del estilo tradicional. No podemos culparlos.

—Por un momento, pensé que tú también lo serías —admite, deteniéndose de repente. Sujeta mis manos entre las suyas y deja algunas caricias cálidas—. Creí que cederías a las peticiones de tus padres y me sorprendió bastante que no lo hicieras.

—¿No me consideras una mujer moderna? —pregunto, fingiendo estar ofendida.

Incluso me llevo una mano al pecho.

—Jamás se me ocurriría pensar eso —responde con una chispa de alegría en la mirada. Se acerca un poco más y muerde suavemente mi labio inferior—. Pero debes reconocer que tienes cierta inclinación por las celebraciones clásicas. Cuando organizamos las Navidades o eventos de la empresa, siempre se nota.

Estoy a punto de negarlo, pero como tiene razón, me encojo de hombros sin más.

—La boda es cosa de dos. No podía ignorar tus preferencias —aclaro, aunque casi suena como una disculpa que se me escapa sin querer. Mi mano sube a su cuello, y le sonrío—. Me alegra verte tan enfocada en esto —añado, recordando las palabras que escribió en su cuaderno—. Quiero que ese día salga perfecto.

—Y así será. —Candela me guiña un ojo mientras entrelaza sus dedos con los míos—. Voy a intentar que la emisora no me absorba tanto, pero no me has dicho qué te parece lo de la cena. ¿Vas a venir conmigo?

No me entusiasma la idea de enfrentarme a gente desconocida, aunque me lleve bien con sus compañeros de trabajo. Sin embargo, finjo que no me importa y asiento con decisión.

—Claro que sí. Así me presentas a la famosa Sonia —respondo, abriendo los ojos como si mi interés fuera mucho mayor de lo que realmente siento.

—Seguro que estará encantada de conocerte —afirma, visiblemente contenta. Suelta mi mano justo cuando suena mi teléfono. Se detiene de golpe y aprieta los labios mientras observa que he recibido un mensaje—. Dime que no van a estropearnos el fin de semana.

—No, para nada —aclaro, tras leerlo en silencio—. Es del trabajo, pero no es nada urgente.

—Genial, porque tenemos unas vistas maravillosas donde perdernos —dice con un guiño, sonriente.

Su felicidad es tan contagiosa que siento que podría revivir hasta el corazón más marchito. Mientras ella se gira y sigue caminando, mi atención se queda en la pantalla del teléfono, donde empiezo a escribir, sin apartar la vista de sus pasos.

18

SONIA

Madrid. Al lunes siguiente.

Candela me ha invitado a visitar un mercado artesanal en Leganés. Según ella, es algo que me conectará muchísimo con *Voces Urbanas* y con los oyentes que, salvo los miércoles y los fines de semana, esperan ansiosos por escuchar su voz. Desde que hablé con Ángel, no puedo dejar de pensar en los premios Iris y en el estreno de la serie. Saber que el trabajo de tantos años podría recibir este reconocimiento me llena de emociones encontradas. Siento como si una mariposa revoloteara incansable dentro de mí. No quiero ilusionarme demasiado, pero admito que me encantaría recibir ese premio, aunque más aún deseo que el público valore la serie como yo la he visto desde detrás de las cámaras, en cada detalle de dirección.

—¡Eh, Sonia! ¿Estás aquí?

Mi hermana mueve la mano delante de mi cara, devolviéndome al presente. Parpadeo, como si hubiera estado perdida en un sueño durante largo rato.

—Sí, sí, perdona. ¿Qué decías?

—Que si te parece bien la idea para tu fiesta de cumpleaños. Sé que todavía falta bastante, pero no quiero pillarme los dedos.

Desvío la mirada y veo a mi sobrina frente a un expositor de galletas. La manera en que las observa me hace sonreír. Saco la cámara y capturo dos imágenes rápidas, a la misma vez que Paula suspira con impaciencia.

—Mientras no lo conviertas en el evento del siglo, sabes que acepto cualquier cosa que hagas —respondo sin prestarle mucha atención—. Eso sí, ni se te ocurra invitar a alguien innecesario.

—¿Lo dices por Lucía? —adivina al instante, arqueando una ceja.

—¿Tú qué crees?

—Pues hasta hace nada estabas más que encantada de meterte en su cama y luego desaparecer como si nada —me suelta dejándome sin palabras. A veces odio haberle contado mis líos amorosos—. ¿A qué viene ese cambio de opinión?

—A que ya he pasado página y me viene bien mantenerme lejos de ese tipo de relaciones.

—¡Dios mío, no puedo creer lo que acabo de oír! —Paula abre los ojos de par en par, levantando los brazos como si celebrara un gol épico—. ¿Qué le ha pasado a la Sonia que vivía de ilusiones?

—Muy graciosa… —murmuro, negando con la cabeza. Al ver a mi sobrina de vuelta, le sonrío y alargo el cuello para descubrir qué galletas ha escogido—. Dile a tu madre que deje de

meterse conmigo o tendré que tacharla de mi lista.

—¿Ya le has nombrado a Lucía? —adivina.

Rompo a reír y me levanto para abrazar a mi hermana. Sus mejillas se tiñen de rojo mientras me fulmina con la mirada y alza las manos en señal de rendición. Sé que he ganado esta batalla, pero no tardará en contraatacar. Después de todo, llevamos más de dos semanas sin vernos por culpa del trabajo.

Alicia me entrega dos galletas de chocolate blanco con chispas y a su madre le da las de chocolate puro. El primer mordisco que doy me recuerda a Candela, y mentalmente me apunto comprar una caja para llevar a Madrid esta misma tarde.

—Tu tía me acaba de dar vía libre para organizar su cumpleaños como me plazca —comenta Paula, y su hija imita el gesto de incredulidad que hizo antes.

—¿Ángel y Natalia podrán venir? —me pregunta, mientras toma un sorbo de su café.

Mi sobrina está en su primer año de la carrera de Dirección Cinematográfica. Aunque al principio a Paula no le convencía la idea —especialmente al ver lo duro que he tenido que trabajar—, ahora la apoya incondicionalmente. Sin embargo, le da un leve codazo que la hace soltar un quejido.

—Déjala, las nuevas generaciones tienen que aprovechar las oportunidades que se les presentan. Y si son con colegas de la profesión, mejor —le digo, guiñándole un ojo mientras disfruto de mi galleta—. Ángel estará en Madrid antes de su próximo rodaje, y hasta donde sé, Natalia tampoco faltará.

—¡Perfecto! Así podré hablarles de las ideas que te mencioné la última vez.

—Estás en primer año de carrera, ¿no crees que deberías ir con más calma? —le pide su madre.

—Quiero grabar el cortometraje lo antes posible, para que sepan que voy en serio y no piensen que estoy ahí solo por ser sobrina de Sonia Herrero.

El orgullo en su voz me llena de una calidez que se extiende por todo mi cuerpo. Estiro la mano y la pongo sobre la suya, intentando transmitirle mi cariño y lo feliz que me hace oírla hablar así. Sus ojos, idénticos a los míos, brillan antes de volver a concentrarse en su café y el dulce.

—Buscaremos un momento durante la fiesta para hablar los cuatro, ¿de acuerdo? —le aseguro con un guiño—. Pero no olvides que es igual de importante centrarte en los estudios. Sin eso, será más difícil abrirte camino. El talento por sí solo no siempre gana, y hoy en día necesitas un título para acceder a buenos proyectos.

—Lo sé, no se me olvida.

—Perfecto. Entonces, ¿te vienes después con nosotras a ver la decoración para la casa de la abuela? Si no lo celebramos allí, mamá nos mata.

—A mí sí que me va a matar por no haberla visitado últimamente —suspiro—. Pero esta tarde no puedo. Voy a Leganés.

—¿A Leganés? ¿Y qué se te ha perdido allí?

—He quedado con Candela para ver el mercado artesanal. Vamos a dar una vuelta antes

de pasar por la emisora. Quiere que conozca a la productora y al equipo.

—Espera, espera. —Mi sobrina levanta las manos y abre los ojos como platos—. ¿Estás hablando de Candela Núñez, la presentadora de *Voces Urbanas*? ¡¿Vas a salir en su programa?!

—Sí, pero no levantes la voz. Aún no es oficial.

Alicia reprime un grito mientras su madre le da otro codazo, esta vez con más intención, pidiéndole que se calme y deje de llamar la atención en la cafetería.

—A veces no os soporto —protesta Paula mientras lleva la taza de café a sus labios.

—Ahora me vas a decir que tú no eres igual de exagerada. Lo que pasa es que te estás haciendo mayor y ya no te acuerdas —le digo a mi hermana, moviendo las cejas con una sonrisa.

—Qué graciosa —responde con hastío, mirándome de reojo.

Paula nos lanza otra mirada severa, pero al instante, las tres terminamos riéndonos. Siempre he sentido una conexión especial con mi hermana y mi sobrina, y compartir tiempo con ellas, aunque sea una hora, me ayuda a recargar energías para enfrentar una semana laboral intensa.

—De hecho, ya debería salir. No quiero llegar tarde y hacerla esperar.

Paula y Alicia se miran entre ellas.

—Cualquiera diría que es el evento del siglo —comenta mi hermana, burlona.

Alzo una ceja y me termino la galleta de un solo bocado. Alicia abre la boca con indignación, horrorizada por lo que considera un sacrilegio, ya que, según ella, las galletas hay que saborearlas lentamente. Está a punto de preguntar algo, pero la interrumpo con un beso en la mejilla. Le doy otro a Paula, dejo veinte euros sobre la mesa y me despido con un guiño mientras me pongo el abrigo y la bufanda.

Antes de salir de la cafetería, no olvido pedir una caja con mis galletas favoritas. Las miradas de complicidad entre ellas me persiguen hasta la puerta. Han notado mi entusiasmo por ver a Candela, y si fuera por mi hermana, ahora mismo me estaría sometiendo a un interrogatorio. Pero no pienso ponérselo tan fácil.

Al salir, el aire frío me golpea el rostro helándome las mejillas mientras camino hacia el coche. Una vez dentro, me coloco el cinturón, enciendo la radio y pongo rumbo a Madrid. Podría haber ido en metro, pero me apetece mucho conectar con la carretera.

El trayecto de cuarenta minutos se me hace eterno. Al llegar al Parque de Los Cipreses, encontrar un lugar donde aparcar resulta casi imposible, y ya me arrepiento de haber traído el coche. Después de dar varias vueltas, consigo un hueco entre dos y apago el motor. Al salir, el aire fresco me recibe otra vez. La mezcla de tierra mojada y madera impregna el ambiente, recordándome los paseos otoñales por Madrid. Me cuelgo la mochila al hombro y camino hacia la entrada del parque, buscando a Candela entre la multitud.

—¡Sonia! —Escucho su voz antes de verla.

Está de pie junto a una de las primeras filas de puestos, agitando la mano como si intentara detener un taxi en plena Gran Vía. Ese gesto tan suyo me saca una sonrisa. Su pelo cae suelto sobre el abrigo y la bufanda, añadiendo un toque casual a su elegancia natural.

—Pensé que no llegaba —le digo al acercarme.

—Pues lo has hecho justo a tiempo. ¿Lista para perderte entre los puestos?

—Por supuesto. Me dejo guiar con gusto —respondo, saludándola con dos besos en las mejillas.

Intento no mostrar demasiado mi entusiasmo, pero su energía me envuelve. Tiene algo especial, como si su comodidad consigo misma contagiara a quienes la rodean. Algo que no he percibido tan claramente en los últimos días.

—¿Cómo estás? —me pregunta mientras me lleva hacia un puesto de café ambulante.

—Ocupada, ya sabes cómo es esto. Ayer fue uno de esos días en los que el café es prácticamente lo único que te mantiene en pie.

—Te entiendo perfectamente, aunque nunca parece suficiente —dice, guiñándome un ojo con complicidad.

En poco tiempo, terminamos con un vaso entre las manos, listas para recorrer el mercado artesanal. Ella sopla cuidadosamente antes de dar pequeños sorbos, evitando quemarse, mientras yo disfruto del festival de aromas que nos rodea. Los olores del pan recién horneado se mezclan con las hierbas frescas de algunos puestos. A medida que avanzamos bajo los cipreses, la experiencia se convierte en algo casi sensorial, y una ligera brisa hace que se me erice la piel.

Candela camina con calma, como si el tiempo no tuviera prisa. De vez en cuando, bebe un pequeño sorbo de su café, prolongando el momento, como si quisiera disfrutarlo al máximo.

—¿Qué opinas? —pregunta, y señala un puesto de cerámica lleno de cuencos y jarras en tonos terracota y azul añil.

—Son preciosos, aunque no sé si sobrevivirían en mi piso —respondo con una sonrisa que escondo mirando al suelo—. Entre las cámaras, los trípodes y los cables que tengo por todas partes, serían lo primero en romperse. Ya me pasó algo parecido cuando grabamos el programa contigo. Por eso decidí cambiar la decoración.

—Qué curioso —murmura, sin apartar la vista de las piezas de cerámica.

Con calma, se recoge un mechón y lo coloca detrás de su oreja, jugueteando con él antes de soltarlo. Luego acaricia una de las jarras con una sonrisa encantadora, como si estuviera construyendo una escena en su mente.

—La verdad es que soy más de usar cristal; es mucho más práctico —comento, intentando disipar el calor repentino que siento al verla tan inmersa en su propio mundo.

Seguimos caminando por los senderos del mercadillo, donde los puestos están organizados en largas filas. Cada uno tiene un encanto único: bufandas tejidas a mano, velas de diversas formas y aromas, e incluso mermeladas con combinaciones que nunca había visto. Me detengo frente a un frasco que anuncia «melocotón y lavanda».

—¿Crees que esta gente se despierta pensando en innovar con estas cosas? —pregunto, levantando el frasco para leer mejor la etiqueta.

—Por supuesto —responde con seguridad—. Los artistas como tú siempre están creando algo nuevo. ¿O vas a decirme que los planos que tomas con tu cámara o las escenas de una serie aparecen mágicamente en tu cabeza? —Me lanza una mirada de reojo.

—Tienes razón. Pero no me veo dedicándome a algo así, creando con las manos. Con lo torpe que soy, seguro que perdería la paciencia. —Río al imaginarme la escena—. ¿Y tú? ¿Te

verías haciendo algo así?

—¿Yo? —Mira hacia la distancia, pensativa, y después se encoge de hombros—. Quizá, si las cosas fueran diferentes. De niña trabajaba la cerámica con mi madre y hacía collares con cuentas de colores para venderlos a mis primos.

No puedo evitar imaginar a una versión más joven de Candela, sentada en una mesa abarrotada de abalorios, con esa energía brillante que tiene ahora, pero menos contenida. Una ternura cálida se despierta dentro de mí, y reconozco que me habría encantado conocerla en esa época.

Mis pensamientos se interrumpen cuando pasamos junto a un puesto de panadería. Magdalenas esponjosas, panes rústicos y galletas con trozos de chocolate capturan mi atención, haciendo que mi estómago ruja.

—Esto sí que es arte —comento, señalándolas con entusiasmo. Me acerco un poco más y, con un tono confidencial, le susurro—: Aunque será mejor que sigamos, porque llevo una caja de mis favoritas en la mochila y no quiero tener ningún conflicto con la vendedora.

Ella abre los ojos, encantada, y parece que se le hace la boca agua. Nos alejamos del puesto y, tras rebuscar en mi mochila, le entrego un par de galletas junto a una servilleta. Espero expectante mientras da el primer bocado.

—¡Madre mía! Están buenísimas —exclama. Cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás, como si estuviera saboreando cielo mismo—. Tienes que llevarme a ese sitio.

—Claro que sí. Estaré encantada, así te devuelvo el favor por haberme traído aquí.

—Probablemente sea una de las últimas veces que podamos disfrutar de este mercado —dice de repente, con un tono melancólico que me desconcierta.

La miro, perpleja, mientras sus palabras resuenan en el aire. Cuando vuelve a mirarme, su expresión ha cambiado; su alegría se ha transformado en una mezcla de nostalgia y tristeza.

—Quieren trasladar el mercadillo a las afueras de Leganés —explica encogiéndose de hombros—. Los puestos ya no tendrán el mismo flujo de visitantes.

—Pero, ¿qué pasa con toda la gente que tiene aquí su vida? Algunos deben llevar años vendiendo sus productos y artesanías —protesto.

—Eso no les importa a quienes toman las decisiones. Pero la ciudad ya ha comenzado una petición y están recogiendo firmas para intentar frenar este cambio. —Candela da otro mordisco a la galleta, masticando en silencio por un momento—. Esto me recuerda a cuando hablamos de mis sueños. No quise escucharte porque este tema me afecta demasiado. Nunca he permitido que nadie interfiera en lo que quiero, pero a veces... parece que ceder es lo más fácil.

—La quieres, y te da miedo hacerle daño —intervengo, acariciándole el brazo con suavidad.

Ella baja la mirada hacia el suelo, observando cómo nuestras sombras y las de los puestos se proyectan en el asfalto. Después de unos pasos, suspira profundamente.

—Me he dado cuenta de algo estos días: no soy responsable de lo que los demás quieran o esperen. No puedo permitir que nada ni nadie me arrebate lo que tanto he luchado por conseguir. —Sus palabras suenan firmes, y no puedo evitar sonreír al verla tan decidida—. Por eso quiero producir mi propio programa, para dar voz a estas personas. Gente como estos

artesanos, que no tienen otro medio para darse a conocer.

—Estoy segura de que tu programa será maravilloso —le aseguro con convicción.

—Eso espero. Porque justamente, quería traerte aquí para decírtelo. Y también, para pedirte algo.

19

CANDELA

Tengo la sensación de que la idea no le ha gustado en absoluto, como si en cualquier momento fuera a decirme que estoy loca. Sería lo más lógico, porque tampoco llevamos tanto tiempo conociéndonos y estoy segura de que tiene mil y un proyectos que son mucho más interesantes que el mío. Intento calmar mis pensamientos dándole un bocado a la galleta que aún tengo en la mano, pero ni siquiera el sabor del chocolate logra distraerme.

—La verdad es que no sé muy bien qué decir… —responde, tras una breve pausa.

—Puedes negarte. —Me encojo de hombros y finjo que la propuesta no tiene ninguna importancia para mí—. Además, si lo pienso bien, mi propuesta es una locura y tú ya bastante tienes con lo tuyo.

—No, no es eso. No es que quiera negarme. Es solo que… —Hace una pausa, y una tímida sonrisa se dibuja en sus labios—. Es que no me esperaba que me pidieras algo así. Trabajar contigo como directora de fotografía sería un honor.

—Quiero que sepas que es algo a largo plazo. No voy a empezar ahora mismo con el proyecto, así que tienes tiempo para pensarlo, organizarte y ver si puedes asumirlo o…

—Ya he dicho que sí —me interrumpe, poniendo sus manos en mis hombros. Sus ojos brillan con una intensidad que me atraviesa, contagiándome la misma energía que parece recorrer su cuerpo—. Me encantaría trabajar contigo, Candela. Eres una mujer más que excepcional.

Una ráfaga de viento cruza entre nosotras, revolviéndome el pelo. Un mechón casi se mete en mi boca, pero Sonia lo aparta con cuidado, rozando mi mejilla y provocando un cosquilleo que me recorre entera. Nos quedamos mirándonos en silencio. En sus ojos verdes, que brillan bajo el sol, parece haber algo más que luz, sensaciones que se meten dentro de mí y que me dejan sin habla.

Carraspeo y doy un paso atrás, intentando disipar el nudo en mi estómago.

—Y tú también lo eres. Me alegra haberte conocido, Sonia. Me has ayudado a ver las cosas con más claridad.

—Tarde o temprano lo habrías hecho, conmigo o con otra persona. Lo importante es que sigas tu corazón y hagas lo que realmente deseas.

Me doy cuenta de que no ha tocado sus galletas hasta ahora, cuando finalmente le da un mordisco a una. Caminamos en silencio unos instantes, hasta que un puesto llama mi atención. Está lleno de acuarelas con paisajes, colores vibrantes y cielos llenos de vida. Me acerco, fascinada por las escenas, y siento que este lugar puede salvarse, que el mercadillo aún tiene esperanza.

Una pareja compra varias pinturas mientras yo tomo una pequeña acuarela que representa un campo de lavanda bajo un cielo anaranjado.

—¿La ha pintado usted? —pregunto, mirando a la mujer detrás del mostrador.

—Sí, ésta la hice el verano pasado en Guadalajara. Los atardeceres allí son mágicos. ¿Ha estado alguna vez?

—No, pero solo con ver estos trazos ya siento que la conozco.

—Tienes buen ojo —responde con amabilidad—. Eso es justo lo que intento capturar: cómo la luz transforma los días, para que las personas puedan recordar esos momentos, bajo el cielo, como si estuvieran viviéndolos de nuevo.

Asiento, completamente cautivada por sus palabras. Siempre me ha resultado fácil conectar con las personas, incluso con desconocidos. Tal vez por eso amo tanto mi trabajo. Sin pensarlo mucho, elijo un par de acuarelas para llevar conmigo, y Sonia hace lo mismo. Nos alejamos del puesto, y veo cómo protege cuidadosamente la suya, envuelta bajo su brazo.

—Tienes una manera especial de hacer que la gente se sienta vista —me comenta de repente. Su mirada se fija en el frente, pero un momento después regresa a mis ojos.

—¿De verdad lo crees?

Asiente, más que segura.

—Lo haces todo el tiempo. Con tus oyentes, con gente que te rodea… conmigo.

No sé cómo responderle. Me limito a observarla mientras contempla su acuarela y termina de comerse la galleta. Algo dentro de mí galopa con fuerza. Cuando nuestras miradas se encuentran de nuevo, veo sinceridad en sus ojos, algo que va más allá de las palabras. Mi corazón late a toda prisa, como si estuviera reaccionando a un sentimiento que lleva tiempo encerrado. Es una mezcla de nervios y algo cálido, algo que no sé describir, pero que se queda grabado en mí sin darme opción a ignorarlo.

—Supongo que es mi don —me atrevo a decir.

—Supongo que sí.

. . .

Horas más tarde.

Al abrir la puerta de casa, me recibe el aroma dulce de la vainilla de las velas distribuidas por varios rincones, mezclado con el toque especiado que llega desde la cocina. Mónica ha puesto algo de música y, al cruzar el pasillo, la veo arreglando la mesa para la cena con nuestros padres. Todavía es temprano, pero conociéndola, era de esperarse que tuviera la cena lista al menos una hora antes.

Dejo el abrigo en el perchero y me arreglo un poco el pelo antes de sorprenderla con un abrazo por la espalda y un beso en la mejilla.

—Dime que me has hecho caso y no te has puesto a cocinar —le susurro al oído.

—Ni loca —responde con rapidez mientras se gira y rodea mi cuello con los brazos—. Y menos con lo exigente que es mi madre. Prefiero que se queje de algo que haya cocinado otra persona.

—No sé a quién me recordará —bromeo, arqueando una ceja. Ella me mira con falsa indignación y yo me encojo de hombros—. ¿Qué tal tu día en la oficina?

—Bastante tranquilo. Todo va rodado, y Carmen por fin podrá tomarse esos días libres que tanto necesita. Ya estaba empezando a estresarme.

—Todos lo estamos un poco, entre el trabajo y los preparativos. Es normal.

—Supongo que sí. Aunque nos vino de maravilla el fin de semana fuera.

—Es cierto —admito mientras le doy un beso en los labios—. Aunque hubo un momento en el que pensé que tendríamos que volvernos.

Mónica frunce el ceño, intrigada.

—¿Por qué?

—Cuando dijiste que habías recibido un mensaje de la empresa.

—Ah, eso. Al final no fue nada —dice restándole importancia mientras echa un vistazo alrededor—. Anda, ve a cambiarte. Conociéndolos, seguro que llegan antes de tiempo. Además, hueles a pan recién hecho.

—Del mercadillo artesanal —comento, dándole la espalda mientras camino hacia el salón para dejar las cosas—. Fui con Sonia para hablar de un par de cosas del trabajo y, de paso, ver cómo va el tema de las firmas.

Omito mencionar que mi intención es trabajar con ella. Si se lo digo ahora, no solo estropearé la cena, sino que probablemente me recordará que prometí implicarme más en los preparativos de la boda.

—¿Y por qué tenías que llevarla allí?

—Porque nuestras productoras quieren involucrarse en ayudar a la gente del mercadillo. No hay mejor forma de entender la situación que viéndola de cerca —respondo sin mirarla. Luego abro el bolso sobre la mesa de centro y sonrío al recordar la conversación con Sonia—. Además, he traído esto.

Saco las acuarelas que compré y se las enseño encantada.

—Son bonitas —admite, aunque su interés parece mínimo.

—Me habría llevado todas las del puesto —aclaro, buscando contagiarle mi entusiasmo —. Podrías llevarte una al despacho. Seguro que queda genial.

—No sé yo… No creo que combine con la decoración. Tal vez quede mejor en el tuyo.

Mónica vuelve a concentrarse en la mesa, recolocando los cubiertos con precisión. Su actitud apagada me deja un leve sabor amargo, y guardo las acuarelas en el bolso con una pizca de desilusión.

—Supongo que sí —murmuro antes de colgarme el bolso al hombro—. Voy a cambiarme.

Ni siquiera levanta la vista mientras me marcho escaleras arriba. Su gesto distante me pesa y acompaña mientras voy al dormitorio. Su semblante contrasta con la sonrisa relajada que mostró durante el fin de semana a pesar de haber estado algo distraída. Mónica es de esas personas que siempre priorizan la perfección y las obligaciones, algo que a veces me resulta difícil de equilibrar con la desconexión.

Un leve dolor de cabeza me atraviesa, pero decido ignorarlo. Me cambio los vaqueros por un pantalón más formal y un jersey ajustado de color beige. Me maquillo ligeramente, me pongo unas gotas de perfume y permito que esos minutos a solas calmen la inquietud que me invade.

El timbre suena justo cuando termino. «Siempre hacen lo mismo», pienso con una sonrisa resignada. Tal y como predijo Mónica, llegan media hora antes.

Bajo las escaleras con prisa. Mi madre me recibe con los brazos abiertos y me envuelve en un abrazo fuerte.

—¡Cómo te he echado de menos! Pensaba que a este paso no te vería hasta la boda.

Dos domingos sin nuestras reuniones de café y juegos de mesa parecen haber sido eternos para ella.

—Tranquila, mamá. No permitiría que eso pasara —le informo antes de darle un beso en la mejilla. Luego me giro hacia mi padre y lo abrazo también—. ¡Dios, qué frío estás!

—Ya sabes, manos frías, corazón caliente. ¿Cómo está mi niña?

—Bastante liada con el trabajo —responde Mónica por mí, sin disimular un toque de reproche—. Dadme los abrigos, voy a servir el vino.

—Claro. —Papá me lanza una de sus miradas significativas, esas que dicen más de lo que parece. Me encojo de hombros sin decir nada y saludo a mis suegros, siempre tan serenos, que aún después de ocho años me parecen inquebrantables, como estatuas.

Invito a todos a acomodarse en el salón mientras acompaño a Mónica a por las copas y la botella. El silencio entre nosotras se siente espeso, como un muro invisible que se ha levantado sin apenas darme cuenta. Volvemos con las bebidas y servimos el vino. Aunque intento aliviar la tensión, es evidente que está molesta. Sus gestos minúsculos durante el brindis incómodo son suficientes para que mis padres intercambien miradas, primero entre ellos y luego conmigo. Niego suavemente con la cabeza, pidiéndoles en silencio que no insistan.

Como ya esperábamos, sus padres muestran una opinión distinta a la nuestra con respecto a los regalos de la boda, pero después, la conversación se vuelve más tranquila. Sin embargo, la sombra de lo que le he dicho a Mónica al llegar a casa se mantiene, dejándome metida en un ambiente que provoca que me arrepienta de habérselo contado. Y, de nuevo, con el humor por el suelo.

20

CANDELA

«No voy a dejar que me quites esta ilusión. Voy a seguir adelante con la producción de mi propio programa, y me da igual si no tengo tu apoyo». Las palabras que le dije a Mónica anoche, justo después de que se fueran nuestros padres, continúan en mi cabeza, dejándome un dolor punzante que apenas consigo contener.

A pesar de que la primavera ya se acerca y el invierno debería estar quedando atrás, el frío corta mis mejillas. Es mi único compañero esta mañana, después de que ella se fuera de casa sin dirigirme la palabra.

Durante todos estos años de relación he aprendido a tolerar sus dudas, incluso a intentar comprenderlas, pero ahora no puedo evitar sentir que lo que realmente le molesta es que alguien más esté dispuesta a ayudarme.

El nombre de Sonia salió a relucir un par de veces durante la cena, y al final no pude evitar dar una noticia que habría preferido guardar para mí un poco más.

«Creo que es una locura. Y si lo del podcast ya me lo pareció cuando con *Voces Urbanas* tienes todo lo que necesitas, esto lo es todavía más… ¿Por qué se te ocurriría trabajar con alguien a quien ni siquiera conoces? ¿Solo por una colaboración que salió bien?».

El parque que suelo frecuentar se abre ante mí como un refugio silencioso, envolviéndome durante unos segundos hasta que las risas de los niños jugando me sacan de mis pensamientos. El sonido de los perros persiguiendo pelotas se mezcla con el viento que sacude las hojas y me revuelve el pelo. Frente a mí, el sendero de tierra se extiende lleno de huellas, marcas de las pisadas de quienes han pasado por aquí antes. Me pregunto si también buscaban un poco de soledad para aclarar sus pensamientos.

Es curioso cómo un lugar puede sostener tantas historias y permanecer intacto con su belleza natural, mientras yo siento que cada conversación con Mónica me desgasta un poco más.

Su voz vuelve a mi mente: fría, desinteresada, casi hiriente.

«¿De verdad piensas que puedes con todo esto, Candela? ¿Crees que podrás seguir adelante con un nuevo proyecto mientras mantienes tu compromiso con *Voces Urbanas*? La verdad es que no lo necesitas. No lo necesitamos. Esa mujer solo te está llenando la cabeza de ideas absurdas».

Cierro los ojos por un instante y respiro profundamente. Guardo las manos en los bolsillos y me detengo junto a un banco vacío. El aire frío me atraviesa el cuerpo con calma, y me ayuda a desacelerar los latidos de mi corazón. El nudo en mi pecho sigue apretándome, pero consigo contener las lágrimas. No quiero desbordarme aquí, al menos no en público.

Desde que me mudé con Mónica, este parque ha sido mi escape. Aquí he encontrado un espacio para pensar y para dar forma a las ideas que luego llevamos a la emisora. Incluso solía ser uno de nuestros sitios favoritos. Sin embargo, últimamente paso más tiempo caminando sola

que compartiendo momentos con ella. La ironía no pasa desapercibida: nos mudamos aquí para estar juntas, para construir un futuro compartido, pero lo que siento es que cada vez estamos más lejos de conseguirlo.

Mientras avanzo por el sendero, mi mirada se posa en las raíces de los árboles altos que proyectan sombras alargadas sobre el camino. Son desordenadas, pero fuertes. Pienso en lo mucho que me gustaría sentirme así, profundamente arraigada a algo o a alguien.

Pero no lo estoy, al menos no de la forma en la que debería sentirme al lado de ella.

La discusión de anoche dejó eso en evidencia. Ya no hablamos, debatimos. Y cuando lo hacemos, parece que lo único que importa es ver quién tiene la razón. Pero al final, acabo sintiendo que soy yo la que siempre pierde.

—¿Por qué me sigues frenando? —le pregunté anoche, sin poder ocultar mi enfado y frustración—. ¿Es porque me atrevo a hacer algo que me ilusione de verdad?

—Porque no entiendo por qué necesitas esto. Nuestro futuro está aquí, con lo que tenemos. No hace falta que corras detrás de cada proyecto que se cruce en tu camino —respondió, con un tono decepcionado y un trasfondo que no supe bien cómo interpretar.

—No estoy corriendo detrás de nada. Solo intento avanzar.

Pero no me escuchó, o tal vez no quiso hacerlo. Para ella, avanzar parece significar quedarse en el mismo lugar, manteniendo la seguridad que tanto valora.

Llego a una pequeña glorieta en el centro del parque. Está vacía, lo que agradezco porque no estoy de humor para encontrarme con nadie. Me siento en un banco de piedra que está frío bajo mi cuerpo, y dejo que la tranquilidad del lugar me envuelva.

Entonces pienso en Sonia.

«Estoy deseando trabajar contigo», recuerdo su último mensaje, y algo dentro de mí se revuelve.

Sonia tiene esa energía que transforma cualquier espacio en algo más vivo, más brillante. Cada vez que hablamos me sorprendo sonriendo sin darme cuenta, recordando detalles de nuestras conversaciones o la forma en que me mira cuando cree que no estoy atenta. Nuestro paseo por el mercado artesanal llenó mi pecho de una forma que no puedo explicar, igual que el roce de sus dedos en mi rostro, con una sensación que todavía despierta el latido de mi corazón.

Ella nunca me ha pedido nada, no me pone límites en cuanto a mis sueños. En cambio, me anima a perseguirlos. «Sigue tu pasión. Nadie debería frenarte», me dijo una vez. Y esas palabras han permanecido conmigo desde entonces. Pero no es solo por lo que dijo, sino por cómo lo dijo y cómo me mira, como si realmente viera quien es la verdadera Candela Núñez.

Con Mónica, en cambio, siento que cada día me convierto más en alguien que cumple expectativas, alguien que sigue un guion preestablecido. Ya no puedo improvisar. No puedo ser completamente yo.

Suspiro y cierro los ojos, intentando encontrar algo de claridad. La verdad es demasiado grande para ignorarla, pero también demasiado dolorosa para aceptarla. No quiero hacerle daños, ni tampoco convertirme en esa persona, pero tampoco puedo seguir negándome la realidad de las cosas a mí misma.

—¿Te puedo acompañar?

Abro los ojos de golpe y me encuentro con Raúl, de pie junto a la glorieta. Lleva un abrigo largo y una bufanda mal envuelta, con ese aire de eterno despistado que siempre logra arrancarme una sonrisa, incluso en días como este.

—¿Qué haces aquí?

—Mamá me contó lo que pasó anoche. Tenía un rato libre y pensé que tal vez estarías aquí y que necesitarías a alguien con quien hablar.

Se sienta a mi lado sin esperar una respuesta. Nunca ha sido de pedir permiso, pero tampoco de entrometerse donde no lo llaman, y por eso sé que está aquí porque lo considera importante.

—A veces siento que no la entiendo —suelto finalmente, refiriéndome a Mónica—. No está de acuerdo con que trabaje con Sonia ni con que produzca mi propio programa. Piensa que estoy… no sé, desviándome de lo que se supone que deberíamos estar haciendo.

—¿Y qué deberías estar haciendo, según ella?

—Planeando la boda. Cumpliendo un plan que ni siquiera sé cuándo se formó en su cabeza ni por qué.

Mi hermano guarda silencio un momento. Su expresión es tranquila, pero sé que está midiendo sus palabras antes de hablar.

—¿Y qué quieres hacer tú? Porque, a veces, tengo la sensación de que ya no deseas casarte con ella.

—Claro que quiero… —respondo casi por inercia, pero el silencio que sigue me golpea tan fuerte que hasta me sorprende. Él me observa y su mirada me empuja a continuar—. Mónica y yo llevamos tanto tiempo juntas que a veces siento que seguimos adelante porque… porque sería más difícil no hacerlo.

—Eso no es un motivo para casarse, Cande.

—También la quiero, Raúl. Ella ha dado todo por mí y yo…

—Y tú te estás quedando vacía sin darte cuenta —afirma, con esa claridad que duele más que cualquier grito de auxilio.

Sus palabras me atraviesan, dejando un rastro de verdades que no quiero enfrentar. Algo dentro de mí se remueve, como si despertara después de un largo letargo, y sé que tal vez tiene razón. Raúl siempre ha tenido esa habilidad para cortar las cosas por lo sano, sin adornos ni rodeos. Es doloroso, pero al mismo tiempo se lo agradezco, porque es justo el faro de luz que necesito ver.

—No lo sé… Yo ya no sé nada —suspiro.

—¿Y Sonia? —pregunta de repente.

Lo miro, desconcertada.

—¿Qué pasa con Sonia?

—¿Es que no te has visto la cara? —comenta, mientras me acaricia la espalda con una mezcla de cariño y ternura—. Cada vez que hablas de ella te brillan los ojos de una forma que no recuerdo haber visto antes. Ni siquiera en tus primeros años con Mónica.

Frunzo el ceño, y mi primer impulso es negarlo, incluso echarme a reír, descartar lo que

se agita en mi interior cada vez que pienso en ella. Pero no puedo. Porque, en el fondo, no puedo quitarle parte de razón.

—No quiero que esto sea así. Que ella y yo… —Dejo la frase incompleta, incapaz de verbalizar lo que siento.

—No creo que nadie lo quiera, hermanita. Pero, a veces, las cosas son como deberían, y lo importante es saber qué hacer con ello. —Me rodea con un brazo y me atrae hacia él, ofreciéndome un refugio que no sabía cuánto necesitaba—. Creo que deberías replantearte lo que realmente quieres.

Sus palabras se asientan dentro de mí como una semilla. En algún lugar del parque, un perro ladra y su dueña lo llama para que vuelva. El mundo sigue girando, indiferente a mis dilemas, mientras mi corazón parece atrapado en un cruce de caminos: entre lo que deseo y lo que se supone que debería ser.

—¿Qué harías tú?

Se encoge de hombros con una serenidad que me desarma.

—Yo no soy tú, y no puedo saber lo que siente tu corazón. Pero, si algo he aprendido, es que el amor no es solo estar por estar. Es querer estar.

Lo miro, y por un segundo me parece que todo está más claro, pero al mismo tiempo, la confusión vuelve a envolverme como una niebla espesa.

—Gracias —murmuro, aunque no estoy segura de por qué exactamente.

—Vamos, que te invito a un café. Ya decidirás qué tiene que pasar.

Le sujeto la mano y nos alejamos de la glorieta, dejando atrás el parque y, al menos por ahora, las raíces que me han tenido atrapada aquí.

21

SONIA

Madrid. Mediados de febrero.

Me despierto antes de que suene la alarma, como casi siempre. La lluvia golpea suavemente los cristales, creando un sonido que encuentro sorprendentemente relajante. Es sábado, mi día favorito para quedarme en casa, aunque tarde o temprano siempre encuentro una excusa para salir. Apenas me he dado cuenta de que ya ha pasado medio mes, y siento como si no hubiera podido disfrutarlo. El loft está en penumbra, iluminado solo por la poca luz que entra a través de las ventanas. Mi hogar no es nada extraordinario, pero tiene todo lo que necesito: una cocina abierta, un pequeño estudio con estantes llenos de libros y cámaras antiguas, un sofá enorme que parece abrazarte cuando te tumbas, y paredes decoradas con algunas de mis fotografías favoritas. En el rincón junto al ventanal más grande, un ficus que sobrevive milagrosamente a mis descuidos, se alza orgulloso.

Voy directa a la cocina y enciendo la cafetera. Mientras espero a que el café esté listo, organizo mentalmente el día. Hoy no tengo que preparar ningún rodaje, lo que significa que puedo dedicarme a tareas que llevo semanas posponiendo. Como revisar los álbumes de fotos antiguos que guardo en el armario del pasillo, por ejemplo.

Con una taza humeante en la mano, me siento en el suelo frente al armario y empiezo a sacar varias cajas de cartón desgastadas. Cada una está etiquetada con fechas, como si ahí dentro tuviera ordenada mi vida en capítulos. Abro una de ellas y encuentro montones de imágenes en blanco y negro, muchas de mis primeros años como fotógrafa. Mis dedos rozan los bordes de una en concreto, y de inmediato me transporto al momento en que la capturé. Una sensación que se repite cada vez que acaricio una de ellas. No sé por qué hoy me ha dado por querer encontrar algo de Candela aquí, un indicio que me diga que sí nos conocimos en una vida ahora ya lejana.

De repente, una foto en particular llama mi atención. Es una instantánea espontánea, tomada hace años en un café. La imagen muestra a una mujer joven sentada junto a una ventana, con una taza cerca de sus labios y una sonrisa tímida iluminando su rostro. La luz entra desde un ángulo perfecto, resaltando los detalles de su expresión y la textura de su ropa, cada pequeño detalle que convierte esta fotografía en algo especial.

Siento un extraño déjà vu. Hay algo en la forma en que sostiene la taza que me resulta inquietantemente familiar, pero al darle la vuelta, no hay nada escrito. Ninguna nota, ni tampoco una fecha.

—Qué raro… —murmuro para mí misma.

Miro la fotografía durante un rato más, intentando ubicarla en mi memoria, pero no consigo recordar nada. Finalmente, la dejo a un lado, preguntándome cuántas personas habré conocido a través de mis fotos, gente que ahora forma parte de mis recuerdos sin que hayamos cruzado ni una sola palabra, o que se han presentado en mi vida sin ser consciente de que en

algún momento las fotografíe.

Continúo con otra caja, esta vez con diarios viejos. Eran mi refugio cuando sentía que las palabras podían salvarme del caos que había en mi mente. Mis ojos recorren las páginas y no puedo evitar sonreír al encontrarme con una versión más joven de mí misma, una mujer que apenas entendía de la vida, pero que la vivía con una intensidad que parecía no tener fin.

El corazón se acelera mientras paso las páginas de uno escrito hace trece años atrás, donde busco respuestas que no voy a encontrar, pero que no puedo dejar de buscar.

—Esto es ridículo. Tienes que dejar de pensar en tonterías —me digo en voz alta. Todavía no sé porque sigo con el convencimiento de que encontraré algo sobre Candela.

Inevitablemente pienso en ella. En la forma en que sonríe cuando algo la emociona, en cómo su voz tiene ese tono cálido que siempre parece invitarte a quedarte un poco más.

El móvil vibra sobre la mesa. Lo desbloqueo y un mensaje suyo me hace sonreír.

Candela: ¿Qué haces? Dime que no estás trabajando un sábado.

Niego como si me estuviera viendo, y empiezo a escribir.

Sonia: Lo creas o no, estoy siendo una persona normal. Café, lluvia y reorganizar mi vida. ¿Y tú?

Candela: Intentando no dejarme vencer por la pereza. Estoy en casa, pensando si debería limpiar o dejarlo para mañana. Tengo que priorizar las ideas que me rondan por la cabeza.

Sonia: ¿No dicen que limpiar en sábado trae mala suerte?

Espero que mi broma le saque una sonrisa.

Candela: ¿Eso quién lo dice? ¿Las fotógrafas como tú?

Sonia: Los sabios. Y tú deberías saberlo si vas a liderar un nuevo programa. ¿O ya estás dudando de mí como tu futura colaboradora?

Me río mientras escribo, pero mi corazón da un vuelco cuando leo su respuesta.

Candela: Sonia, nunca he dudado de ti. Al contrario. Tú me haces creer que todo es posible.

Leo el mensaje varias veces, dejando que sus palabras se profundicen dentro de mí. ¿Cómo es posible que alguien que conozco desde hace tan poco tiempo tenga este efecto en mí? Un nudo se forma en mi estómago, pero no de incomodidad, sino de ilusión. Es una sensación que no había experimentado en mucho tiempo. Puede que nunca.

Dejo el móvil sobre la mesa y me levanto para mirar por la ventana. La lluvia sigue cayendo, formando pequeños ríos en los cristales. Siempre he pensado que el destino tiene formas extrañas de actuar, y esto… esto parece confirmar esa idea.

Mis pensamientos me llevan a relaciones pasadas, a esos amores que empezaron con fuerza pero terminaron en nada. Recuerdo a Lucía y su risa contagiosa, y cómo todo acabó de forma caótica. O a Inés, que siempre pedía más de lo que yo podía dar, algo irónico viniendo de mí, cuando soy capaz de entregar mi alma y más.

Pero con Candela es diferente. No se trata de cuánto puedo dar, sino de cuánto quiero dar. Ella despierta en mí algo que creía perdido, algo que va más allá de las palabras.

El móvil vibra de nuevo.

Candela: Por cierto, me he dado cuenta que la cena va a ser el comienzo de algo grande, y tengo que admitir que estoy de los nervios.

Sonia: Yo estoy deseando ver cómo hacemos magia juntas.

Su respuesta llega casi al instante.

Candela: La magia empezó cuando nos conocimos. Solo nos queda disfrutarla.

Cierro los ojos y dejo que sus palabras recorran cada rincón de mi interior. Candela no solo me está cambiando; está devolviéndome algo que pensé que había perdido tras tantos años en este mundo profesional tan complicado: la capacidad de soñar.

Ordeno cuidadosamente las cosas en la caja. Tal vez no tenga todas las respuestas ahora, sobre lo que pasará en el futuro, ni lo que perdí en el pasado, pero hay algo en mi interior que me asegura que voy caminando por el camino correcto.

El mensaje continúa parpadeando en la pantalla de mi móvil, pero mi atención se centra en el resto de fotografías que voy sacando. Me arrodillo frente a las cajas abiertas y rebusco entre montones de papeles, diarios y más imágenes.

Es curioso cómo los recuerdos tienen la capacidad de jugar con nosotros. Es como si mi mente hubiera guardado esta sensación de conocerla de antes en un rincón oculto, esperando el momento preciso para despertarla.

Mientras busco, una hoja doblada cae al suelo. La recojo y descubro que es otra página arrancada de uno de mis diarios, aunque no tiene las habituales reflexiones largas ni pensamientos intrincados. En su lugar, hay un boceto rápido hecho con bolígrafo negro: una mesa redonda y una taza de café. El garabato es simple, casi caótico, como si en su momento solo hubiera querido registrar una escena sin pensar demasiado en los detalles. Sin embargo, siento que esta imagen, tan sencilla y aparentemente insignificante, marcó un antes y un después en mi vida. Quizá fue lo que me empujó a buscar mi lugar en esta profesión, pero ahora no puedo asegurarlo.

Suspiro y me siento en el suelo, apoyando la espalda contra el sofá.

—¿Y si solo estoy exagerando? —me digo en voz alta.

Puede que solo crea que la conozco por la manera tan intensa que me hace sentir, y eso me haya llevado a buscar señales donde no las hay. Tal vez esta conexión no es más que el producto de mi mente intentando encontrar algo extraordinario en lo que podría ser un simple encuentro fortuito. «Y que no te llevará a ninguna parte, porque ella se va a casar», me recuerdo.

Mis ojos recorren las fotografías desperdigadas por el suelo. Muchas son paisajes urbanos: calles desiertas al amanecer, grafitis ocultos en rincones inesperados, fachadas que el tiempo ha ido desgastando. Cada una tiene su propia historia, y no puedo evitar mirarlas con cariño. Me levanto y enmarco una de ellas, colocándola en el escritorio junto a otras imágenes que he seleccionado para un proyecto personal —que hace no mucho me dieron carta blanca para llevar a cabo—. Estas imágenes, son recordatorios de que algunas historias permanecen latentes, esperando el momento adecuado para ser contadas.

De camino a la cocina, paso frente al espejo de la entrada y me detengo. Mi reflejo me devuelve una imagen cansada, pero hay algo nuevo. Un brillo en mis ojos que no había visto en mucho tiempo. Abro la nevera y saco un poco de leche. La caliento mientras disfruto de la calma que ofrece este instante de rutina.

Siempre he tenido una relación complicada con el tiempo libre. Lo necesito, pero también me aterra. Cuando no estoy trabajando, mi mente empieza a divagar, a remover pensamientos que preferiría dejar en paz.

Pienso en la cena que están organizando las productoras y en lo que será trabajar con Candela. La idea de colaborar con ella me emociona más de lo que he llegado a admitir. Quiero pensar que es puro entusiasmo profesional, pero no puedo ignorar que hay algo más. Cada vez que me mira, siento que logra ver partes de mí que ni siquiera yo sabía que estaban ahí. Es abrumador y, al mismo tiempo, adictivo.

El móvil vibra de nuevo. Es un mensaje de audio suyo y lo reproduzco enseguida.

—Mira, estaba pensando en la cena y quería compartir una idea loca contigo. ¿Qué tal si, en lugar de presentarnos con un discurso formal, hacemos algo interactivo? Algo que muestre cómo funcionamos juntas. Llámame cuando puedas y lo hablamos.

Su propuesta hace que mi mente se llene de posibilidades. Candela tiene esa ilusión que hace que cualquier cosa parezca posible. Mientras el microondas termina de calentar la leche, escribo rápidamente:

> **Sonia**: Me encanta la idea. Aunque vas a tener que darme más detalles, porque no soporto quedarme con la incógnita.

Envío el mensaje y, casi al instante, recibo su respuesta: un emoji de una carita riendo. Me recuesto en el sofá, con el móvil al lado y la taza de leche entre mis manos. La alegría me invade de una forma que no sé cómo explicar.

Es curioso. He pasado buena parte de mi vida buscando algo especial en las personas que han estado a mi lado, intentando que encajaran con lo que creía necesitar. Y ahora, conozco a una mujer que tiene todo eso y más, pero que está comprometida con otra.

Doy un sorbo y me dejo llevar por el aroma de la canela que le he echado tras servirla, aunque mi mente sigue anclada en ella.

No tengo idea de lo que voy a hacer con lo que siento, ni sé si seré capaz de ponerle freno. La advertencia de Ángel se presenta en mi cabeza con fuerza: «Esto no va a beneficiar a nadie», y tiene razón, lo tengo claro, pero no estoy segura de poder sacar a Candela de mi mente. Mirarla como si fuera una simple compañera de trabajo me parece prácticamente imposible.

—Solo vas a complicarte la vida —murmuro, intentando convencerme de lo que debería hacer.

Pero sé cómo actúa mi corazón.

La tarde avanza mientras mi mente se llena de ideas sobre lo que podríamos hacer juntas. No quiero interrumpirle el sábado, así que le envío un mensaje diciéndole que lo hablaremos el lunes, cuando también preparemos el programa en *Voces Urbanas*.

Fuera, la lluvia sigue cayendo, llenando la calle de charcos. Pero, dentro de mí, algo ha cambiado. Una calidez que hacía mucho no sentía se asienta en mi pecho. Es como si, de una vez por todas, las piezas empezaran a encajar.

22

CANDELA

Leganés. Al mismo tiempo.

El aroma a limpiador aún flota en el aire mientras dejo el trapo en la cocina y me seco las manos con un paño. La casa está en orden, silenciosa, como si barrer cada rincón pudiera también despejarme la mente. Pero no es así. Me preparo un café y camino hacia mi pequeño despacho, ese espacio que siento como algo que es solo mío, donde parece que el tiempo se detiene. La luz gris de la tarde, filtrándose por la ventana, añade un toque melancólico al ambiente, que me hace sentir más calmada.

Me siento en la silla y dejo que mi mirada recorra el lugar: las estanterías abarrotadas de libros y carpetas, el escritorio ordenado, y esa fotografía enmarcada que nunca se mueve de su sitio.

La sujeto entre las manos y la observo con más detalle. Somos Mónica y yo, agarradas de la mano mientras caminamos por una plaza. El sol se pone detrás de nosotras, y el horizonte se dibuja tranquilo. Fue en Francia, durante nuestras primeras vacaciones juntas. Recuerdo cómo reí cuando insistió en llevar una cámara desechable defendiendo con coraje que las digitales no tenían alma. Ahora, esa escena me parece incluso lejana, como si perteneciera a otra vida, a otras personas, a otro lugar.

Cuando la dejo otra vez sobre la mesa, recuerdo claramente la promesa que hice aquel día: «Nosotras primero, siempre». Una declaración sencilla que, en su momento, me pareció algo inquebrantable, imposible de traicionar. Sin embargo, ahora, sentada aquí, no puedo evitar preguntarme si yo lo he cumplido, o si en algún momento lo hemos hecho las dos.

Mónica está en la oficina, metida en algo importante, como siempre. Mientras tanto, yo echo un vistazo a mi agenda laboral, como si eso fuera lo único que realmente importa. Abro la libreta y paso las páginas rápidamente, repasando reuniones, tareas pendientes y notas del programa y del podcast. Cada línea me emociona porque son cosas que amo hacer, pero también me enfrenta con una verdad que está delante de mis narices y que no he querido admitir: he dedicado más tiempo a estos proyectos que a los preparativos de la boda.

Aunque parece que ambas hemos dejado de lado algunos detalles, siento que la carga de no esforzarme lo suficiente recae sobre mí. Sin embargo, este nuevo programa significa muchísimo, y no solo por razones profesionales. Es una oportunidad para crecer y descubrir nuevas facetas de mí misma, también los deseos que guardo en mi corazón. Y con Sonia, lo he visto más claro que nunca.

Pienso en ella y un hormigueo recorre mi pecho, como si su sola presencia en mi mente pudiera hacerme vibrar. Me viene a la cabeza su sonrisa, la manera en que sus ojos brillan cuando habla de sus ideas… Ella tiene una forma de ver el mundo que me resulta única, incluso fascinante. Nunca me he sentido juzgada, sino al contrario, porque siempre me anima, me

impulsa a querer más, a ir todavía más lejos de lo que soy capaz de soñar.

Cierro la libreta de golpe y dejo escapar un suspiro. No quiero pensar en Sonia, ni tampoco terminar por compararla con Mónica, porque sé que sería injusto. Pero los pensamientos se mueven por sí solos, como si mi mente ya no tuviera otra opción.

—¿Qué estás haciendo…?

Sujeto la fotografía una vez más y la observo detenidamente. En ese momento, éramos lo único que nos importaba. No había dudas ni silencios incómodos, solo planes, sueños y promesas. Pero ahora… ahora siento que estamos caminando en direcciones opuestas, unidas únicamente por los recuerdos de lo que hemos compartido durante todos estos años.

Me inclino hacia atrás en la silla y cierro los ojos. La última discusión que tuvimos no ha desaparecido de mi mente.

«Parece que todo lo que haces últimamente gira en torno a ese maldito programa y a Sonia».

Fue la primera vez que escuché su nombre cargado de resentimiento. Mónica casi nunca pierde el control, pero su tono aquella noche fue distinto, y yo no supe qué decir. ¿Cómo explicarle algo que ni yo misma consigo entender?

El móvil vibra sobre la mesa, y rompe el silencio con un mensaje suyo.

> **Mónica**: Voy a llegar un poco tarde, ¿puedes responder tú a los del restaurante? No quiero que pase más tiempo.

Echo la cabeza hacia atrás y respiro hondo antes de contestar.

> **Candela**: Claro, yo me ocupo. ¿Te espero para cenar?
>
> **Mónica**: No, comeré algo en la cafetería.

Aprieto los labios y dejo el móvil bocabajo sobre la mesa. Miro de reojo la agenda y trato de convencerme de que estoy haciendo lo correcto. Este programa es importante. Es una oportunidad única que no puedo dejar pasar, como tampoco el implicarme más con *Voces Urbanas* ahora que Olga está a punto de irse. Pero mi mirada regresa a la fotografía, y siento la culpa latirme en el corazón. ¿Estoy fallándole a Mónica? ¿Estoy rompiendo aquella promesa?

Me levanto y camino hacia la ventana. Las gotas de lluvia resbalan por el cristal, formando pequeñas corrientes que se entrecruzan. Me pregunto si ella también siente esta distancia que parece crecer entre nosotras. ¿Cuándo fue la última vez que reímos juntas sin que una discusión nos persiguiera días después?

Mi mente no deja de dividirse entre el pasado, el presente y un futuro que cada vez parece más incierto.

Me siento de nuevo y observo la foto una última vez antes de guardarla en el cajón. No quiero enfrentarme más a esa mirada mientras estoy aquí, sola. Tal vez esté cometiendo errores, o tal vez no. Pero hay algo que sé con certeza: necesito encontrar una respuesta antes de que sea demasiado tarde.

. . .

Esa misma noche.

La cena transcurre en un silencio incómodo. Al final, Mónica llegó antes y decidió preparar un poco de pasta y un plato de ensalada; algo rápido que le ha permitido evadirse un rato en la cocina, sin dejar que yo la ayude. Mientras comemos, siento que cualquier palabra que diga podría encender una chispa que nos lleve a una nueva discusión, pero aun así no puedo permanecer todo el tiempo en silencio.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunto al final en un intento por romper el hielo.

—Bien. Nada nuevo. —Su voz es plana, y ni siquiera levanta la mirada del plato.

Asiento lentamente jugueteando con el tenedor. Quiero añadir algo, iniciar una conversación, pero no sé por dónde empezar. Parece que hemos llegado a un punto en el que cualquier tema puede convertirse en un campo minado, pero este silencio entre las dos, solo nos hace más daño.

Cuando terminamos, recojo los platos y los llevo a la cocina. Desde el salón, escucho el sonido del televisor. Mónica ya está en el sofá, con el mando en la mano, cambiando canales sin mucho interés. Me seco las manos y me acerco, sentándome en el otro extremo del sofá. Entre nosotras hay un cojín, como una barrera silenciosa que parece marcar la distancia que hemos construido sin darnos cuenta. Es un contraste doloroso con la cercanía que compartíamos aquí hace apenas unos días.

—¿Qué te apetece ver? —pregunta sin mirarme.

—Lo que tú quieras.

Selecciona una comedia romántica que hemos visto más veces de las que puedo contar, aunque no me importa. Mi mente está ocupada en otra cosa, demasiado concentrada en lo lejos que parece estar de mí, aunque físicamente estemos a poco más de un palmo.

La película empieza, pero apenas presto atención. Mónica cruza los brazos sobre el pecho y su postura es rígida, como si estuviera intentando protegerse de algo. Es raro verla así. Mónica siempre ha sido la persona más segura que conozco, la que nunca duda, la que siempre tiene un plan, aunque eso la lleve a vivir una batalla constante conmigo.

—¿Estás bien? —pregunta de repente, sin apartar la vista de la pantalla.

—Sí, solo estoy cansada.

Ella asiente, pero su expresión no cambia. Hay algo en sus ojos que me dice que no me cree, aunque no le dé más vueltas.

Intento centrarme en la película, pero las imágenes y los diálogos pasan ante mí como una niebla que poco a poco se pierde. De vez en cuando la miro de reojo, esperando que diga algo, que haga algo que rompa esta distancia que nos envuelve. Nada de nada.

Cierro los ojos un momento, y los recuerdos empiezan a fluir. Pienso en cómo era todo al principio, cuando cada noche era una excusa para hablar de nuestros sueños, para planear un futuro que parecía claro y sencillo, solo de las dos. Entonces, todo parecía suficiente para mantenernos más unidas que nunca. Pero ahora, hasta eso parece algo complicado, lleno de grietas que no sabemos cómo reparar.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta de nuevo, esta vez girándose para mirarme.

Su mirada es tan penetrante que me hace sentir como si estuviera bajo un intenso microscopio. Y que no la aparte, me pone hasta nerviosa.

—Sí, de verdad. Solo ha sido un día largo.

No parece convencida. Asiente una vez más y vuelve a mirar la pantalla. No sé ni para qué le he dicho eso, porque ni yo parezco estarlo.

Quiero decirle que lo siento, que no sé cómo hemos llegado hasta aquí, que quiero arreglarlo. Pero las palabras no me salen. Y algo en su postura, en la manera en que se hunde un poco más en el sofá, me dice que ella tampoco está lista para comentarlo.

La película termina y el silencio que le sigue es ensordecedor. Mónica apaga el televisor y se queda mirando el mando en sus manos, como si fuera más interesante que yo.

—¿Qué nos está pasando? —me atrevo a preguntar con un tono de voz tan bajo que apenas me reconozco.

Ella me mira, sorprendida. Por un momento, parece que va a responder, pero solo deja escapar un suspiro y se pone de pie.

—Estoy agotada, Cande. Me voy a la cama.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —insisto, notando cómo algo dentro de mí se rompe un poco más.

Se detiene en el marco de la puerta y me mira por encima del hombro.

—No lo sé. Tal vez esto es todo lo que nos queda.

Sus palabras parecen dagas que van directas a mi corazón. Quiero gritarle que no es verdad, que aún podemos salvarnos. Pero, en este momento, no estoy segura de que sea cierto.

Cuando finalmente me quedo sola en el salón, las lágrimas que he estado conteniendo durante el día caen con total libertad. Me recuesto en el sofá y miro al techo, tratando de encontrar respuestas en la oscuridad. Ni siquiera sé cuánto tiempo pasa antes de levantarme y apagar las luces. Voy al dormitorio y me la encuentro dormida, o quizá solo finge estarlo. Me acuesto a su lado, pero el espacio entre nosotras me parece un horrible abismo.

Cierro los ojos, intentando calmar mi mente, pero las preguntas continúan apareciendo, como un animal insaciable. «¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Cómo se supone que vamos a salir?»

Observo cada detalle del dormitorio como si fueran pistas que pudieran darme respuestas. Y, por primera vez en mucho tiempo, me pregunto si realmente quiero seguir adelante con esta boda.

23

CANDELA

Las paredes de la emisora me parecen más estrechas de lo normal esta mañana. Estoy sentada en mi despacho, con la agenda abierta sobre la mesa intentando organizar las temáticas de los próximos programas. El sonido del bolígrafo deslizándose sobre el papel siempre me ha reconfortado, como si planificar cada detalle pudiera mantener mi mente enfocada, lejos de lo que me inquieta fuera de aquí. Pero, por mucho que lo intente, mis pensamientos se desvían a un lugar al que no quiero ir.

Anoche, el silencio de Mónica pesó más que cualquier palabra. Recuerdo cómo apagó el televisor sin mirarme y se fue a la cama con esa indiferencia que me hizo sentir que ya no somos un equipo. Que estamos tan lejos la una de la otra que no sé si podremos encontrarnos de nuevo.

Cierro la agenda de golpe y me levanto. Camino hacia la ventana y me detengo frente al cristal, observando la ciudad que se despliega ante mí. Los tejados de las casas y el ruido de una mañana cualquiera contrastan con el caos que llevo dentro. Estoy atrapada entre lo que quiero y lo que debo hacer, y ya no tengo idea de cómo puedo salir de esto.

«No puedo dejar que lo nuestro acabe así, no después de lo mucho que hemos luchado», pienso con el corazón en un puño. Ocho años no pueden desmoronarse como si fueran un castillo de arena. Tal vez nunca haya sentido una pasión desbordante con Mónica, pero siempre fui de las que pensó que el amor no trata solo de eso, que también se construye con confianza, con compromisos compartidos y con esa sensación de tener un refugio mutuo. Hemos construido una vida juntas, y no quiero rendirme sin luchar.

Pero ¿luchar por qué? ¿Por este amor o por una idea que ya no existe?

Suspiro profundamente y busco mi móvil. Necesito hablar con alguien que me ayude a ordenar mis pensamientos, aunque sea para confirmar lo que ya sé. Marco el número de Raúl.

—Dime, hermanita —responde con su habitual tono despreocupado, como si no tuviera nada más importante que hacer que atender mis llamadas.

—¿Tienes tiempo para almorzar?

—Para ti, por supuesto. ¿Dónde y cuándo?

—En nuestro restaurante favorito, dentro de una hora.

—Perfecto. Pero tú invitas.

No puedo evitar sonreír a pesar del torbellino que se mueve en mi interior. Raúl siempre ha sabido cómo sacarme una sonrisa, incluso en los peores momentos.

. . .

Llego al restaurante antes que él y elijo una mesa junto a la ventana. El camarero ya sabe lo que voy a pedir, así que me limito a esperar. Doy vueltas al móvil entre las manos, tratando de no mirar los mensajes, especialmente los de Sonia. Pero su nombre parpadea en mi mente como una luz de neón que brilla por encima de la oscuridad, y una enorme sensación de culpa me atraviesa.

Raúl llega diez minutos tarde, como suele ser normal en él. Su chaqueta está arrugada y tiene el pelo despeinado, pero su sonrisa despreocupada logra relajarme de inmediato.

—Qué locura de tráfico. Pensé que no llegaba —aclara mientras se deja caer en la silla que hay frente a mí—. ¿Qué pasa? ¿Por qué tienes esa cara?

—¿Qué cara?

—La de «tengo un problema y no sé cómo solucionarlo».

«Joder, no me ha dado ni un segundo». Suelto una risa nerviosa y juego con la servilleta que tengo a mi lado. No sé por qué me sorprende que sea tan directo, pero es justo lo que necesito en este momento.

—Es por Mónica —admito, dejando caer el peso que tenía en mi pecho. Su expresión cambia, se suaviza, y me observa con paciencia, esperando que continúe—. Ya no sé si está del todo conmigo. De hecho, no sé si yo estoy completamente con ella. Siento que ambas estamos en otro lugar, que hemos dejado de ser nosotras.

—¿Y dónde estás tú, hermanita?

Su pregunta me pilla desprevenida. Abro la boca para responder, pero las palabras no me fluyen con tanta facilidad. Tengo claro por donde va y no puedo permitir dar voz a unos sentimientos que no tengo idea de si son verdaderos o no.

—La cosa no va solo de mí —intento justificarme—. No sé qué está pasando. Ella nunca ha sido así, tan distante… tan fría.

Raúl apoya los codos en la mesa y me observa con esos ojos que logran desarmarme en cuanto me mantiene la mirada.

—Cande, sabes que te quiero, pero ¿estás segura de que quieres seguir adelante con esto? ¿No estás queriendo intentar controlar algo que tal vez, ya ha ido en otra dirección?

—¿Cómo puedes decir eso? —pregunto, cruzando los brazos a la defensiva.

—Pues porque te conozco. Siempre intentas que las cosas funcionen, incluso cuando no tienen ningún sentido. Tal vez deberías escuchar más lo que las dos queréis, no solo lo que crees que deberíais querer.

Tiene tanta razón que me quedo en silencio, titubeante, intentando que lo que ha dicho no me genere más dudas de las que tengo. Pero al final, agacho la vista y niego.

—No quiero que esto se acabe, Raúl. No quiero perderla.

—Pero… Cande. —Busca una de mis manos y la acaricia—. ¿De verdad quieres estar con ella porque es lo que sientes, o porque crees que es lo que tienes que hacer?

La pregunta se queda suspendida en el aire. Miro mi vaso de agua en silencio, siendo incapaz de responder. Tengo la sensación de que es la pregunta que he estado evitando desde hace semanas, quizá meses. Siempre he sido buena justificando mis decisiones, encontrando razones lógicas para mis sentimientos. Pero ahora, no soy capaz de encontrar una respuesta clara.

Raúl se inclina hacia adelante y coloca su mano sobre la mía.

—Mira, a veces nos empeñamos en luchar por causas que ya están perdidas. No digo que sea tu caso, porque todo es relativo, pero creo que necesitas ser honesta contigo misma. No con Mónica, ni conmigo, contigo.

Es una verdad que duele, pero también me reconforta saber que tengo a alguien que me conoce lo suficiente como para decirme la verdad, incluso cuando no quiero escucharla.

¿Qué quiero realmente? ¿Por qué estoy luchando? ¿Por ella, por nosotras o por no admitir que algo dentro de mí ya no está donde debería?

—Gracias —le digo, dejando escapar un suspiro que siento desde lo más profundo—. Supongo que no me queda otra más que dejarme llevar.

—Para eso estoy, hermanita —responde, dedicándome un guiño—. Pero ahora, vamos a comer, que luego dirás que solo he venido a regañarte.

Mientras almorzamos, Raúl cambia de tema y me habla de cosas triviales, anécdotas que le han pasado estos días y chistes que logran arrancarme alguna risa, a pesar de lo malos que son. Por un rato, el peso de mis pensamientos se disipa, aunque en el fondo sigan ahí, como una sombra que me acompaña a todas partes. No dejo de pensar en Mónica, en nuestra relación, en lo que hemos construido y lo que está en juego.

Cuando nos despedimos, sé que no voy a dejar las cosas como están. Si hay algo que se pueda hacer, lucharé por ello, aunque implique enfrentar mis propios miedos y destapar verdades que preferiría mantener ocultas.

. . .

Al llegar a casa, me permito unos minutos para respirar antes de continuar. No quiero que esta distancia entre Mónica y yo siga creciendo, básicamente, sé que rendirme no es una opción. Ocho años juntas tienen que significar algo, y no voy a dejar que el trabajo, la rutina o el silencio nos destruyan.

Abro el móvil y hago una búsqueda rápida para una escapada con ella. Aquí, en la ciudad. Quiero algo sencillo pero especial, algo que nos saque de este bucle en el que estamos atrapadas. Pienso en un paseo por el Parque Polvoranca, un picnic en un rincón tranquilo y, para terminar, en una cena en uno de esos restaurantes acogedores que tanto le gustan. Por unas horas, quiero que olvidemos los problemas y volvamos a ser nosotras mismas.

Mientras escribo el itinerario en una hoja de papel, mi mente se llena de recuerdos. Las primeras veces que nos escapábamos juntas, las risas en el coche, la forma en que sentía que el mundo se detenía cuando nos mirábamos a los ojos. Quiero recuperar eso. Aunque una pequeña voz dentro de mí me susurre que tal vez estoy persiguiendo algo que ya no existe, que los recuerdos que estoy idealizando podrían no ser más que fragmentos de un pasado al que me quiero aferrar.

—Esto tiene que funcionar —murmuro, más para convencerme a mí misma que para darme seguridad.

. . .

Cuando Mónica regresa, dejo que se quite los zapatos y se cambie antes de decirle nada. La observo desde el umbral mientras se sienta en la mesa del salón con una taza de té y empieza a revisar unos papeles de la oficina. Se ve muy concentrada, como siempre, pero también parece cansada.

—Mónica, ¿puedes dejar eso un momento? Necesito hablar contigo.

Ella levanta la mirada, algo sorprendida, y hace lo que le pido.

—Claro. ¿Qué pasa?

Tomo aire, preparando las palabras con cuidado.

—He estado pensando en nosotras, en cómo hemos estado últimamente… —digo, eligiendo cada palabra con cautela—. Creo que necesitamos reconectar, pasar más tiempo juntas. Hacer cosas como antes.

Ella frunce ligeramente el ceño, pero no me interrumpe, así que sigo.

—He planeado algo sencillo, una escapada. Podemos ir al Parque Polvoranca, llevar un picnic, pasar la tarde juntas y luego cenar en ese restaurante cerca del centro que tanto te gusta.

La miro, esperando ver algo de entusiasmo en su rostro, pero en lugar de eso, su expresión se endurece.

—¿Esto es tu solución? —pregunta, con un tono que me toma por sorpresa.

—No es una solución, es un intento de que volvamos a conectar, de…

—De aparentar que todo está bien con un picnic y una cena romántica, ¿no? —me interrumpe, cruzando los brazos.

El golpe de sus palabras es inesperado. Me quedo sin saber qué responder, porque, aunque no lo diga con dureza, llevan un peso que se instala de inmediato en mi pecho.

—No estoy tratando de aparentar nada —contesto—. Solo quiero que pasemos tiempo juntas, que recordemos por qué empezamos a salir, a ser nosotras.

Mónica suspira y aparta la mirada.

—Candela, no se trata de una salida al parque o de cenar en un lugar bonito, esto no se arreglará con algo sencillo…

—Entonces dime, ¿qué crees que necesitamos? Porque yo estoy aquí, intentándolo, pero siento que tú ya ni siquiera quieres hacerlo.

La tensión en la habitación se siente insoportable. Por un momento, Mónica no dice nada, y cuando finalmente me mira, sus ojos están llenos de algo que no logro descifrar.

—Estoy cansada, Cande. Cansada de sentir que todo esto depende de mí. De intentar mantenernos a flote cuando parece que estamos en barcos distintos.

Sus palabras me atraviesan. Quiero poder decirle algo, quitarle la razón, pero no soy capaz de abrir la boca. Mónica niega mientras sonríe con tristeza, se levanta y se dirige escaleras arriba, dejándome sola en el salón con las lágrimas en los ojos y la tristeza invadiendo mi

corazón.

Me quedo sentada, mirando el itinerario que había preparado con tanto esfuerzo.

—¿Y si ya no hay forma de que funcione? —murmuro, sintiendo cómo la esperanza se va desmoronando poco a poco.

. . .

Más tarde, mientras Mónica está encerrada en su despacho, decido que no puedo dejar las cosas así. Aunque crea que una salida no va a ser suficiente, yo estoy convencida de que los pequeños detalles pueden hacer mucho si los creas con el corazón. Tal vez sea una locura, pero no puedo quedarme cruzada de brazos viendo cómo nuestra relación se desmorona.

Preparo una pequeña cesta con comida: unos bocadillos, fresas y una botella de vino que había guardado para una ocasión especial, un gesto sencillo pero significativo, algo que le recuerde lo que todavía podemos ser.

Golpeo suavemente la puerta antes de entrar. Mónica levanta la mirada de su ordenador, y aunque parece sorprendida al verme, también hay una mezcla de cansancio y desesperación en sus ojos.

—Cande, por favor. Te dejé claro que quería estar sola.

—Y yo quiero que comamos juntas, sin tirarnos los trastos a la cabeza. —Levanto la cesta con una pequeña sonrisa.

Ella suspira, pero no parece molesta. Más bien está agotada, como si no supiera qué hacer conmigo.

—A veces eres…

—¿Insoportable? —bromeo antes de que termine la frase—. Lo sé. —Dejo la cesta sobre la mesa y me siento frente a ella. Es extraño haber traído aquí un picnic improvisado, pero en cierto modo tiene su gracia.

Un silencio incómodo se instala entre nosotras. Decido romperlo antes de que crezca demasiado.

—Mira, sé que últimamente las cosas no han sido fáciles. Que la distancia nos ha… separado un poco. Pero quiero cambiar eso. Necesito que lo intentemos. —Bajo la mirada por un momento, sintiendo un nudo en la garganta—. No quiero perdernos. Hemos luchado mucho por esta relación, y no deseo que todo se venga abajo porque estamos demasiado ocupadas para cuidarnos.

Mónica se cruza de brazos y desvía la mirada, pensativa.

—Candela, la cosa no va solo de estar ocupadas. Las cosas han cambiado.

—¿Por qué? —pregunto, notando cómo mi voz tiembla—. ¿Por qué han cambiado?

Ella cierra los ojos por un instante.

—No lo sé. Tal vez porque hemos estado tan centradas en otras cosas que hemos

olvidado cómo ser pareja.

Su confesión me sorprende. No esperaba que lo dijera tan abiertamente, aunque en el fondo sea la verdad. Quizá porque ella no lo había admitido nunca.

—Pero podemos recordarlo, Mónica. Podemos volver a lo que éramos.

Ella suspira.

—¿Y qué pasa si lo que éramos ya no es suficiente?

Sus palabras me dejan sin aliento.

—No lo sé —admito finalmente—. Pero sé que quiero intentarlo.

Mónica toma un trozo de fruta de la cesta y lo mastica lentamente antes de hablar.

—No quiero rendirme, Cande. Pero tampoco quiero seguir fingiendo que las cosas van de maravilla.

—Entonces no finjamos. Hablemos. Intentemos estar bien, como hace el resto del mundo.

Nos miramos en silencio, como si buscáramos respuestas en los ojos de la otra, y al final asiente.

—Está bien.

Puede que este sea un comienzo, pero es algo importante. Tal vez no sea suficiente para resolverlo todo, pero al menos es un paso. Y pensar en ello, me da una chispa de esperanza.

24

SONIA

El murmullo constante del equipo en el estudio es como una sinfonía caótica, una mezcla de voces, risas y ruido de cables que, lejos de abrumarme, me llena de energía. Me encanta estar aquí, rodeada de micrófonos, auriculares y ese aire ligeramente denso que huele a creatividad y café, mucho café. Hoy el ambiente tiene algo diferente, y parece que todos lo han notado, porque no es un día cualquiera: hoy seré la invitada especial de *Voces Urbanas*.

Al otro lado del cristal, veo a Candela revisando sus notas con el ceño ligeramente fruncido. Esa arruga en su frente, que delata su concentración, le da un toque irresistible. Sé que ha preparado este programa con el mismo cuidado que pondría en algo trascendental, y eso me hace sentir especial, absolutamente maravillada. En las últimas semanas, se ha colado en mi vida de una manera que no esperaba, y aunque nunca lo diría en voz alta, deseo con fuerza que todo salga perfecto.

Entro al estudio deshaciéndome de la chaqueta y la bufanda que llevo conmigo. Ella levanta la mirada y me dedica una sonrisa. Pero lo que más llama mi atención es su mirada, esa forma en la que parece atravesarme y entender algo que ni siquiera yo sé cómo explicar.

—¿Lista para convertirte en la nueva sensación de la radio? —me pregunta con un brillo travieso en los ojos mientras me acerco para saludarla.

Suelto una risa nerviosa y sacudo la cabeza.

—No sé yo. Tú serás la que juzgue al final del programa. Eso sí, espero que no me hagas preguntas difíciles, ¿eh? —Intento bromear para relajarme, aunque enseguida sé que nos hemos puesto algo tensas.

—¿Difíciles? —levanta una ceja con aire juguetón—. ¿Qué tal si empiezo con algo comprometedor como… cuál es tu color favorito?

—Si haces eso, me levanto y me voy —respondo, siguiéndole el juego.

La risa se escapa de nuestros labios y, por un momento, todo se siente más fácil, más natural. Candela coloca su mano en mi brazo y me mira fijamente a los ojos.

—Tranquila, será solo una conversación entre nosotras. Olvídate de todo lo demás.

Asiento, soltando un suspiro que libera algo de la tensión que llevo acumulada.

Nos sentamos frente a los micrófonos mientras el técnico ajusta los últimos detalles. El letrero de «En directo» se ilumina, y en ese momento, la magia comienza.

—Buenos días, oyentes de *Voces Urbanas* —saluda Candela, con su característico tono lleno de energía y calidez—. Hoy tenemos un programa muy especial, porque nos acompaña una mujer que no solo tiene un ojo brillante para capturar el mundo, sino que también tiene una historia inspiradora que merece ser contada. Sonia Herrero, bienvenida al programa.

—Gracias, Candela. Aunque con esta presentación ya has puesto el listón muy alto.

—Tu trabajo brilla con luz propia —admite, dedicándome un guiño que provoca una descarga que me sube por las manos, directo al pecho.

La conversación comienza con preguntas básicas, casi protocolares, pero necesarias. Hablamos de mi carrera como directora de fotografía, de mis primeros pasos en el mundo de las cámaras y de cómo descubrí mi pasión por contar historias a través de las imágenes. Respondo con una combinación de humildad y confianza que demuestra lo mucho que amo mi trabajo y el respeto que le tengo a mi oficio.

—Dime, Sonia —pregunta Candela con una sonrisa traviesa—, si tu vida fuera una película, ¿de qué género sería?

Me tomo un segundo para pensarlo.

—Creo que sería una mezcla entre drama y comedia, con un toque sentimental. Algo que la gente mirara y dijera: «Esto es real, pero a la vez, no me lo puedo creer».

—¿Y quién interpretaría a Sonia?

—Mmm… alguien con más paciencia que yo, seguro.

El equipo detrás del cristal estalla en carcajadas, y el ambiente se relaja aún más. De repente, no parece que estemos en directo; es solo una conversación entre nosotras que, por casualidad, otras personas tienen el privilegio de escuchar.

La charla avanza hacia temas más profundos: mis sueños, los desafíos que he enfrentado y cómo el arte puede ser una herramienta para generar un gran cambio social. Con mucha sutileza, la conversación vira y nos lleva al mercadillo artesanal que está en riesgo de que lo cierren.

El recuerdo de aquel día surge en mi mente con una claridad inesperada.

—Lo que me preocupa —digo, y mi tono se vuelve más serio—, es que no se trata solo de un lugar donde la gente vende cosas. Es un espacio donde muchas mujeres, madres, artesanas, encuentran un medio para salir adelante. Si lo trasladan o lo cierran, no están perdiendo solo un mercadillo. Estarán perdiendo una comunidad, un modo de vida.

Candela asiente con fuerza, y sus ojos se iluminan mientras responde:

—Tienes toda la razón. Y creo que, como comunicadoras y artistas, tenemos la responsabilidad de alzar la voz por esas personas.

—Totalmente. A veces siento que el arte puede ser una herramienta para gritar lo que otros no pueden decir.

—Y es algo que tú has reflejado en tus trabajos, series de calidad que hablan incluso cuando ya no hay palabras que decir. Por cierto, ¿es cierto que estás a punto de presentar una exposición de tus fotografías?

Parpadeo, sorprendida. No tenía idea de que ella lo sabía, y esa chispa de curiosidad que refleja me hace sonreír. «Ha investigado sobre mí».

—Sí, aunque todavía no puedo decir mucho sobre eso. Estamos en la fase inicial.

—Bueno, ya sabes que en cuanto lo hagas, me tendrás ahí para aplaudirte.

Y en ese momento, su sonrisa, su voz y la forma en que me mira me hacen sentir como si el resto del mundo no existiera.

Candela me mira, y por un segundo, el aire se siente más denso. Tengo la sensación de que compartir por primera vez esto con alguien, es más que decirlo en palabras.

El programa fluye con una energía especial, como si ambas supiéramos que cada palabra, cada pausa, encaja perfectamente entre las dos, y antes de darnos cuenta, estamos despidiéndonos de los oyentes.

—Ha sido un placer tenerte aquí, Sonia. Espero que esta sea la primera de muchas visitas.

—El placer ha sido mío, este es un lugar de libertad, donde nuestra voz tiene mucho peso en los demás, y también en nosotras mismas.

—Claro que sí. —Candela me sonríe, con esa calidez tan suya que parece envolverla en todo momento—. Nos vemos en el próximo programa, en el mismo dial, a la misma hora.

Cuando se apagan los micrófonos, el estudio estalla en aplausos. El equipo, radiante, comparte esa energía que nosotras llevamos dentro, y por primera vez en mucho tiempo, me permito disfrutar del orgullo que se mueve en mi interior. Pero más allá del éxito profesional, hay una calidez en mi pecho que no tiene nada que ver con el trabajo.

Mientras el equipo se dispersa, me acerco a Candela que está recogiendo sus notas con cuidado, absorta en sus pensamientos.

—¿Qué te ha parecido? ¿Te has sentido cómoda? —pregunta sin levantar la mirada, aunque su tono delata cierta satisfacción.

—Increíble. Aunque todavía siento que me tiembla la voz.

—Pues nadie lo ha notado, has estado genial. Me habría pasado el día entero en directo contigo.

La forma en que lo dice, como si no fuera solo un cumplido, me deja sin palabras por un segundo. La observo sonreír, y siento esa conexión que cada vez me es más difícil ignorar.

—¿Te apetece comer algo? —propone de repente, con una naturalidad que parece ensayada, pero que sé que no lo es.

—¿Eso también estaba en el guion? —respondo, en un intento por bromear.

—No, pero no se lo digas a nadie —aclara, mientras se lleva un índice a los labios.

. . .

El almuerzo con Candela es algo improvisado, sencillo, pero lleno de momentos que, de alguna forma, sé que guardaré conmigo durante mucho tiempo. Elegimos una pequeña taberna a unos pasos de la emisora, un lugar acogedor con manteles de cuadros rojos y blancos, y un aroma a comida casera que nos recibe desde la puerta.

Nos sentamos junto a una ventana desde donde se ve la esquina más concurrida del barrio. Candela pide una tortilla de patatas que, según el camarero, es la especialidad del día, y yo una ensalada con queso de cabra y nueces.

—¿Por qué siempre pides lo más sano del menú? —pregunta entre risas, dejando el

móvil sobre la mesa como si quisiera desconectar del mundo.

—Porque si no lo hago yo, nadie lo hará por mí —comento, como si esto fuera lo más importante del mundo—. Aunque, para ser honesta, estoy aquí por las croquetas.

—Ah, ¿entonces eres de las que dicen una cosa pero hacen otra?

—Exacto. Me gusta mantener el misterio.

Rompemos a reír, y siento cómo su cuerpo se relaja, como si por un rato, ella pudiera olvidar lo que le sea que le pesa. Por un momento, veo cómo los hombros de Candela se relajan y su expresión se suaviza. Parece que, al menos por ahora, puede olvidar eso que está haciéndole daño, por mucho que quiera evitar que se le note. Y aunque quiero, no me atrevo a preguntarle.

Sin embargo, digamos que ella también tiene ese efecto en mí. Consigue que las cosas parezcan más sencillas, menos abrumadoras, que fluyan de manera natural, como si la vida no tuviera que ser siempre tan seria ni tan pesada.

Mientras comemos, la conversación se mueve entre reflexiones sobre el programa y bromas ligeras que me hacen reír sin esfuerzo.

—¿Sabes? Al principio, estaba convencida de que iba a meter la pata —admito mientras corto una croqueta por la mitad—. Te lo juro, cada día estoy más segura de que lo mío es estar detrás de la cámara. Pero contigo delante, sentí que podía ser yo misma.

—Siempre puedes ser tú misma conmigo. Es lo que más me gusta de tenerte cerca, de esta química que hay entre nosotras.

La frase le sale con una naturalidad que me deja sin palabras, y durante un segundo me quedo mirándola, pensando en qué puedo añadir. Pero al final cambio de tema, desviando la conversación hacia sus planes para el próximo programa.

Hablamos de ideas, de posibles temas para atraer a la audiencia. Mientras lo hacemos, no solo escucho sus palabras, sino que me fijo en cada detalle: la forma en que gesticula, la manera en que su rostro se ilumina al hablar de algo que le apasiona. No interrumpo; simplemente estoy ahí, dándole espacio para soñar y compartir.

—¿Sabes qué es lo mejor de esto? —comenta y deja el tenedor sobre su plato vacío.

—¿Qué?

—Que me recuerdas por qué empecé en la radio. Siempre quise que fuera un lugar donde las personas pudieran ser escuchadas. Y hoy, con el programa, sentí que es justo eso lo que hemos conseguido.

—Te equivocas, tú eres quien lo consiguió, Candela. —Mi voz suena más firme de lo que esperaba, porque estoy diciendo la verdad—. No necesitas a nadie que te lo recuerde. Pero si alguna vez lo olvidas, aquí estaré yo para decírtelo.

Su expresión cambia. Por un instante, baja la mirada, y puedo notar el rubor en sus mejillas. Algo en mi pecho se agita al verla así. Siento que he dicho justo lo que necesitaba escuchar, aunque no lo supiera.

Cuando terminamos de comer, decidimos dar un paseo por los alrededores. El sol empieza a descender, y las calles se llenan de una luz cálida que contrasta con el ruidode los coches y las conversaciones en las terrazas. Caminamos sin rumbo fijo, hablando de todo y de nada al mismo tiempo.

—Este barrio tiene algo especial. No sabría decir qué es, pero parece que flota en el aire —comento mientras observo las fachadas de los edificios, adornadas con plantas que cuelgan de los balcones.

—Es como un pequeño refugio en medio de la ciudad. Siempre me ha gustado trabajar aquí.

—¿Nunca has pensado en mudarte más cerca de la emisora?

—No estoy segura de que pudiera hacerlo. Me gusta la tranquilidad de este sitio, aunque a veces echo de menos estar más conectada con el centro.

—Es curioso, porque a mí me pasa lo mismo. No puedo imaginarme viviendo fuera de Madrid. Me encanta la energía que tiene, como si el movimiento fuera constante.

—Eso explica mucho de ti.

—¿Ah, sí? —Levanto una ceja mientras esbozo una sonrisa pícara—. ¿Y qué es lo que explica?

—Que eres imparable. Siempre buscando algo más, explorando, avanzando.

Desvío la mirada y sonrío antes de responder, siendo consciente de que sus palabras han tocado algo dentro de mí. Caminamos en un silencio que, lejos de ser incómodo, se siente como una pausa necesaria, un momento en el que todo encaja sin necesidad de decir nada.

Nos detenemos frente a una plaza pequeña con una fuente en el centro. El agua refleja los colores del atardecer, y por un instante parece que el mundo entero se ha ralentizado. No puedo resistir la tentación de sacar el móvil para capturar ese momento.

—¿Para el recuerdo? —pregunta Candela, inclinándose un poco hacia mí para ver la pantalla.

—No. Para inspirarme. Las cosas más simples suelen ser las que más me impactan.

Mi voz se queda en el aire mientras seguimos caminando, y cuando no se da cuenta, también saco unas cuantas instantáneas de ella. Buscando la belleza y el significado de esta en lo cotidiano. Porque algunas veces, la vida no es lo que sucede a nuestro alrededor, sino lo que se ve en los ojos de otra persona.

Finalmente, llegamos al lugar donde dejé aparcado el coche. Nuestra despedida llega demasiado rápido, algo que llevaba temiendo todo el paseo.

—Muchas gracias por lo de hoy. Ha sido… muy especial —digo, sin encontrar una palabra mejor.

—De los mejores días que he vivido en la emisora. Gracias a ti por venir. Ha sido un programa que no voy a olvidar.

La observo mientras habla, notando el cansancio en sus ojos, pero también la pasión que los ilumina de esa manera que tanto me gusta. Su amor por la radio, por lo que hace, es evidente en cada palabra y cada gesto.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos que parecen alargarse. Finalmente, me acerco y la abrazo, y siento el golpe rítmico de mi corazón contra el pecho mientras la sostengo. Me separo rápido, consciente de que, si no subo al coche en ese instante, podría hacer algo que no debería.

—Cuídate, ¿vale? —murmura con suavidad.

—Tú también.

La veo alejarse mientras el sol termina de ocultarse tras los edificios. La calle se llena de sombras, y aunque no quiero apartar la vista, finalmente subo al coche y enciendo el motor. Mientras me alejo, un vacío se abre en mi interior, extendiéndose como un eco que no puedo ignorar. Estar lejos de ella me duele más de lo que estoy dispuesta a admitir, y la certeza de ese sentimiento me golpea con fuerza.

No sé qué voy a hacer con esto, pero ahora mismo, tengo una cosa muy clara: este día no va a ser fácil de olvidar.

25

CANDELA

Finales de Febrero. Leganés.

Falta algo menos de un mes para la boda, y siento que el tiempo ha pasado demasiado rápido, a pesar de mis intentos por disfrutar cada día con calma. El aroma a asado y hierba fresca llena la casa de mis padres, envolviéndome en una sensación que debería reconfortarme, pero que hoy se queda suspendida, sin calar del todo dentro de mí. La mesa luce impecable; un mantel blanco reluciente, platos con bordes dorados y las copas de cristal que mi madre solo saca cuando estamos todos juntos. De repente, Raúl entra con una bandeja de aperitivos que asegura haber preparado con esmero, aunque todos tenemos claro que los ha comprado en su cáterin favorito.

—Ya era hora de vernos más de un par de horas —dice con su energía habitual, mientras la deja en la mesa—. Aunque sé que hemos estado ocupados. — Su mirada se dirige hacia mí y me obligo a carraspear para no prestarle atención—. ¿Estás bien? Pareces distraída.

Intento que mi expresión sea convincente mientras me esfuerzo por mostrarme lo más normal posible.

—No es nada. Ya sabes... el trabajo, los últimos preparativos de la boda. Todo me tiene agotada.

—Ya veo —responde mi hermano, quien no insiste más, pero su mirada cómplice me dice que ha notado algo.

En ese momento, mamá aparece desde la cocina, cargada con una fuente de patatas gratinadas, tan doradas que relucen bajo la luz que entra al comedor.

—¡Todos a la mesa! —ordena con tono jocoso, en su típico estilo de anfitriona familiar —. Antonio, deja ya el periódico.

Un suspiro se escucha desde la salita antes de que papá aparezca en el salón, con las gafas en la punta de la nariz y una sonrisa relajada. Siempre ha sido el más calmado de la familia, el equilibrio perfecto frente al carácter meticuloso de mamá. Me guiña un ojo y toma su lugar habitual, al frente de la mesa.

El ambiente se vuelve perfecto: risas, bromas y la conversación habitual sobre los rumores del vecindario y el episodio más reciente del concurso de televisión favorito de mi madre. Verlos tan relajados, ahora que están jubilados, me hace sonreír, aunque por dentro me invade un vacío inexplicable. Las arrugas de preocupación que solían marcar el rostro de mis padres se han suavizado, y en sus gestos hay una serenidad que contrasta con el caos de mis pensamientos.

Cada vez que miro mi plato, mi mente se desvía hacia Sonia. A esa última tarde con ella, al sonido de su voz y las palabras que se quedaron tatuadas en mi memoria. Es absurdo, lo sé. Estoy aquí, con mi familia, a solo un mes de casarme con Mónica. Sin embargo, mi mente

regresa una y otra vez al modo en que Sonia me miró aquel día, como si pudiera ver en mí cosas que ni yo misma alcanzo a entender.

—¿Candela? —La voz de mi madre me devuelve abruptamente a la realidad.

—¿Eh? Perdona, ¿qué decías?

—Que si quieres más patatas. Aunque lo que debería preguntarte es si estás bien. Te noto rara.

Las miradas se vuelven hacia mí. Raúl parece curioso, mientras papá me observa con una expresión neutral que oculta una maraña de pensamientos.

—Estoy bien, de verdad. Solo he tenido una semana un poco estresante.

—¿Por el trabajo o por la boda? —insiste, con su habitual franqueza.

—Por ambas cosas, supongo. Son muchas tareas, y a veces no tengo un segundo para respirar.

Ella asiente, aunque sus ojos me dicen que no está completamente convencida. Siempre ha sabido cuándo le miento, pero decide no insistir, al menos no delante de papá y Raúl.

La comida transcurre, y yo hago un esfuerzo por integrarme en las conversaciones. Todos ríen cuando mi hermano cuenta cómo un cliente le hizo repetir un diseño entero solo para probar su paciencia. Papá, entre bocado y bocado, lanza uno de sus proverbios favoritos: «Más vale equivocarse con ganas que acertar con dudas». Algo que choca con la revolución interna que siento. Sonrío, pero mi mente sigue luchando contra esa sensación de vacío. Me esfuerzo por reír y seguir el ritmo, pero una pregunta silenciosa late con fuerza en mi interior: «¿Por qué ya no veo la vida tan ligera junto a Mónica?».

Al terminar, mamá comienza a recoger los platos, y yo me ofrezco a ayudar.

—No hace falta, cariño. Siéntate y descansa.

—Prefiero ayudarte. Así hablamos un rato.

La cocina de mi madre siempre huele a limpio, como si nada pudiera alterar su orden. Coloco los platos en el fregadero mientras ella guarda las sobras en recipientes, que seguramente repartirá entre Raúl y yo para no desperdiciar nada.

—A ver. ¿Qué te pasa? —pregunta de repente, sin mirarme.

—Nada, mamá. Te lo prometo. Solo estoy cansada.

Deja el recipiente que tiene entre manos y me mira. Aunque su expresión se mantiene serena, sus ojos reflejan una preocupación que no puedo ignorar.

—Te conozco, hija. Lo que veo ahí no es solo por cansancio.

Por un momento, pienso en soltarlo todo: mis dudas sobre la boda, lo que siento por Sonia, el peso de una relación que a veces parece más una obligación que como un sueño. Sin embargo, las palabras se me atascan en la garganta. Bajo la mirada y juego nerviosa con el borde de mi camiseta.

—Es por la boda. Todo el mundo está tan emocionado, y yo… no sé. A veces siento que no estoy a la altura.

Ella me observa en silencio, evaluando cada palabra.

—Cande, el matrimonio no se trata de expectativas, sino de felicidad.

Quiero responderle y asegurarle que soy feliz con Mónica, que todo esto es solo una racha de estrés pasajera, pero no puedo. Porque, en el fondo, ni siquiera yo estoy segura de que eso sea cierto.

—¿Eres feliz? —pregunta, llevando una mano a mi hombro. Su tacto es suficiente para hacer que un nudo se forme en mi garganta—. No tienes que responderme ahora —añade, con suavidad—. Solo quiero que sepas que, si algo no está bien, admitirlo no tiene nada de malo.

Asiento sin mediar palabra y seguimos recogiendo la cocina en silencio. Sin embargo, siento que pone de vez en cuando su atención en mí, como si estuviera esperando a que me atreva a ser sincera, no solo con ella, sino conmigo misma.

Cuando regreso al comedor, mi padre hojea de nuevo el periódico mientras Raúl le muestra algo en el móvil. Me siento junto a ellos, y al verme, papá lo deja a un lado y me mira con esa expresión que siempre me hace sentir como si pudiera leerme el alma.

—¿Estás bien, pequeña?

—Sí, claro —respondo de inmediato. Odio que me conozcan tan bien.

—¿Segura? Pareces un poco preocupada.

—Tengo muchas cosas en la cabeza, no te preocupes —murmuro, tratando de sonar convincente.

—¿Sabes? —afirma papá, y sonríe con esa serenidad tan suya, como si entendiera más de lo que estoy dispuesta a contar—. El matrimonio es para compartir la felicidad, no para cargar con responsabilidades. Debes estar segura de que lo haces por las razones correctas.

Lo miro en silencio y dejo que sus palabras se hundan en mí, odiándome al darme cuenta de que no he podido ocultarle nada. La verdad es que no estoy segura de estar lista para enfrentar lo que realmente significa eso, pero algo dentro de mí se remueve, por mucho que siga queriendo a Mónica.

Cuando llega el momento de despedirnos, mamá me abraza durante un buen rato, y en el trayecto de regreso a casa, sus palabras y las de papá no dejan de repetirse en mi mente, como un eco persistente que no me piensa dejar escapar.

. . .

El sol de la tarde baña las calles de Leganés con una luz dorada que parece transformar el barrio en un lugar casi mágico. Siempre me ha gustado cómo aquí conviven la tranquilidad y la vitalidad en una balanza igualitaria. Hoy, sin embargo, me cuesta conectar con ese encanto. Mi mente sigue atrapada en las palabras de mis padres, que me rondan como una melodía que no puedo acallar.

He quedado con Nerea en un rincón del barrio. Es uno de esos lugares con encanto que pocos conocen: una callecita empedrada, flanqueada por farolas de hierro forjado y buganvillas que trepan con gracia por las paredes. En el centro de la plaza hay un templete, aunque hace tiempo que nadie toca allí. A su alrededor, bancos de madera desgastados invitan a sentarse y

dejar que el tiempo pase sin prisas, ni ningún tipo de preocupación.

Cuando llego, ella ya está allí. Lleva unas gafas de sol grandes y una bufanda ligera alrededor del cuello, a pesar de que el clima no lo requiere. Siempre ha tenido un estilo único, una mezcla de lo bohemio con lo casual, y hoy no es la excepción.

—¡Cande! —exclama con entusiasmo, levantándose para darme un abrazo cálido—. ¿Cómo estás?

—Más o menos —respondo, esbozando una sonrisa que no llega a mis ojos.

Ella me observa durante un instante, ladeando la cabeza, como hace siempre cuando intuye que estoy escondiendo algo.

—Vale, eso suena a que necesitas un paseo y una buena charla. Vamos.

A pesar de todo, sonrío. Sin embargo, no logro evitar que un nudo se forme en mi pecho. Nerea siempre ha sido mi refugio cuando el caos se apodera de mi vida, pero poner en palabras lo que siento es mucho más difícil de lo que imaginaba.

Andamos por una calle empedrada, bordeada de pequeñas tiendas y cafeterías. El aroma a café recién hecho y bollería flota en el aire, aportando una reconfortante sensación de calidez. Los sonidos de nuestras pisadas y el murmullo de conversaciones que se escapan de las terrazas nos envuelven. Sin embargo, la tranquilidad del entorno no logra apaciguar el torbellino que siento dentro.

—Bueno, ¿vas a contarme qué pasa o tengo que ser yo la que empiece con las preguntas incómodas? —bromea, rompiendo el silencio.

Suelto un suspiro fijando la vista en el suelo.

—Es complicado.

—Cande, esa es tu frase favorita desde que éramos adolescentes —bromea—. Nada parece tan complicado cuando lo dices en voz alta.

—Lo sé... —respondo con una sonrisa débil—. Pero no estoy segura de si estoy preparada para admitirlo.

Ella se para, se baja las gafas de sol y me mira con seriedad.

—Mira, sé que tienes algo en la cabeza que te está comiendo viva. Así que escúpelo, aunque sea una pequeña parte. Estoy aquí para escucharte, no para juzgarte.

Camino un poco más y me detengo frente a una librería con vitrinas repletas de libros antiguos, donde un reflejo desconocido me saluda desde los cristales.

—Tengo dudas —admito al fin—. Sobre la boda, sobre Mónica... sobre todo. —Ella guarda silencio, esperando a que continúe—. Últimamente siento que… que estoy empujando muros que no deberían estar ahí. No es que no la quiera, es solo que… no sé si la quiero de la manera en la que debería como para casarme con ella.

—¿Y cuánto tiempo llevas sintiendo eso?

—No lo sé. Tal vez semanas, quizá meses.

Nos quedamos en silencio, y antes de que lo diga, ya sé qué me va a preguntar.

—¿Tiene algo que ver con Sonia? —infiere, tan perspicaz como siempre.

Nunca ha necesitado demasiados detalles para saber lo que me pasa.

—No lo sé —contesto con sinceridad—. Sonia me hace sentir cosas que no esperaba, pero no estoy segura de si eso significa algo, o si simplemente estoy confundida por los problemas que tengo con Mónica. Solo quiero que todo se arregle, que seamos felices.

Nerea comienza a caminar de nuevo, y la sigo, sintiéndome un poco más ligera por haber soltado al menos una parte de lo que llevo dentro.

—Cande, te voy a preguntar algo, y quiero que seas completamente honesta, sobre todo contigo misma.

—Dime.

—¿Tienes miedo de enfrentarte a Mónica o más bien de admitir en voz alta que ya no la amas y que estarías mejor sin ella?

A pesar de esperarlo, su pregunta me golpea como una bofetada. Me detengo en seco incapaz de moverme. Nerea se gira para mirarme, pero no dice nada más. Me deja espacio para procesarlo, para enfrentarme a lo que acabo de escuchar.

—¿Sinceramente? No tengo ni idea —murmuro.

«Estoy hecha un lío», pienso.

—Pues tienes que saberlo. Porque si sigues adelante con esta boda solo por miedo o por cumplir con lo que crees que es correcto, no estás siendo justa ni contigo ni con ella. ¿Lo entiendes? Os estaríais haciendo daño mutuamente.

—¿Y si estoy equivocada? ¿Y si esto es solo una etapa? ¿Y si Mónica siente lo mismo, pero quiere intentarlo?

—Solo lo descubrirás si eres sincera contigo misma y si dejas de ignorar lo que sientes. Así solo estarás alargando lo inevitable.

Andamos otro rato en silencio, hasta que pasamos por una fuente rodeada de bancos donde familias y parejas charlan animadamente. El sonido del agua parece llenar el vacío entre nosotras, dándome el tiempo que necesito para reflexionar.

—Quizá solo tenga miedo —admito en voz alta.

—¿Miedo de qué? —pregunta, deteniéndose frente a mí.

—De hacerle daño a Mónica. De que esto, lo que me pasa, solo sea un error y termine arrepintiéndome.

—¿Y qué hay de ti? —insiste, mirándome con intensidad—. ¿No tienes miedo de seguir adelante y terminar haciéndote daño a ti misma?

Esta es una sinceridad que me descoloca, pero sus palabras también me ayudan a darme cuenta de algo: no puedo seguir huyendo de lo que siento.

—Supongo que tienes razón, esto no es algo que deba tomarse a la ligera.

—No, no lo es —afirma, abrazándome con fuerza—. Pero al final, la decisión es tuya. Y solo tuya.

Al final nos sentamos en un banco bajo la sombra de un árbol. Nerea cambia de tema, contándome algo sobre su trabajo y el último viaje que ha tenido, dándome el espacio que

necesito para procesar las cosas. Y mientras la escucho, miro el cielo a través de las ramas, intentando encontrar en la claridad del cielo, el pequeño paso que tengo que dar para encontrar las respuestas que tanto necesito.

26

SONIA

Madrid.

El salón de mi casa está sumido en penumbra, iluminado solo por la luz dorada que se filtra a través de las cortinas. Afuera, la tarde parece tranquila, pero dentro de mí no hay ni rastro de esa calma. Estoy sentada en el sofá, con el móvil en la mano, mirando la pantalla como si pudiera darme las respuestas que no consigo encontrar en mi cabeza.

Aún tengo muy presente la comida con Candela después del programa; es un recuerdo que se niega a desvanecerse y que aparece cada vez que cierro los ojos. Nuestra conversación, la forma en que me miró, cada pequeño detalle... Todo me dejó sin aliento. Hay una conexión entre nosotras que no sé cómo explicar, algo que simplemente está ahí, como un hilo invisible que nos une y que parece imposible de romper.

Desbloqueo el móvil y abro nuestra última conversación. Sus mensajes me miran a la cara: breves en ocasiones, pero cálidos. Escribo un «¿Cómo estás?» en la barra de texto, pero, al final, no lo envío. ¿Qué podría decirle? ¿Que no dejo de pensar en ella? ¿Que siento algo que ni siquiera me atrevo a nombrar?

Borro cada palabra y lanzo el móvil al sofá, frustrada conmigo misma. Me levanto y camino dando vueltas por el salón hasta que llego a la ventana, desde donde observo mi barrio. Está tranquilo, con calles estrechas y fachadas llenas de color. Debería estar pensando en qué ponerme para el evento que las productoras han organizado, pero mi mente sigue en cualquier sitio menos en eso.

No es la primera vez que me siento así. En un vaivén constante entre lo que sé que es correcto y lo que mi corazón se empeña en seguir. Candela está a punto de casarse. Lo sé mejor que nadie. Pero, cada vez que estoy con ella, el mundo se desvanece dejándonos solas, como si todo lo demás no existiera. Como si, de algún modo, pudiéramos enfrentarnos a lo que sea.

Subo al dormitorio con la intención de distraerme, de concentrarme en algo concreto, como elegir qué ropa usar o decidir en qué partes de mi discurso debo añadir algo, o por el contrario quitarlo. Mi armario es un caos cuidadosamente organizado: vestidos colgados junto a chaquetas, camisas dobladas con esmero y, al fondo, un par de tacones que casi nunca uso pero que guardo «por si acaso».

—Vamos, todo a la vez no —me digo en voz alta, como si escucharme pudiera devolverme algo de control.

Elijo un vestido negro sencillo y lo dejo sobre la cama. Después, saco un traje de pantalón gris oscuro, uno de mis favoritos, y lo coloco junto a este. Me cruzo de brazos y los observo, como si ellos fueran a decidir por mí. Pienso en cómo me quedaría cada uno, pero, sobre todo, en cuál impactaría más a Candela.

—Perfecto. Así vas a lograr mucho —murmuro con sarcasmo.

Y vuelvo a negar. No sé si soy tonta por pensar en estas cosas, pero al final, solo voy a conseguir hacerme daño.

La ropa no debería tener tanta importancia, pero en días como este, parece que todo adquiere un significado especial. El vestido es más suave, más delicado; el traje, en cambio, me hace sentir fuerte, como si tuviera el control.

Me acerco al espejo de cuerpo entero y me quedo observándome. Mi reflejo me devuelve una imagen difícil de descifrar. ¿Quién soy ahora? ¿La profesional segura de sí misma que lidera su equipo? ¿O la mujer que no puede dejar de pensar en alguien que no debería estar en sus pensamientos?

Sacudo la cabeza y me decido por el traje. Siempre me ha gustado cómo me he visto así: libre, lista para enfrentar cualquier cosa. Me lo pruebo y ajusto el *blazer* frente al espejo. El tejido se amolda a mis movimientos, dándome un extra de confianza que no tengo muy claro de por qué necesito. Sonrío para mí misma y otra vez aparece ella en mi cabeza.

Pienso en enviarle un mensaje, algo casual, como una foto de lo que voy a llevar a la cena. Pero no lo hago. No puedo. En lugar de eso, me siento en el borde de la cama, mirando el móvil como si fuera un objeto extraño.

—¿Por qué tiene que ser así? —susurro, como si el silencio pudiera responderme.

Sé que esto no debería estar pasando. Candela tiene su vida, su relación, sus planes. Pero hay algo en ella, algo en cómo me hace sentir, que me hace muy difícil ignorar estos sentimientos. Cuando estamos juntas, todo a nuestro alrededor desaparece. No hay dudas ni tonos grises, solo una claridad que hacía mucho tiempo no experimentaba en el lado más personal. Y eso me aterra.

Vuelvo a pensar en los detalles que complementarán mi traje y decido añadir unos pendientes pequeños y el reloj que mi madre me regaló hace algunos años. Otra vez, me miro al espejo intentando encontrar a la versión de mí misma que quiero mostrar esa noche, rodeada de colegas y de esa mujer que no deja de rondar mi mente.

A pesar de la seguridad que me da la ropa, es obvio que por dentro soy un desastre. Candela hace que pierda el equilibrio, y no sé cuánto tiempo más podré fingir que tengo las cosas bajo control. Frente al espejo, ajusto de nuevo el *blazer* del traje y me miro varias veces hasta que el móvil vibra sobre la mesita de noche, rompiendo el silencio de la habitación.

Al ver el nombre de Natalia en la pantalla, resoplo, mezclando alivio y resignación. Mi mejor amiga tiene el don de aparecer justo cuando más la necesito, como si tuviera un radar que detectara mi estado de ánimo, o las preguntas a las que yo misma no sé ni como responder.

—Hola —respondo mientras activo el altavoz.

—Vaya, por fin. Pensé que me ibas a ignorar todo el día.

—No te estaba ignorando. Solo… he estado ocupada.

—Ya, claro. ¿Ocupada pensando en esa mujer?

«Joder, ¿por qué tiene que ser tan directa?» Su tono es juguetón, pero no puedo ni sonreír. A veces, ser tan transparente con Natalia me agobia, por mucho que me haya hecho bien hablar con ella durante todos estos días.

—Tal vez —admito con un suspiro, dejándome caer de espaldas sobre la cama.

—Cuéntamelo todo.

—¿No podrías, no sé, simplemente preguntarme cómo estoy y hablar de otra cosa? —le reprocho, con un tono de súplica.

—¿Y dejarte sola ahogándote en tus pensamientos? Ni lo pienses. Anda, suéltalo.

Miro el techo mientras juego distraída con el dobladillo del *blazer* que aún llevo puesto.

—Esto no es nuevo. Es solo que… no consigo dejar de pensar en ella. En lo que siento cada vez que la veo.

—¿Y qué te hace sentir? —pregunta, como si no lo supiera.

Cierro los ojos y trato de encontrar las palabras adecuadas. Seguro que solo quiere que sea sincera conmigo misma, una forma de encontrar salida a lo que pasa.

—Es como si todo dentro de mí encajara cuando estoy a su lado. Como si, de repente, el mundo tuviera más sentido.

El silencio al otro lado de la línea se alarga apenas un segundo, pero siento que pesa como una eternidad.

—Sonia, sabes que te quiero, ¿verdad?

—Claro que sí.

—Entonces escúchame bien, no te emociones con esto. Candela está a punto de casarse, ni siquiera deberías replantearte…

—Lo sé —la interrumpo.

—No, Sonia, creo que no lo tienes tan claro como dices. Si lo tuvieras, no estarías permitiendo que esto te afecte tanto, ni pensando en lo que podrías tener con ella.

Me incorporo lentamente, apoyando los codos en las rodillas mientras miro el traje que llevo puesto. Natalia tiene razón, y eso me irrita más de lo que debería.

—Es que no puedo evitarlo. No puedo ignorar lo que siento por ella.

—No te estoy pidiendo que lo ignores y lo apartes como si nada, pero sí que seas realista. No puedes construir algo nuevo sobre una base que ya pertenece a otra persona.

—¿Y si esa base está a punto de derrumbarse? —murmuro, algo insegura.

—Eso no es asunto tuyo.

Aunque sé que lo dice por mi bien y es su manera de protegerme, de intentar evitar que me haga daño a mí misma, no puedo evitar pensar en qué pasaría con Candela si yo me atreviera a dar el paso.

—No voy a meterme en su relación —me defiendo.

Y contradigo.

—¿Entonces qué estás haciendo? —insiste.

—No lo sé. Tal vez solo estoy esperando… algo.

—¿Esperando qué? ¿Que ella deje a Mónica para irse contigo?

La crudeza de la pregunta me obliga a cerrar los ojos y respirar profundamente. «A lo

mejor si le digo lo que siento, lo hace», pienso, por más locura que parezca, aunque al final solo dejo escapar el aire.

—No lo sé, la verdad es que no sé qué estoy esperando.

—Pues deberías averiguarlo, y pronto. Porque mientras tanto, esto te va a llevar por el camino de la amargura.

Me levanto de la cama y empiezo a caminar de un lado a otro, intentando liberar toda esta energía que se acumula en mi pecho.

—Es que no entiendo por qué tiene que ser así. ¿Por qué siento esto por alguien que no debería?

—Porque somos humanos. Porque no elegimos a quién queremos ni cuándo. Pero también porque, a veces, la vida se complica y nos pone en situaciones imposibles, solo para medir nuestra fortaleza.

—¿Tú crees que esto es cosa del destino? —pregunto con ironía.

—No. Creo que el destino no tiene nada que ver. Eres tú quien está interpretando las señales como si fueran algo más grande de lo que realmente son.

—¿Y si no lo estoy interpretando mal? ¿Y si hay algo real entre nosotras?

—No puedes vivir constantemente pensando en eso, soñando con los posibles cuando las cosas se ven claras delante de ti.

Sus palabras me detienen en seco. Es cierto. No puedo construir mi vida basándome en suposiciones ni en sentimientos que no sé si son compartidos. Sin embargo, tampoco sé cómo ignorarlos.

—Solo quiero ser honesta con lo que llevo dentro —murmuro al cabo de unos segundos.

—Y eso está bien, pero ser honesta no significa perderte en algo que tal vez no sea para ti.

Camino hacia el espejo y me observo con el traje puesto. Hay algo en mi reflejo que no termina de convencerme, como si no supiera reconocer a la persona que veo.

—Tienes razón —admito finalmente.

—Prométeme que llevarás cuidado, ¿vale?

—Te lo prometo. Por cierto, mi sobrina no ha dejado de insistirme en si vendrás a la fiesta de mi cumpleaños. Como siga bombardeándome a mensajes, me da algo.

—No me lo perdería por nada del mundo.

—Genial. Te enviaré todos los detalles.

—Y, por favor, recuerda lo que te he dicho. No quiero ver cómo te haces daño —vuelve a insistir.

—Tranquila, te haré caso.

Cuelgo y dejo el móvil sobre la mesita. Me quedo mirando mi reflejo un momento más antes de quitarme la chaqueta y colgarla de nuevo en el armario. Natalia tiene razón, no puedo forzar las cosas, ni mucho menos perseguir algo que no me pertenece. Pero eso no hará que lo

que siento por Candela desaparezca, porque no es tan fácil.

Me siento en el borde de la cama y dejo escapar un largo suspiro cerrando los ojos por unos segundos. Intentaré centrarme en el evento, en el trabajo, en cualquier cosa que me mantenga ocupada y lejos de ella, aunque en el fondo sepa, que Candela seguirá ahí, ocupando un rincón de mi corazón que ya nunca volverá a estar vacío.

27

MÓNICA

El sonido del agua cayendo en la ducha llena el apartamento mientras sigo sentada en la cama, con las piernas cruzadas y un montón de documentos de la empresa entre las manos. Intento concentrarme, pero es inútil. Mis ojos recorren los párrafos y las cifras una y otra vez sin que mi mente sea capaz de asimilar nada. Tengo la cabeza en otra parte, atrapada en un torbellino de dudas y emociones que ni siquiera logro entender del todo. Desde la última vez que hablamos en serio de esto, las cosas no han mejorado. Solo hemos tenido momentos de tregua que hemos disfrutado, pero que no parecen suficientes.

Dejo los papeles a un lado y me recuesto en la cama, mirando el techo. Candela sigue en el baño, y veo cómo su silueta se dibuja tenue detrás del cristal esmerilado de la puerta. Mi corazón me pide que deje esto y vaya con ella, pero el peso que hay en mi pecho me lo impide. Aún quedan detalles por organizar de la boda, y cada vez que intento ilusionarme con el gran día, siento un pellizco que me retuerce, una especie de vacío que no puedo describir, y que se mezcla con el resto de cosas que he vivido estos días.

De repente, el móvil de Candela vibra sobre la mesita de noche, captando mi atención de inmediato. Lo miro y dudo si debo cogerlo o no. Siempre he respetado su espacio, nunca me he caracterizado por ser esa clase de persona, pero últimamente… hay algo que no me deja tranquila. Suena otra notificación, y antes de que pueda detenerme, ya tengo el teléfono en la mano.

La pantalla se enciende, mostrando un nombre que me provoca un escalofrío: Sonia.

Desbloqueo el móvil sin pensarlo mucho, y una punzada de culpa me atraviesa. Esto está fatal, y no debería hacerlo, pero la necesidad de entender qué ocurre entre ellas supera mi moral.

El mensaje no es especialmente revelador. Solo le pregunta cómo está, en un tono amable, casi casual. Sin embargo, hay algo en esas palabras, en la cercanía que transmiten, que me incomoda más de lo que quiero admitir. Habla del evento de las productoras y del discurso que supuestamente darán juntas. Lo peor es que tengo la sensación de que Sonia accede a una parte de mi prometida que yo apenas puedo rozar últimamente.

—¿Qué haces? —pregunta Candela desde la puerta del baño, sobresaltándome.

Levanto la mirada, y la veo envuelta en una toalla, con el pelo mojado y expresión de sorpresa. Frunce ligeramente el ceño.

—Te ha vibrado el móvil, pensé que era algo importante —respondo, intentando sonar despreocupada mientras lo dejo en la mesita de noche.

—¿Lo has mirado?

Su tono es más serio de lo que esperaba, lo que me pone a la defensiva.

—Solo he visto el nombre de quien te ha escrito.

—¿Y eso te parece bien?

—No se trata de si está bien o no, Candela. Se trata de que últimamente parece que estás más interesada en tu trabajo y en esa mujer que en nosotras —espeto sin pensar.

Ella sonríe mientras niega, y después, me mira sin decir ni una sola palabra, y eso me enciende más que cualquier respuesta que pudiera haberme dado. Su quietud me irrita, así que levanto las manos.

—Te equivocas, y mucho, Mónica —responde al final, lo que me exaspera aún más—. Estás sacando conclusiones que no tienen sentido.

—¿Ah, no? Porque parece que ella tiene más espacio en tu vida que yo.

Candela suspira, como si intentara contenerse. Camina hacia el armario y empieza a buscar ropa, claramente intentando zanjar la conversación antes de que nos lleve a una nueva pelea.

—No voy a discutir por esto.

—Claro que no —respondo cruzándome de brazos—. Porque siempre que intento hablar en serio contigo, decides evitarlo. Te refugias en tu trabajo, en tu programa, en todo menos en nosotras.

Me lanza una mirada rápida por encima del hombro, y creo detectar algo parecido a la culpa en sus ojos. Pero no dice nada. Se viste rápidamente y, antes de que pueda añadir algo más, se encierra en su despacho, dejándome sola con mi rabia y las dudas que me consumen.

Me pongo de pie y empiezo a pasear por la habitación tratando de calmarme. Pero cuanto más pienso en ello, más me invade la sensación de que algo se me está escapando de las manos. Y no lo considero celos, es algo profundo, casi visceral. Por primera vez, siento un miedo real: el miedo de que Sonia esté ocupando un espacio que debería ser solo nuestro. Y esto no puede quedar así.

Salgo de la habitación y cruzo el pasillo hacia el despacho. Sé que estará refugiándose en sus notas y cuadernos, intentando liberar su propia frustración. Abro la puerta sin tocar, porque sé que, si lo hago, no tendré el valor de entrar.

Candela levanta la mirada al oírme y suspira, visiblemente molesta.

—¿Ahora qué pasa? —protesta.

—Quiero saber qué estás haciendo con el proyecto.

—¿De verdad quieres saberlo, o solo estás buscando algo para discutir?

Su respuesta me desconcierta un momento, pero no me detengo. Me acerco al escritorio y sujeto uno de los cuadernos abiertos.

—¿Es en esto en lo que consumes tu tiempo? —pregunto mientras hojeo las páginas llenas de notas y diagramas.

—Sí, porque es mi trabajo, Mónica. Es mi vida profesional, y pensé que lo entendías.

—Y lo entiendo —respondo en un intento por mantenerla voz firme—. Pero parece que últimamente no hay espacio para nada más en tu vida. Sí, las dos hemos trabajado en los preparativos de la boda, pero no estás aquí conmigo. No de verdad.

—¿Y tú? ¿Tú sí estás aquí? Porque yo también siento que te has distanciado y lo sabes

muy bien.

Su mirada me desafía. Creo que va a añadir algo más, pero cierra el cuaderno y lo guarda en un cajón.

—No quiero discutir. De verdad. Quiero acabar con esto para poder ocuparme del resto. Estoy haciéndolo lo mejor que puedo.

—¿Lo mejor que puedes? Porque parece que lo haces no gira entorno a nosotras.

Acabo de cruzar una línea que le ha dolido muchísimo, y el cambio en su expresión me lo confirma.

—Sinceramente, ya no sé qué esperas de mí. Pero sea lo que sea, no lo encontrarás atacándome.

. . .

Al final, pasamos el día sin cruzar una palabra, y la cena continúa en silencio. El sonido de los cubiertos chocando contra los platos llena el espacio que nuestras voces no se atreven a ocupar. Candela está concentrada en su comida, o al menos eso aparenta porque lo que realmente veo es una preocupación que ha opacado su bonita mirada, una que apenas levanta y, cuando lo hace, evita dirigirla hacia mí.

Yo también estoy callada, pero no por falta de cosas que decir. Tengo un millón de preguntas girando en mi cabeza, todas relacionadas con Sonia. Me esfuerzo por mantener la calma, por esperar el momento adecuado, pero con cada minuto que pasa siento cómo la tensión en mi pecho se hace más insoportable.

Al final, dejo el tenedor sobre el plato con más fuerza de la necesaria y rompo el silencio.

—¿Hay algo que deba saber sobre ella?

Candela levanta la vista, sorprendida. Su ceño se frunce ligeramente, como si no entendiera a qué me refiero.

—¿Qué?

—Tú y Sonia. ¿Hay algo que no me estés contando?

La confusión en su rostro se mezcla con lo que parece ser nerviosismo. O tal vez solo es mi imaginación.

—No sé de qué estás hablando, Mónica. Y que me hagas esta pregunta me ofende.

—Claro, ahora resulta que la culpable soy yo —respondo con ironía.

—No es eso. Pero quiero que te quites de la cabeza la idea de que estoy más interesada en trabajar con ella que en nuestra relación o en la boda, o en lo que sea que te estés imaginando.

—Lo único que sé es que, cada vez que hablas con ella, te olvidas de todo lo demás.

—Mónica, no hay nada entre Sonia y yo. Es solo una compañera de trabajo, alguien con ideas que puede aportar mucho a mi carrera.

—¿Solo una compañera? Porque los mensajes que os mandáis no parecen que sean entre simples compañeras.

Candela cierra los ojos un momento, como si estuviera reuniendo la paciencia necesaria para no mandarme a la mierda.

—Así que, sí que los has leído…

—Eso no importa. Lo que importa es que siento que algo ha cambiado de repente y tú ni siquiera te das cuenta, justo cuando esa mujer apareció en tu vida.

—Lo único que está cambiando es que estoy intentando dedicarme a algo que me apasiona, y si de verdad crees que esto no viene de antes… Dios, estás muy ciega.

—¿Y lo nuestro ya no te apasiona? —La pregunta sale antes de que pueda detenerme, ignorando lo demás.

La angustia y el miedo me atenazan. Por un segundo, me pregunto si yo misma debería hacerme esa pregunta.

—Mónica...

—¿Qué? Dilo.

—No sé qué esperas que diga.

—Podrías empezar por la verdad.

—La verdad es que estoy cansada de esto, de cómo parece que, durante años, todo ha sido un esfuerzo constante para mantenernos vivas.

No estaba preparada para escuchar algo así, aunque una parte de mí se ha dado cuenta en más de una ocasión.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que llevamos más tiempo de lo que hemos admitido, con una vida que no estamos disfrutando.

—¿Eso es lo que piensas?

Candela suspira y se recuesta en la silla, cruzando los brazos. Acabo de abrir una puerta que ya no podemos cerrar, y soy muy consciente de ello.

—No es solo lo que pienso, Mónica. Es lo que veo, y lo que siento. Y creo que, en el fondo, tú también.

—¿Así que ahora todo esto es culpa mía?

—No estoy culpando a nadie. Solo estoy diciendo que llevamos tiempo sin ser felices de verdad.

No, no puede estar pensando eso, porque yo sí que he sido y soy feliz a su lado, por mucho que… No sé cómo decírselo, pero tengo claro que todavía hay algo por lo que luchar. Y sí, aunque haya algo roto entre nosotras, no significa que no debamos seguir juntas.

—Entonces, ¿qué debemos hacer? —pregunto al fin, con la voz apagada.

Candela me mira y se encoge de hombros.

—No lo sé. Pero no podemos seguir así, fingiendo y conformándonos con unos pocos

momentos buenos.

—¿Y Sonia? —insisto otra vez, porque, aunque esto va más allá de ella, no puedo ignorar el papel que parece haber tenido.

«Por mucho que ella diga que estoy equivocada».

—Sonia no tiene nada que ver con lo que nos está pasando. —Por primera vez en todo el día, Candela se muestra tranquila. Se levanta y se sienta a mi lado, tomando mis manos entre las suyas—. Mónica, no es mi carrera lo que nos está alejando. Es que llevamos años siguiendo pautas, cumpliendo expectativas, tachando cosas de una lista que se supone que nos haría felices.

—¿Y cómo se supone que vamos a cambiar eso?

—No lo sé. Pero creo que necesitamos ser honestas. Contigo, conmigo, con lo que realmente queremos.

Su sinceridad me desarma. Deseo decirle y admitir ante ella que todavía la amo, que creo en nosotras, que podemos recuperar lo que teníamos. Pero sé que, ahora mismo, esas palabras están vacías.

—No puedo perderte, Candela.

—Y yo tampoco quiero perderte. Pero necesitamos tiempo para pensar antes de dar un paso tan importante.

Besa mi frente con suavidad y, durante unos segundos, nos miramos en silencio. Cada una atrapada en sus propios pensamientos. Finalmente, se levanta y lleva su plato vacío a la cocina. Y yo, me quedo sentada mirando la mesa vacía frente a mí. No sé cómo hemos llegado hasta este punto, pero es evidente que algo tiene que cambiar y lo único que sé con seguridad es que haré lo que sea necesario para que Candela no se aleje de mi vida.

28

CANDELA

El ruido del frigorífico es lo único que rompe el silencio en esta madrugada. Estoy tumbada en el sofá, envuelta en una manta que apenas cubre mis pies, y mi mente sigue rumiando todo lo que ha pasado; cada pensamiento se enreda en un ovillo interminable que parece apretarse más con cada minuto que pasa. No sé en qué momento me quedé dormida, aunque no habré descansado ni un par de horas. Mi cuerpo está entumecido, y la cabeza me palpita con fuerza, como si los recuerdos de anoche fueran piedras que no me dejan levantarme.

La mirada de Mónica está grabada en mi mente, junto con cada palabra que nos dijimos después de que viera los mensajes en mi móvil. Sus reproches, los míos, la tensión que llenó el espacio entre nosotras. No puedo evitar preguntarme si hay algo que podamos hacer para volver a ser quienes éramos. Pero, entonces, una voz dentro de mí susurra que quizás ese «nosotras» ya no existe.

Suspiro y me incorporo en silencio. Siento los ojos pesados, y no sé si es por el cansancio o porque llevo demasiadas noches conteniendo las lágrimas. Me froto la cara con las manos como si eso fuera suficiente para aliviar el peso que llevo dentro. Pero no lo es. El reloj del salón marca las siete y media de la mañana. La luz del amanecer se filtra por las cortinas tiñendo las paredes de un naranja cálido que, irónicamente, no logra ese efecto en mí.

Decido levantarme y darme una ducha con la esperanza de que el agua se lleve algo más que el frío de mi piel. Camino por el pasillo, notando el aire gélido de una casa que parece haber perdido su alma. Al entrar al dormitorio, veo la cama impecablemente hecha, como si Mónica nunca hubiera dormido aquí.

«Se ha ido temprano a la empresa», pienso. Es su refugio habitual cuando algo le molesta: encerrarse en su rutina para protegerse de la realidad.

Abro el armario para coger algo de ropa y veo sus camisas perfectamente colgadas, sus *blazers* en fila, el aroma de su perfume impregnando cada estante. Todo sigue en su sitio, como siempre, pero, al mismo tiempo, cada detalle me parece más lejano, como si ella ya no formara parte de mi vida.

La ducha no me ayuda a despejarme. Cada gota de agua parece arrastrar parte de mí, dejándome más vacía con cada segundo que pasa. Me visto con lo primero que encuentro y regreso al dormitorio, donde me siento en la cama, mirando a mi alrededor.

Esta casa debería darme cobijo, pero ahora, cada rincón me recuerda lo que ya no funciona. Me asaltan las imágenes de anoche, su expresión cuando me preguntó por Sonia, y el miedo que siento al pensar que quizás ella esté ocupando un espacio que Mónica parece haber abandonado.

Cierro los ojos, tratando de aferrarme a algún recuerdo feliz. Pienso en cómo eran las cosas cuando nos conocimos, en su sonrisa, la forma en que me miraba como si yo fuera lo más importante de su mundo. ¿Qué pasó con todo eso? ¿En qué momento dejamos de ser esa pareja

que no podía alejarse ni un centímetro de la otra?

No puedo culparla de todo lo que ha pasado, porque yo también he cambiado. Mi trabajo, mis metas, mi deseo de hacer algo más grande… Eso me ha llevado a distanciarme, aunque nunca fuese mi intención. Sin embargo, sigo queriéndola. O al menos, eso es lo que quiero creer.

Respiro hondo y me doy cuenta de que necesito salir de aquí. No puedo quedarme en esta casa un minuto más. Abro el armario y saco una pequeña maleta. Mis manos se mueven automáticamente, metiendo ropa y lo necesario para estar un par de días fuera. Trato de no pensar demasiado en lo que esto significa, pero es inútil.

Voy al baño por mis cosas y, al regresar, mis ojos se detienen en una foto sobre la cómoda. Es de hace unos años, de otro viaje, esta vez a Londres. En la imagen, Mónica me abraza mientras ambas reímos con la Torre de Londres de fondo. En su momento, esa escena me pareció inolvidable, incluso me hizo sentir invencible.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —murmuro.

Cierro la maleta, bajo al salón y preparo un café rápido, aunque ni siquiera termino de beberlo. El silencio de la casa me resulta insoportable, así que decido marcharme, pero antes de salir, le escribo un mensaje:

> **Candela**: He ido a casa de mis padres a pasar el fin de semana. Mañana tengo la cena del evento y, aunque no me hayas dicho nada, creo que necesitamos espacio.

Su respuesta llega rápido, y la indiferencia que muestra, me duele más de lo que esperaba.

> **Mónica**: Pásalo bien en la cena. No creo que pueda ir.

De camino a casa de mis padres, enciendo la radio para llenar el vacío. Las voces de mis compañeros en la emisora se mezclan con mis pensamientos, pero no consigo concentrarme en nada. Pienso en Sonia, en cómo su presencia ha despertado algo en mí que llevaba años dormido. Pero también pienso en mi relación con Mónica, en mi vida, en lo que quiero y en lo que ya no estoy dispuesta a aceptar.

Cuando llego, apago el motor del coche y me quedo un momento sentada tras el volante. Respiro profundamente antes de salir, como si al hacerlo pudiera recuperar el control. Camino hacia la puerta y toco el timbre con el corazón cargado de preguntas que aún no tengo valor de responder.

—¡Hija! ¿Cómo es que vienes a casa a estas horas?

—Hola, mamá.

Su expresión cambia en cuanto ve mi maleta. No me hace preguntas, pero sé que intuye que algo no va bien.

—Pasa, anda. Tu padre está en el jardín mientras yo preparaba la comida.

Entro y el aroma del guiso más famoso de mi madre me envuelve como un bálsamo. No puede curar el dolor que llevo dentro, pero es suficiente para arrancarme una pequeña sonrisa. Dejo la maleta en mi antigua habitación, un espacio que resulta extraño y reconfortante al mismo tiempo, como si estuviera atrapado en un limbo entre el pasado y el presente.

Mamá no insiste en preguntar por qué estoy aquí, y se lo agradezco más de lo que ahora

puedo expresar. Durante la comida, mis padres llenan el silencio con conversaciones cotidianas: los vecinos, el jardín, las noticias. Aunque no digo mucho, siento su apoyo en cada una de sus palabras. Su amor y comprensión están presentes incluso en lo que no dicen, y eso me reconforta más de lo que esperaba.

Después de comer, me siento en el jardín junto a mi padre. Lo observo mientras poda sus rosales con una precisión que parece casi artística. El sol de la tarde calienta mi piel, y por un momento, me permito simplemente estar aquí, en el presente, dejando de lado el peso de mis pensamientos. Pero en el fondo sé que no puedo escapar de ellos por mucho tiempo. Tarde o temprano, tendré que enfrentar lo que siento y aceptar la realidad de lo que está pasando con Mónica y conmigo.

Una realidad en la que Sonia, también tiene su lugar.

La noche transcurre con tranquilidad, y consigo dormir profundamente por primera vez en días. Los primeros rayos del sol se filtran por las persianas, despertándome con suavidad. El aroma del café recién hecho se cuela en mi habitación, y el sonido de la radio en la cocina me transporta al pasado. Es una sensación nostálgica que me recuerda esos días en los que soñaba con convertirme en la voz que acompañara las mañanas de miles de oyentes.

Me quedo en la cama un buen rato intentando ordenar mis pensamientos antes de enfrentar el día. Esta noche es la cena de las productoras, un evento importante que debería emocionarme, pero en realidad solo siento nervios. Tantos que por un momento considero inventar una excusa para no ir. Sin embargo, sé que faltar me haría fallar a todo el mundo. Mi carrera depende de mi presencia en estos eventos, y aunque el estrés me esté superando, no puedo permitirme que mi trabajo también se tambalee.

Al bajar, encuentro a mi madre en la cocina, revolviendo una olla mientras canturrea una melodía que no reconozco.

—Buenos días, cariño. ¿Has dormido bien?

—Mejor que estos últimos días, la verdad.

Me lanza una mirada comprensiva, pero no insiste. Le agradezco ese espacio, porque aún no estoy lista para hablar de lo que me ha traído hasta aquí, aunque sea evidente.

—Tu padre está en el jardín otra vez. Parece que no se cansa —bromea—. Creo que quería que le ayudaras con los rosales, o eso dijo anoche.

—Ahora voy.

Con una taza de café en mano, salgo al jardín y lo veo inclinado sobre uno de sus arbustos, con las tijeras en la mano. El sol ilumina su figura, y hay algo profundamente reconfortante en la manera en que parece concentrado en su trabajo, como si el mundo entero se redujera a este pequeño rincón verde.

—¿Necesitas ayuda o solo querías supervisión? —bromeo mientras me acerco.

Levanta la vista y me sonríe, con ese gesto que siempre ha tenido la capacidad de hacerme sentir que todo estará bien, incluso cuando el mundo parece desmoronarse.

—Las dos cosas. Aunque creo que tú necesitas más este jardín que yo.

Me siento en uno de los bancos de madera cercanos, dejando que el sol caliente mi piel. Lo observo trabajar, y durante un rato no decimos nada. El silencio está lleno del suave sonido

de las tijeras cortando ramas y del canto de los pájaros en algún lugar cercano.

—Papá… —Rompo el silencio, porque sé que, si alguien puede darme claridad, es él—. ¿Alguna vez has sentido que, aunque quieras mucho a alguien, eso no es suficiente?

Deja lo que está haciendo y se queda pensativo por un momento antes de responder.

—Claro que sí, hija. Amar a alguien no siempre significa que las cosas funcionen. A veces, el amor no es suficiente para superar los desafíos que la vida nos pone delante.

—¿Y qué haces cuando pasa algo así?

Deja las tijeras sobre la hierba y se sienta a mi lado en el banco. Su mirada es tranquila, pero detrás de esos ojos siempre he visto la sabiduría que tanto admiro, esa forma de comprender el mundo que pocos tienen.

—Candela, a veces tenemos miedo… ese temor a romper algo que haga que el resto se desmorone, pero no siempre pasa así. Romper también puede ser el primer paso para construir algo mejor.

—El problema es que no sé si quiero romperlo.

—Entonces… —Pone una mano sobre mi hombro y lo aprieta suavemente—. Quizá lo que necesitas no es una respuesta inmediata, sino el valor para enfrentar lo que sientes, sea lo que sea.

Me quedo en silencio, dejándome llevar por la verdad de sus palabras. Estas semanas, quizá meses, he estado huyendo de mis sentimientos, intentando convencerme de que todo está bien cuando sé que no es así.

—Gracias, papá.

Él asiente y me da un beso en la mejilla antes de regresar a sus plantas, como si nuestra conversación no hubiera sido algo fuera de lo común. Aunque para mí haya significado mucho.

El resto del día pasa en calma. Ayudo a mi madre en la cocina alternando ratos de conversación ligera con momentos en mi habitación, donde me permito pensar en todo lo que ha sucedido estas semanas. Ni mi padre ni mi madre me presionan con preguntas, y ese espacio me ayuda a procesar mis emociones y a prepararme para la cena.

Frente al espejo, observo el vestido que he elegido: sencillo, negro, con un corte elegante que siempre me ha hecho sentir muy bien. Pero que esta vez no sé si será suficiente para enfrentar lo que viviré esta noche.

La voz de Sonia aparece en mi mente, junto con su risa y las palabras de ánimo que tantas veces me ha dado. Recuerdo cómo su presencia me hace sentir viva de una manera que no percibía desde hace mucho. Pero también pienso en Mónica, en los años que hemos compartido, en los sueños que construimos juntas y que ahora parecen tambalearse.

¿Es justo seguir así? ¿Lo sería dejarnos ir? Niego con la cabeza y me maquillo, mientras los nervios se arremolinan en mi pecho.

—La verdad es que no lo sé —le digo a mi reflejo en el espejo.

Porque esa es la pura verdad. No sé qué sería justo, ni para nosotras ni para mí. Pero ya no puedo seguir ignorando lo que me pide el corazón.

Me termino de arreglar y me despido de mis padres. Antes de subir al coche, reviso el

móvil por si tengo algún mensaje de Mónica, pero no hay nada. Con un suspiro, arranco el motor y conduzco hacia el lugar donde se celebrará la cena.

Mientras recorro las calles de Leganés, intento prepararme mentalmente. Esta noche no será solo un evento más, sino un paso importante hacia mi futuro, uno en el que sé que tengo que ser honesta conmigo misma, y, si encuentro el valor, con quienes me rodean. Porque, como dijo mi padre, a veces romper algo es el primer paso para construir otra cosa mejor.

29

SONIA

Primer sábado de marzo.

El espejo me devuelve una imagen que, por primera vez en mucho tiempo, no me desagrada. Llevo puesto el traje que elegí: un pantalón de corte recto en tono gris marengo, combinado con un *blazer* a juego y adornado con un discreto ribete plateado en los bolsillos. Bajo este, he optado por una camisa de seda negra con un escote sutil pero elegante, sin corbata ni pajarita, porque me gusta el equilibrio entre lo formal y lo relajado. Es justo lo que buscaba transmitir.

Como siempre, he elegido un maquillaje sencillo. Con una base ligera y un toque de rubor para resaltar los pómulos, acompañado de un delineado que define mis ojos sin ser excesivo. El pintalabios mate añade un toque de color que complementa el conjunto. Mi pelo, que suelo llevar suelto, lo he recogido en un moño bajo, algo despeinado, con mechones que enmarcan mi rostro.

El trayecto en coche hacia Leganés es tranquilo, aunque mi mente no deja de divagar. Me pregunto cómo estará Candela, qué llevará pues y si tendremos un momento a solas para hablar. Por más que Natalia haya insistido en que lo deje estar, no logro sacármela de la cabeza, aunque es cierto que últimamente no hemos hablado mucho. Sin embargo, esa conexión inexplicable que siento cuando estamos juntas es imposible de ignorar. Es como si el espacio que ocupa en mi vida ya no fuera casualidad, sino una fórmula del destino a la que no sé si debo resistirme.

Cuando llego al lugar, dejo el coche en el aparcamiento y me detengo un momento a observar el entorno. La cena se celebra en un restaurante acogedor, con una fachada de piedra y ventanas enmarcadas por cortinas de lino blanco. Desde fuera, las luces cálidas del interior se reflejan en los cristales, mientras las voces y risas que se filtran por las puertas abiertas invitan a entrar.

Al cruzar la entrada, el interior me deja sin palabras. El techo alto, con vigas de madera oscura, contrasta con las paredes blancas decoradas con cuadros de arte abstracto. Las mesas, elegantemente dispuestas, están adornadas con centros hechos de ramas de olivo y velas que proyectan sombras suaves. En un rincón, una barra de mármol negro brilla bajo las luces, y un camarero con traje oscuro sirve copas de champán con una precisión casi coreográfica.

Camino hacia la barra y saludo a algunos compañeros que ya están allí, entre ellos Olga, su productora, siempre radiante.

—Ya pensaba que no llegabas —bromea mientras me da dos besos.

—Preferí venir conduciendo, aunque sinceramente, el metro me habría quitado los nervios que llevo encima —le explico con una sonrisa—. Este lugar es increíble, me gusta mucho.

—Lo elegimos para que fuera tranquilo. Nada de ruidos molestos, solo buena comida y

mejor compañía.

La conversación fluye mientras llegan el resto de invitados. Reconozco a varios de los compañeros de Candela, todos con sonrisas cálidas y comentarios halagadores sobre ella. «Tiene un talento natural, es el pilar de *Voces Urbanas*», dice uno de ellos. Y aunque no tengo derecho, siento un orgullo que no puedo ocultar.

—Candela tiene un futuro prometedor —comenta Olga, inclinándose un poco hacia mí.

—¿Qué futuro? —pregunto, intentando que mi curiosidad no se haga demasiado evidente.

—Nada que pueda contar todavía, pero si todo sale bien, esto será solo el principio para ella.

Mi sonrisa aparece de forma automática. No sé exactamente qué oportunidades se están abriendo para Candela, pero sé que merece cada una de ellas. Su dedicación y pasión son innegables, y es imposible no admirarla.

«Y no quererla», pienso, mordiendo mi labio antes de beber un sorbo de champán.

Mientras terminamos los aperitivos, un murmullo recorre la sala, y al girarme, la veo entrar. El aire parece detenerse en mis pulmones. Candela lleva un vestido negro que se ajusta suavemente a su figura, con una caída elegante y un escote que resalta su cuello. Su pelo suelto cae en ondas sobre sus hombros, y su maquillaje discreto realza su belleza natural. Pero lo que más llama mi atención es la tristeza que oculta en su mirada, como si cargara con un peso invisible.

Me quedo mirándola más tiempo del que debería, y cuando nuestras miradas se encuentran, siento ese cosquilleo familiar que me recorre el estómago. Ella me sonríe, pero a pesar de esa alegría, hay algo en su gesto, una fragilidad, que me preocupa más de lo que quisiera admitir.

—¿Llevas mucho aquí? —pregunta al acercarse.

—No demasiado. —Hago una pausa y añado sinceramente—: Estás… impresionante.

—Gracias. Tú tampoco estás nada mal. Ese traje te queda perfecto.

Antes de que pueda responder, uno de sus compañeros la llama desde el otro lado de la sala. Candela se disculpa con una inclinación de cabeza y se aleja, moviéndose con esa gracia natural que parece ni siquiera notar. Me quedo en mi lugar, atrapada por un torbellino de emociones que no puedo controlar.

La noche avanza, y aunque no logramos sentarnos juntas, nuestras miradas se encuentran constantemente. Cada vez que sonríe, mi piel se eriza. Durante la conversación con los demás, nuestros ojos se cruzan en breves instantes que hacen que el mundo a nuestro alrededor desaparezca por completo.

La complicidad entre nosotras no pasa desapercibida. En un momento de la cena, Mercedes se inclina hacia mí con una sonrisa maliciosa y me da un leve codazo.

—Me parece que tienes a una aliada muy interesante en Candela.

—¿Aliada?

—Llamémoslo así —responde, encogiéndose de hombros con esa expresión de quien

sabe más de lo que dice—. Pero no te culpo, es difícil no sentirse atraída por ella.

Asiento y doy un sorbo a mi copa, porque no sé qué más decir sin delatar lo que esconde mi corazón. Es una situación horrible considerando que ella está a punto de casarse con otra persona.

Mientras termino de beber, veo cómo Candela se levanta de la mesa y camina hacia el pasillo que lleva a los baños. Antes de irse, revisa su teléfono con una expresión tensa, y un leve escalofrío me recorre. No sé por qué, pero mi instinto me dice que algo no está bien.

Quiero seguirla, pero me obligo a quedarme en mi sitio. «Esta vez no, Sonia. Dale su espacio», me repito. Aun así, la preocupación no se disipa ni un poco, y siento que no me calmaré hasta asegurarme de que no le pasa nada.

La velada avanza como un reloj bien sincronizado. Los platos van y vienen, las conversaciones fluyen, las risas llenan el ambiente. Todo parece perfecto en la superficie, pero mi atención sigue desviándose hacia ella. Me esfuerzo por participar en las charlas con mis compañeros, pero cada vez que la miro de reojo, el resto del mundo desaparece.

Cada gesto suyo me tiene hipnotizada: la forma en que aparta un mechón de su cara, cómo gesticula con las manos al hablar, o esas sonrisas tímidas que aparecen y desaparecen con la misma facilidad. A pesar de la distancia física entre nosotras, siento que hay una conexión silenciosa, algo que no se puede explicar con palabras.

Sin embargo, esta noche hay algo diferente en ella. Lo noto en su postura, en la forma en que sus ojos se pierden, como si su mente estuviera en otro lugar. La sospecha se confirma cuando, por segunda vez, se levanta de la mesa con el móvil en mano y se dirige hacia el pasillo más allá de la sala.

—Dadme un segundo —me disculpo ante los demás.

No puedo ignorarlo más. Me levanto y la sigo, buscándola por todo el restaurante hasta que la encuentro cerca de la entrada principal. Está de pie junto a una mesa auxiliar, con el móvil en la mano. La luz de la pantalla ilumina su rostro, y aunque intenta mantener la compostura, puedo ver la preocupación en sus ojos.

—¿Va todo bien? —le pregunto con un tono suave, intentando no invadir su espacio.

Levanta la mirada, algo sorprendida de verme aquí.

—Sí, no te preocupes… —responde, pero su voz carece de ello.

—¿Segura? No pareces… tú misma.

Candela suspira y guarda el móvil en su bolso.

—Estaba intentando llamar a Mónica, pero no me responde.

El nombre de su prometida me golpea como un recordatorio incómodo de la realidad de las cosas. Una realidad que preferiría ignorar, aunque sé que no puedo.

—Quizás esté ocupada —digo, aunque mis palabras suenan vacías incluso para mí.

—Puede ser… —murmura. Su mirada se pierde por un momento antes de volver a mí —. Pero no lo sé. Últimamente siento que hay un abismo enorme entre nosotras.

Por un instante, no sé qué decir. Mi instinto me grita que no debo cruzar ciertos límites, pero mi corazón, egoísta, se alegra de saber que las cosas no van bien entre ellas.

—Sea lo que sea que sientas, está bien. No tienes por qué ocultarlo, ni siquiera de ti misma.

Sus ojos se encuentran con los míos. Por un segundo creo que va a decir algo más, que va a abrirse, pero en su lugar deja escapar un largo suspiro.

—Será mejor que volvamos con los demás.

—Sí, claro. Vamos.

Caminamos juntas hacia la sala principal, pero el ambiente entre las dos se vuelve muy pesado, como si lo que no se ha dicho estuviera flotando a nuestro alrededor, esperando su momento.

Sigo sus pasos y, al atravesar la puerta de la sala, Candela tropieza con uno de los camareros. Sin querer, golpea un pequeño recipiente de cristal lleno de cacahuetes, que tira por el suelo cuando el recipiente se cae.

—¡Mierda! —exclama, inclinándose de inmediato para recogerlos.

—Tranquila, déjame ayudarte. —Me arrodillo a su lado y empiezo a recoger los cacahuetes junto con ella.

Estamos tan cerca que puedo oler su perfume, un aroma suave y fresco que me hace cerrar los ojos por un instante, como si quisiera grabarlo en mi memoria, y cuando los abro y veo su expresión de frustración, algo dentro de mí se tambalea con una fuerza inesperada.

Y entonces aparece. Una imagen. Un recuerdo.

De repente, una versión más joven de Candela aparece en mi mente. Está inclinada cerca de mí, con el pelo cayéndole en la cara y la misma expresión mientras intenta recoger con torpeza un montón de Lacasitos tirados por el suelo de… «la Línea 12 del metro».

Mis manos se detienen, y por un momento, noto que mi cuerpo entero se paraliza. Cada pieza de este recuerdo olvidado encaja como si fuera un rompecabezas que llevaba años sin resolver. Es… *ella*.

—¿Sonia? —pregunta Candela, notando mi repentino silencio.

Levanto la mirada, y mis ojos se encuentran con los suyos. Un nudo se forma en mi garganta, mezclando emoción, sorpresa y algo que ni siquiera yo puedo describir.

—Eres tú… La chica de la Línea 12 —murmuro, incapaz de creerlo del todo—. Hace… ¿trece años? Era San Isidro y el metro iba hasta los topes. Estabas comiendo algo y luego sacaste un paquete de Lacasitos de tu bolso que rompiste sin querer, y tú… tú intentaste recogerlos de entre las piernas de un montón de gente que no hacía más que quejarse. Tu cara pedía ayuda… pero solo hubo una persona que se agachó para intentar recogerlos contigo…

—No puede ser… —murmura ella, casi balbuceando.

—Llevabas una camiseta negra. No recuerdo de qué grupo era, pero sí que tenías un montón de pulseras en las muñecas. Y antes, cuando estabas sujeta de la barra, leías…

—*Ángeles y demonios* —completa ella, tragando saliva. Nuestros dedos se rozan al recoger los últimos cacahuetes, y el tiempo parece detenerse, mientras sus ojos se clavan en los míos.

Y por un instante, el resto del mundo, desaparece. Sin embargo, algo detrás de mí capta

su atención.

—Mónica, ¿qué haces aquí?

Llevo la mirada al mismo punto y veo a su prometida entrar a la sala, caminando con un vestido espectacular que resalta sus curvas y unos ojos azules que buscan a Candela con posesión. Ella se pone de pie rápidamente, casi tropezando en el proceso y la recibe con una sonrisa que se me clava como un cuchillo.

—Te he sorprendido, ¿verdad? —le dice Mónica, con una sonrisa pícara, antes de inclinarse para darle un beso que Candela responde de inmediato.

Lo que acabamos de compartir se desvanece como si nunca hubiera existido.

—Te he estado llamando, pensaba que estabas ocupada.

—Lo estaba, pero decidí dejar el trabajo y venir a compartir contigo el final de la velada. Ya veo que ha sido increíble.

El aire se vuelve muy tenso, casi irrespirable. Siento las miradas de varias personas puestas en nosotras, pero sobre todo la de Mercedes, que no pierde detalle.

—Yo vuelvo con el resto. Encantada de conocerte —digo, esforzándome por sonar casual.

Mónica asiente con una sonrisa amable, pero su atención está completamente en Candela. Me alejo de ellas notando un nudo en el pecho que se aprieta con cada paso que doy. Apenas puedo respirar y tengo que esforzarme un mundo para evitar que se me note.

De regreso a la mesa, mi productora me observa con preocupación. Pasa una mano por mi brazo, como si pudiera consolarme sin palabras. Bebo de mi copa, intentando calmar la tormenta que se ha desatado en mi interior, pero mis pensamientos siguen girando alrededor de lo que acaba de pasar. No puedo dejar de pensar en Candela, en nuestra conexión, en el instante tan íntimo que hemos compartido justo antes de que su prometida llegara. Ha sido un momento profundo, que nunca voy a olvidar, como aquel instante del pasado que se quedó grabado en mi memoria.

Y aunque no sé qué significa esto, hay algo de lo que estoy completamente segura: lo que siento por Candela es real. Tan real como el dolor que sé que me espera. Porque lo que hay entre nosotras, aunque sea tan fuerte y auténtico, parece condenado a romperme el corazón.

30

CANDELA

El murmullo de las últimas conversaciones y el tintineo de las copas comienzan a apagarse en el restaurante tras unos minutos. La cena ha terminado en un parpadeo, y el evento se disuelve entre despedidas, abrazos, apretones de manos y risas cansadas. Mientras observo a los demás, estoy de pie junto a una de las mesas y sostengo mi bolso como si fingiera buscar algo. En realidad, estoy evitando mirar hacia la puerta, por donde Sonia acaba de salir sin apenas despedirse.

La imagen de ella atravesando el umbral se graba en mi mente, igual que el leve roce de sus dedos permanece en mi piel, trayéndome de vuelta el recuerdo de aquel día. «Tú eres la chica de la Línea 12». Desde que me lo dijo, la ilusión en esas palabras no ha dejado de vibrar muy dentro de mí, y aunque sé que debería hablar con ella, mis pies parecen anclados al suelo, como si temieran moverse. Hubo algo en su mirada, en cómo sus ojos buscaron los míos, que me dejó paralizada por completo, encendiendo en mí una luz que llevaba mucho tiempo apagada. Y ahora, que es cuando se marcha, solo me deja con más preguntas que respuestas.

—Candela, ¿nos vamos? —La voz de Mónica interrumpe mis pensamientos. Me vuelvo hacia ella, aún atrapada entre ese instante del que no puedo escapar.

—Sí, claro.

Ella sonríe, más relajada de lo que estoy acostumbrada a verla últimamente. Durante la cena, ha estado tranquila, incluso cordial con el resto de mis compañeros. Y hasta llegó a preguntarle a Olga sobre mi trabajo y los próximos proyectos que habrá de aquí en adelante. Por un momento, sentí que estábamos más cerca de lo que hemos estado en mucho tiempo, pero todavía no tengo claro si eso será suficiente.

Salimos juntas del restaurante y noto el aire nocturno de Leganés fresco y limpio, con ese aroma especial que llega con las noches tranquilas. Las farolas iluminan la calle, proyectando sombras alargadas en el suelo, y a lo lejos, se oye el sonido amortiguado de los pocos coches que circulan por aquí.

Caminamos en silencio hacia el mío, hasta que Mónica se detiene y me toma del brazo.

—Candela, espera.

Me giro para mirarla y noto su expresión seria, aunque ya no luce el ceño fruncido de estos días atrás. Sus ojos tienen ese brillo que siempre he admirado, un reflejo de su fortaleza y, al mismo tiempo, de la vulnerabilidad que, en realidad, siempre me ha gustado ver.

—Quiero pedirte perdón —dice, manteniendo la mirada.

—¿Por qué?

—Por cómo me he comportado últimamente. Por no apoyarte como debería, por no demostrarte cuánto me importas de verdad.

La escucho en silencio, con una revolución dentro de mí que me es casi imposible de aplacar. Aunque sus palabras están llenas de dulzura, no consigo relajarme del todo. Quizá solo

sea miedo, el recuerdo de cómo tantas veces lo hemos intentado, para terminar por no conseguirlo.

—Mónica… no tienes que…

«Lo que tendrías que haber hecho es estar conmigo», pienso, aunque no soy capaz de decirlo.

—Sí, sí que tengo que hacerlo. Me he dado cuenta de que he estado tan atrapada en mis propios miedos y preocupaciones que no he visto lo increíble que eres, ni lo lejos que has llegado. Estoy muy orgullosa de ti, Candela. Y te lo digo con el corazón en un puño. —Sujeta mis manos con fuerza—. Te quiero, muchísimo, y esta noche he vuelto a recordar las razones del por qué me enamoré de ti.

La sinceridad en su voz me golpea de una forma inesperada. No suele expresar sus emociones de manera tan abierta, y escucharla decir estas cosas me hace sentir algo parecido al alivio, aunque la culpa también se presente en mí.

—Gracias… —respondo en un susurro.

Mónica acaricia mi piel con dulzura, un gesto que ya creía olvidado, y el calor de su contacto me reconforta a pesar de que también me confunde, porque no tengo ni idea de cómo voy a manejar este cúmulo de emociones.

—Sé que he cometido errores —continúa—, pero quiero que sepas que estoy aquí, contigo, para lo que sea que esté por venir. Falta poco para la boda, y estoy segura de que será el gran paso que hemos estado esperando. No pienso malgastar ni un segundo más lejos de ti.

Su sonrisa es cálida y sincera, y por un momento me permito imaginar que quizá las cosas puedan arreglarse. Que todavía hay un camino para nosotras. Me quedo en su sonrisa durante unos segundos, antes de que entrelace sus dedos con los míos y sigamos caminando.

Dentro de mí, a pesar de todo esto, siento una lucha interna que no sé hacia qué lado inclinar. Quiero creer en lo que estamos viviendo ahora, en esta idea de amor que siempre ha revoloteado entre nosotras. Quiero aferrarme a la historia que hemos construido, a los años de complicidad y amor que nos unen, a la admiración que siempre le he tenido. Pero también sé que algo ha cambiado, y no puedo ignorarlo, por más que lo intente.

El silencio nos envuelve de nuevo, y la imagen de Sonia regresa a mi mente. Su voz, sus palabras, el brillo en sus ojos esta noche… Cada detalle se amalgama, clavándose en mi pecho y chocando con la realidad de lo que vivo, y hago, sujetando la mano de Mónica mientras voy a su lado. «Esto tiene que significar algo», me digo. Puede que sea la respuesta que tanto he buscado en mi corazón.

De repente, Mónica acaricia mi mejilla con una mano, y ese simple gesto me lleva a los momentos más significativos que hemos compartido. Recuerdo aquella noche en la que le confesé mi amor y prometí que nunca la dejaría atrás.

—Vamos a ser muy felices, estoy segura… —murmura. Al mirarla, esboza una sonrisa que, por un instante, se tiñe de algo que todavía no sé muy bien cómo describir—. Podemos construir nuestros sueños juntas.

—Sí, podemos… —respondo casi por inercia.

Pero sé que no estoy siendo del todo sincera, ni con ella ni conmigo misma.

—Voy a ser quien te dé ese apoyo que tanto necesitas en tu nuevo proyecto.

Mónica se detiene de nuevo y me abraza, y lo extraño y duro, es que yo dejo que lo haga. Al principio mi cuerpo está tenso, atrapado entre lo que debería hacer y lo que siento realmente. Sin embargo, al escuchar los latidos de su corazón, acompasados con los míos, comprendo que tal vez necesitábamos vivir esto para entender lo que nos une de verdad.

Este es un amor que ha superado tanto, que me es imposible pensar en desecharlo como si no valiera nada. «Tengo que intentarlo», me prometo. «Se lo debes, te lo debes». Y con eso, intento sellar esas grietas que se han abierto dentro de mí.

Estamos a unos metros del coche, caminando por la acera bajo las cálidas luces de las farolas que nos envuelven con su resplandor tenue. La brisa fresca juega con mi pelo y deja pequeños escalofríos en mi piel. Mónica se da cuenta y, en un gesto tan natural como recurrente entre nosotras, rodea mi cintura con un brazo y me acerca a su cuerpo para darme calor. Es un detalle que ha marcado nuestra historia, un gesto suyo que siempre me ha hablado de cuidado y también, de amor.

Levanto la mirada y observo sus facciones. La calma que transmite me sorprende, como si esta noche hubiera sido suficiente para volver a cimentar lo que había empezado a tambalearse entre las dos.

—Antes de subir… —dice, rompiendo el silencio justo cuando estamos a punto de llegar al coche—. No quiero que tengas más dudas, ¿vale? —aclara, apretándome una mano.

—¿Dudas sobre qué? —pregunto, aunque sé perfectamente a qué se refiere.

Ella sonríe, su mirada busca la mía, y en ese instante, el mundo alrededor parece ralentizarse. Los árboles, mecidos por la brisa nocturna, son murmullo lejano que se convierte en el telón de fondo de nuestras respiraciones.

—Sobre cuánto deseo verte feliz, en la emisora, en casa, donde sea. —Se inclina para besar mis labios, y al separarse, apoya su frente en la mía, dejando que el silencio entre ambas hable por unos segundos—. ¿Todavía quieres casarte conmigo?

La pregunta me toma por sorpresa, aunque al mismo tiempo siento que de alguna manera u otra, la estaba esperando. Su tono firme contrasta con la necesidad latente de mi respuesta. Permanezco inmóvil, mirándola, inhalando el aire que parece compartido entre las dos. Cierro los ojos y dejo que las imágenes en mi mente se entremezclen. El recuerdo de los últimos días regresa, trayendo consigo el miedo, ese que me atormenta con la idea de perderlo todo por algo que quizá no tenga sentido.

Pero al abrir los ojos, no veo ni un rastro de duda. Su mirada, tan familiar, me envuelve en cariño, en esperanza y, sobre todo, en amor.

—Claro que quiero… —aclaro, con un hilo de voz. Aunque la tormenta que siento en mi interior no se disipa, la sonrisa que ilumina su rostro parece calmarla, y enseguida, el sentimiento se me contagia.

—Entonces no hay nada más que decir —declara con seguridad.

Me guiña un ojo y, con una chispa traviesa en su expresión, toma mi bolso y corre hacia el coche, como si fuéramos esas chicas que se conocieron hace un montón de años.

—A partir de ahora todo irá de maravilla. Ya no habrá absolutamente nada que pueda

separarnos —añade con una sonrisa que hace brillar sus ojos con un orgullo.

Siento que esas palabras resuenan más en ella que en mí.

Dejo atrás el frío de la noche y echo un último vistazo hacia la calle antes de entrar al coche. Al abrocharme el cinturón y escuchar el suave *clic*, me doy cuenta de que ya no hay vuelta atrás. Mónica enciende el motor mientras canturrea una melodía, ajena a mis pensamientos. Yo, en cambio, me hundo en el silencio de mis emociones. Cuando me vuelvo y la observo, intento encontrar en mí la valentía para romper estas ataduras que todavía siento que están alrededor de mis muñecas, pero no lo consigo. Mi mirada se detiene en su expresión, serena y feliz, y me doy cuenta de que sería injusto no darle esta oportunidad.

Quizá no he sido completamente sincera conmigo misma, pero también entiendo que las dos nos merecemos esta oportunidad. Quizá solo haya sido la tensión de la boda, y las preocupaciones del trabajo lo que haya creado esta distancia, una distancia que ahora parece empezar a romperse.

Nos hemos prometido tantas cosas, hemos soñado con tanto juntas… que siento que negarnos el intentar ser felices, sería un error.

31

CANDELA

El sonido constante del teclado llena mi despacho mientras intento concentrarme en las notas para uno de los próximos programas. El jaleo en la emisora está más presente que nunca, y aunque normalmente disfruto del ir y venir por los pasillos, hoy siento que me falta el aire. Las voces de mis compañeros atraviesan la puerta a pesar de estar cerrada y también escucho las risas y el murmullo de las personas que, en nada, van a celebrar conmigo el día de mi boda.

Exhalo despacio, obligándome a enfocar la mirada en el ordenador, tratando de ignorar el torbellino de emociones que se agita dentro de mí.

Las últimas horas han sido un caos de preparativos de última hora, y de detalles que espero salgan tan bien como hemos planeado. Mónica está más emocionada que nunca. La he visto escoger las flores con su madre, repasar el menú del restaurante, y sonreír con esa luz que hacía mucho que no veía en su rostro. Su alegría tiene algo reconfortante, como si la felicidad que irradia pudiera llenar los vacíos que yo no soy capaz de completar en mi interior.

No puedo negar que su entusiasmo me ha contagiado en algunos momentos. Cuando estamos juntas, planeando detalles —incluso discutiendo sobre algo tan simple como el color de las servilletas—, vuelvo a sentir ese destello de complicidad que siempre hemos tenido. Pero esos momentos son fugaces, y cuando regreso a la soledad, las dudas me invaden, como una marea que nunca deja de subir.

«¿Estaré haciendo lo correcto?»

La pregunta irrumpe en mi mente sin piedad. Me he repetido hasta la saciedad que este es el camino que debo seguir. Después de ocho años juntas, sería absurdo no hacerlo, pero, ¿será suficiente con estos pequeños momentos de felicidad?

El móvil vibra en mi escritorio, arrancándome de mis pensamientos. Al ver el nombre de Nerea en la pantalla, una pequeña sonrisa se dibuja en mi expresión, y contesto casi al instante.

—¿Qué, nerviosa por el gran día? —pregunta, con tono desenfadado.

—Hola, Nerea.

—Uy, qué seria. ¿Tanto trabajo tienes? ¿Es que no piensas centrarte de una vez en la boda del siglo?

Su alegría siempre tiene el poder de iluminar incluso los días más grises.

—Eres una exagerada —respondo, esbozando una sonrisa—. Sabes que será una ceremonia sencilla.

—Ya, y voy yo y me lo creo… —ironiza—. Como dama de honor, no pienso dejar que me tomes el pelo —añade, y casi puedo imaginarla probándose su vestido frente al espejo por enésima vez—. Ahora, dime la verdad. ¿Cómo estás? Y nada de medias tintas.

Me quedo en silencio unos segundos, dándole vueltas a su pregunta. «Nada de medias tintas, como si fuera tan sencillo».

—Pues… sobrevivo, que ya es mucho. El trabajo ha sido una locura y, sinceramente, todavía no sé cómo voy a organizar todo lo que quiero hacer —protesto—. Quizá y hasta Mónica tenga razón después de todo.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Qué pasa de verdad? Porque no me gusta nada cómo suena eso.

—Solo digo la verdad. Estos días han sido intensos. Mónica está feliz, radiante, ofreciéndome su apoyo, pero aun así…

—¿Aun así? —insiste, con esa firmeza de quien sabe que hay más detrás de mis palabras.

—No sé, a lo mejor tengo que tomarme las cosas con más tranquilidad y meditar bien lo que quiero hacer de verdad.

—Candela, a mí no me engañas. ¿Qué te pasa?

Respiro hondo mientras miro por la ventana. Me gustaría que Nerea no pudiera leerme tan bien incluso cuando no me ve, pero entonces no sería mi mejor amiga.

La luz del mediodía inunda mi despacho, iluminando los paneles, los papeles y las fotos de los invitados que han pasado por el programa. Es un caos encantador, un reflejo de mi mundo, uno que no quiero dejar atrás.

—No lo sé, es complicado —murmuro, mientras mis dedos juguetean con los folios sobre el escritorio—. Hay momentos en los que me siento bien, feliz, como antes. Mónica y yo hemos vuelto a reír, a planear cosas juntas. Pero luego…

—¿Luego qué?

—Pues que cuando estoy sola, no puedo dejar de preguntarme qué es lo que quiero de verdad. Y no quiero meter la pata.

Nerea guarda silencio unos segundos, ya me la imagino apretándose el puente de su nariz.

—Ocho años juntas son muchos, es normal que tengas dudas —dice, con calma—. Pero pensé que al menos, en el tema del trabajo, ya lo tenías claro. Creo que lo importante es preguntarte si esos miedos son solo algo pasajero… o si hay algo más profundo detrás.

—Ojalá lo supiera.

—Candela, solo tú puedes decidir tu futuro. Ni Mónica, ni yo, ni tus padres. Nadie. Estoy segura de que no habrías llegado hasta aquí si no creyeras que puedes ser feliz, lograr cada uno de tus objetivos. Pero si en mitad de todo eso sientes que algo no encaja, no lo ignores, porque al final seráa peor.

—A lo mejor solo estoy dejando que el miedo me paralice… —Golpeo varias veces el suelo con los pies y ordeno los papeles que tengo por el escritorio.

—El miedo puede ser útil algunas veces, te obliga a mirar las cosas de frente —me comenta—. Pero también tienes que aprender a diferenciar entre el miedo y los nervios que te pueden llegar a producir tus sueños. No permitas que el temor a equivocarte te impida hacer lo

que realmente quieres.

—Tal vez tengas razón. Quizá no esté cayendo en una piscina vacía, después de todo.

—Y sino, ya sabes, todavía puedes huir en mitad de la ceremonia —bromea, y logra arrancarme una carcajada que logra aligerar el peso en mi pecho.

—Eso nunca lo haría. —Dejo escapar un suspiro antes de añadir—: Nos merecemos esta oportunidad.

—Eso lo decides tú. Pero para lo que sea, siempre estaré aquí.

Sonrío, conmovida por su apoyo incondicional.

—Gracias, Nerea. Nos vemos esta tarde para ultimar los detalles del vestido.

—Claro. Te quiero.

—Yo también.

Paso los dedos por la superficie del escritorio, como si el contacto pudiera anclarme a algo sólido. Luego, me levanto y camino hacia la pizarra blanca donde suelo plasmar las ideas para *Voces Urbanas*. Con el rotulador en la mano, escribo un título provisional: «¿Los miedos son parte de la felicidad?». Lo observo durante unos segundos, y siento cómo la pregunta se hunde en mí, como si no perteneciera al programa, sino directamente a mi vida.

Mónica parece feliz, segura de lo que quiere, mientras que yo... Yo sigo atrapada en este limbo sin saber qué traerá el próximo paso. Lo único que tengo claro es que hay decisiones que no pueden posponerse para siempre, y aunque no me sienta emocionalmente lista, sé que debo tomarlas pronto si no quiero ver cómo el tren de mi futuro se pierde ante mis ojos.

El silencio en el despacho se convierte en un aliado, de vez en cuando incómodo. Durante unos minutos, me concentro en lo que hay en la pizarra y en las anotaciones de mis cuadernos, pero la conversación que tuve hace unos días con Olga regresa a mi mente. Su marcha sería el primer paso hacia lo que realmente quiero, incluso aunque mis miedos intenten inmovilizarme. Y pienso luchar con uñas y dientes por ello.

Unos golpes en la puerta me arrancan de mis pensamientos. Tapo el rotulador y dejo que mi voz rompa la quietud.

—Adelante.

Espero ver a alguno de mis compañeros con preguntas sobre el próximo programa, pero la figura que aparece al abrirse la puerta me toma completamente por sorpresa.

—¿Te pillo muy ocupada?

Sonia se queda en el umbral. Lleva puesta una chaqueta negra que resalta aún más el verde de sus ojos y un pañuelo gris claro que le sienta de maravilla. Su pelo, ligeramente despeinado, parece haber jugueteado con el viento durante su trayecto y le da un aire especial a su presencia.

—No esperaba verte por aquí —admito, tratando de mantener la compostura.

—Lo sé —responde. Su tono es pausado, casi medido—. Anoche pensé en regresar a Madrid directamente, pero… necesitaba hablar contigo.

Asiento, y ella cierra la puerta tras de sí. Da unos pasos hacia el centro del despacho, mientras yo intento encontrar algo que decir. El silencio entre nosotras se llena con el ruido

sordo de mi corazón latiendo demasiado rápido.

—¿Va todo bien?

—Sí… bueno, creo que sí.

Sonia fuerza una sonrisa. Su expresión está tensa, y de su chaqueta saca algo que deja sobre mi escritorio: una pequeña tarjeta blanca con una imagen en blanco y negro.

—Es del proyecto del que te hablé —dice, sin apartar sus ojos de los míos—. Quería que fueras la primera en saberlo.

Sujeto la tarjeta y la sostengo entre los dedos, observándola en silencio. La fotografía muestra una a Madrid iluminada con luces de neón. El nombre de Sonia aparece en la esquina inferior derecha, junto al título de la exposición fotográfica.

—¿«Reflejos del alma»? —Leo en voz alta. Busco su mirada—. Es precioso.

—Gracias —responde, aunque la sonrisa apenas llega a formarse en su expresión—. Me encantaría que vinieras.

—Por supuesto que iré —aseguro, haciéndole una promesa que no necesitaba ni verbalizar.

Ella asiente, pero su postura no refleja alivio alguno. Al contrario, hay algo en cómo guarda las manos en los bolsillos y evita apartar su mirada de la mía que me indica que guarda una tensión enorme dentro de sí.

—Candela… —empieza, su voz es rompe un instante, antes de retomar el control—. Necesito que sepas algo.

Mi cuerpo se tensa al instante, como si mi mente supiera que las palabras que vienen a continuación cambiarán nuestra relación para siempre. Sonia se acerca un paso más, y cada movimiento suyo parece ralentizarse, como en una escena a cámara lenta.

—Sé que tal vez estoy traicionando tu confianza, pero desde el primer momento que te vi, supe que eras tú. Lo sentí con tanta fuerza que me ha sido imposible ignorarlo.

—Sonia, yo…

—No, no tienes que decir nada —me interrumpe y levanta las manos para que me quede en silencio—. Sé que estás comprometida y que vas a casarte con Mónica. Es tu decisión, y no voy a ser quien complique más tu vida. Pero no podía guardármelo. Necesitaba decírtelo.

Intento responder, pero las palabras no salen. Mi mirada se encuentra con la suya, y siento que sus ojos verdes me atraviesan como un torrente. Trato de buscar algo en mi interior, una respuesta, un gesto, cualquier cosa que, de voz a mi corazón, pero el miedo lo deja tascado en esta maraña de sentimientos que se agitan dentro de mí.

Sonríe, pero su expresión está cargada de una tristeza que me cala profundamente. Da un paso adelante y, antes de que pueda reaccionar, sus labios rozan los míos en un beso lleno de una dulzura que desarma cada una de mis defensas.

—No podía irme sin hacerlo —admite, separándose apenas unos centímetros.

El mundo a mi alrededor se desvanece, dejando solo la sensación de sus labios, cálidos y suaves, encendiendo algo que había estado dormido dentro de mí. Algo que me esfuerzo en enterrar de nuevo, como si al hacerlo pudiera volver al equilibrio.

Cuando abro los ojos, los suyos me devuelven una mirada cargada de dolor, y también de resignación. Sé que acabo de romper algo entre nosotras, y que no hay vuelta atrás.

—Sonia… —murmuro, pero los miedos me paralizan, me dejan con las manos temblando.

—Cuídate mucho, Candela —me interrumpe, intentando mantenerse firme—. Y no olvides hacer lo que más deseas. Estás destinada a llegar lejos. Lo supe desde el primer día.

Se guarda las manos en los bolsillos y se encamina hacia la puerta. Mi primer impulso es correr tras ella, pero no lo hago. Ni siquiera sé por qué. La razón y lo que debo hacer pesan más que cualquier sueño, deseo o chispa de luz. Y sin más, se marcha, dejándome sola en el despacho, con el corazón palpitando con fuerza y una confusión que amenaza con desbordarme. Miro la tarjeta de la exposición entre mis manos y vuelvo a recordar sus labios, sus palabras, la tristeza que opacaba el bonito verde de sus ojos.

Debería sentirme culpable, incluso odiada, pero lo único que me invade es un torbellino de emociones que no puedo controlar. Una parte de mí, egoísta, encuentra consuelo en lo que acaba de suceder, como si hubiera querido que ella tomara esa decisión, empujándome hacia un camino que elegí hace ocho años. Uno que debería ser el correcto, con una persona que, en teoría, es el amor de mi vida.

32

MÓNICA

Al mismo tiempo.

—Sí, lo sé, pero no podemos hacer nada hasta que pasen estos días. De verdad, ahora no es el momento de discutirlo —digo al teléfono, tratando de mantener un tono neutro mientras tamborileo los dedos sobre el escritorio—. Te prometo que compensaremos el tiempo que hemos perdido.

La luz del mediodía entra a raudales por las amplias ventanas de mi despacho e iluminan un espacio perfectamente ordenado. Después de unos días agotadores —tras el evento en el que acompañé a Candela—, tengo casi todo el trabajo bajo control; el papeleo está en orden, mi agenda abierta con las tareas claramente marcadas, y un jarrón con flores frescas en la esquina añade un toque de color al ambiente pulcro de mi despacho.

—Escucha, ahora no puedo hablar, pero lo resolveremos. Por favor, confía en mí.

Intento no sonar brusca, pero mi tono se endurece cuando escucho un suspiro al otro lado de la línea. Entonces, la puerta se abre sin previo aviso, y Carmen entra con esa expresión que deja claro que no tiene intención de aceptar excusas ni demoras.

—¿Podemos hablar? —pregunta, aclarándose la garganta para hacerse notar. Se queda de pie con los brazos cruzados, mirándome con desaprobación.

—Te llamo luego, ¿vale? —comento en voz baja y corto la llamada sin esperar respuesta. Dejo el móvil sobre la mesa y fulmino a mi hermana con la mirada—. ¿Se te ha olvidado lo que es tocar antes de entrar?

—¿Y a ti se te ha olvidado que este también es mi despacho? —replica, ignorando mi comentario mientras va hacia una de las sillas frente a mi escritorio.

En lugar de sentarse en el suyo, opta por invadir mi espacio, algo que no debería de molestarme, pero sí, lo hace. Su mirada inquisitiva me revela que ha notado algo.

—Perdona si he interrumpido algo importante —ironiza—, aunque por el tono que usabas, vete tú a saber con quién, no merece ni un poco de mi respeto.

—¿Ahora me espías? Esto es increíble. ¿Se puede saber qué te pasa? —me inclino ligeramente hacia delante y entrelazo las manos sobre la mesa, lista para que me dé la charla o que me diga a qué viene entrar en mi despacho con tanta urgencia.

Carmen deja caer una carpeta gruesa sobre mi escritorio y la empuja hacia mí.

—Aquí tienes todos los detalles del nuevo producto que lanzaremos el próximo trimestre. Necesito tu firma para autorizar la producción y cerrar el contrato con los distribuidores.

Asiento y abro la carpeta, revisando los documentos por encima. Siempre he confiado

en el criterio de Carmen; es audaz y tiene agallas para los negocios.

—Todo parece en orden —comento mientras paso las páginas—. Me lo leeré con detalle esta tarde y mañana mismo lo tendrás firmado. No quiero dedicarle más tiempo al trabajo.

—Perfecto.

Hace una pausa, observándome con detenimiento, como si esperara que añadiera algo más. Al no hacerlo, se echa hacia atrás y se apoya en los reposabrazos de la silla.

—¿Cómo llevas los últimos días antes de la boda?

Su cambio de tono es evidente. Carmen no es de las que hacen preguntas casuales; siempre hay una intención detrás.

—Todo está perfectamente bajo control —respondo con una sonrisa ensayada, que no se traga tan fácilmente.

—Eso ya me lo imaginaba. Tú siempre tienes todo bajo control. Pero, ¿y tú? ¿Cómo estás?

—De maravilla —aclaro sin más, cerrando la carpeta y dejándola sobre la mesa—. Los preparativos ya están al día, y esta tarde Candela y yo vamos a recoger los regalos de boda y los vestidos.

—Vaya… no se te ha escapado ni un solo detalle —ironiza.

—Es lo que tiene ser eficiente —respondo, intentando cortar la conversación.

Mi tono seco arranca una leve sonrisa en sus labios, pero su mirada sigue fija en mí, tratando de descifrar algo más allá de mis palabras.

—¿Y Candela?

—¿Qué pasa con Candela? Está igual de implicada que yo. Después de que le hiciera ver lo importante que es esto, ha estado a mi lado en todas las decisiones importantes. Y por si te lo preguntas, también está emocionada.

Mientras hablo, siento que algo dentro de mí se tambalea, aunque mi expresión no lo refleja. Es cierto que hemos trabajado juntas para que las cosas salgan bien, pero la palabra «emoción» no es precisamente lo que encaja, ni lo que he visto en sus ojos. Eso sí, esa sombra de duda, la he disipado con éxito, al menos, hasta ahora.

«Las habladurías no cesarían durante meses si esto no llega a salir bien», pienso, pero Carmen no tarda en devolverme a la realidad.

—Me alegra oírlo —dice con serenidad—. Desde el principio pensé que tú y Candela hacíais un buen equipo. —Hace una pausa, encogiéndose de hombros mientras se toca los labios con el dedo índice. Luego se reclina en la silla, entrelazando las manos sobre su regazo. Su expresión cambia ligeramente, volviéndose más incisiva—. ¿Con quién hablabas antes de que entrara?

La pregunta me toma por sorpresa, pero intento no mostrarlo.

—Con un proveedor. Asuntos del trabajo.

—¿Un proveedor? —repite, alzando una ceja con escepticismo.

—Sí, Carmen. ¿También te sorprende que siga trabajando a tope a dos días de mi boda?

—No. Lo que me sorprende es que sigas convencida de que esto saldrá bien cuando debiste haberlo cancelado hace meses —espeta.

Su comentario es como un golpe seco, incluso calculado, pero enseguida vuelve a esa calma tan suya.

—Mira, no pienso interrogarte, porque no lo necesito. Te conozco demasiado bien, Mónica. Solo espero que sepas lo que haces, porque no quiero verte destruir tu vida… ni tampoco la de Candela.

—¿Ahora te vas a poner de su parte?

—No seas infantil, por favor. —Se inclina hacia adelante y apoya las manos en el escritorio—. Hace tiempo te prometí que apoyaría tus decisiones, en esta empresa y fuera de ella. Pero sabes tan bien como yo que esto… —Se detiene un momento y su mirada penetra en mí como si tuviera la capacidad de ver mi corazón—. Si tienes que buscar fuera de esto lo que de verdad te hace feliz, estarás cometiendo el mayor error de tu vida casándote con Candela.

—Mira, Carmen. Estoy a dos días de celebrar la unión con una mujer con la que llevo ocho años de relación, que no son pocos. Si piensas que voy a echarme atrás ahora, estás muy equivocada.

—¿Tanto miedo tienes de abrir esa puerta y admitir que estás cometiendo un error?

—Dime tú por qué lo es.

Me cruzo de brazos y me recuesto en el respaldo, negándome a darle la oportunidad de juzgarme sin conocer todos los detalles.

—Porque no quieres a Candela de verdad, así de simple. Tus intenciones no son otras que aferrarte a esa estabilidad que puedes controlar. —Sonrío con ironía, pero mi hermana no aparta la mirada ni un solo segundo—. Dime, ¿me he equivocado en algo?

—No sé de qué me hablas.

Frunzo el ceño y me levanto. El asiento parece arder bajo mi piel. Camino hacia el gran ventanal detrás de mí, buscando la sensación de aire libre, aunque sea a través del cristal. El silencio que se instala entre nosotras durante unos segundos pesa muchísimo más de lo que puedo llegar a controlar.

—Claro que lo sabes. Y no he necesitado entrar por esa puerta hace un rato para darme cuenta.

Me giro al escucharla, pero no tengo tiempo de reaccionar antes de tenerla delante de mí. Su proximidad me incomoda, y lo que hace a continuación me descoloca por completo: coloca las manos en mis hombros y me mira con una expresión llena de calidez y cariño, con el amor y el apoyo que te procesa una hermana.

—Te quiero mucho, hermanita, pero lo único que has intentado estos últimos meses es que esta boda se celebre porque crees que es lo que toca. Siempre te ha costado lidiar con el fracaso, y lo estás llevando a un extremo muy delicado, porque no es solo tu vida la que está en juego.

—Eso no es verdad.

—¿Estás segura? —Carmen aprieta ligeramente mis hombros—. Mónica, mírame bien. ¿De verdad no te das cuenta de que nunca has podido soportar que algo en tu vida no salga como

lo planeaste?

Quiero negárselo porque no sabe nada, ni de lo que siento, ni de lo que hay dentro de mí. Pero ella me conoce. Me conoce tan bien que acaba de abrir una grieta en esta fachada perfecta que me esfuerzo por mantener. Y no sé cómo ocultarlo.

—Deja de insistir, por favor —le espeto, aunque mi voz tiembla ligeramente—. Y la sola insinuación de que me has pillado hablando con… otra persona es…

—No me obligues a sacártelo de cuajo, porque sabes que esto puede acabar mal. —Me interrumpe con una firmeza que me deja sin palabras—. Solo te voy a decir una cosa, y es que te conozco más de lo que imaginas. Y también conozco a Candela. Ella no se merece que la arrastres a algo que no es real, porque sabes perfectamente que lo estás haciendo. No quiere traicionarte. Y eso le está pesando mucho más que cualquier otra cosa. Pero tú… tú tampoco te mereces vivir una mentira.

—Es que no lo es.

—Entonces demuéstramelo. Dime que no estás jugando con fuego, que amas a Candela con todas tus fuerzas y que seguir con ella es exactamente lo que quieres para tu futuro.

La miro, pero las palabras se quedan atrapadas en mi garganta, como si una barrera invisible me impidiera hablar, y por ello, el silencio que sigue revela más que cualquier respuesta que podría haberle dado.

Ella suspira y deja caer los hombros.

—Cariño, no te digo esto para hacerte daño. Pero necesitas ser honesta contigo misma. Si sigues adelante por vergüenza o por miedo a lo que dirán los demás, solo te harás daño a ti misma… y a ella. Y eso no es justo para ninguna de las dos.

Hace una pausa.

—Piénsatelo bien. Aún estás a tiempo de tomar una decisión que sea auténtica, no una basada en mentiras mientras buscas fuera lo que no tienes el valor de enfrentar.

Se aparta de mí y golpea con los dedos la carpeta que dejó sobre mi escritorio antes de salir del despacho. Cuando me quedo sola, una sensación opresiva se instala en mi pecho. Respiro con dificultad, y el nudo que siento no se afloja por más que lo intente.

Miro el reloj en la pared. Son las tres de la tarde. Sin embargo, el tiempo parece haberse detenido mucho antes. Desvío la mirada hacia el teléfono. Me pregunto si realmente tengo esto bajo control o si, como dice Carmen, estoy a punto de cometer el mayor error de mi vida.

33

SONIA

Finales de marzo. Madrid.

La mañana se despierta gris, de ese tipo de gris que te invita a caminar sin rumbo con la promesa de que una ligera lluvia limpie la tristeza que llevas dentro, aunque esta nunca acabe de caer. Me adentro en las callejuelas de Lavapiés, y los recuerdos me asaltan en cada metro que piso. Pienso en aquel paseo con Candela. El caos armónico de este barrio, con sus rincones antiguos y la diversidad de culturas que lo habitan, continúa susurrándome sus historias en cada esquina.

Mientras ando, saco el móvil para hacer algunas fotos de las fachadas desgastadas por los años y los murales vibrantes que decoran las paredes. Cada vez que los miro, me cuentan algo distinto, de personas que nunca he conocido, pero que siento cercanas, como si al pasar por aquí, hubiéramos compartido algo.

Voy despacio, como si estuviera tratando de alargar el camino hacia el lugar donde he quedado con Ángel. Llevo días intentando distraerme, buscando excusas para no pensar, pero por más que lo he intentado, ha sido en vano.

Hoy va a casarse.

Candela se coló en mi vida como una tormenta, y desde entonces no ha hecho más que estar en mi cabeza junto a cada uno de los recuerdos de lo que hemos vivido desde entonces. Cierro los ojos y puedo verla con claridad; su risa cuando se acercaba al micrófono durante el programa, la forma en que aprieta los labios cuando se concentra, y esa mirada que me dedicó aquel día en la grabación del podcast, cuando me confesó sus dudas sin necesidad de decirlas.

Cada uno de esos gestos me acercó a ella tan rápido que apenas pude darme cuenta. Pero hoy va a casarse con Mónica, mientras que yo, me dedico a deambular por las calles de Madrid como si pudiera dejar atrás los sentimientos que se han aferrado en mi pecho.

En nada, llego a una pequeña plaza escondida, un lugar donde el tiempo se detiene, como una fotografía en blanco y negro. Las farolas de hierro forjado, los bancos de madera desgastados y un árbol enorme en el centro crean un refugio a la espera de dar un abrazo a los que cargamos con dudas. Y noto esa tranquilidad de inmediato.

En un lado, una cafetería con mesas en la terraza capta mi atención, y no puedo evitar sacar una foto, como si hiciera siglos que no vengo por aquí. La fachada blanca con detalles en azul mediterráneo, y una pizarra junto a la puerta anunciando el menú del día con caligrafía torpe, le dan un aire encantador.

Ángel ya está allí, sentado en una de las mesas, con su chaqueta habitual y unas gafas de sol que lleva incluso en los días más grises. Al verme, me saluda con una sonrisa y alza su taza de café como si brindara por este nuevo encuentro.

—Pensé que te habías perdido —comenta cuando me siento frente a él.

—Madrid y yo nos conocemos demasiado bien como para que eso ocurra.

—Entonces supongo que has estado dando vueltas, como siempre haces cuando algo te ronda la cabeza —acierta de pleno. Le lanzo una mirada que él entiende al instante. Ángel siempre ha sabido leerme, a veces mejor que yo misma—. ¿Estás bien?

—La verdad, no lo sé —admito mientras llega el camarero y pido un café con leche.

El silencio se instala entre nosotros durante unos cuantos minutos y después, me intereso por cómo le han ido las cosas. Mi café llega rápido, con una pequeña galleta de mantequilla al lado, y como si no estuviera conectada con la realidad, me quedo mirando el vapor que se eleva en espirales, como si pudiera perderme ahí.

Ángel se inclina hacia adelante, apoyando los codos en la mesa para centrarse en mí.

—¿No vas a ir?

No necesito preguntar a qué se refiere.

—¿Para qué? —digo, y mi voz suena tan rota como me siento—. No quiero ser de esa clase de personas que arruinan la vida de otra persona. Candela me dejó claro que la suya está con Mónica.

—Y entonces, ¿por qué parece que te lo estás pensando tanto? —me acusa, aunque lo hace en un tono delicado, casi con curiosidad.

—Porque no puedo evitar sentir que estamos hechas la una para la otra.

Ángel suspira y se recuesta en su silla. Se quita las gafas de sol y me mira directamente a los ojos.

—El amor verdadero no consiste en arrebatar algo que no te pertenece. Si de verdad hay algo entre vosotras, sucederá de manera natural.

Quiero darle la razón, pero no puedo evitar pensar que está siendo demasiado idealista al ver las cosas desde este ángulo.

—¿Y si no pasa? ¿Y si esto funciona, y es feliz con Mónica, aunque haya tenido dudas?

—Entonces no era amor verdadero, y Candela no era tu persona —afirma con una facilidad que me abruma.

Echo la cabeza hacia atrás, y después observo mi taza de café, sin tocarla. Mis pensamientos son un caos, y no encuentro sentido a nada de lo que siento.

—¿Y si me estoy equivocando? —reitero, como una cría que no es capaz de ver el camino con claridad.

—Pues creo que solo hay una manera de averiguarlo. —Ángel alarga la mano y acaricia la mía con ternura—. Pero si decides ir, asegúrate de que lo haces por las razones correctas, no por miedo a perder algo que nunca fue tuyo.

Miro alrededor, buscando algo que me distraiga. La plaza está tranquila, con un par de personas que pasean a sus perros y un hombre mayor leyendo el periódico en un banco. Todo parece tan simple desde esta perspectiva que hasta podría hacerme sonreír, pero yo sigo aquí, atrapada en este torbellino de emociones.

—A veces odio que tengas razón —digo, y Ángel se ríe suavemente.

—Supongo que es mi talento natural.

Nos quedamos en silencio unos minutos más. Tenerlo a mi lado me reconforta, me da las fuerzas que necesito para hacer una elección que, al final, es solo mía.

Me bebo el café rápido, dejo unas monedas sobre la mesa y me levanto. Ángel me mira con esa picardía que conozco desde hace años, y le agradezco su ayuda con un beso en la mejilla.

—¡Llámame! —grita mientras me alejo, arrancándome una sonrisa.

Camino hacia el coche, con el corazón en un puño y los latidos recorriendo todo mi cuerpo.

«El amor verdadero no consiste en arrebatar algo que no te pertenece», me repito. Y aunque sé que es cierto, también pienso que, a veces, hay que tomar riesgos para descubrir si realmente ese amor, te pertenece de verdad.

. . .

Cuarenta minutos después. Leganés.

El trayecto parece durar una eternidad, aunque el tráfico fluye sin complicaciones. Todo lo contrario a lo que ocurre en mi mente, en mi corazón, en todo mi ser. Conduzco casi en piloto automático, intentando ignorar las dudas que surgen con cada kilómetro que avanzo. No sé si estoy haciendo lo correcto, pero algo en mi interior me empuja a seguir adelante con esta locura.

Recuerdo la conversación en la que Candela mencionó el lugar donde se celebraría la boda, y cuando llego, el paisaje que se abre ante mí me deja sin aliento.

La finca está en las afueras, rodeada de amplios campos que brillan bajo el sol del mediodía. La entrada es un camino de grava bordeado por cipreses altos, que se levantan como guardianes solemnes. A un lado, una verja de hierro forjado, decorada con guirnaldas de flores blancas y lilas, desprende un aroma dulce y fresco, perfecto para la ocasión.

Aparco a una distancia prudente y apago el motor. Me quedo inmóvil, con las manos aferradas al volante, mirando hacia la entrada. Algunos invitados se reúnen en pequeños grupos, vestidos con trajes elegantes y vestidos en tonos suaves. Parecen sacados de una película: radiantes, felices, perfectos.

—Vamos, puedes hacerlo —me digo para convencerme.

Bajo del coche y respiro hondo tratando de calmar el temblor en mis piernas. El lugar es idílico; con sus jardines impecablemente cuidados que se extienden hasta más de lo que alcanzo a ver. Las flores están en pleno esplendor, y los árboles ofrecen una sombra acogedora. Más allá, la casa señorial de estilo rústico se alza con paredes de piedra y ventanas adornadas con cortinas blancas que se mecen suavemente con la brisa.

Es un lugar hecho para una boda perfecta, e imaginármelo me provoca una punzada en el pecho.

Camino despacio hacia la entrada, pero me detengo antes de cruzar la verja. No sé qué espero encontrar, ni qué haré si la veo, y por eso, me aferro a los barrotes, cierro los ojos y siento

el corazón latiendo con fuerza desmedida.

Asiento para mí, abro los ojos, y entonces, la veo.

Candela está junto a uno de los cipreses, con el vestido de novia más elegante que he visto jamás. Es sencillo, pero impresionante, de un blanco puro que resalta su piel y su pelo oscuro, que cae con suavidad sobre sus hombros y parte de su espalda. Entre las manos sostiene un ramo pequeño de flores, blancas y verdes, que combina perfectamente con la decoración.

La observo mientras da unos pasos, leyendo algo.

«Sus votos. Seguro que está nerviosa», pienso.

Se seca unas lágrimas rápidamente, y al ver esa emoción, me golpea una realidad que es sumamente dolorosa: venir aquí ha sido una locura.

He conducido hasta aquí impulsada por mis emociones, por ese deseo irracional de detener algo que quizás nunca debió comenzar, porque está claro que Candela ya había elegido mucho antes de que yo le confesara lo que sentía. Y ahora, al verla aquí, rodeada de un mundo que le pertenece, me doy cuenta de lo absurda que ha sido mi idea.

«Si de verdad hay algo entre vosotras, sucederá de manera natural».

Pero eso no va a pasar por más que me aferré a ese encuentro en la Línea 12 con el que empezó toda nuestra historia.

Delante de mí están todas las respuestas que he buscado durante este tiempo, y mi mente se llena de recuerdos: las conversaciones en la emisora, las risas compartidas durante la grabación del podcast, el beso desesperado que le di intentando demostrarle lo que sentía. Cada momento parecía tan auténtico… Me cuesta aceptar que no era más que un sueño, algo que nunca llegó a ser real.

Candela pertenece a esta realidad, a esta vida que ha construido con Mónica. Y yo, perdí la partida antes de empezar.

Siento un dolor en el pecho, profundo y punzante, tan físico como inesperado. Y entonces, respiro hondo y doy un paso atrás, alejándome de la verja.

Candela va hacia la entrada de la casa señorial, y por un instante creo que nuestras miradas se encuentran, pero estoy demasiado lejos para saber si es verdad o solo una ilusión. Me doy la vuelta y camino hacia mi coche con pasos rápidos, luchando contra el nudo que se forma en mi garganta, un nudo que amenaza con convertirse en un torrente de lágrimas que no pueda detener jamás.

Pero no puedo llorar.

Cierro la puerta del conductor y enciendo el motor. Me quedo un momento quieta, mirando por el retrovisor hacia la finca. Las flores, los invitados… y ella. Lo que veo es como un cuadro perfecto que nunca tuvo espacio para mí, y ya va siendo hora de que cierre este capítulo de mi vida.

Pongo el coche en marcha y me alejo dejando atrás un lugar que podría haber sido el inicio de algo nuevo, pero que ahora será el escenario de lo que nunca pudo ser.

34

CANDELA

Al día siguiente.

El vestido de novia sigue colgado del perchero en la esquina de mi habitación. Su aspecto impecable parece burlarse del presente, como si estuviera listo para retroceder el tiempo y protagonizar la escena en la que nunca fui protagonista. Las flores blancas y lilas del ramo están en un pequeño jarrón sobre la cómoda, empezando a marchitarse, un reflejo de lo que pasó ayer. La habitación es asfixiante, un lugar que no parece mío. Todavía no puedo creer lo que pasó, ni si debería agradecer que fuera ella quien tomara la decisión final.

Qué irónico es todo esto.

Ahora, tengo su carta entre las manos, la misma que encontré y leí veinte minutos antes de la ceremonia, mientras esperaba en la entrada de la finca. El papel aún conserva el aroma de su perfume, y la caligrafía de Mónica lo adorna, recordándome las muchas veces que encontré sus notas pegadas en la nevera, un hábito que empezó a desaparecer con el tiempo.

La leo por tercera vez, como si cada lectura pudiera arrojarme una respuesta nueva o aliviar el nudo que tengo en la garganta desde que la encontré.

«Candela,

Sé que las palabras que voy a escribir aquí no serán suficientes para compensar el daño que estoy a punto de hacerte, pero al menos quiero ser honesta. Durante mucho tiempo creí que nuestro amor era inquebrantable, que lo que habíamos construido juntas bastaría para sostenernos por el resto de nuestras vidas. Pero últimamente no puedo evitar sentir que me he estado engañando… y también a ti.

No quiero que interpretes esto como una falta de amor, porque te quiero, Cande. Te quiero más de lo que podría explicar con palabras. Pero no estoy enamorada de ti. Hace tiempo que no lo estoy, aunque haya intentado convencerme de lo contrario. Y sé que tú tampoco lo estás de mí. He luchado contra esta verdad porque no quería decepcionarte, ni decepcionar a todos los que creían en nosotras. Pero no puedo seguir adelante con esto. No sería justo para ninguna de las dos.

Ahora me doy cuenta del grave error que he cometido estas semanas, contigo, con nosotras. Has notado las grietas, aunque no hayas querido admitirlo. Quizá pensaste que todo mejoraría con el tiempo, con la boda, con la vuelta a la rutina… Yo también lo pensé, pero ya no puedo mentirnos más.

Lo siento. Lo siento por haber intentado retenerte cuando sabía que no estaba siendo honesta. Lo siento por haber prolongado algo que debí enfrentar hace mucho. Y, sobre todo, lo siento por no haberte dado el amor y el apoyo que realmente mereces. Es irónico cómo otras personas han conseguido abrirnos los ojos. En mi caso, me empujaron a no cometer el mayor error de nuestras vidas, incluso cuando sentí celos de alguien que solo intentaba hacerte mejor.

Necesito que sepas que esto no es tu culpa. Eres una persona increíble, y estoy segura de que serás inmensamente feliz cuando encuentres a quien realmente pueda acompañarte como mereces. Espero que algún día puedas perdonarme y que nunca olvides nuestra historia, porque yo siempre la llevaré en el corazón.»

Las lágrimas resbalan por mis mejillas cuando termino de leerla una vez más. Dejo el

papel sobre la cama mientras respiro hondo, pero el aire no parece llenar mis pulmones. Una parte de mí, esa voz que nunca he querido escuchar, me dice que debería haber sido yo quien tomara esta decisión. Hubo muchos momentos en los que pensé hacerlo, cuando sentí cada silencio incómodo, cada mirada perdida, cada vez que nuestra rutina se parecía más a una obligación que a una elección. Pero el miedo me paralizó tanto, que no fui capaz de hacerlo. Y ahora, me doy cuenta de que he perdido mucho más de lo que temía dejar por el camino.

Miro el vestido. Ese vestido que debería haberme hecho sentir especial ahora parece un disfraz, una representación de una vida que nunca fue realmente mía, y que jamás me habría hecho feliz. La habitación me resulta extraña, y no estoy segura de si la mujer sentada en la cama soy realmente yo.

Porque en el fondo, siento que me perdí en alguna ruta del camino.

—Cariño, ¿puedo pasar? —pregunta mi madre desde el otro lado de la puerta.

—Adelante.

Intento sonreír, pero lo único que consigo es un gesto tenso que ella interpreta perfectamente. Por mucho que intente fingir, es imposible no encontrarme rota.

—Deberías salir al jardín un rato. Te vendrá bien respirar aire fresco antes de comer. Raúl me dijo esta mañana que vendría con Nerea.

—Genial, ahora voy a ser el centro de atención durante meses.

—No les culpes por querer cuidarte.

Mi madre me abraza mientras asiento en silencio. Sus pasos se alejan por el pasillo, dejándome sola con mis pensamientos.

Le hago caso y voy al jardín, donde busco el consuelo de la brisa fresca. Crecer aquí, entre el aroma de las buganvillas y el sonido del viento meciendo las ramas del limonero de mi padre, siempre me ha dado una paz que pocos lugares consiguen. Ahora, este rincón es el único sitio donde puedo respirar sin sentirme aplastada por el peso de mis decisiones.

Me siento en el banco de madera y me acaricio los labios, recordando el último beso que yo debí haber dado. Al cerrar los ojos, lo primero que veo es la mirada de Sonia y la tristeza con la que se marchó de mi despacho. Desde luego, me merezco todo este dolor.

El cielo está nublado, pero ya no hace tanto frío como en semanas atrás. Mis pensamientos regresan a la carta, a las palabras que me han arrancado de una realidad que yo sabía insostenible. Mónica tiene razón; yo también noté esas grietas desde hace tiempo, pero me aferré a la ilusión de que podíamos arreglarlo. De que el amor que una vez tuvimos sería suficiente para esconderlas de la luz. Ahora entiendo que lo único que hicimos fue intentar construir algo sobre una base que ya no existía.

Las lágrimas resbalan por mis mejillas sin esfuerzo. No puedo estar enfadada con Mónica, porque no sería justo. En el fondo, hizo lo que yo no fui capaz de hacer, y se lo agradezco. Nos ha ahorrado meses de intentos inútiles por encajar en algo que no funcionaba. Pero eso no hace que duela menos.

Aunque quizás, esa no es la verdadera razón de mi dolor.

Me pierdo en mis pensamientos hasta que escucho pasos tras de mí. Un aroma familiar me envuelve, y veo cómo mi padre se acerca en silencio con esa calma que siempre lo ha

caracterizado. Se sienta a mi lado sin decir una palabra, y en su compañía encuentro, por un momento, ese refugio que tanto necesito.

—¿Te apetece hablar de ello?

—No sabría ni qué decir. Me siento tan culpable…

—No tienes por qué decir nada —responde con suavidad, dejando una caricia en mi mejilla—. A veces, solo hay que dejar que las cosas sean, sin más.

Papá siempre ha sabido cómo calmarme. Apoyo la cabeza en su hombro, igual que hacía cuando era niña y venía aquí después de un mal día. Su presencia tiene la capacidad de hacerme sentir que todo puede ir bien, aunque no lo parezca.

—¿Crees que me equivoqué?

—Solo estás empezando a encontrar tu camino de nuevo —aclara con dulzura.

Miro hacia su limonero favorito, que brilla con un verde intenso bajo la luz del día. Quizá tenga razón. Tal vez esto no sea el final, sino el principio de algo distinto, algo que podría ser mejor. Por primera vez en todo el día, consigo respirar profundamente y regresar al interior de la casa con la sensación de que hay una posibilidad de comenzar de cero.

Paso un par de horas en el salón sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la chimenea apagada. Me resulta fácil imaginarme en todas las veces que he hecho esto antes. Mis piernas están cruzadas y el calor de una taza de té en mis manos consigue mantenerme anclada al presente. La mesa baja frente a mí está cubierta de papeles y viejos álbumes de fotos que mi madre debió sacar con la esperanza de que este fin de semana fuera una celebración y no una película con el abandono como protagonista. No puedo evitar abrir uno de ellos y perderme en una imagen en blanco y negro de sus primeras vacaciones juntos. Eran demasiado jóvenes, pero sus rostros reflejaban vida y amor. Una imagen perfecta que, después de lo ocurrido, me parece irreal, casi inalcanzable.

De repente, la voz de mi hermano me saca de mis pensamientos.

—¿Pensando en mudarte aquí de forma permanente? Porque, si es así, deberías empezar a reclamar este rincón como tuyo, y mamá no te lo pondrá tan fácil —bromea. Me da un beso en la frente y se sienta a mi lado—. Hola, hermanita.

Aunque mi risa es débil, consigo que una sensación de calma recorra mi cuerpo. Lleva una bolsa de papel en la mano, de la que saca una caja de galletas de chocolate, mi perdición desde siempre.

—¿Desde cuándo me traes galletas a la hora de comer? —digo, mientras me levanto para recibir a Nerea que entra después de quitarse el abrigo y el pañuelo que rodea su cuello.

—Desde que mi hermana está pasando uno de los días más difíciles de su vida —responde con una sinceridad que me desarma.

Me encojo de hombros y al sentarme, tomo una galleta y le doy pequeños mordiscos. El sabor dulce del chocolate me reconforta un poco, aunque mi interior siga siendo un caos.

—Siento que le he fallado a todo el mundo —admito en voz baja.

—¿A quién, exactamente? —interviene Nerea.

—A vosotros. A Mónica, por haberla llevado a… —Niego con la cabeza, incapaz de

continuar—. En fin, lo peor de todo es que a quien más he fallado es a mí misma, por no haber sido sincera desde el principio. Por dejarme llevar por ese miedo tan absurdo…

Raúl me sonríe y pone una mano en mi hombro.

—¿Por qué cargas siempre con la responsabilidad de todo? No eres responsable de lo que sienten los demás, ni de lo que esperan de ti. Tampoco de que Mónica no tuviera el valor de tomar esta decisión antes. —Me acaricia el cuello con una sonrisa cálida—. Quizá solo te equivocaste en seguir adelante, pero eso no te hace culpable. Hiciste lo que pensaste que era lo correcto.

—Pero…

—No hay peros que valgan. Que las cosas hayan sucedido así no significa que hayas fallado a la gente que te quiere. Solo significa que ella tuvo el valor de ser honesta un poco antes que tú, y ahora, también puedes serlo contigo misma.

Sus palabras me golpean como si hubieran dado en el blanco de algo que llevaba intentando ignorar durante mucho tiempo.

—Eso es lo que más me duele —confieso, mirando la caja de galletas—. Que ella tuvo el valor de hacer lo que yo no pude.

—Cada persona lidia con las cosas a su manera —comenta mi hermano—. Lo único que importa es que ahora tienes la oportunidad de ser honesta con tus sentimientos.

—Creo que esto hay que hablarlo con cervezas en mano —propone Nerea y va a la cocina a por ellas sin pedir permiso.

Me encanta que también esté aquí y sea capaz de darle un tono sarcástico a la vida cuando más lo necesito.

Cuando regresa, deja las cervezas en la mesa de centro, nos sentamos en el sofá y los sillones, y hacemos un brindis en silencio.

—No sé si emborracharme es lo que necesito ahora mismo —bromeo, mirando el botellín.

—¿Quién ha dicho que quiera emborracharte? —replica Nerea, alzando una ceja—. Esto es para brindar por lo que viene, no para olvidar lo que no pasó.

Raúl se pone serio, pero me guiña un ojo antes de levantar el suyo.

—Basta de culpabilizarte.

—No es lo que hago —protesto, aunque mi tono me delata.

—Claro que sí, lo haces siempre. Y mírame a mí. —Se encoge de hombros—. No tienes que justificarte ante nadie. Lo que ha pasado con Mónica no es el fin del mundo, y no fallaste a nadie. De hecho, creo que esto será lo mejor que te ha pasado en la vida.

—¿Por qué lo dices?

—Porque llevas mucho tiempo viviendo según lo que creías que debías hacer, en lugar de lo que querías hacer. Estoy seguro de que después de mirarlo con más perspectiva, eso ya no volverá a pasarte —responde Nerea con una convicción que casi me deja sin aliento.

Ignoro por completo a quién se refiere, porque no es justo que piense en ella en este momento, no después de haber jugado también con sus sentimientos.

Hacemos otro brindis y le doy un buen trago a la cerveza. El amargor en mi garganta me reconforta, pero lo que más me calma es tenerlos aquí, mirándome con ese amor inagotable que me ha salvado tantas veces.

—Por el caos —dice Raúl.

—Y por el coraje de enfrentarlo —añade Nerea.

Bebemos, y miro alrededor. Este salón ha sido testigo de tantas risas y lágrimas a lo largo de los años, que todavía me parece increíble que sigamos haciendo lo mismo después de tanto tiempo. Y aunque no esté en mi mejor momento, una pequeña chispa de esperanza comienza a encenderse en mi interior. Sé que, quizá no sea hoy, ni tampoco mañana, pero algún día todo estará bien. Para mí, y también, para Mónica.

35

CANDELA

Dos semanas después. Madrid.

El tiempo transcurre con demasiada lentitud, aunque noto cierto alivio. Después de la no boda, Mónica y yo pasamos varios días sin cruzar palabra, hasta el miércoles pasado, cuando nos reunimos en casa para recoger mis cosas y decidir poner a la venta el lugar donde hemos compartido gran parte de nuestra historia. Nos despedimos con un abrazo y la promesa de esforzarnos por hacer las cosas mejor, al menos para nosotras mismas.

Ahora, vivo temporalmente en casa de Nerea, en una habitación llena de plantas que, según ella, absorben las malas energías y se llevan lejos la tristeza. Aunque al principio creí que era una idea loquísima, admito que la frescura y vitalidad que me rodean al despertar me ayudan a sobrellevar este período de transición. Por decirlo de alguna manera.

A pesar de que sé que fue lo mejor para ambas, extraño despertar en mi cama, bajar a la cocina y disfrutar del desayuno con la radio sonando de fondo. Esa casa, sin nosotras dos allí, ha perdido todo el sentido, pero todavía no estoy preparada para buscar un lugar donde empezar de nuevo sola.

Hoy, sin embargo, me encuentro lejos de ese caos emocional dirigiéndome al hotel donde ya habrá comenzado la exposición fotográfica de Sonia. He conducido despacio, mentalizándome de que voy a verla después de tantos días sin hablar; apenas han pasado unas semanas, pero no sé por qué me ha sabido a una eternidad. Frente a mí, el majestuoso Hotel Four Seasons se alza tan impresionante como lo recordaba en mis paseos anteriores por Madrid. La tarde está cálida, y una brisa ligera me despeina mientras observo las enormes puertas de cristal. Las luces del vestíbulo brillan como si invitasen a todo el que pasa a adentrarse en un mundo que está decorado con sofisticación, preparado para acoger algo sumamente grande.

Respiro hondo antes de cruzar el primer pasillo y asiento, dándome ánimos. El suelo de mármol pulido refleja las arañas de cristal que cuelgan del techo, mientras el ambiente está impregnado de un delicado perfume, una mezcla de flores frescas que se combina con otros aromas sutiles. A mi alrededor, las personas caminan con calma: algunas lucen trajes impecables y otras vestidos dignos de una revista de alta costura.

Me detengo frente a un espejo para mirarme. He elegido un vestido de seda verde botella que me llega a las rodillas. Su diseño es sencillo, con un escote en V moderado y mangas largas que hacen juego con el esmalte de uñas. Lo he combinado con tacones negros y un pequeño bolso que, espero, complemente el maquillaje discreto y el toque de delineador que me hace sentir segura, a pesar de ser presa de los nervios.

«No sé ni qué voy a decirle cuando la vea…», pienso para mí.

Al llegar al salón donde se celebra la exposición, me detengo un instante en la entrada. El espacio es deslumbrante. Las paredes de madera oscura contrastan con las cálidas luces que

iluminan cada fotografía enmarcada con detalle, tal y como a Sonia le gusta. La sala está repleta de personas; algunas sostienen copas, otras observan las imágenes con sonrisas que llegan hasta sus ojos. El murmullo de las conversaciones se ocupa de llenar el aire, pero lejos de ser ensordecedor, resulta casi melódico, una banda sonora que acompaña al arte que me invita a sumergirme en este universo de memorias congeladas en el tiempo.

Empiezo a caminar, dejándome llevar por el flujo de la gente. Cada fotografía que veo me resulta más impresionante que la anterior, debo reconocer. Sonia tiene un enfoque que es único, una habilidad para capturar no solo el momento, sino también la esencia de lo que tiene frente a su cámara. Me di cuenta desde el primer momento. Los paisajes urbanos parecen cobrar vida, y los retratos transmiten emociones tan profundas que casi se sienten palpables, como los detalles cotidianos, bajo su lente, se transforman en algo extraordinario.

Un camarero se acerca con una bandeja, pero rechazo la copa que me ofrece. Mientras avanzo, noto un pequeño grupo reunido frente a una fotografía en concreto, e intrigada, me acerco dando pequeños pasos, y cuando finalmente tengo una vista despejada de la imagen, el aire parece abandonarme por completo.

Soy yo, muchos años atrás. Aparezco sujeta en la barra de un vagón de metro, concentrada en un ejemplar gastado de *Ángeles y demonios*. La luz fluorescente del tren acentúa mis rasgos relajados y esa sonrisa tan mía que pinta mis labios; pero hay algo en la composición que me muestra diferente, como si Sonia hubiera capturado algo más allá de mi apariencia, algo que ni siquiera yo había percibido.

Mi corazón late con fuerza mientras intento procesar lo que veo. El recuerdo de ese momento regresa con nitidez, tal como ella me lo describió en la cena, pero esta vez puedo revivir cada segundo al detalle: el cansancio tras un largo día y mi torpeza al tirar por el suelo la bolsa entera de Lacasitos por intentar acallar el ruido de mi estómago. No consigo recordar cuándo fui inmortalizada de esa manera, pero la sensación cálida que siento en el pecho, hace que las lágrimas acudan a mis ojos.

—Es impactante, ¿verdad? Cómo una imagen tan sencilla puede transmitir tanta paz —comenta una mujer a mi lado, interrumpiendo mis pensamientos.

La miro, pero no logro responderle; solo asiento mientras mantengo la vista fija en la fotografía. El tiempo parece detenerse mientras la observo, como si Sonia me hubiera devuelto un pedazo de mí misma que ni siquiera sabía que había perdido.

Detrás de mí, escucho murmullos; alguien menciona su nombre, pero las palabras exactas se me escapan. Giro la cabeza, buscándola entre la multitud, aunque no la encuentro. Aun así, su presencia llena cada rincón de esta sala, cada fotografía que habla a través de su mirada. Y un torbellino de admiración y nostalgia hierve en mi interior.

—¿Qué has hecho conmigo? —murmuro, como si mi versión del pasado pudiera responder.

El ruido a mi alrededor se desvanece, como si el mundo hubiera bajado su volumen, y yo me quedo aquí, mirando esa imagen, ese instante robado en el tiempo que ella capturó sin mi conocimiento, pero que ha cerrado heridas que seguían abiertas. Cada línea de la fotografía me lleva a reflexionar sobre quién era en aquel entonces y quién soy ahora. Mientras intento calmar mi respiración, percibo a alguien a mi lado. No necesito girarme para saber que es Sonia. La reconozco por el aroma a almendras que siempre la acompaña y por la forma en que mi piel

reacciona, como si supiera que ella está ahí antes incluso de que yo sea consciente de su llegada.

—¿No te parece mágico… —pregunta pausadamente con una voz suave que me sacude como un relámpago—, que pudiera capturar el momento exacto en que nuestras vidas se cruzaron?

Me giro lentamente, temiendo que un movimiento brusco pueda romper la magia del instante, y entonces, la veo con esa sonrisa tan suya, la que siempre parece desafiar este mundo de locos, dándole vida a sus bonitos ojos verdes.

Está deslumbrante. Lleva un traje gris oscuro que se ajusta a su figura con elegancia y una camisa blanca de seda que brilla sobre su piel. Me quedo absorta observando cómo su pelo enmarca su rostro, acariciando su frente, sus mejillas y su cuello. Y, por un instante, el mundo desaparece: las luces, las fotografías, la gente... Todo se desvanece, salvo ella.

—¿Por qué no me dijiste que tenías esta foto? —pregunto, mi voz apenas un susurro.

—Porque ni siquiera estaba segura de que la tuviera de verdad —responde, y se encoge ligeramente de hombros. Una sonrisa tímida curva sus labios—. Hasta que recordé ese momento en la Línea 12 y la busqué para asegurarme de que no lo había soñado.

El aire entre nosotras se vuelve pesado y tenso, como una cuerda a punto de romperse. Ella da un paso hacia mí.

—Siempre supe que había algo especial en ti, Candela. Algo que me hizo reconocer que nos vimos en un momento único de nuestras vidas. —Hace una pausa, y agacha la vista, pensativa—. No sé cómo explicarlo, pero cuando te vi, sentí como si…

—…Como si la vida hubiera hecho una pausa antes de ponernos en el lugar y momento correctos —completo por ella, sintiendo que esas palabras también expresan lo que llevo guardado dentro. Mi corazón late con fuerza mientras los sentimientos que he reprimido durante semanas amenazan con volverme loca y hacerme llorar.

Todos estos días, incluso antes de la boda, desde aquel beso, he deseado volver con ella y confesar lo que siento, a pesar de lo tonta que he sido.

Necesito decirle tantas cosas que no sé por dónde empezar, así que hago lo único que me parece natural. Doy un paso hacia ella, lo suficiente para que nuestras manos se rocen.

—Gracias por ayudarme a ver lo que tenía delante de mí todo este tiempo…

Ella parpadea, visiblemente sorprendida. Su mirada se suaviza, y cuando finalmente sujeto su mano, notando el calor que transmite, entrecruzo mis dedos con los suyos, venciendo el miedo y la vergüenza que me han acompañado desde que nos despedimos. Sonia no dice nada, pero sus ojos reflejan un sentimiento que no necesita de palabras. E impulsada por una mezcla de emoción y valentía, rompo la distancia que nos separa.

Busco sus labios, y la beso dejándome llevar. Por mucho que tema que ella de un paso atrás y salga corriendo.

No me importa quiénes están cerca ni dónde estamos. Al principio, el contacto es un roce delicado, como si mi corazón quisiera comprobar que esto es real. Pero pronto, el beso se vuelve más profundo, cargado de todo lo que no he podido decir hasta ahora, y el ruido del mundo que nos rodea desaparece.

Solo estamos ella y yo, conectadas de una manera que nunca había experimentado.

Cuando nos separamos, sus ojos se encuentran con los míos, y en ellos hay un destello de felicidad que me llena por completo, y tritura los nervios, y el miedo que llevaba dentro.

—Sabes lo que esto significa, ¿verdad? —pregunta con un leve temblor en la voz.

—Sí —respondo sin dudar—. Significa que, por fin, estoy eligiendo lo que realmente quiero.

Sus ojos brillan con una emoción que puedo notar latiendo en mi pecho. La felicidad explota dentro de mí, arrasando con las inseguridades que he cargado desde que nuestras miradas se cruzaron por primera vez. Aunque, técnicamente, ese no fue nuestro primer encuentro.

Durante la velada, es reclamada varias veces por otros asistentes. La veo interactuar con ellos, tomarse fotografías y compartir el significado detrás de cada obra que cuelga en las paredes. Su voz, serena y apasionada, refleja el amor por lo que hace. Habla de cómo estar detrás de una cámara transformó su mundo, como un terremoto que sacude la vida y los sueños para obligarlos a caminar juntos.

Mientras la escucho, no puedo evitar pensar en lo conectados que están nuestros corazones. Aunque expresamos nuestros sueños de formas distintas, somos iguales en nuestra necesidad de crear, de vivir a través de lo que amamos, de entregar al mundo una vía de escape. Y me doy cuenta de que, desde que la conocí, mi sonrisa ha cobrado un significado más profundo.

—Perdona que te haya dejado sola tanto tiempo —se disculpa cuando la sala empieza a vaciarse y el murmullo de voces cede paso al silencio.

—No te preocupes. Podría acostumbrarme a esto, si eso significa verte así.

—¿Así? —pregunta con una pizca de curiosidad, ladeando la cabeza.

—Feliz. Radiante —respondo mientras bajo la mirada y entrelazo mis dedos con los suyos—. Lo que haces, lo mucho que te apasiona…, se refleja en esos bonitos ojos verdes tuyos. Y tengo que confesarte que… me pierdo en ellos cada vez que te miro.

—¿Desde el principio? —inquiere con un toque pícaro, como si quisiera adivinar qué escondo en el fondo de mi corazón.

—Desde el principio —admito por fin, consciente de que el tiempo, lejos de ser nuestro enemigo, nos ha brindado esta oportunidad.

Una sonrisa ilumina su rostro, pero en mis labios surge un suspiro.

—Es una pena que tenga que irme. Desearía quedarme contigo toda la noche.

—Pues ven... tengo una habitación reservada, y no quiero que unas paredes frías me reciban.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Que lo hagan tus brazos.

. . .

Mientras atravesamos el pasillo, me quito los zapatos, y ella besa el dorso de mi mano con delicadeza. Yo río, sintiéndome como una niña a punto de cometer la más dulce de las locuras. Sonia abre la puerta con torpeza, y una sonrisa que ilumina su cara mientras desenredo su pelo con los dedos. Cuando la puerta se cierra, ella permanece pegada a mí, besándome con una pasión contenida, como si hubiera esperado este momento toda su vida.

Algo que yo sí que he hecho.

La terraza está abierta, y la brisa nocturna se cuela en la habitación, trayendo consigo el murmullo de la ciudad, ese eco constante de voces, motores y la vibrante vida que nunca descansa en Madrid. Sin embargo, cuando la miro, todo se apaga.

Sus dedos recorren mi cara delineando la curva de mis mejillas y mi barbilla. Luego descienden por mi cuerpo hasta detenerse en uno de mis hombros. Con delicadeza, desliza la mano por mi espalda para ir bajando la cremallera, dejando al descubierto mi piel, que sus labios reclaman con un beso. Y ese simple gesto me hace sentir que ninguna otra boca podría ocupar ese lugar.

Las palabras no hacen falta. Lo único que deseo es perderme en sus labios, dejarme caer en el abismo de sus ojos verdes que no dejan de observarme ahora más oscuros por la tenue iluminación de la habitación. Un espacio que parece creado solo para nosotras, para que bailemos juntas, para que nos toquemos sin importar lo que pueda traer el mañana.

Y eso es lo que hago.

La beso, y mis manos se mueven con firmeza y delicadeza sobre su camisa, que desabrocho despacio, disfrutando del momento, mientras descubro un camino de lunares y marcas que acaricio y beso con ternura.

Sonia suspira. Y el sonido es como un detonador que enciende cada fibra de mi ser, haciendo que mi corazón lata con más fuerza. Cada vez que me besa, percibo que reinicia mi vida, y cuando me empuja hacia la cama, caigo bajo su peso, sintiendo la caricia de su pelo sobre mi piel.

—Ojalá no me hubiera engañado tanto tiempo —confieso en un susurro, con los ojos cerrados, dejándome envolver por la sensación de estar cerca de ella.

—Eso ya no importa. Ahora estás aquí —responde antes de besarme el cuello.

Se apoya ligeramente sobre la cama y me observa en silencio. Hay algo en su mirada que me eriza la piel: un deseo profundo que no necesita palabras para expresarse. Sus labios vuelven a encontrar los míos, esta vez con una pasión desbordante, llena de una necesidad que me desarma. Mi cuerpo reacciona, gritando en silencio que me haga suya, y ya no puedo esperar más para hacerle saber lo que siento.

La desnudo con rapidez, riendo por lo ansiosa que me siento. Ella me observa con esa expresión traviesa que guarda solo para mí, y su sonrisa se queda grabada en mi interior.

No entiendo cómo pude ignorar lo que me hacía sentir, cómo fui capaz de ocultar algo tan grande, la forma en la que su corazón se ha metido tan dentro de mí. Porque mientras su mano se desliza entre mis piernas, me doy cuenta de que he deseado que lo hiciera desde la primera vez que la vi.

Aprieto los labios, sin poder resistirme al torbellino que nos envuelve. Un gemido se escapa de mis labios, cuando acaricia mi sexo y entra dentro de mí, desbordante, con fuerza, sin

contenerse ni un segundo más. Enredo mis piernas alrededor de su cintura, acercándola. Sentir su calidez sobre mi piel es indescriptible, un placer que ni siquiera ella podría capturar con una fotografía.

No quiero privarla de nada. La dejo saborearme, tocarme, moverse conmigo a su antojo. Y mientras lo hace, yo también la beso y acaricio, como si quisiera recuperar todo el tiempo que hemos perdido. En mi mente, puedo ver a aquella chica en la Línea 12 del metro, sin imaginar que una parte esencial de su vida no despertaría hasta este reencuentro.

Beso sus labios, ese pequeño paraíso que ahora es mi refugio, y gimo contra su boca. Me dejo llevar hasta alcanzar el clímax, no una, sino dos, tres, hasta perder la cuenta de las veces que llego al éxtasis entre sus manos. Pasamos así el resto de la noche, juntas, y en cada beso, me doy cuenta de algo que ahora parece muy obvio: tenerla es el mayor placer que he experimentado, y hacerla mía es algo de lo que nunca me cansaré.

36

SONIA

Principios de abril, Madrid.

A la mañana siguiente, el sol se filtra con suavidad por las cortinas de la habitación del hotel dibujando franjas doradas sobre la colcha y las sábanas desordenadas. Esas mismas sábanas que han sido testigo de la mejor noche de mi vida. Despierto notando que un ancla me ata a este instante, un fragmento de tiempo que desearía congelar en el tiempo para siempre. Y esa es Candela, que duerme a mi lado con el pelo revuelto sobre la almohada y una expresión serena, completamente ajena al mundo que existe más allá de estas paredes.

Nunca he sido de madrugar en mi cumpleaños. De hecho, siempre he preferido despertar con calma, disfrutar de un café tranquila, y recibir los mensajes cariñosos de mi familia y amigos antes de cualquier celebración. Pero este año es diferente. Cierro los ojos y me invade la certeza de que no solo celebro un año más, sino también esta conexión con la vida, con lo que siempre he anhelado: el encuentro con la mujer que está a mi lado.

Es como si el pasado y el presente se hubieran alineado para regalarnos algo que roza lo milagroso.

Me apoyo en un codo y me permito mirarla un par de segundos más. En el silencio de la habitación, me dejo llevar por la devoción que me inspira. Candela es una de esas personas que transforman todo a su alrededor; a su lado, el mundo tiene más sentido, los colores son más intensos y la vida parece más luminosa. Quiero decírselo al oído, pero siempre he sido mejor con los gestos. Así que deslizo mi mano y acaricio su cuello.

Un par de segundos después, empieza a moverse, emitiendo un balbuceo que apenas entiendo, y luego abre los ojos despacio, como si todavía intentara ubicarse. Cuando nuestras miradas se encuentran, sonríe, y mi corazón late con la intensidad de una adolescente enamorada.

—Buenos días —dice con una voz rasposa que me resulta encantadora.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

Se despereza antes de asentir. Luego me mira con curiosidad, ladeando la cabeza.

—¿Y tú, por qué tienes esa cara de estar ocultándome algo?

Su habilidad para leerme como un libro abierto me hace reír.

—No es nada importante —respondo, pero mi tono me traiciona. Candela levanta una ceja y se incorpora un poco, apoyándose en la almohada, mientras espera mi confesión. Finalmente, me rindo y suelto la verdad—. Está bien, hoy es mi cumpleaños.

Sus ojos se agrandan por la sorpresa y se queda boquiabierta antes de fruncir el ceño y darme un manotazo, lo que me hace reír aún más. Si despertar a su lado significa sentirme así cada mañana, quiero que sea mi rutina para siempre.

—¿Y me lo dices así, tan tranquila, como si no fuera importante? ¡Qué cara más dura! —exclama, exagerando su indignación.

—Que no es la gran cosa —respondo con un gesto despreocupado.

—Claro que sí —replica, después sujeta mi mano y entrelaza sus dedos con los míos—. ¿Cómo pensabas celebrarlo?

—Mi hermana y mi sobrina suelen organizar una fiesta en la que fue la casa de mi abuela, donde solemos pasar las vacaciones. Siempre les digo que no hagan algo demasiado ostentoso, pero terminamos con un banquete lleno comida deliciosa y una gran tarta, además de unas buenas risas. Ya sabes, lo de siempre. —Hago una pausa y, mirándola a los ojos, le sonrío —. ¿Qué te parece si vienes conmigo?

—¿Me lo dices de verdad? Pero si tu familia no…

—Te conocen más de lo que crees. Y mi sobrina estará encantada de que vayas —la interrumpo.

Candela parece pensárselo unos segundos y luego echa un vistazo a la habitación.

—No tengo ropa que ponerme para ir allí —se lamenta.

—Eso es fácil de arreglar —respondo, guiñándole un ojo.

. . .

Después de una nueva declaración de amor en la ducha y una breve parada en mi casa para elegirle algo de ropa, el trayecto en coche hasta la casa de mi abuela transcurre tranquilo. Aunque en mi interior se arremolinan los nervios que siento por traerla conmigo, Candela observa el paisaje por la ventana tranquila, comentando lo bonito y verde que se ve todo, mientras yo apenas logro concentrarme en sus palabras. Mi mente está dividida entre la emoción de pasar este día con ella y el temor de cómo la verá el resto de la familia.

Se ha hecho un recogido sencillo y varios mechones le caen por la frente, dándole un toque desenfadado que completa con la ropa que ha elegido de mi armario; una camiseta sencilla que poder combinar con una chaqueta, unos vaqueros y los zapatos que trajo a la fiesta.

Cuando llegamos, la casa de mi abuela la veo como siempre: acogedora, vibrante y llena de vida a pesar de que ella ya no está con nosotros. Desde el jardín me llegan las risas y conversaciones, y el aroma de la comida recién hecha flota en el aire, envolviéndonos como una cálida bienvenida.

—Madre mía, qué bien huele —dice Candela con un brillo en los ojos, justo cuando su estómago ruge como para confirmarlo.

Levanto una ceja y río antes de salir del coche, esperando a que me acompañe. La primera en recibirnos es mi madre, que se acerca con los brazos bien abiertos y una sonrisa radiante en cuanto nos ve llegar juntas, con los dedos entrelazados.

—¡Cariño, felicidades! —exclama, abrazándome con fuerza. Luego dirige su atención a Candela, estudiándola con curiosidad—. ¿Y a quién tenemos el placer de conocer?

Antes de que pueda decir algo, ella da un paso adelante y extiende la mano.

—Soy Candela Núñez. Encantada de conocerla.

—Nada de formalidades, aquí nos damos un par de besos o nada de nada —dice mi madre antes de envolverla en un abrazo.

Después, me guiña un ojo, como si ya hubiera dado su aprobación. Sé que, de no haberle caído bien, habría sido evidente.

El resto de la familia se acerca a saludar, y Alicia, no tarda en mostrar su admiración por Candela. Por un momento, temo que le pida un autógrafo, pero logro detenerla con una mirada fulminante. No quiero que se sienta abrumada, aunque por su expresión relajada y la manera en la que responde a todos, sé que no lo está.

—Así que, al final, mamá y yo teníamos razón —afirma, con un brillo pícaro en los ojos—, estabas enamorada de ella.

—Por favor, cállate… —le pido, sintiendo el calor subiendo a mis mejillas.

Candela levanta las cejas con sorpresa y estalla en una carcajada. Luego, se cruza de brazos y se coloca al lado de mi sobrina, como si acabara de encontrar a su nueva mejor amiga.

—¿Qué has estado hablando de mí? —curiosea.

—Solo cosas maravillosas. —Esa es mi hermana, a la que le gusta hacerme pasar vergüenza y no deja a un lado la oportunidad de chincharme—. El día que grabaste el programa con ella en la emisora estaba hecha un manojo de nervios. Hablaba de ti con un brillo especial en los ojos. Fue la primera vez que la vi así.

—Ya veo… —murmura Candela, bajando la mirada mientras sonríe.

—Bueno, ya basta de ponerme en el centro de atención —interrumpo, tratando de cambiar de tema.

—Es tu cumpleaños, ¿no debería ser así? —bromea Alicia, lanzándome una mirada traviesa antes de volverse hacia Candela—. Por cierto, la ropa de mi tía te queda fenomenal.

Pongo los ojos en blanco y hago un gesto para que madre e hija vayan al interior de la casa.

—Perdónalas, están un poco locas.

—A mí me han caído bien —responde Candela, acercándose para acariciar la camiseta que llevo puesta—. Aunque tú siempre serás mi favorita.

No puedo evitar sentir un cosquilleo recorrerme de pies a cabeza. Por un instante, desearía encerrarme con ella en algún rincón apartado, aunque sé que aún queda mucho por disfrutar de esta reunión.

Las horas pasan entre conversaciones que están llenas de risas y el bullicio de la celebración. Mi familia tiene una manera única de envolverme con su cariño, de recordarme que siempre han estado ahí, aceptándome tal como soy. Eso es algo que desearía para todos: un lugar donde sentirse amado sin condiciones.

La comida es un despliegue de platos caseros preparados con esmero. Candela no deja de alabar cada bocado, ganándose aún más el corazón de los invitados y también de mi madre y mi hermana, quienes no ocultan su orgullo mientras se muestran igual de cariñosas que siempre.

—Me alegra verte así de feliz —me dice mi madre al oído.

Ni siquiera soy capaz de responder, solo de sonreír y seguir brindando por este día junto a las personas que quiero.

El momento de las velas llega rápido, y me encuentro rodeada de palmas y vítores, con Candela a mi lado. Cierro los ojos antes de soplar, pidiendo un deseo que, en el fondo, ya se está cumpliendo. Al abrirlos, la miro de reojo y la veo observándome con esa sonrisa maravillosa que no ha perdido en todo el día.

Se integra con facilidad, como una ola que acaricia la arena con fuerza primero y después con delicadeza, sin alterar su esencia. La veo en el porche, hablando con mi sobrina, que no pierde la oportunidad de preguntarle sobre *Voces Urbanas* y todo lo que tiene que ver con los futuros programas. Desde la sala, puedo observar cómo su rostro se ilumina mientras conversa, y aunque sé que estoy en el presente, todavía me cuesta creer que estoy viviendo algo así.

—¿Disfrutando de tu cumpleaños? —pregunta Ángel, acercándose con una copa de vino que me ofrece para hacer un brindis.

—Sin duda, es el mejor de mi vida —respondo enseguida, antes de darle un sorbo—. Y el resto la ha tratado como si la conocieran de toda la vida.

—En cierto modo, ha sido así, ¿no? —me recuerda con una sonrisa, evocando la fotografía de la Línea 12.

—¿Sabes? Me parece increíble que fuera de verdad.

—Disfruta del momento. Te merecías encontrar a alguien como ella y, sobre todo, redescubrirte a ti misma —añade, mirando hacia el porche.

Nos quedamos unos segundos en esta estampa, deleitándonos con la tranquilidad de que se respira a nuestro alrededor.

—Por cierto, tengo que decirte algo que puede alegrarte el día —comenta y mueve las cejas con alegría—. Ya tenemos las primeras críticas.

—¿De verdad? ¿Y qué tal? —pregunto, algo nerviosa.

—Que tu trabajo es excelente. Están fascinados con cómo capturas las emociones sin descuidar la narrativa. Estoy seguro de que eso se reflejará en la audiencia cuando la serie salga a la luz.

Cierro los ojos y respiro profundamente. Saber que mi esfuerzo ha valido la pena me llena de una satisfacción indescriptible. Aunque siempre he confiado en mi trabajo, escuchar estas palabras me recuerda que el sacrificio ha merecido la pena y tiene sentido.

—No sabes lo mucho que significa para mí, esta serie es especial.

—Tienes una visión increíble de las cosas, no sé por qué todavía sigues dudando cuando está claro que lo tuyo es un don que se ha convertido en excelencia gracias a tu perseverancia —me aclara—. Y eso te va a llevar a grandes proyectos que, me han contado, vas a conocer muy pronto.

—¿Me vas a dejar así, sin decirme nada más? —protesto y abro la boca.

—Las mejores sorpresas se revelan a su debido tiempo —responde, guiñándome un ojo antes de darme un beso en la mejilla y marcharse.

Candela se acerca en ese momento y me sonríe con ternura.

—¿Va todo bien?

—De maravilla. ¿Cómo te ha ido con mi sobrina?

— Me parece que ha heredado lo mejor de su tía, ese entusiasmo la va a llevar lejos —me dice, acariciando mi cuello. Cierro los ojos, sintiéndome atrapada en este instante perfecto, donde solo existimos ella y yo—. Además, me ha ayudado a relajarme un poco, porque Olga me llamó hace nada para darme una noticia. Mañana quiere que me incorpore como productora ejecutiva de *Voces Urbanas*.

—¡No me digas! —exclamo, abrazándola antes de besarla—. Eso es increíble. ¿Por qué no me habías contado nada?

— Bueno… supongo que la ocasión no había llegado. Además, no esperaba que llegara tan pronto.

—Vamos a tener que celebrarlo, porque a mí también me acaban de dar una noticia increíble.

—¿Ah, sí? —pregunta, con los ojos brillantes.

Pasamos el resto de la tarde festejando, rodeadas de mi familia. Mi madre insiste en que Candela debe volver, mientras mi sobrina le pide ayuda con su cortometraje y hasta una visita a la emisora para aprender más de su trabajo. Es imposible no sonreír al ver el cariño que le han tomado, tan similar al que crece en mí día a día.

—Tu familia es maravillosa —me comenta mientras caminamos hacia mi coche.

—Y ellos te adoran.

Me lanza una mirada divertida, pero no añade más. Mientras conduzco de regreso a casa, me doy cuenta de que no hay palabras suficientes para describir lo que siento. Sin embargo, en aquella fotografía de la chica de la Línea 12, logré capturar todo lo que siempre he deseado.

37

CANDELA

Al lunes siguiente. Leganés.

Aparco el coche en la avenida principal de la emisora, y al salir no puedo evitar cerrar los ojos para disfrutar del aire fresco que hace esta mañana. Respiro profundamente, dejando que la calma de este momento me envuelva durante unos segundos. Al girarme, el reflejo en la ventanilla me devuelve una imagen distinta de mí misma, a una mujer con una expresión luminosa, casi irreconocible si la comparo con los días de incertidumbre que quedaron atrás.

Desde que asistí a la exposición y nos volvimos a encontrar, algo dentro de mí ha cambiado. No solo por la magia que compartí con Sonia aquel día —tanto durante como después de la exposición o en la fiesta de cumpleaños—; sino porque, por primera vez en mucho tiempo, me he dado cuenta de que estoy donde quiero estar, no solo en mi vida, sino también conmigo misma.

A veces me parece increíble que todo esto haya ocurrido en tan poco tiempo. Sin embargo, otras siento que, en el momento en que Mónica decidió dejarnos marchar, cerré una puerta que ya estaba lista para echarle la llave.

Desde entonces, hemos intercambiado algunos mensajes, en su mayoría sobre la venta de la casa y para saber cómo está. Pensé que sería más doloroso, pero en realidad ha sucedido todo lo contrario. Y tal vez, en un futuro, podamos recuperar esa amistad que nos envolvió en el principio.

—Ojalá sea así… —pido en voz alta.

Mientras camino hacia la emisora, mi mente repasa cada instante vivido en los últimos días. Recuerdo la terraza del Four Seasons después de hacer el amor con Sonia, nuestras conversaciones bajo las luces de la ciudad mientras compartíamos el mejor vino blanco que he probado en mi vida, y su risa suave al contarme cómo eligió las fotografías de la exposición. Y luego, cada caricia, el tacto cálido de sus manos sobre mi piel, su forma única de mirar el mundo… Todo eso me confirma que, aunque parezca una locura, he encontrado unos brazos donde quiero quedarme para siempre.

Respiro hondo antes de cruzar las puertas del edificio. Hoy será un día importante, y aunque intento mantener la calma, las emociones y los recuerdos me invaden, creando una mezcla embriagadora que llevo conmigo.

El pasillo de la emisora conserva su aroma habitual, y aspiro esa combinación de café recién hecho, con el sutil toque metálico que siempre asocio a los equipos de sonido. Algunos compañeros me saludan al pasar, y un par de ellos comentan, con complicidad, el brillo en mis ojos. Resulta casi irónico, ya que no hace tanto me vieron derrumbarme al encontrar la carta de Mónica el día de nuestra boda. Pero ahora no intento disimular mi felicidad; porque está ahí, evidente para quien quiera verla.

Cuando llego al despacho de Olga, ella ya me está esperando con una taza de café en la mano y su sonrisa cálida, esa que siempre me ha reconfortado. Más que mi jefa, fue mi mentora, ahora mi amiga y, en ocasiones, casi una madre, a pesar de la poca diferencia de edad que hay entre nosotras.

La voy a echar tanto de menos, que si lo pienso, seré capaz de emocionarme.

—¿Qué tal has estado estos días? Te ves de maravilla —comenta, invitándome a tomar asiento.

—No te voy a mentir, los he disfrutado muchísimo. Aunque se supone que estoy de vacaciones, ya tengo ganas de volver al trabajo.

—Muy típico de ti —bromea, llevándose la taza a los labios—. Pero deberías aprovecharlas, porque, como te dije el fin de semana, por fin ha llegado el momento. —Su tono se suaviza, y veo en sus ojos una mezcla de emoción y melancolía.

—La verdad es que no esperaba que se resolviera tan rápido. Cuando me lo mencionaste, pensé que te tomarías más tiempo para decidirlo.

—Si no lo hacía ahora, probablemente no lo habría hecho nunca. —Se encoge de hombros—. ¿Te apetece tomar un café? Puedo pedírselo a Paula.

—No, gracias. Ya me tomé un par antes de venir desde Madrid.

—¿Y qué tal la exposición de Sonia? —pregunta con esa curiosidad que me provoca un cosquilleo en el estómago.

—Maravillosa, como todo lo que hace —respondo sin dudar.

—Hacéis un gran equipo. Mi consejo es que no la dejes ir muy lejos; porque se nota cómo os complementáis. Trabajar juntas os hará bien cada vez que tengáis la oportunidad. —Su tono es amable, pero sus palabras me calan hondo.

Da un sorbo a su café y después relaja la postura.

—Ya es hora de que tomes las riendas, Candela. Desde el primer día que entraste por esta emisora, supe que *Voces Urbanas* acabaría siendo tuyo.

Mi corazón se acelera. Aunque es algo que siempre he soñado, escucharlo de su boca me deja sin palabras.

—No sé qué decir… —balbuceo, intentando no ser presa de los nervios.

—Di que sí —responde con firmeza, y sus ojos brillan de emoción—. Estás más que preparada. No solo porque tienes el talento necesario, sino porque hay algo en ti, que no todos los productores poseen: pasión. Y créeme, eso no se puede enseñar.

Un nudo se forma en mi garganta, pero está hecho de pura felicidad.

—Entonces, ¿te irás a Barcelona?

—Sí. Ya es hora de buscar algo nuevo. Pero no te preocupes, siempre estaré aquí si me necesitas. —Hace una pausa, aunque me dedica un guiño—. Yo también necesitaba un cambio, igual que tú necesitas liderar este programa y crear tus propias ideas. Vas a ofrecer grandes cosas al mundo.

No puedo evitar que las lágrimas se acumulen en mis ojos al pensar en todo lo que hemos compartido desde que comencé en *Voces Urbanas*. Olga se levanta, rodea el escritorio y

me envuelve en un abrazo lleno de fuerza y calidez.

—Te juro que no te voy a defraudar —susurro, separándome un poco para mirarla.

—Nunca he dudado de ti —afirma con una sonrisa, mientras me entrega una carpeta—. Y por eso… —Mueve las cejas—, ya tengo todo el papeleo listo.

Me quedo mirando los documentos, percibiendo que este es el cierre de un ciclo y el inicio de algo mucho más grande.

El resto de la conversación con Olga toma un rumbo más técnico. Ajustamos juntas los nuevos horarios, definimos las reuniones clave que debo liderar a partir de ahora y hablamos de las decisiones creativas que, finalmente, serán completamente mías. A lo largo de toda la charla, siento su apoyo incondicional, pero también una emoción creciente que se instala dentro de mí, empujándome a seguir adelante.

Cuando salgo de su despacho, respiro profundamente y me apoyo en la pared por un momento. Es un instante de pausa que me permite asimilar lo que acaba de pasar. Miro el reloj y noto que apenas es mediodía, así que, decido aprovechar el tiempo en mi despacho.

Al entrar, me siento en la butaca y abro la libreta donde llevo semanas anotando ideas para el futuro. Enciendo el ordenador y me preparo para dar forma a los proyectos que han estado gestándose en mi mente. Este es el momento perfecto para combinar lo que amo de la radio con las infinitas posibilidades del formato digital. Visualizo un espacio único que no solo amplíe el alcance de *Voces Urbanas* para nuestros oyentes, sino que también capture esas historias que realmente importan, las que merecen ser contadas.

Pienso en Sonia. Su manera de capturar la esencia de lo que ve a su alrededor, me hace querer hacer lo mismo, pero a través de mi voz y la del resto de invitados. Quizás, este nuevo comienzo sea una forma de unir nuestros mundos, de demostrarme que puedo empezar de nuevo, no solo en lo profesional, sino también en lo personal.

Con esas ideas en mente, empiezo a hacer una lista de contactos, posibles entrevistas y temas que quiero explorar. Las ideas fluyen con facilidad, como si hubieran estado en mi cabeza, esperando este momento para salir a la luz.

Mientras escribo, el sonido de unos pasos en el pasillo interrumpe mis pensamientos. Levanto la mirada y veo a uno de mis compañeros entrar en la oficina con una amplia sonrisa y dos tazas de café en las manos.

—El equipo ya lo sabe —anuncia con entusiasmo—. Y te apoyamos al cien por cien. ¿Cómo vamos a celebrarlo?

Su comentario me sonreír. Saber que cuento con el respaldo de personas con quienes he compartido tantos años es un privilegio que no me pasa desapercibido.

—Primero, con trabajo duro —respondo—. Y después… ya veremos.

. . .

Pasear con mis padres y Raúl por el Parque de los Cipreses es el cierre perfecto para un día que ha estado lleno de emociones. También es el momento ideal para compartir algo importante que

llevo días pensando. Me rodea una mezcla de paz y nostalgia que parece alargarse en las sombras que dibujan los árboles a medida que caminamos. Este lugar ha sido testigo de tantas tardes familiares, de risas y conversaciones profundas, que hoy parece más significativo que nunca.

Grupos de niños corren entre los árboles y sus risas llenan el ambiente de felicidad. Igual que las parejas que están sentadas en los bancos junto al estanque, mientras los rayos de sol se filtran entre las hojas, bañando la tarde con un tono dorado. Esta calma, está hecha para disfrutar del momento sin romperlo, aunque tenga algo importante que decir.

—¿Ya has pensado en las cosas que vas a incluir en tu nuevo programa? —pregunta mi madre, señalando un puesto de helados al pasar.

—La verdad es que sí, aunque sigo trabajando en algunas ideas nuevas. Quiero combinar el formato clásico de la radio con un contenido más visual, algo que conecte mejor con la audiencia —respondo, dándole vueltas a mis propias ideas.

—Suena ambicioso —dice papá, regalándome una sonrisa de aprobación—, pero, al fin y al cabo, muy de tu estilo.

—Eso intento, ser lo más fiel a mí misma posible —aclaro.

Seguimos caminando hasta encontrar un banco bajo un ciprés enorme. Mi madre saca un pequeño termo de té, una tradición que lleva años manteniendo. Sirve un poco en vasos de plástico que trae en su bolso, como siempre.

—Me encanta que no hayas perdido esta costumbre —comenta Raúl, mirándola con cariño y logrando que yo también sonría.

Y entonces, aprovecho el momento para reunir valor y contarles lo que llevo en la cabeza.

—Hay algo que quiero contaros —les digo, carraspeando para darme fuerzas. Raúl, que estaba a punto de dar un sorbo de té, deja el vaso suspendido en el aire. Mi madre deja el termo a un lado y todos me miran expectantes—. Estoy pensando en mudarme a Madrid.

El silencio que sigue parece eterno, aunque no pasan más de unos segundos. Mi padre es el primero en reaccionar. Me observa, sorprendido pero sonriente.

—¿Lo tienes claro?

—Quiero estar más cerca de las oportunidades que van a surgir. Mi trabajo en la emisora seguirá en Leganés, pero siento que necesito un lugar donde pueda crecer más, tanto personal como profesionalmente.

Mi madre asiente. Hay algo en su mirada que me reconforta, como siempre lo ha hecho. Ella ha sido mi mayor apoyo, incluso cuando no entendía del todo mis decisiones.

—¿Y cómo piensas organizarte? —pregunta con curiosidad—. Para poder venir aquí casi todos los días.

—Para empezar, estoy buscando un sitio pequeño. Nada ostentoso, que sea algo práctico. Por supuesto, cada vez que venga a trabajar os visitaré, y nuestras tardes de domingo seguirán siendo sagradas —añado, esbozando una sonrisa mientras miro mis pies—. Sonia me ha dicho que en su casa hay sitio... pero quiero que vayamos despacio.

—Así que ahora que vas a ser una gran productora, vamos a tener que pedir una cita para verte —ironiza Raúl.

Su comentario me hace reír, igual que al resto, y de pronto el mundo me parece mucho más ligero.

—Lo dice el que siempre tiene tiempo para todos nosotros —le replico, sacándole la lengua.

—Siempre hemos querido verte feliz, cariño. Y si lo eres con esto, te apoyaremos en todo —añade mi madre, poniendo fin al momento de risas mientras me besa en la mejilla—. Nunca lo olvides. Cada paso que des, vamos a estar contigo.

Mi padre me abraza, y después le sigue el resto. Me siento arropada, como siempre lo he estado, y no puedo evitar que mi corazón se llene de gratitud.

—Y con Sonia… parece que todo va bien, ¿no? —pregunta Raúl, con curiosidad.

—Estoy muy feliz —admito—. No por cómo han ido las cosas, pero sí por atreverme a dar el paso. Aunque, al final, fuera Mónica quien me empujara a hacerlo.

—Por una vez, hizo algo bien —murmura mi madre, sin disimular el tono crítico en su voz.

Aunque no puedo reprochárselo.

—Solo recuerda algo, cariño. La felicidad está en esos pequeños cambios que te hacen avanzar. Siempre habrá personas que estén a tu lado para sostenerte.

—¿Sabes qué sería gracioso? Que te mudaras a Madrid y mamá empezara a ir todos los días a verte, solo para comprobar que estás comiendo bien —bromea Raúl, logrando que todos rompamos a reír.

—¡No le des ideas! —respondo, entre risas, mientras mi madre finge indignación y le da un golpecito en el brazo.

Intento contener las lágrimas que comienzan a acumularse en mis ojos. Soy yo quien los abraza esta vez, agradecida por tenerlos a mi lado, por ser mi refugio incondicional.

El sonido de mi teléfono rompe el momento, y al mirar la pantalla, veo el nombre de Sonia. Descuelgo la llamada y pongo el altavoz para que todos puedan escucharla.

—¿Adivina quién sabe las nuevas noticias? —pregunto casi gritando.

—No lo sé, dímelo tú —responde.

Su voz suena alegre y llena de emoción, y no puedo evitar que esa alegría se me contagie. Mientras hablo, la sonrisa de mi hermano se hace aún más grande y me giro hacia donde está mirando. Sonia está de pie detrás de mí, sonriendo.

—¿Qué te parece si lo celebramos todos juntos? —propone, y busca una de mis manos.

Mis padres sonríen con complicidad, como si acabaran de darme la sorpresa más grande del mundo.

—Sois... —comienzo, sin saber qué más añadir.

—¿Qué? —interviene Raúl, fingiendo inocencia.

Miro a Sonia y, con ese guiño suyo que siempre logra desarmarme, siento que el mundo cobra más sentido. Por fin, los caminos que dejé a medias se han unido para llevarme hasta aquí, rodeada de las personas que amo y en un lugar que seguirá acumulando momentos de felicidad.

38

CANDELA

Tres meses y medio después. Madrid.

La luz en el estudio es cálida, perfecta. Es justo lo que imaginaba para un día como hoy. No hay focos deslumbrantes ni decorados extravagantes, solo un espacio sencillo y acogedor que refleja quién soy y cómo me siento en este momento. El fondo detrás de mí es una pared de ladrillo, decorada con estantes flotantes donde reposan libros, pequeñas plantas en macetas de barro y varias fotografías enmarcadas, todas hechas por Sonia. A mi lado, una taza de café humeante descansa sobre una mesa de madera rústica que restauré yo misma hace años, como un toque personal, una conexión con este nuevo comienzo.

Parte del equipo observa desde la distancia, expectante por empezar. En el centro del estudio está la cámara, apuntándome con precisión. Sonia está detrás de ella, ajustando los últimos detalles. Me sonríe, y en ese gesto reconozco la misma calidez de aquel día de grabación que cambió tantas cosas para nosotras. Después, revisa algunos apuntes en la carpeta que siempre lleva consigo y que después guarda con mimo en su chaleco. Saber que está aquí, apoyándome, formando parte de este proyecto, hace que todo tenga aún más sentido.

Respiro hondo y fijo la mirada en el micrófono que tengo delante de mí. Este instante de silencio es mucho más que el inicio de *Huellas Sonoras*, mi nuevo programa. Es una declaración de todo lo que he aprendido en estos años, de la mujer en la que me he convertido y de lo lejos que he llegado.

—¿Preparada? —pregunta Sonia, asomándose detrás de la cámara.

El ligero ceño fruncido que acompaña su pregunta me parece lo más atractivo del mundo, pero me obligo a concentrarme en lo que tengo que hacer. Asiento con decisión. Aunque mis manos están algo húmedas por los nervios, me siento lista. Respiro profundo una vez más, sentirme así es inevitable, pero por primera vez en mucho tiempo, ya no tengo miedo.

—Empecemos —respondo con firmeza.

Un cosquilleo agradable recorre mi cuerpo cuando Sonia me regala otra sonrisa y da la señal para que la grabación inicie. El piloto rojo de la cámara se enciende.

Aquí comienza mi sueño.

—Soy Candela Núñez y os doy la bienvenida al primer episodio de *Huellas Sonoras*, un nuevo viaje en el que daremos voz a historias que dejarán una marca imborrable en quienes nos acompañen.

Mi voz suena firme, segura, como si las dudas que me atormentaron hace unos meses se hubieran desvanecido por completo. Aunque tengo el guion cerca, me permito una pausa para saborear este instante.

—Hoy hablaremos de algo que me ha marcado profundamente en las últimas semanas:

el valor de reinventarse.

Desde detrás de la cámara, Sonia murmura un «maravilloso» que me llega como un soplo de aliento. Su mirada brilla, igual que lo hizo cuando nos vimos por primera vez en el estudio de grabación. Sin embargo, dentro de mí sé que su sonrisa ya se había quedado conmigo desde aquel primer encuentro en un vagón de metro rojo, cuando me miró con esa mezcla de nervios y ternura que crea pequeños hoyuelos en sus mejillas.

Estar aquí es un sueño que nunca pensé alcanzar, pero que ahora puedo tocar con los dedos. Durante mucho tiempo me dejé llevar por el miedo temiendo perder aquello que más amaba, sin darme cuenta de que lo que realmente estaba en peligro era mi propia esencia.

—Reinventarse da miedo —continúo—. Es soltar lo que conoces, aquello que te ha mantenido a salvo, y lanzarte al vacío sin certezas, sin garantías de lo que vendrá. Pero también es la única forma de encontrarte a ti misma, de reconectar con esa persona soñadora que dejaste esperando al otro lado de la puerta.

Las palabras fluyen con naturalidad, como si hubieran estado guardadas dentro de mí, esperando este momento para salir.

—Estar en la emisora, en mi rutina cómoda y predecible, me hizo creer que lo tenía todo bajo control. Pero a veces, la vida te da una señal, un pequeño empujón en la espalda que te susurra que necesitas algo más. Al principio ignoras esa voz, porque cambiar asusta. Y si sigues sin escucharla, pero entonces, las señales se vuelven más fuertes, más insistentes, hasta que un día te encuentras frente al espejo, viendo a alguien que ha dejado atrás aquello por lo que siempre soñó.

De reojo, veo cómo Sonia asiente con orgullo. Es consciente de lo que estas palabras significan para mí, de lo mucho que me he esforzado por llegar aquí. Ella ha sido testigo de mis dudas, de mis miedos, y ahora está presenciando cómo libero lo que he guardado dentro de mí durante tanto tiempo.

En este trabajo, compartir experiencias con los que nos verán y escucharán, puede ayudarles a encontrar su propio camino, a descubrir el valor en su interior que les permita dar un paso hacia lo desconocido. Sé que no soy la única que ha sentido este conflicto; estoy segura de que muchos, incluso dentro de nuestro equipo, han pasado por lo mismo.

—Reinventarse no significa desechar lo que eras antes. Es construir algo nuevo con lo que has aprendido: de la vida, de tu familia, del trabajo, de las amistades… del amor. Es mezclar todo eso que te ha hecho más fuerte y usarlo para crear algo nuevo y valioso. —Me inclino un poco hacia el micrófono, entrelazo los dedos y miro a la cámara, imaginando que las personas que hay en Leganés, en Madrid, en cualquier lugar donde lleguen estas palabras, estarán ahí, escuchándome—. Durante mucho tiempo pensé que tenía mi futuro resuelto: mi carrera, mi relación, mi vida. Pero en el fondo sabía que algo no encajaba del todo. Ignoré esa sensación durante años porque admitir que necesitas un cambio también significa reconocer que te has estado engañando…

Hago una pausa y dejo que mis palabras se asienten.

—Y, de repente, apareció alguien que, sin saberlo, me ayudó a ver lo que siempre había estado delante de mí.

La miro, observo a la mujer detrás de la cámara, enfocada en su pasión, y por un

instante la imagino con otra cámara, en el metro antiguo de la Línea 12, regalándome alas para perseguir mis sueños. De Madrid a Leganés, y de Leganés hacia cualquier lugar del mundo.

—Esa persona me enseñó que, a veces, los cambios más importantes son los que más pánico te dan, porque son los que realmente tienen significado. También me demostró que siempre es posible encontrar tu camino, incluso cuando te sientes más perdida que nunca. —Llevo la mirada hacia el micrófono y me permito en calma antes de seguir—. Hoy estoy aquí porque di ese salto. Dejé atrás lo que ya no me hacía feliz, y me reinventé, porque entendí que merecía algo más auténtico, algo que fuese más yo. Quiero que quienes me escuchen, quienes me vean, sepan que siempre hay una oportunidad para elegir un camino que los haga sentirse vivos.

»Reinventarse no es fácil, pero os prometo que cuando lleguéis a lo que más añoras, valdrá la pena. Y aquí, en *Huellas Sonoras*, vamos a crear un espacio para explorar historias de lucha, de cambio, de crecimiento. Historias contadas con mi voz, con las voces de otros y con las que resuenan en vuestros corazones. Porque, al final, todos buscamos lo mismo: encontrar nuestra propia voz y mezclarla con la de quienes necesitan un pequeño empujón.

La emoción amenaza con desbordarme, pero logro tragar el nudo que se forma en mi garganta y sonrío. Este lugar es mío, pero en el futuro, también se convertirá en un refugio para quienes se sienten atrapados y necesitan encontrar el valor para cambiar.

Termino la introducción y veo cómo Sonia detiene la grabación. El piloto de la cámara se apaga, y casi al instante el equipo de maquillaje se acerca corriendo. Me retocan las mejillas, aplican un poco de polvo en mi frente y vuelven a pintar mis labios con esmero, como si fuera una estrella de cine.

La imagen que tengo de mí misma en ese momento me hace gracia. Pero más allá de las luces y los retoques, lo que realmente me llena es haber creado una nueva familia en este espacio mágico. Sonia, con su bloc de notas en mano, termina de escribir algo antes de acercarse a mí y ofrecerme una botella de agua.

—¿Qué tal ha estado? —pregunto, incapaz de esconder mis nervios.

—De maravilla. No pienso grabarlo otra vez —responde, con esa seguridad que siempre me da confianza—. Has dicho exactamente lo que sentías en el corazón, y se ha notado mucho.

—¿De verdad lo crees?

—Lo he visto en tus ojos. —Me dedica un guiño, y después entrelaza sus dedos con los míos—. Eres perfecta, Candela Núñez.

Su comentario me hace sonreír como una niña, y mi cuerpo se relaja por completo. En ese momento, noto el teléfono vibrar en mi bolsillo. Al ver la pantalla, me sorprende encontrar un mensaje de Mónica. La verdad es que no esperaba que me escribiera hoy.

—¿Qué dice? —pregunta Sonia, inclinándose para mirar la pantalla junto a mí.

El mensaje es breve pero sincero.

> **Mónica**: El tema de la casa ya está solucionado. Espero que tengas un primer día de grabación increíble. Dime cuándo sale el programa, porque quiero ser la primera en verlo.

Sus palabras traen hacía mí un alivio inesperado, porque ya no siento el peso que solía acompañarme cada vez que pensaba en ella.

—Tengo mucha suerte de que las cosas hayan terminado así —comento en voz baja, más para mí misma que para Sonia.

—Cuando dos personas se quieren bien, nunca se van del todo de la vida de la otra. Me alegra que sigáis en contacto —responde ella con sinceridad.

Por un momento, el deseo de besarla y decirle cuánto la quiero me invade, dándome ganas de dejar el estudio. Me gustaría apagar las luces, olvidarme del equipo y encerrarme en nuestra burbuja, donde nada ni nadie pueda interrumpirnos. Pero me conformo con acariciar su mano y disfrutar de la calidez de sus dedos en mi cuello.

—Estoy feliz, mucho —digo, acercándome un poco más a ella—. Pero, ¿sabes qué es lo que me hace aún más feliz?

Sonia arquea una ceja, divertida, y como siempre, logra que sonría como aquella primera vez. Esa sensación de que, mientras esté a mi lado, nada podrá hacerme daño.

—Ser esa chica de la Línea 12, tu chica, y tener la oportunidad de invitarte a comer cuando terminemos de grabar, para celebrar que *Huellas Sonoras* es una realidad.

—¿Me vas a llevar a mi restaurante favorito? Porque, si no es allí...

No la dejo terminar. La interrumpo con un beso, y el sonido de algo cayendo al suelo nos hace separarnos de golpe. Al mirar, vemos a nuestro compañero Alberto, mirándonos con los ojos muy abiertos, como si fuera el único que no se hubiera enterado de lo nuestro.

Sonia y yo rompemos a reír, y una vez más, me zambullo en sus bonitos ojos verdes, ese lugar donde quiero perderme todos los días que vea el amanecer.

—Te llevaré allá donde quieras, pero siempre conmigo.

AGRADECIMIENTOS

Esta historia está dedicada a las personas que en algún momento de su vida se han quedado estancadas o sin rumbo. Recuperar esa luz que nos pertenece es tan importante como perseguir nuestros sueños, y nunca, nunca, debemos permitir que nada ni nadie, nos quite nuestro propósito.

A mi mujer, por ser la persona que me da la mano en este precioso camino. Gracias por tus consejos, tu paciencia, y por el toque creativo de mis portadas.

A Mely, gracias por ser, por estar.

A Cristina, por recordarme que se puede volver a sonreír después de los golpes más duros.

A mis amigos y familia, porque están a mi lado, pase lo que pase. A los personajes de cada una de mis historias, por darle voz a los miedos y la valentía que guardo en mi corazón.

Gracias a mis lectoras/es porque después de todos estos años os habéis convertido en mi segunda familia. Me encanta recibir vuestros mensajes y compartir charla y risas de vez en cuando. Hacéis este camino mucho más fácil.

A vosotras, porque estáis a mi lado cada segundo.

*No olvides dejarme tu reseña/opinión a través de **Amazon** o **Goodreads**.*

Tu apoyo me ayudará a seguir creciendo como autora.

SOBRE LA AUTORA

Lorena Murién (1987). Devoradora de series, persona en proceso; empezó a juntar letras con 13 años y desde entonces lo ha combinado con su afición por el diseño y la maquetación. Su primera novela, *Verde entre las flores* (2021) es la consecución de un sueño que ha continuado con varias obras enfocadas al público general, con temática LGBTQI+ y representación lésbica en cada una de sus historias.

Puedes leer todas mis novelas publicadas hasta ahora a través de mi página de autora en **Amazon**.